



Dino Buzzati

Un amor

Traducción de Carlos Manzano

Lectulandia

*Un amor* es una novela de gran intensidad literaria, que absorbe al lector desde la primera página. Narra la historia de un enamoramiento, de una experiencia personal inusitada y turbadora. Si bien por su tema, por su enfoque y por su escenario difiere del resto de las novelas de Buzzati, tiene en común con ellas su calidad, un trasfondo de preocupación ética y una poesía en la que reconocemos inequívocamente a su autor. Cuando se publicó por primera vez en 1963, *Un amor* se convirtió rápidamente en uno de los primeros «best sellers» de la historia de Italia. Esa aceptación por parte del público no ha cesado tantos años después, y hoy sigue siendo considerada como una de las obras maestras de Buzzati. Esta edición ha recibido el Premio de Traducción del Ministerio Italiano de Asuntos Exteriores en el año 2005.

**Lectulandia**

Dino Buzzati

**Un amor**

ePub r1.0  
Titivillus 12.07.15

Título original: *Un amore*  
Dino Buzzati, 1963  
Traducción: Carlos Manzano

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## I

Una mañana de febrero de 1960, en Milán, el arquitecto Antonio Dorigo, de 49 años, telefoneó a la señora Ermelina.

«Soy Tonino, buenos días, señ...»

«¿Es usted? ¡Cuánto tiempo sin verlo! ¿Cómo está?»

«Bastante bien, gracias. Es que en este último tiempo he tenido muchísimo trabajo y tal... Dígame, ¿podría ir esta tarde a su casa?»

«¿Esta tarde? Déjeme pensar... ¿a qué hora?»

«No sé. A las tres o tres y media».

«A las tres y media, de acuerdo».

«Ah, mire, señora...»

«Diga, diga».

«La última vez, ¿recuerda?... La verdad es que aquel género, si he de serle sincero, no me acababa de gustar, preferiría...»

«Comprendo. Por desgracia, yo misma a veces...»

«Algo más moderno, ¿me explico?»

«Sí, sí. Pues mire, ha hecho bien en telefonarme hoy, hay una oportunidad... ya verá como quedará satisfecho».

«Preferiría tejido negro».

«Negro, negro, ya lo sé, como el carbón».

«Gracias, hasta luego entonces».

Colgó el auricular. Estaba solo en el estudio. También Gaetano Maronni, el colega que ocupaba la habitación contigua, había salido aquella mañana.

Era una mañana cualquiera de una día cualquiera. El trabajo avanzaba bien. Desde el ventanal del octavo piso se veía la casa de enfrente, una casa moderna igual a las demás circundantes, igual a aquélla en la que se encontraba Dorigo: bastante alegre, no obstante, en Via Moscova, gran complejo urbanístico atravesado por paseos ajardinados en los que podían aparcar los automóviles.

Era uno de tantos días grises de Milán, pero sin lluvia, con ese cielo incomprensible que no se sabía si eran nubes o sólo niebla allende la cual tal vez se encontrara el sol o simplemente neblina procedente de las chimeneas, de los respiraderos de las calderas de gasóleo, las chimeneas de las refinerías Coloradi, los ruidosos camiones, las alcantarillas, los montones de detritus inmundos vertidos en las zonas edificables de la periferia, la tráquea de millones y millones —¿tantos eran? — aglomerados entre cemento, asfalto y rabia en torno a él.

Encendió el tercer cigarrillo, eran las once menos cuarto («Soy Tonino, buenos días, señ...» «¿Es usted? ¡Cuánto tiempo...!») en el reloj eléctrico del complejo, situado en la pared de enfrente. De vez en cuando se oía un débil retazo de música, al otro lado, en la habitación contigua, donde la señorita Maria Torri tenía encendida sobre la mesa, en el bolso, en el regazo, la pequeña radio japonesa y nunca le daba

tregua, ni siquiera durante las discusiones, y Dorigo no había tenido valor para prohibírselo. En el fondo también a él le habría gustado tener una, incluso se había comprado una de contrabando, de bolsillo, por diez mil liras —en las tiendas del centro las vendían a veinticuatro mil o veinticinco mil liras—, pero al cabo de tan sólo dos días Georgina se la había birlado: no era que Georgina le entusiasmara, pero se conocían desde hacía mucho tiempo, la había conocido bajo los soportales del Corso, mientras del bolsillo de su abrigo salía un vals vienés de éstos precisamente que él no podía soportar, pero por pereza no la había apagado y entonces ella había dicho:

«Déjame ver: ¡Qué bonita! ¿Me la regalas?»

¿Qué le importaba, en el fondo, a él la radio?

Encendió el cuarto cigarrillo. Había un trabajo por acabar, pero no sentía el menor deseo de hacerlo: al fin y al cabo, no había urgencia, bastaba con entregarlo el sábado y aquel día era martes; además, es que, cuando tenía ganas de hacer el amor, trabajar le resultaba muy difícil. No es que Dorigo fuera un tipo muy sensual y rebosante de virilidad, pero de vez en cuando, sin motivos aparentes, la imaginación se ponía de pronto a trabajar y todo el curso de sus pensamientos cambiaba completamente.

Además, cuando había concertado el encuentro con una muchacha, todo el cuerpo empezaba a esperar. Era un estado doloroso, pero al tiempo hermosísimo, difícil de explicar, casi la sensación de ser una víctima que se ofrecía enteramente al sacrificio: todo el cuerpo desnudo, con abandono y arrebatos de energías vehementes, que le hormigueaban por todos los miembros, las vísceras y la carne. Una carga de fuerza tremenda, en modo alguno bestial y ciega, sino lírica y cargada de oscuras depravaciones.

En esos momentos Dorigo olvidaba incluso su cara, que siempre le había desagradado, que siempre había considerado odiosa, y se hacía la ilusión de poder ser deseado incluso.

Al mismo tiempo, la espera de la mujer («Soy Tonino, buenos días, señ...» «Ah, ¿es usted? ¡Cuánto tiempo...!») le hacía perder la seguridad en sí mismo, que tan marcada era en el trabajo. Ante la mujer dejaba de ser el artista casi célebre, citado internacionalmente, el escenógrafo genial, la personalidad envidiada, el hombre de inmediato simpático. Él mismo se asombraba de resultar simpático al instante, pero con las mujeres era muy diferente, se volvía uno cualquiera, distante incluso. Lo había advertido infinidad de veces, las mujeres se sentían intimidadas y cuanto más se esforzaba él por mostrarse desenvuelto y gracioso, peor era: la mujer lo miraba desorientada y casi atemorizada. Necesitaba una gran confianza para recuperarse y mostrarse natural, pero, para adquirir una verdadera confianza, hacía falta tiempo. Los comienzos eran siempre penosos y laboriosos. ¡Cómo envidiaba a Maronni, que, tras pronunciar tres palabras, hacía sentirse cómodas a las chicas! A veces lo odiaba incluso, de la rabia. Con las mujeres sus paradojas predilectas eran un juego totalmente erróneo, se daba cuenta perfectamente: en lugar de hacer reír provocaban

desorientación e incomodidad, tenían la impresión de que se burlaba de ellas o quería desairarlas. Se consolaba un poco con la idea de que a la larga su clase lograba casi siempre salvarlo o por lo menos que quedara discreto, aunque no gustase; en efecto, la mujer intuía, aunque la detestara, su superioridad intelectual, huraña y orgullosa, que no conseguía entregarse a las claras y, sin embargo, cómo le habría gustado, en cambio, abandonarse sin reservas y gozosamente, como un niño con el entusiasmo del juego.

¿Qué muchacha le habría reservado aquella tarde la señora Ermelina? Procuraba no caer en un optimismo excesivo, resulta tan difícil dar con el tipo idóneo; cierto es que en casa de la señora Ermelina había siempre, gracias a Dios, jovencitas frescas: ya que no otra cosa, la juventud de los cuerpos.

En el fondo —pensaba—, si Ermelina le hubiera asignado Britta, no habría estado mal. Llevaba meses sin hacer el amor con Britta. Ésta no experimentaba relajaciones sentimentales, pero en la cama no ponía pegas. Aquel cuerpo rubio, macizo, firme, elástico, sin un pelo ni siquiera en la ingle. Y pensar que en general no podía soportar a las rubias, ni siquiera las falsas, pero Britta estaba provocativamente maciza, como una foca jovencita. Cuando alzaba los brazos, las axilas se ofrecían: flores abiertas de par en par, rosadas, lisas, húmedas, tibias, sin una sombra; tanta era su juventud, que sobresalía incluso una tierna hinchazón.

Miró su escritorio, cubierto con una mezcla de libros, carpetas, papeles: las señales del trabajo.

A aquella hora, la ciudad en pleno trabajaba por encima, por debajo y alrededor de él. En la misma casa trabajaban hombres como él y también en la de enfrente y en la viejísima de Via Foppa que se vislumbraba en un claro entre las otras y también detrás, en las casas invisibles, y más allá, entre la neblina, a lo largo de kilómetros y kilómetros. Papeles, archivadores, impresos, telefonazos, recibos, manos ocupadas con plumas, lápices, con un tornillo, una muesca, una suma, un empalme, una soldadura, un extracto de cuenta, un ajuste, una infinidad de hormigas frenéticas sedientas de bienestar y, sin embargo, sus pensamientos —oh, le daban ganas de reír— en derredor, a lo largo de dichos kilómetros y kilómetros, eran semejantes a los suyos, indecentes y exquisitos, con la misteriosa voz que llama a la propagación de la especie, transcendida en vicios extraños y ardientes —¿por qué nadie tenía nunca el valor de decirlo?—: pensamientos sobre ella, sobre ella, sobre aquella boca especial, aquellos labios con una factura determinada, con una perspectiva de músculos tensos —¿recuerdas?—, suaves y fluidos, con una curvatura diferente de todas las demás, con un pliegue, una plenitud, una concavidad, un calor, una humedad, una ductilidad, una depresión, un abismo abrasador. Y los periódicos hablaban de endurecimiento soviético, interpelaciones en la Cámara de Diputados relativas al Alto Adigio, garantías de Nenni sobre la autonomía del PSI, incendio del cine Fiamma, crisis de la Junta Regional siciliana, ¡qué payasada más demencial!

Encendió el quinto cigarrillo. Estaba de pie, con la excitación particular que lo

caracterizaba, a él, tan sensible y aprensivo («Soy Tonino, buenos días, señ...» «¿Es usted? ¡Cuánto tiempo...!»), pero se encontraba bien, ninguna parte del cuerpo le molestaba: completamente tranquilo, fuerte y sereno. En realidad, era una mañana como tantas otras. Fuera, el cielo se mantenía gris y uniforme, pero él se sentía bien.

Las próximas horas no le pesaban ni tampoco le daban miedo alguno los días siguientes ni el inmenso futuro. El teléfono se mantenía en silencio. Dorigo estaba tranquilo, las cosas le iban bien. Vestido con un traje gris, camisa blanca, corbata de color rojo magenta, calcetines también rojos, zapatos negros hechos a mano, como si...

Como si todo debiera continuar como hasta entonces, hasta aquel día de febrero, que era un martes y llevaba el número 9: todo seguro y propicio para un burgués inteligente, corrupto, rico y afortunado en la plenitud de la vida.



## II

La señora Ermelina moraba en el sexto piso de una gran casa en las cercanías de la plaza Missori. El ascensor era de aquéllos cuya puerta se abre por sí sola automáticamente, pero a veces se cierra cuando menos te lo esperas. Una vez Dorigo había quedado atrapado dentro y por un instante había sentido el miedo a ser aplastado como una nuez, pero, en realidad, la presión de las dos valvas no era excesiva.

En la puerta no había un rótulo con el nombre. El gran pasillo con pavimento de mármol estaba desierto, pero no era posible equivocarse de puerta precisamente por la falta de rótulo: todas las demás lo tenían.

Sentía la vaga impaciencia, si no la emoción, de esos casos. ¿Qué muchacha sería? Demoler el sentido de encuentros de aquella clase era —Dorigo lo sabía— la cosa más fácil del mundo. ¿Qué placer puede dar la posesión de una mujer, cuando se sabe que se entrega sólo por el dinero? ¿Qué satisfacción podía sentir el hombre, aparte de la exclusivamente física, tan rápida y en el fondo tan discutible? La vieja objeción.

Y, sin embargo, daba satisfacción y grandísima, casi inverosímil incluso: no ya por los ejercicios carnales, más o menos refinados. Todo lo que los precedía era lo que volvía estupenda aquella experiencia.

La señora Ermelina abrió al instante. Era emiliana, cordial, afable, aún hermosa, de carácter familiar, sin nada equívoco. Al oírla hablar, parecía que hiciera de alcahueta tan sólo para ayudar a aquellas pobres muchachas.

Apenas había tenido tiempo de entrar, cuando ya le susurraba con aquella expresión de complicidad:

«Ya verá usted qué muchacha, ya verá...» (bajó aún más la voz). «Pero tenga en cuenta que es menor de edad... una bailarina, bailarina de la Scala».

Y, entretanto, lo introducía en el salón.

«¡Qué cosa más maravillosa es la prostitución!», pensaba Dorigo: cruel, despiadada; cuántas resultaban destruidas por ella, pero ¡qué maravillosa! Costaba creer que posibilidades semejantes pudieran existir en el mundo actual, tan reglamentado y gris: el sueño hecho realidad, como con una varita mágica, por veinte mil liras.

Por veinte mil liras, por menos incluso, tener al instante, sin dificultad ni peligro algunos, chicas estupendas que en la vida habitual, fuera del juego, habrían costado cantidad de tiempo, fatigas, dinero y que, además, a la hora de la verdad, podían dejarte plantado. ¡Mientras que allí! Un telefonazo, un breve recorrido en coche, seis pisos de ascensor y listo: la ninfitas estaba ya quitándose el sostén y sonriendo.

¿Qué mal había en ello? Dorigo no carecía de escrúpulos morales, pero, pese a haber pensado en ello por extenso, no había logrado encontrar el punto débil. «Si todos hicieran como yo, ¿sería mejor o peor?», se preguntaba y no veía el posible

perjuicio.

Y, sin embargo, había algo obsceno en ello. Tal vez lo atrajera la prostitución precisamente por su cruel y vergonzoso absurdo. La mujer, tal vez por su educación familiar, siempre le había parecido un ser extranjero, con una mujer nunca había logrado tener la misma confianza que con los amigos. La mujer era siempre para él un ser de otro mundo, vagamente superior e indescifrable. Ante la idea de que, para ganarse quince mil liras, una jovencita de dieciocho años se acostara, sin preámbulo alguno, con un hombre al que nunca había visto ni conocido, le dejase gozar de todo su cuerpo y participara incluso con arrebatos lujuriosos más o menos simulados, Dorigo experimentaba una sensación de incredulidad y rebelión, como si hubiera en ella algo completamente impropio, pero de ese pensamiento áspero y doloroso, de esa incapacidad para admitirlo, nacía el deseo. Una mujer decente que se hubiera acostado con él por amor desinteresado le habría gustado infinitamente menos.

¿Sadismo tal vez? ¿El perverso contento de ver a una joven hermosa y limpia someterse como esclava a las prácticas más indecentes? ¿Saborear el espasmo de la humillación corporal de la que la muchacha no es, desde luego, consciente, sino que, al contrario, casi se divierte y ríe, si bien en el fondo de su alma algo se retuerce al mismo tiempo y se rebela y vomita, pero ella ríe, pone las posturitas, echa la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, la boquita anhelante, como si estuviera en el Paraíso?

Pero tal vez hubiera sobre todo en aquel sentimiento suyo la huella imborrable de la educación recibida —católica, severamente contraria a las realidades sexuales—, razón por la cual entre las mujeres jóvenes y él había habido siempre una barrera: las mujeres eran algo prohibido y el acto carnal algo así como un mito. A eso se debía la sensación de que, para una mujer, acostarse con un hombre era un episodio importantísimo, que, aunque fuera por pocos minutos, afectaba, por decirlo así, a toda su vida y la comprobación de que no debía de ser cierto, de que miles de mujeres estaban dispuestas a tratar, por una retribución exigua, con hombres desconocidos y su propia frecuentación de ellas durante decenios habían servido para acabar con esa idea. Todas las veces, cuando la prostituta se desnudaba delante de él, le parecía un fenómeno casi inverosímil, estupendo, comparable con un cuento.

De modo que, todas las veces que iba a las citas de la alcahueta (y lo mismo le sucedía en tiempos, cuando estaban abiertos los prostíbulos públicos), no le habría asombrado que le hubieran dicho:

«Pero ¿está usted loco, señor? ¡Qué ocurrencia! ¿Una muchacha de pago? ¿Acaso cree estar aún en tiempos de Heliogábalo? ¡Hay que ver qué tipo!»

En cambio, todas las veces se realizaba el milagro. Una muchacha magnífica —por desgracia, no siempre, pero en casa de la señora Ermelina raras eran las feas—, una criatura estupenda, una de esas que hacen volver la cabeza a todos en la calle, se desnudaba delante de él diez minutos después de la presentación y él podía besarla y abrazarla para gozar de todos los recursos carnales. Todo ello por veinte mil

miserables liras.

En esos momentos intentaba adivinar qué sentiría ella. ¿Asco? ¿Resignación? ¿Sensación de degradación? A juzgar por su actitud, nada de todo eso. Las muchachas actuaban como si se tratara de la cosa más sencilla y natural de este mundo, acaso con el deseo, no lo suficientemente disimulado, de acabar pronto, pero sin el menor síntoma vago de sacrificio o aversión nunca.

Y eran tantas, esas muchachas, y de origen, educación y nivel social tan diversos, que resultaba legítimo considerar la prostitución una actitud normal de todas las mujeres; sólo, que en ciertos ambientes, por culpa de una rigurosa disciplina *contra natura*, esa instintiva propensión resultaba coartada y apagada, pero dispuesta a reavivarse, si los azares de la vida ofrecían la ocasión.

La muchacha, la bailarina de la Scala, estaba ya esperando en el salón.

### III

En el salón, por llamarlo así, había un sofá en el ángulo, una mesa redonda, otro sofá largo, una cómoda y un armario, muebles de los denominados modernos, de estilo sueco, bastante sencillos: una vaga sensación de limpieza. Asombraba la presencia en las paredes de dos grandes reproducciones de Brueghel el Viejo: las famosas escenas de campesinos. A saber cómo habrían acabado allí o habrían sido elegidas.

Estaba allí, sentada en el sofá largo. Él tuvo, al primer vistazo, una impresión agradable, pero nada extraordinaria: una carita pálida, a la que daba expresividad una nariz recta y prominente, una boca pequeña y ojos redondos y atónitos. Tenía algo fresco, popular, pero no vulgar.

La miró, mientras intentaba calibrar el placer que en seguida seguiría. Advirtió que el óvalo del rostro era hermosísimo, puro, aunque nada tuviera de clásico, pero sobre todo enamoraba su pelo negro, largo, suelto sobre los hombros. La boca formaba, al moverse, pliegues graciosos. Una niña.

Tenía labios finos, pero realzados, no abiertamente sensuales, si bien maliciosos. El labio inferior sobresalía un poco, tanto más cuanto que era pequeño, estrecho y de perfil entrante. No llevaba carmín.

La boca era firme y tensa, muy pequeña en proporción con la cara, pero no por ello carecía de importancia. Toda la cara era compacta por la extrema tensión de la juventud. Era una cara decidida, graciosa, ingenua, astuta, limpia, provocativa. Le recordó a una Virgen de Antonello da Messina. El corte del rostro y el de la boca eran idénticos. La Virgen tenía más dulzura, desde luego, pero se trataba del mismo estilo nítido y genuino.

En aquellos primeros contactos Dorigo siempre se sentía violento. El juicio secreto de ella le aterraba. Sabía que no era guapo: al contrario. Su cara siempre le había inspirado desagrado. Aun de niño, cuando pasaba por delante de los escaparates de las tiendas y se encontraba su imagen en el cristal, a veces se miraba. Siempre le resultaba una humillación. ¡Qué cara más odiosa! ¡Una cara de cretino! ¿A qué mujer iba a poder gustar nunca?

«¿Cómo se llama?» Al principio, no podía por menos de hablarle de «usted», aun comprendiendo la estupidez de esa ficción.

«Laide».

«¿Laide? ¡Qué nombre más curioso!»

«Laide, diminutivo de Adelaide, ¿no?»

Ahí estaba él, Dorigo, sentado en el diván; había encendido un cigarrillo e, intimidado, como de costumbre, por la nueva presencia, observaba a la muchacha que estaban a punto de venderle. Al cabo de pocos minutos, a aquella criatura fresca y atractiva, cuya existencia había ignorado siempre, que tenía tras sí una familia, una infancia, una juventud, todo un mundo poblado por una infinidad de personajes,

hecho de un tejido complicadísimo de recuerdos, hábitos, conocimientos, esperanzas, particularidades físicas, días alegres y horas tristes, completamente desconocidos para él, a aquella criatura mucho más joven que él, al cabo de pocos minutos iba a tenerla entre los brazos tendida en la cama y desnuda y también él estaría desnudo. Y todo sería como si fueran marido y mujer o antes se hubiesen amado o frecuentado durante mucho tiempo o por lo menos hubiera habido una preparación lógica de conocimiento, invitaciones, promesas, halagos, engaños tal vez. En cambio, nunca se habían visto, él nada sabía de ella y viceversa y, sin embargo, al cabo de pocos minutos ella recibiría su carne dentro de sí.

Aunque Dorigo no fuera ya un niño, todo aquello le resultaba inverosímil y en cierto sentido espantoso. Pero ¿no sucedía lo mismo en los burdeles de otro tiempo, que Antonio había frecuentado con mucho gusto? No, Dorigo no conseguía explicárselo bien, pero era algo diferente.

Tal vez por la sanción legal que hacía de aquellas mujeres una categoría aparte, casi como una milicia o una orden religiosa. ¿Acaso consideramos hombres como nosotros a los carabineros o a los sacerdotes? Mejores tal vez, pero pertenecientes a otro mundo. ¿Consideramos mujeres a las monjas? No: santas criaturas, pero de otra raza. Lo mismo se puede decir de las mujeres de burdel. Podían ser jovencísimas y de una belleza maravillosa, no era infrecuente, y, sin embargo, se tenía la sensación de que entre ellas y nosotros había una barrera infranqueable: hasta tal punto pesan la costumbre, los prejuicios y la autoridad de las leyes.

Tal vez fuera también porque las muchachas de los prostíbulos se presentaban casi desnudas, con vestidos ridículos, ampulosos y retóricos, por lo general de un gusto horrible, que dejaban al descubierto las piernas y los senos, por lo que toda incógnita quedaba abolida en el punto de partida. Se trataba de un auténtico uniforme que nada tenía que ver con los vestidos de noche, aun simulando su aspecto, y también eso contribuía a hacer de ellas una categoría propia, completamente separada del género humano restante.

Tal vez fuera también porque ellas mismas, las muchachas de las casas de citas, no hacían nada para parecer chicas como todas las demás. Interpretaban su papel sin concesión sentimental alguna: amables, sí, con frecuencia, incluso afectuosas también, pero una barrera hermética las separaba del cliente. Entre los dos —salvo excepciones en las que se deshacía el encantamiento burocrático y entonces venían los inconvenientes— sólo había una relación física. Cualquier otro interés quedaba excluido. Si el hombre, picado por la curiosidad, preguntaba por su vida privada, recibía tan sólo informaciones vagas y convencionales.

En cuanto a ella, estaba bien que no fuese curiosa: ¿quién era el cliente? ¿A qué se dedicaba? ¿Tenía familia? ¿Era rico? Esos datos, tan importantes en cualquier relación amorosa normal, no formaban parte del juego y los dos se atenían a la norma y no hacían nada para violarla. Por encima de todo, ese desinterés recíproco facilitaba la situación y la volvía menos ardua.

En cambio, con las muchachas que se vendían exactamente como aquéllas, pero en circunstancias, ambientes y modos completamente diferentes, la situación era muy distinta. En nada diferían de las de vida normal por la sencilla razón de que pertenecían a ella. Exteriormente en nada se diferenciaban de las mujeres a las que suele frecuentar el hombre decente y a menudo usaban el mismo lenguaje. Ellas mismas tenían con frecuencia padres, hermanos y novios que en nada se diferenciaban de los clientes. No había una barrera de separación, no pertenecían a otra raza, incluso podían haber sido huéspedes la noche anterior de una de las mejores familias a las que él mismo solía frecuentar.

Por eso, la prostitución revestía en ese caso un aspecto turbador, en cierto sentido ilógico, y representaba una atracción mucho mayor. Por eso, Antonio tenía siempre la sensación de cruzar un límite prohibido; las reglas conforme a las cuales había vivido siempre —y en virtud de las cuales la mujer era un fruto prohibido que conquistar con esfuerzos larguísimos y a menudo vanos— desaparecían milagrosamente para complacer su lujuria. Cierto es que esas muchachas de alterne eran burdas principiantes en comparación con las profesionales expertas, acostumbradas a las fantasías más depravadas, pero la compensación era el misterio.

## IV

En aquel momento la señora Ermelina preguntó:

«¿Le importaría, doctor, que probáramos un vestido?»

«¡Faltaría más!» Dorigo sabía que Ermelina, para encubrir su trabajo de alcahueta, decía que regentaba una *boutique*. De hecho, en la alcoba había un armario que ocupaba toda una pared, probablemente lleno de vestidos.

Por lo demás, aquel entretenimiento simplificaba las hipócritas ceremonias de la espera. Mediante una convención de decencia, la entrada en la alcoba iba precedida todas las veces de un cuarto de hora de charla insustancial, en tono de alegría forzada, tras lo cual, agotados los temas al alcance de la mano, se hacía un silencio embarazoso, hasta que la señora Ermelina decía: «Bueno, ¿qué, amiguitos? ¿Se van para allá?», cuando no era la propia muchacha la que lo cogía de la mano y lo invitaba a levantarse, simulación de deseo que siempre causaba cierto efecto.

La señora Ermelina trajo un vestido de lana de malla gruesa y color de café.

«Éste sí que abriga».

Sin la más remota sombra de embarazo, Laide se quitó el jersey gris y la falda plisada de estilo escocés.

Se quedó en combinación, negra. Antonio se fijó en las piernas. Eran esbeltas, fuertes, firmes, con las pantorrillas desarrolladas, pero aún de niña, sin la molla saliente que tienen casi todas las bailarinas.

Le impresionó también la compacta redondez de los brazos, tan rara, en la que había un natural vigor popular y al tiempo una inocencia infantil. Mientras los alzaba para meterse el vestido por la cabeza, él vio que las axilas no estaban afeitadas: cosa extraña en una bailarina.

«Parece hecho a medida», dijo la señora Ermelina. Sin decir palabra, Laide se acercó a un espejo colgado en una pared y, tras alzar los brazos, se arregló su larga cabellera, que se le había quedado enganchada en el vestido.

Mientras mantenía los brazos alzados así y le daba la espalda, volvió la cabeza y miró a Antonio con una sonrisita traviesa. ¿Se daría cuenta tal vez de que con aquella pose estaba muy hermosa? ¿Se habría dado cuenta por sí sola, con la fulmínea intuición de las mujeres, al examinarse en el espejo? ¿O se lo habría mostrado alguien?

Vuelto así, el rostro se presentaba de frente, con su corte genuino, con arrogante seguridad en sí mismo, como diciendo: «¿Me ves? ¿Verdad que soy diferente de las otras? ¿A que te gusto?» Pero sin coquetería lasciva. Así lo hacen las niñas, al mirar a su mamá, a su papá, a sus hermanos, cuando las visten para la primera comunión.

Pero en aquel preciso momento él sintió un sobresalto en las entrañas, como un tañido misterioso, como cuando en un gran campo solitario se oye una voz lejanísima que llama. Desde luego, él en modo alguno podía comprender lo que estaba sucediendo en aquel instante, no podía sospechar su importancia. De improviso, con

uno de esos destellos con los que se revelan de golpe las obscuras huellas de los días perdidos, recordó haber visto ya a aquella muchacha.

En Corso Garibaldi de Milán existía un grupo de casas muy viejas adosadas unas a otras en una maraña de muros, balcones, tejados, chimeneas, en el que el espíritu de la ciudad antigua —no la de los señores, sino la de los pobres— sobrevivía con singular fuerza. Palmo a palmo, la vieja Milán había sido destruida. Sólo se habían librado los edificios imponentes, semejantes en el fondo a los de todas las demás ciudades de cualquier país: los que expresan, en el estilo que sea, los orgullos y las vanidades de la propia especie humana, mientras que en las viviendas de los pobres diablos es en las que se revela precisamente el alma auténtica del pueblo. Pero los salvajes no comprenden esas cosas y con el peso de los millones demuelen, con fines de lucro, los barrios sórdidos y polvorientos.

Sin embargo en Corso Garibaldi persistía aún, obstinada, aunque quebrada en los márgenes por el pico, una isla aún intacta y entre los números 72 y 74 había un pasaje coronado por un arco, como una puerta que daba paso a una callejuela estrecha y corta. Había incluso un letrero de piedra con estas palabras: Vicolo del Fossetto.

La entrada a la minúscula calle era tan angosta, que la mayoría de los viandantes ni siquiera la advertía, pero, ocho o nueve metros más abajo, la callejuela se agrandaba como en una placita rodeada de edificios decrepitos. Era un ángulo olvidado, un laberinto de callejuelas, pasadizos, pasos subterráneos, plazuelas, escaleras o escaleritas que albergaba aún una vida densa. Lo llamaban, a saber por qué, la Torcida.

¿Quién viviría en ella? ¿Qué sucedería en ella por las noches? ¿Sería un gueto de miserables? ¿Sería una guarida del hampa o del vicio? Por lo general, los callejones que cruzaban aquella maraña de casas no tenían nombre. La luz, por la noche, procedía sólo de los mortecinos farolillos amarillentos que iluminaban tenuemente los portales. Sonidos de radio, llamadas, ecos de riñas, un perro que ladraba... y después el silencio.

Unos meses antes, debía de ser por septiembre u octubre, una noche en que ya estaban encendidas las luces, Antonio pasaba a pie precisamente por Corso Garibaldi de regreso desde su estudio a casa, en la plaza Castello. Tras pasar la plazuela della Foppa, hacia el centro, la calle adquiría una gran intensidad milanese: casas, la mayoría antiguas o antiquísimas, a uno y otro lado, tiendas una tras otra, zaguanes vacíos que se engolfaban hacia patios tétricos y extraños. Pero las aceras hormigueaban con gente y no era ese fermento incomprensible, triste y casi desesperado que por la noche se esparce, por ejemplo, por ciertos barrios de Nápoles, sino una animación llena de vida, popular, alegre, no miserable: espera y abandono, prisa si acaso, preocupación por no llegar a tiempo. Y las caras parecían —acaso fuera una impresión— menos tensas, ansiosas y átonas que en tantos otros barrios de la ciudad, incluso más céntricos, ricos y modernos.

De repente Antonio se dio cuenta de que por delante de él caminaba una



muchacha. Llevaba un vestido de color lila ceniza con ribetes blancos, de tejido *pie-de-poule*, un corpiño tipo bolero de la misma tela, muy estrecho en la cintura, y falda ancha y corta, como entonces se estilaba. Con el brazo derecho desplegado para sostener un gran bolso de piel, caminaba con paso decidido, imperioso, casi arrogante, sin mover las caderas, con un porte muy bello y orgulloso de sí, haciendo sonar con aplomo autoritario los tacones altos y finos. Al moverse, sus jovencísimas piernas experimentaban una rápida vibración interna, desde los tobillos hasta el aguzamiento de las pantorrillas y más allá, a lo largo de la emocionante progresión muscular que se perdía tras la falda.

Pese a que la iluminación interna impedía un reflejo claro, la muchacha dirigía con frecuencia la cara a los escaparates, como casi todas las mujeres, para mirarse en ellos como en un espejo, pero rápidamente, sin una intención precisa, como por una costumbre convertida en instinto. Así, Antonio podía vislumbrar cómo era: un escorzo de mejilla dibujado sin vacilación, una nariz recta y saliente con expresión curiosa, una cabellera larga y negrísima echada hacia atrás y recogida en un compacto moño. La boca no conseguía verla, pero podía adivinarla, dada la línea afilada de la barbilla. Debía de ser pequeña, firme y presuntuosa.

Una chica del pueblo, una de esas personalidades físicas definidas hasta el fondo, no llamativas, que se van advirtiendo poco a poco, descubriendo una absoluta elegancia natural. Debía de tener dieciocho años.

Aparte de las fugaces miradas a los escaparates, avanzaba con la cabeza derecha y firme, como si mirara en línea recta delante de sí, sin ver siquiera a quienes venían en dirección opuesta a la suya. Antonio aminoró el paso para poder continuar siguiéndola. Desde los lejanos tiempos de cuando era estudiante, nunca había seguido o parado a mujeres en la calle y aun entonces raras veces, cuatro o cinco en total: no porque no le hubiera gustado hacerlo, sino por una timidez invencible, convencido como estaba de que no podía gustar. Por lo demás, las poquísimas experiencias de esa clase que había tenido de muchacho habían sido desafortunadas. Precisamente por ese complejo de inferioridad, Antonio, que en compañía de los amigos sabía ser gracioso y *dégagé*, al abordar a una mujer se volvía un perfecto cretino, no encontraba las palabras, balbucía y su voz, con el azoramiento, cobraba un tono falso, duro, antipático. Se daba cuenta perfectamente, mientras las palabras le salían de los labios, pero era más fuerte que él.

Tampoco aquella vez pensó vagamente en la posibilidad de abordarla. Era evidente que la muchacha pertenecía a un mundo completamente diferente del suyo, lo que multiplicaba el interés, pero creaba también dificultades insuperables. ¿Qué podía decirle? ¿Qué podía ofrecerle? ¿Cómo podía inspirarle simpatía? Desde luego, aquella joven silueta de dependienta, modelo, maniquí o puta —a saber qué oficio tendría— le gustaba enormemente. Además, había una diferencia de edad, obstáculo cuyo peso sentía dolorosamente desde hacía un tiempo.

Nada que hacer, por tanto. Al cabo de poco, la vería desaparecer, en una casa, una

tienda o un tranvía, y no volvería a verla nunca más.

En efecto, la joven se internó en la callejuela entre el número 72 y el 74. Sin embargo, antes de desaparecer, se volvió de improviso para mirar atrás. En aquel momento había ya poca luz, pero Antonio pudo verle la cara: pálida, enjuta, infantil, ojos redondos y atónitos. Le pareció bellísima, algo así como una española.

Sus miradas se cruzaron por un instante, por una fracción de segundo se acoplaron el uno al otro. Le habría gustado saludarla o al menos sonreír. No tuvo valor para hacerlo. La expresión de ella, al mirar al hombre, era de absoluta indiferencia. Después se internó, con su impertérrito paso, en el pasaje vacío.

¿Seguir tras ella? Antonio se detuvo en la entrada de la callejuela y se quedó mirando la esbelta silueta que se alejaba a contraluz, porque al fondo había un patio o un ensanche bastante iluminado.

Hasta que la muchacha desconocida desapareció allí, al fondo, no se atrevió Antonio a entrar también. Al final del corto callejón, se encontró en la minúscula plaza citada. Desde allí irradiaban, entre casa y casa, otras callejuelas y galerías. Pasó junto a él un mozo con una bandeja llena de pastas. Una anciana, asomada para cerrar los postigos de una ventana en un primer piso, miró a Antonio con curiosidad. También tres niños que estaban jugando a las canicas bajo un farol se volvieron a observarlo. De la maraña de casas circunstante, todas con galerías paralelas, llegaban voces, ruidos y sonidos. Se oía un martillo golpear en algo metálico. Había también olor a sopa de ajo, apetitosísima.

Era como un pueblecito enclavado entre el despliegue de las casas. Un pedazo de Milán imprevisible, del que nunca había oído hablar. Aparte de las luces eléctricas y una Vespa dejada delante de una puerta, todo era como uno o dos siglos atrás.

A Antonio le habría gustado explorar las callejuelas circunstantes: ¿hasta dónde se extendería aquella ciudadela secreta? ¿Habría otras plazuelas? ¿Se podría salir por otra parte, por Via Statuto o Via Palermo? Hasta habría podido encontrar de nuevo a la muchacha.

Pero fue cobarde, como de costumbre. Se sentía extranjero. A fin de cuentas, se encontraba en casa ajena. Incluso la angosta plaza debía de ser propiedad privada. Si alguien le hubiera preguntado por qué había entrado, ¿qué habría podido responder?

Se marchó, tras encender un cigarrillo, resignado. ¿A saber dónde habría ido a meterse la españolita! ¿Viviría tal vez allí? ¿O habría ido a ver a una amiga? ¿O habría acudido a una cita? No volvería a verla nunca más.

Y, sin embargo, con una de esas intuiciones del alma, aparentemente absurdas, en las que acaso no se repare, pero que permanecen dentro para reavivarse más adelante, al cabo de meses o años, cuando se dispare el mecanismo del destino, Antonio tuvo un presentimiento: como si aquel encuentro revistiera importancia en su vida, como si la rapidísima coincidencia de las miradas hubiese creado entre ellos un vínculo que no se quebraría nunca más, sin que lo supieran. Ya en el pasado había comprobado, más de una vez, la increíble fuerza del amor, capaz de volver a anudar, con infinita

sagacidad y paciencia, mediante cadenas vertiginosas de aparentes casualidades, dos finísimos hilos que se habían perdido en la confusión de la vida, de un extremo al otro del mundo.

Pero después, con el paso de los días, vinieron el trabajo, los viajes, la gente. Antonio no había vuelto a pensar en ella, la turbadora figurita olvidada y sepultada en los profundos subterráneos de la memoria.

## V

Pero, cuando aquella menor, con los brazos desnudos en alto como asas de ánfora, se volvió para sonreírle en el agradable salón de la señora Ermelina, afloró de pronto el recuerdo de aquella noche de septiembre u octubre en Corso Garibaldi.

No podía asegurar que fuera ella. La muchacha de Corso Garibaldi tal vez fuese más hermosa, al menos en el recuerdo, pero había una extraña identidad de estilo humano. Desde luego, esta Laide no encarnaba el mismo misterio.

¿O sería que la violenta atracción ejercida sobre él por aquélla dependía de que en aquel momento, en aquel lugar, hubiera resultado una criatura inalcanzable, mientras que ésta estaba a su completa y fácil disposición? ¿Sería tal vez sólo la diferente situación lo que las hacía parecer distintas, cuando, en realidad, eran la misma persona?

Entretanto, Laide, satisfecha con la prueba, se había quitado el vestido y se había quedado de nuevo en combinación.

«¡No pretenderás volver a vestirte ahora!», dijo Ermelina, riendo, porque la muchacha había recogido su falda del diván. «Hijos míos, allí todo está listo».

Era una de las fórmulas sacramentales. Antonio, precedido de Laide, pasó a la alcoba.

Sólo, que, cuando se encontraba en el umbral y la muchacha ya había entrado, Ermelina hizo una señal al hombre para que volviera junto a ella y le susurró al oído:

«Tenga en cuenta que es un caso extraño, verdad. Le gusta...» e hizo un gesto. «Se lo digo para que sepa a qué atenerse».

«Ah, estupendo», respondió él, pese a no haber entendido.

La cama estaba hecha y sobre ella había una colcha de cretona extendida. Evidentemente, la patrona pensaba que harían el amor al descubierto, pero el cuarto no estaba caldeado precisamente. Antonio levantó la colcha y, nada más desnudarse, se metió bajo las sábanas. Entretanto, ella estaba en el baño lavándose.

Tal vez aquellos cinco minutos de espera en la cama, mientras la muchacha, al otro lado, preparaba como Dios manda su cuerpo, fueran el momento mejor. La imaginación, con la certeza de una próxima satisfacción sin impedimentos, formulaba las más excitantes y lujuriosas hipótesis, que, naturalmente, resultarían defraudadas después al menos en un ochenta por ciento.

Ella volvió a aparecer en combinación. «Hola», dijo, al entrar y añadió con cierto asombro: «¿Te has metido dentro?»

«Querida mía, no hace calor precisamente aquí».

«Sí, mucho calor no hace».

Con la misma desenvoltura que si hubiera estado sola en un local herméticamente cerrado, sin la menor simulación de pudor, mientras él la examinaba y saboreaba por anticipado, se quitó la combinación y después las medias. Debajo llevaba unas bragas violeta y un corsé de un violeta más claro con listas verticales y negras, bastante

elegantes. Ermelina tenía mucho interés en que las chicas de su escudería se esmeraran en la elección de su lencería. Eso era lo importante con una clientela selecta como la suya. Que los vestidos y los abrigos estuvieran raídos poco importaba.

Con la cabeza inclinada y los labios contraídos por el esfuerzo, Laide desabrochó los corchetes del corsé, por la espalda. Después lo abrió como una concha y quedó desnuda.

Era el clásico cuerpo de bailarina, esbelta, caderas estrechas, muslos largos y espigados, senos pequeños de niña. Parecía un dibujo de Degas.

Corrió hacia la cama.

«Tienes razón: ¡qué frío!», y se metió riendo bajo las sábanas y entre los brazos de él.

Él se apresuró a besarla en la boca. Ella estaba metiéndole, con aparente placer, la lengua entre los labios, pero sin intemperancias obscenas, sino con cierto recato casi casto.

Después Antonio volvió a alzar la cabeza para mirarla: aquella carita alegre e infantil debajo de él, entre el negro de la larga cabellera suelta. Parecía encontrarse a gusto.

«¿Es verdad que eres bailarina?»

«Sí».

«¿Y dónde trabajas?», le preguntó, fingiendo que Ermelina no se lo había dicho.

«En un teatro al que tú también vas».

¿Qué querría decir? ¿Se habría enterado de quién era Antonio, de que trabajaba de escenógrafo? ¿O se referiría en general a la categoría social, como si todos los burgueses de cierta clase hubieran de frecuentar la Scala?

«¿Cómo que voy?»

«Un teatro al que tú también vas».

«¿Eres bailarina de la Scala?»

Ella dijo que sí con la cabeza, confesión que le satisfacía.

«Te felicito. Iré a aplaudirte». «Gracias».

«Y, disculpa la pregunta, ¿cómo es que no llevas las axilas depiladas?»

«Calla, que tengo que ir al esteticista».

«Pero ¿bailas así en la Scala?»

«Para eso hay como unas ventosas que nos ponemos y así, al bailar, no se ven los pelos».

Hizo una pequeña mueca frunciendo el labio superior, como hacen las niñas un poco coquetas cuando piden perdón.

Y él:

«Dime: ¿cómo te llamas? ¿Laide? Mira una cosa: satisfáceme una curiosidad. ¿Vives por casualidad en Corso Garibaldi?»

«¿Yo?» Puso una mueca de asombro. «Ni hablar. ¿Por qué?»

«No, por nada. Porque te he visto en Corso Garibaldi».

«¿A mí en Corso Garibaldi?» Se quedó pasmada. «¿Cuándo?»

«No recuerdo exactamente, pero hará unos tres o cuatro meses. Era por la noche, hacia septiembre u octubre».

«Pero ¡si debe de hacer dos años que no paso por Corso Garibaldi!»

«Entraste en una callejuela que conduce a ese barrio interior, la que llaman la Torcida».

«¿Yo en la Torcida?» Decía «tovcida» con una erre graciosa.

«¡En bonitos lugares me situas! En mi vida he estado en la Torcida, gracias a Dios».

«¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?»

«Mira: en la Torcida sólo hay putas, ladrones, maricas y chulos».

«¡Cómo que chulos!»

«Sí, chuloputas, macarras».

«Pero, disculpa, ¿tú qué sabes?»

«Lo sabe todo el mundo, ¿no? ¿Por qué? ¿Tú qué creías?»

«Yo, nada. Ni siquiera sabía que existiese».

«Bueno, mira, yo por aquellos andurriales no pongo los pies».

Parecía resentida.

«¿Qué quieres que te diga? Me parecía haberte visto».

«Sería una que se pareciera a mí. ¿Cómo iba vestida?»

«Imagínate si voy a acordarme», dijo Antonio, que, en cambio, lo recordaba perfectamente.

«¿Y qué más me has visto hacer? ¿La carrera?»

«No sé por qué te lo tomas así. ¿Te he dicho algo ofensivo?»

«Bueno, a mí ciertas conversaciones no me van. Y se acabó. ¿Está claro? Y ahora...»

Lo atrajo hacia sí y le puso la boca en su boca.

## VI

¿Quién era? ¿Adónde iba? ¿Con qué esperanzas? ¿Por qué llevaba aquella vida? Una jovencita tan lozana, viva, auténtica. Si hubiera nacido en una familia como la de él, Antonio, ¿habría acudido jamás allí, a casa de Ermelina? ¿Qué infancia desgraciada tenía tras sí? ¿O era sólo un afán de libertad y rebelión, deseo de ropa elegante, necesidad imperiosa de humillarse, echarse a perder, venderse, abandonar el cuerpo a los deseos anónimos, voluptuosidad de arrojarse al abismo?

Mientras volvía a vestirse, con aquel estado de ánimo particular, sereno y melancólico, que sigue al desahogo de los sentidos, Antonio apartó el visillo de muselina que tapaba la ventana y miró afuera.

No pensaba estar tan alto. Enfrente había una casa de la misma altura y tal vez más, pero a la derecha de ella se abría un claro por el que la mirada se extendía en una vasta perspectiva de terrazas y tejados: tejados sobre todo, negros, atestados de chimeneas, allí abajo.

Allí abajo estaba la Milán de la que procedía Laide. Las casas de galerías con tufo de gato, con tiestos floridos en mayo y bragas tendidas y la voz de una joven que canta con abandono y una horrenda disputa entre hombre y mujer con palabras que daría vergüenza repetir, el sol baña un jardín nobiliario y calienta un poco las amarillentas paredes de la casa con blasones, llaman al trapero por la mañana, que se acerca poco a poco y después ya está ahí abajo y, antes de que queramos darnos cuenta, ya se ha alejado, el chirrido del tranvía en la curva, todas las veces los ojos del contable apuntan silbando a la nuca de una empleadilla de quince años, los pozos comunales de los patios brillantes con la lluvia, negros, cristalinos, con un tocadiscos abandonado en el séptimo piso que hace taa-taa-taa, porque ella está echada en el sofá y él la sujeta y jadea, las once y media de la mañana, al final del mercado de trigo vendrá el señor Marisigliano de Borgotaro, había dicho «una jovencita rubia, por favor», la camioneta descarga los paquetes de bobinas, «esta vez el *boss* está cabreado, sólo Dios sabe dónde colocar este parné», «basta con que lo quieras, querida, ¿qué eres?, ¿camarera?, aquí tienes mi número, por si te apetece, pero una cosa, mira: limpieza, por favor, no son necesarios perfumes, pero jabón y dentífrico, sí», «¿sabes que esos tipos que holgazanean en el paso subterráneo Carminati necesitan la sombra?», la puerta chirrió, «no, mamá, he estado en casa de Nora escuchando discos y hablando y hablando se me ha hecho tarde», «tres mil por noche, más la venta de las flores, más los extras, ¿comprendes?», «¿no irás a hacerte la delicada aquí, en mi casa?», «la cuestión es meterse en el bote a ciertos vejetes que, si los sacudes, hacen ding, ding, de tan forrados como están de cucas, Milka desplumó a uno este otoño que era un poema de tan repugnante, pero con eso se ganó un abrigo de visón, la viste, ¿no?», ese zumbido del ascensor para arriba y para abajo, él le coge la barbilla entre dos dedos, la sacude con rabia seis, siete veces y después la sujeta y luego la sacude otra vez, ella lo mira asustada, «y ahora no me vengas con cuentos,

guapa, tú me apoquinas veinte mil pelas una tras otra, y, si lo intentas otra vez, te daremos para el pelo, un palizón, que ni siquiera vas a poder hacer una carrera de cien, ¿está claro?», «y después, ¡toma, jeroma!, menudo tortazo que te pega, que ya es que sientes estallársete la cara», ¡y pam!, al suelo, que, si tiene una mala caída, así aprenderá, y algunas veces él le da correazos en el trasero, no veas qué señales después, como para no poder trabajar durante una semana, y también en los muslos, el conductor del ingeniero Kasparri todas las noches se cambia, pero ¿quién le da el dinero para el *night-club*?, tan feo, que parece un gorila, pero dicen que ella, la señora Kasparri, que parece un ángel, una Virgencita, después, de noche, se pone como loca de celos sabiendo que él, entretanto, está trincando champán con las zorras, pero no puede por menos de hacerlo, es como una enfermedad, en la oficina de la SNDL a obscuras, suena el teléfono a esa hora e insiste, seis, siete veces, se ha dado cuenta todo el inmenso vecindario, un sonido verdaderamente desesperado hasta las tres y media, más o menos, hará una semana que él se dio cuenta, hay un descubierto de trece millones, pero en el foso de la estación de servicio el que ve pasarle por encima el vientre, la ingle y las vergüenzas de los seiscientos y los mil cien, siempre los mismos con sus inmundas incrustaciones, nunca ve la hora de darse el piro y entre rueda y rueda mira de reojo el reloj, las seis menos cuarto, las seis menos diez, también en el entresuelo de la oficina de la TETRAM un timbrado del teléfono, «no, no, de ningún modo», un cenutrio impasible riéndose, sardónico, con el cigarrillo en los labios: «por menos de tres, no, no y no, te he mandado adrede, tú ahora no me hagas arrepentirme con todos esos gastos que hemos tenido por ti», y, entretanto, piensa en la pantorrilla con medias negras de una periquita que, al verla, le ha dado un tirón en la ingle, pero es absurdo, él tiene mujer e hijos, y los tacones, los tacones, ese grosero ruido de tacones escaleras abajo y por dentro todo el peso de las caderas abandonadas a la gravedad carnal, «rápido, Inés, hay un señor esperándote», «¿qué señor?», «ya lo sabes, lo conoces, es el que siempre viene a esta hora, no te hagas de rogar, hazle escupir el alma, ya sabes», desde la barandilla del sexto piso ella asoma con los ojos fuera, el vientre fuera, esperándolo a él, que no llega, en el entresuelo, al final la luz del alba y tal vez el cielo sea grande y azul, pero tal vez haya nubes o el maldito asunto del alba, del momento en el que sale el sol, pero la ciudad no lo conoce, no lo conoce nunca, las casas lívidas, adormecidas y cerradas y los pocos, poquísimos, que aún están vivos sienten algo casi divino por un instante, sólo un momento, porque después viene el sueño, ese peso en la cabeza, pensando en el horario, luz del alba lívida y apática en la gran ciudad, pero, a ver, ¿es grande?, es ridícula, en el mundo hay centenares más grandes, en el entresuelo la luz filtrándose precisamente por entre los intersticios, lo que demuestra la seriedad, la chica desnuda ve al hombre que la ha comprado para esa noche, lo ve ahíto y dormido, con la boca entreabierta semejante a las de las alcantarillas o también a las trémulas luces en el altar de la Dolorosa, donde, arrodillada en el frío del alba y con la cabeza cubierta de un velo negro, ella misma esta mañana —¿será posible?— rezaba, con lágrimas en



los ojos, rezaba por su amor, su porvenir, su casa, un cura holgazaneaba en la nave, socarrón, y la miraba de reojo sin desmerecer de la dignidad eclesiástica, aquel olor de incienso, aquel sentido de las casas en derredor, una pegada a la otra, verticalmente rígidas, grises, repletas de vidas humanas, telones tremendos, uno encima del otro, atrancados, apiñados, en torno a la pequeña iglesia decimonónica de paredes negras y chorreantes, le dolían las rodillas, ella se sentía pura, pese a la noche que había pasado a merced de un desconocido pagador, precisamente por eso incluso, por el sacrificio personal que entrañaba la prostitución, su madre en casa enferma tal vez de un mal horrendo, unos dolores en las partes bajas, todas las noches, todas las noches, y en derredor los perfiles cortados a pico y negros de las paredes con el reflejo que le enviaban con aquel velo de sombra, una delicada luz violeta en el reloj del salpicadero del superdeportivo, mientras él ponía una mano en el muslo de ella, así, distraídamente, como prueba de la mercancía y, entretanto, una cháchara idiota, «¿sabes ése del niño malhablado? Pues, mira, un niño entra en el salón y ahí estaba su madre con un montón de amigas y él dice», en algunos momentos, al tomar la curva con chulería, iban a topar con un taxi y después perdiendo el culo en tercera, también es hermosa esta sensación de fuerza mecánica, «a saber lo que tendrá este tipo, aun no teniendo mal aliento», «sentí la media izquierda deshacerse por encima de la rodilla, una carrera de repente, maldición, con lo que cuesta», el señor coronel del piso de arriba, jubilado, con su perrito bastardo que la mira, cuando se la encuentra por la escalera, cómo la mira, si supiese, Dios mío, si supiera, cierto es que los tacones altos cansan los pies, pero cómo resaltan las pantorrillas, las miradas de los hombres se pegan como filamentos, ella las siente como telarañas pegadas, esos guarros, en el colegio sor Celeste le decía siempre: «basta de mirarte en los cristales de las ventanas, que es pecado», eso decía, era invierno al otro lado de las ventanas, la calle completamente cubierta de nieve, silenciosa como nunca, y faroles, uno tras otro, hasta perderse de vista, pero esta noche hay pocos coches, mientras en las viejas escaleras corroídas las bombillas, apagadas y pobres, en todos los pisos, la del tercero se ha fundido incluso, emiten esa luz que cuenta tantas cosas horribles, Dios, Dios, las paredes tenebrosas, el charco, el misterioso automóvil parado, el laboratorio incomprensible en el sótano, donde entran y salen ciertos tipos, el asqueroso estudio del fotógrafo en el primer piso que no se sabe cómo vive, la fantástica maraña de las chimeneas en el tejado, la perdición de los ojos de patio hundidos, la habitual meada en el rincón, el «trac trac» de vez en cuando en la tienda contigua, la lápida donde vivió un patriota milanés, ese ladrillo que sobresale, la riña nocturna en la taberna del patio, toda la densidad de vidas que fermentan y nunca se sabe, nunca se sabrá, como en un robo silencioso.

Ya caía la noche, luces aquí y allá, pero en lo alto se veían aún todas las casas negras, enigmáticos perfiles humeantes de neblina. Él estaba al borde de un foso inmenso y vacío, de allí llegaba Laide, de ese reino desconocido y una voz en su interior, de Dorigo, no exactamente una voz, más bien un tañido profundo lo llamaba,

llamaba. «Qué idiotez, se dijo», miró el reloj, en aquel momento entraba, procedente del baño, Laide, se había echado el pelo hacia atrás, precioso, estirado, en un compacto moño, un estilo maldito, desde luego, pero sin carmín en los labios, y le dijo:

«¡Cómo! ¿Aún no te has vestido?»

## VII

Volvió a verla unos días después, también en casa de la señora Ermelina. Había telefonado, como de costumbre, pero pidió que le asignara a Laide. Cuando volvió a encontrársela en aquel salón, se sintió un poco desilusionado. Aquella vez se había recogido el pelo en la nuca y parecía descuidada. Resaltaban en su rostro los rasgos típicamente populares y vulgares: la nariz prominente de punta roma, el movimiento de los labios, que se abrían de vez en cuando como valvas, con expresión astuta, provocativa y segura de sí. Le impresionó también la desenvoltura con la que hablaba Laide de cosas indecentes delante de él, de Ermelina y de otra muchacha feúcha, que estaba de paso. Contaba sobre sus compañeras bailarinas, las calificaba a todas de putas.

«Pero aún habrá alguna virgen», dijo Ermelina.

«Oh, sí, sí», dijo Laide riendo, «pero puede que sean peor que las otras. Hay una, amiga mía, de buena familia, claro está, que es tan guarra, a fuerza de...», y en aquel momento hizo un gestito terrible, «que las caderas se le han puesto así y ha tenido que dejar de bailar, imaginaos qué actividad y, sin embargo, sigue siendo virgen».

«¿Por qué crees que se le han ensanchado las caderas?», dijo Dorigo.

«No hay nada peor que eso», explicó Laide, tajante, con expresión de entendida.

Tampoco el amor en la cama fue como la primera vez. Las caricias y los besos parecían formalidades burocráticas. Entretanto, él procuraba averiguar algo sobre ella, pero Laide no estaba dispuesta a hacer confidencias. Sólo se enteró de que vivía con una hermana casada, doce años mayor que ella: su madre había muerto hacía unos meses y su padre quince años antes. Su hermana estaba siempre enferma y su cuñado tenía un pequeño negocio. Ser bailarina de la Scala le brindaba gran libertad para salir y regresar tarde por la noche.

Pero sobre todo a propósito de la Scala se mostraba evasiva Laide. Con el deseo de que ella lo estimara, de establecer como un vínculo profesional, Antonio le dijo que precisamente aquellos días estaba preparando decorados y trajes para un *ballet* de Lachenard, *L'étoile du soir*. ¿Iba a actuar ella también? Sí, claro, pero ese *ballet* no le gustaba.

«Pero ayer, por ejemplo, ¿estuviste en el ensayo?»

«Ayer, no: ayer tenía un poco de fiebre».

En cuanto al apellido, no hubo forma alguna de saberlo.

«Podemos vernos igual, ¿no?»

«Pero ¿es que temes algo?»

«Nada, soy así: cuanto menos se sepa, mejor».

«Entonces, no te fías».

«¿Qué quieres decir? Yo no digo mi nombre a nadie».

«Al menos podrás darme el número de teléfono».

«Eso, vamos, es que no lo sabe lo que se dice nadie. Si llamaran a casa

preguntando por mí, mi hermana se quedaría patidifusa».

«Entonces, ¿cómo te llama Ermelina?»

«Soy yo la que le telefono. Le llamo de vez en cuando».

«¿Para saber si hay alguna novedad?»

«O me telefona ella después de medianoche al *Due*».

«¿La sala de fiestas?»

«Sí».

«¡Cómo! ¿Vas todas las noches?»

«Todas las noches, no. Cuando voy, hago un número».

«Un número, ¿de qué?»

«*Un slow*».

«¿Y cómo vas vestida?»

«Oh, toda tapada: con leotardos».

Había estado un par de veces, Dorigo, en el *Due*, con amigos. Lo habían llamado así por alusión a la cárcel de San Vittore, denominada popularmente «El do», porque la entrada tiene el número 2. Estaba en el centro, en el sótano de un bar, una de esas salas de baile llamadas existencialistas, decoradas con extravagancias macabras o abstractas de gusto un poco goliardesco. Chicos y chicas, algunos jovencísimos, se exhibían en *boggie-woogie* y *rock-and-roll* frenéticos y de género acrobático. Era un lugar en conjunto bastante alegre y simpático, más deportivo, en cierto sentido, que pecaminoso, pero estaba en un sótano y la escalerita angosta para bajar hasta él, las pintadas impertinentes y de doble sentido, la provocación, aun ingenua, de las pinturas murales, cierto surrealismo a la francesa ponían las notas perversas y de mala vida que fascinaba a las señoras burguesas. No había *entraineuses*, pero las ninfitas que interpretaban «números» no debían de ser, desde luego, novicias de convento, aunque sólo fuera porque se dejaban toquetear, para las piruetas y los saltos mortales, por todas las partes posibles del cuerpo. Antonio recordó haber presenciado también un *slow*, como una danza *apache* modernizada, y la chica era arrojada repetidas veces al suelo, maltratada y arrastrada por la cabellera. Laide debía de hacer algo por el estilo.

«Y, disculpa, ¿cómo te las arreglas con la Scala?»

«A medianoche, aunque haya espectáculo, la Scala ya ha acabado: como muy tarde a las doce y media».

«¿Y tu hermana sabe que bailas en el *Due*?»

«¡Madre mía! ¡Pobre de mí, si lo supiera!»

«¿Y a qué hora vuelves a casa? ¿A las tres? ¿A las cuatro?»

«Mira, como muy tarde a la una, a la una y media, porque, si no, ¡mi hermana...!»

Había mucho de inverosímil en todas aquellas historias: que Ermelina, por ejemplo, no conociera su número de teléfono, que su hermana no supiese la vida que llevaba e ignorara sus exhibiciones nocturnas en el *Due*, que la Scala le permitiera

bailar en un local no precisamente serio, pero ella hablaba con tal seguridad, tal acento de absoluta sinceridad, que resultaba imposible no creerle, habría habido que pensar en un auténtico monstruo.

Por otra parte, ¿qué le importaba a él? Volvería a solicitarla un par de veces más, como máximo, a Laide. Después, al disminuir la curiosidad, se cansaría. Desde luego, ella no era de esas artesanas expertas que saben renovar el deseo aun después de una frecuencia dilatadísima. Si le había preguntado por ella y por su vida, había sido sólo por la fascinación que en él ejercía el ambiente desconocido, la existencia de esas muchachitas. ¿Cómo vivían? ¿Con qué aspiraciones? ¿Cómo lograban resistir? ¿Quiénes eran sus hombres verdaderos? Participaban en el mundo de las familias honestas y normales y al tiempo en la mala vida, frecuentaban a los hijos de las familias más ricas, entraban en sus suntuosas quintas, subían a bordo de sus Ferrari y sus yates haciéndose la ilusión de pertenecer a su sociedad, pero, en realidad, aquellos señores las utilizaban como mero instrumento de entretenimiento y libidinosidad y, por tanto, las despreciaban totalmente. Entraban como huéspedes dignas de consideración en las *garçonnières* de los millonarios, pero, si armaban bronca o no se sometían dócilmente a los caprichos más obscenos y humillantes o pedían diez mil liras de más, eran expulsadas a tortazos incluso, por hombres borrachos, con epítetos infamantes, como las —más bajas— que hacían la carrera. Se jactaban de conocer a las modistas de lujo o los grandes hoteles internacionales, contaban que frecuentaban los *night-clubs* de la alta sociedad, en las tiendas se mostraban difíciles y altaneras, por la calle caminaban con expresión desdeñosa de princesas inalcanzables, pero después por un billete de cinco mil corrían jadeantes a satisfacer, en el hotelillo contiguo a la estación, la lujuria de un agente comercial cincuentón, gordo y sucio, que las trataba como a criadas.

Al salir, encontró en el pasillo a Ermelina. La puerta del salón estaba cerrada y se oía un parloteo interrumpido por carcajadas. Había también una voz de hombre: otro cliente, probablemente. Tal vez le estuviera destinada Laide. Antonio dio las veinte mil liras a la patrona.

«Despídame de Laide».

«No, que viene en seguida».

Ermelina entreabrió la puerta del baño.

«¿Estás lista? Está aquí el señor Tonino, que quiere despedirse de ti».

Laide salió del baño en combinación. Se despidió de él sonriendo:

«Adiós, tesoro».

Aquel «tesoro» le fastidió. Era tan profesional. Se marchó como liberado, pero el encuentro con Laide le había dejado una extraña turbación. Tal vez también por el recuerdo de la chavala que había visto en Corso Garibaldi. Como si algo le hubiera tocado en lo más profundo, como si aquella muchacha fuese diferente de las habituales, como si entre ellos dos debieran suceder muchas otras cosas, como si él hubiese quedado transformado, como si Laide encarnara del modo más perfecto e

intenso el mundo peligroso y prohibido, como si hubiera habido una predestinación, como cuando, sin un síntoma particular, se tiene la sensación de estar a punto de enfermar, pero no se sabe de qué ni la causa, como cuando se oye abajo el chirrido de la cancela y, aunque la casa sea inmensa, vivan en ella centenares de familias y en la entrada haya continuas idas y venidas, sabemos de improviso que la persona que ha abierto la cancela viene a buscarnos.

Por eso, temía en cierto modo el tercer encuentro, pese a desearlo intensamente. Las cosas podían complicarse. Podía quedar enredado, aún más enganchado. En cambio, nada. El encanto de la bailarina se había esfumado solo, con la trivialidad de las habituales cópulas de pago. Laide era una de tantas: atractiva, desde luego, natural, físicamente graciosa, pero vacía. Entre ella y él nunca habría nada.

Por lo demás, el día siguiente se marchó con su amigo Soranza a esquiar. Pasó en Sestriere una semana. Estaba Dede, una muchacha de familia excelente, a la que había conocido el año anterior en Cortina. Pasaban el día esquiando juntos. Laide nunca había existido.

## VIII

A las seis era el ensayo del *ballet La estrella vespertina* de Lachenard. Se lo habían dicho en el último momento y Antonio había quedado con la señora Ermelina para encontrarse con Laide a las cuatro.

«¿A quién prefiere?», había preguntado por teléfono la señora Ermelina. «¿Mando venir a Laide?», y en la voz había una vaga sombra de malicia, como si se hubiera dado cuenta de algo.

«¿A quién prefiere?», había preguntado la señora Ermelina.

«Pues no sé», había dicho él.

«¿Mando venir a Laide?»

«Laide, si, o Lietta».

«¡Ah, Lietta! ¿Ésa que es un poco robusta?»

«Sí, sí», dijo él.

«¿Prefiere a Lietta?»

«Me da igual, escoja usted una o la otra».

No era cierto. A Lietta, una pelirroja con un tipazo, la había conocido un par de meses antes y le habían vuelto las ganas de ella. Aquellos hombros de lanzadora de jabalina, aquellos senos poco salientes, pero poderosos, aquellos muslos que sabían apretar. A Laide, eróticamente, ya la conocía bien, no podía prometerle ninguna sensación nueva. Atractiva, desde luego, de un estilo que le gustaba, pero...

«Muy bien», dijo la señora Ermelina por teléfono, «una de las dos».

Pero en el último momento le habían avisado de que había ensayo y telefoneó para anular la cita.

«Paciencia», dijo la señora Ermelina, «ahora hace falta que la encuentre por teléfono para decirle que no venga».

«¿A quién?»

«Había quedado con Laide».

«Lo siento, pero no ha sido culpa mía».

No importaba. En el fondo, él iba por vicio más que por una verdadera necesidad, por la satisfacción de probar, por el indefinible placer de gozar de una muchacha hermosa y casi desconocida, que durante veinte o treinta minutos pasaba a ser suya, como una esposa, y podía ser que se tratara de una criatura bellísima, a la que por la calle todos se volvían a mirar, pero, cuando estaba a punto de entrar en el escenario, se le ocurrió que Laide debía encontrarse también allí, pues en el *ballet* participaba todo el cuerpo de la escuela.

Avanzó por el escenario un poco cohibido: para él, ajeno a la compañía, las bailarinas eran mujeres, antes que artistas, y era la primera vez que las veía tan de cerca.

En el proscenio había seis o siete sillas: para el coreógrafo, Vassilievski, la directora de la escuela de baile, el compositor, que había llegado expresamente de

París, el director de orquesta, el *maître-de-ballet* y los demás. Más allá, en un piano vertical, un maestro sustituto hacía las veces de orquesta.

El telón estaba levantado, pero la sala estaba inmersa en la obscuridad. Sólo unas bombillas iluminaban con luz blanca las tablas. Más arriba y detrás, se abría el misterioso antro del escenario, en un fantástico enredo de decorados enrollados, cuerdas, pasarelas, mecanismos extraños, balcones: perspectivas vertiginosas que dejaban intuir un mundo propio, complicadísimo, fascinante y absurdo. Los decorados que había diseñado él no estaban listos. De fondo, estaba la clásica representación en perspectiva de un claustro, tal vez usada para *La fuerza del destino*.

Se hicieron las presentaciones, le ofrecieron una silla, lo trataban con cortesía respetuosa, como a un huésped que no estuviera al corriente de las cosas de la familia. En realidad, aquel día podría perfectamente no haber acudido. Aún no se había empezado a preparar el vestuario, pero el maestro de *ballet*, mientras el pianista atacaba las primeras notas, se le acercó para decirle que Clara Fanti, primera bailarina, quería pedirle algunas aclaraciones sobre el vestido concebido para ella y sonreía de modo alusivo, como diciendo: «Ya sabe usted perfectamente que éstas siempre han de poner alguna pega».

En aquel instante se dio cuenta de que los decorados y el vestuario ya le importaban un comino. Si hubiese sido sólo por eso, ni siquiera habría acudido probablemente. Una vez acabado un trabajo, por lo general dejaba de interesarle, tal vez por pereza, que, sin embargo, en la práctica se convertía en una norma sensata. Él había acudido por Laide, hasta aquel momento no se había dado cuenta y ahora sentía una impaciencia angustiosa.

Entró un tropel de bailarinas, unas diez o doce: eran las sombras de la noche. Naturalmente, ninguna iba vestida como en la representación: todas llevaban leotardos negros, iban sin maquillaje y con el pelo sujeto, si acaso, con una cinta o un pañuelo en la frente. La mayoría eran delgadas y con aquel aspecto daban una impresión de desenvoltura ostentada, dejadez, suciedad incluso por las señales blancas de polvo en las rodillas, los codos, el trasero. Sin embargo, esa propia dejadez infundía a las muchachas un aire provocativo o insolente. Muy pronto, entre otras cosas porque los leotardos modelaban sus jóvenes cuerpos hasta los menores pliegues y curvas, Antonio se dio cuenta de que estaban infinitamente más deseables que con el elaborado esplendor de un vestido para la representación.

Al verlas así de cerca, atentas a las obligaciones del trabajo, sin maquillaje ni cola de pavo real, tan sencillas y sin acicalar, más desnudas que si lo estuvieran de verdad, Dorigo comprendió de improviso su secreto, por qué desde hacía infinidad de siglos las bailarinas eran el símbolo mismo de la hembra, de la carne, del amor. El baile era —comprendió— un símbolo maravilloso del acto sexual. La regla, la disciplina, la férrea y con frecuencia cruel imposición a los miembros de movimientos difíciles y dolorosos, el constreñimiento de aquellos jóvenes cuerpos virginales para que mostraran las perspectivas más recónditas en posiciones extremadamente tensas y



abiertas, la liberación de las piernas, del torso, de los brazos en su disponibilidad máxima: todo eso era para la satisfacción del hombre, a la que las bailarinas se abandonaban con ímpetu, sufrimiento y sudor. Y la belleza radicaba precisamente en ese abandono apasionado e impúdico. Sin que lo sospecharan ni remotamente, se trataba de toda una ostentación, un ofrecimiento, una invitación a la unión carnal. Aquellas bocas entreabiertas, aquellas blancas y tiernas axilas abiertas de par en par, aquellas piernas separadas como por un espasmo, aquel ofrecimiento del pecho en holocausto, como arrojándose entre los ardientes brazos de un dios invisible e insaciable. Con sabiduría genial, los grandes coreógrafos habían estilizado ese fenómeno sexual en actitudes aparentemente castas y aceptables por todos, pero la carga permanecía por dentro, de modo que, para quien supiera verlo, una secuencia de pasos clásicos lograba un efecto mayor con mucho que la lúbrica danza del vientre de una bailarina de estriptis en un *night-club*. Eran cosas que, naturalmente, nadie se atrevía a confesar en voz alta ni escribir, en virtud de esa conjura general y absurda de hipocresía que oculta el mundo del amor.

La danza no era —descubrió Dorigo— otra cosa que un desahogo lírico del sexo: todo lo demás no podía ser otra cosa que decoración o idiotez. Los bastos y lascivos ofrecimientos carnales de las prostitutas de burdel resultaban una comedia ridícula en comparación con las seducciones alusivas y tan pícaras de las bailarinas, que penetraban en lo profundo, y cuanto mejor era una bailarina, cuanto más audaces, perfectas, ligeras, armoniosas y acrobáticas eran sus prestaciones, más intenso era en quien la contemplaba el deseo de abrazarla, estrecharla, palparla y acariciarla, en particular en los muslos, de poseerla hasta el fondo.

Entró un tropel de bailarinas, debían de ser unas diez o doce: eran las sombras del crepúsculo.

En aquel primer grupo no estaba ella. Por un instante, con un sobresalto interior, le pareció reconocerla en la tercera, una morenita de media estatura. Con los rápidos movimientos que hacían, no era fácil distinguir bien. Después la morenita, girando sobre sí misma, se acercó y se detuvo de golpe, junto con sus compañeras, con una pierna alzada hacia atrás, en equilibrio sobre la punta del otro pie. Así se presentó de perfil y él comprobó que la nariz era completamente distinta.

Más tarde entró la primera bailarina, después hubo un paso de dos, luego el grupo de antes intervino trabando un episodio colectivo. La sesión iba para largo. Aunque el equipo estaba ya bastante preparado y tenía ya metido el *ballet* en las piernas, Vassilievski, que iba vestido como con un mono, interrumpía con frecuencia, más que nada, tal vez, por el gusto de la exhibición personal, y repetía sin música tal o cual paso, recalcándolo con gritos curiosos: «La, la, ta-ta, la». Ya tenía años, debía de estar próximo a los cincuenta y, sin embargo, el arranque, la precisión, la elegancia, ya que no la potencia muscular, eran aún los de su época dorada, cuando lo consideraban uno de los dos o tres primeros bailarines del mundo.

Por último, intervinieron las ocho luciérnagas, todas jovencísimas y menuditas,

también ellas con aquel aspecto descuidado y desaliñado, como obreras que en el trabajo ya no procuran gustar; total, los espectadores de la prueba no las juzgaban por su belleza y, en cuanto a Dorigo, nuevo en aquel ambiente, ninguna de las bailarinas parecía haber advertido aún su presencia, pero tampoco entre las luciérnagas estaba Laide.

Siguió la agitación de una decena de murciélagos —hombres ésos— con los cuales Vassilievski tuvo mucho que hacer, corrigiendo, rectificando, modificando, inventando sobre la marcha nuevos movimientos. Sólo con los murciélagos, entre pruebas y repeticiones, pasó una buena media hora.

Y de pronto, mientras Antonio seguía con los ojos la ejemplificación de Vassilievski, irrumpieron por la derecha los duendes. En un primer momento ni siquiera se dio cuenta.

Eran ocho bailarinas. Después de haber avanzado con rapidísimos pasitos de puntillas, se pusieron a girar sobre sí mismas con cabriolas laterales, apoyando ora los pies ora las manos, para dar un giro completo.

Inmediatamente Antonio la vio. Llevaba el pelo recogido en un moño sobre la nuca, tampoco ella llevaba los labios pintados, con esa cara trastornada y diferente, insignificante incluso, que tienen las mujeres cuando se levantan por la mañana. Por la cara probablemente él no la habría reconocido y tampoco la identificó por el cuerpo, que podía confundirse fácilmente con el de sus compañeras, de igual estatura e igualmente delgadas.

La reconoció por su porte característico: ágil, orgulloso y arrogante. De las ocho era la única que ejecutaba las cabriolas aproximadamente, casi con desgana, sin proyectar verticalmente los brazos y las piernas en alto, con sucesión alterna, sino esbozándolas apenas. Como si quisiera decir: «Para mí, esto son tonterías, no tengo por qué esforzarme, yo sé hacer esto y muchas otras cosas».

Estaba mirándola fijamente, pero ella miraba todo el tiempo en otra dirección. Era ella, pero no exactamente ella. Con aquel atavío, que no lo era de verdad, le cambiaba incluso la expresión de la cara. Con las zapatillas sin tacón, le parecía también más baja.

Llevaba unos leotardos negros de mangas largas y medias negras de punto grueso que le llegaban hasta la ingle y no se entendía cómo podían mantenerse estiradas y, entre la extremidad inferior del jersey y el borde de las medias, quedaba al descubierto, lateralmente, una media luna de piel. No era la única que se había vestido así: evidentemente, era una costumbre admitida. Pero aquella franja de muslo desnudo que aparecía tenía un sentido especial, una alusión, una referencia a otras cosas prohibidas.

Ella no llevaba leotardos, llevaba un mono de mangas largas que se pegaba a la espalda, a los pechitos de niña y al trasero. En las piernas, un par de medias negras que la cubrían enteramente, pero de costado el borde horizontal no acababa de coincidir con el límite inferior del jersey, que, por la tensión de las carnes, formaba

una curva, por lo que una franja de carne blanqueaba ese negro: casi una provocación, una coquetería, un guiño, una invitación.

Terminadas las cabriolas, pasaría junto a él, a menos de dos metros, y volviendo la cabeza ora a un lado ora al otro lo vería, sus miradas se habían paseado exactamente por su cara, pero no había habido un guiño, una modificación, ni siquiera mínima, de las facciones, una señal de reconocimiento: como si nunca lo hubiese visto, como si él ni siquiera existiese.

No. Los decorados, los trajes, su trabajo no le importaban nada: que se fueran a la porra. Dorigo la seguía a ella, con la esperanza de que se distinguiese, de que lo hiciera mejor, pero, en realidad, ella no estaba ni mejor ni peor que las otras, se veía que podría haberlo hecho mejor, pero ostentaba su falta de voluntad. Hacía indolentemente el mínimo necesario para no romper la armonía con sus compañeras.

Dos veces más pasó por delante de él y sin duda lo vio, pero era como si mirara al vacío.

Después Vassilievski dio un pisotón en el suelo e hizo una seña con la mano derecha y la música del piano se interrumpió: era la señal de que el coreógrafo concedía una pausa. Bailarines y bailarinas se dispersaron.

«No, no, chicas, quedaos aquí: sólo cinco minutos. No hay tiempo para ir a los camerinos», gritó la directora de la escuela, porque alguna hacía además de querer alejarse.

En aquel momento apareció el director del montaje escénico, escenógrafo célebre, gran señor, quien se acercó a Dorigo y lo felicitó por los bocetos. Empleó términos entusiásticos, probablemente exagerados, pero no era hipocresía, más bien el deseo de que Antonio, nuevo en aquel ambiente y manifiestamente desplazado, se sintiera más cómodo.

«Se lo agradezco», dijo Antonio. «Es usted muy amable. Mire, es la primera vez que hago decorados tan arduos, pero cuento con su ayuda. A veces a partir de simples esbozos puestos en una hoja de papel, ustedes son capaces de obtener obras maestras...»

Mientras hablaba así, vio a Laide, que estaba bromeando con un bailarín, un buen mozo que le sacaba la cabeza; estaba pegada a él y en determinado momento le pegó, riendo, un puñetazo en pleno pecho. Era ella enteramente en aquel gesto: descarada, pícara, coqueta, vulgarota, segura de sí misma.

Fue como si le hubieran clavado un alfiler, como una punzada dolorosa. Aquel puño, alegre y compañeril, entrañaba una prolongada intimidad oculta o por lo menos una relación libre y desenvuelta entre iguales, con cantidad de recuerdos comunes, trabajo, esperanzas, bromas, noches locas por Milán, cotilleos profesionales, chistes verdes, confidencias, noches de amor tal vez, y una relación semejante entre Antonio y Laide nunca la habría, lo comprendía perfectamente: bastaba con pensar en la diferencia de edad, en el fondo él habría podido ser su padre.

Después acudió la señora Novi, junto con Clara Fanti, para hablarle de la

modificación del traje.

«¿No le gusta?», preguntó Dorigo a la primera bailarina.

«Sí, sí, me gusta mucho, pero es imposible bailar con ese penacho en la cabeza».

Él la miraba. Vista así, de cerca, en leotardos, la famosa no era precisamente esa como minúscula y trémula hada que se había acostumbrado a ver desde la platea o en las páginas de las revistas, pero también a ella la ropa de batalla la hacía resultar sexualmente mucho más atractiva. Tenía una cara precisa y bien dibujada de niña concienzuda, sólo los brazos, con los músculos marcados, parecían tener al menos treinta años; en cambio, las piernas eran perfectas y ella las volvía aún más provocativas, al ponerse sobre los leotardos negros un par de largas medias rosa que le llegaban hasta lo alto de las piernas y por abajo acababan en los tobillos. Sin perder esbeltez, los muslos y en particular las pantorrillas resultaban así más fuertes, firmes y autoritarios, con lo que absorbían la personalidad total de la figura, de una ligereza y casi fragilidad infantiles, por lo demás, pero, curiosamente, a Antonio no le inspiraba el menor deseo.

«No es un penacho», dijo. «Debería ser muy ligero, como una filigrana».

«¿De qué debería estar hecho?»

«Ah, eso no puedo decírselo, confieso que yo de eso no entiendo, pero sin el penacho, como dice usted, habría que cambiar todo el traje».

«No, si el traje me gusta».

«Pues entonces es necesario el penacho».

«Pero ¿cómo voy a poder bailar con ese trasto en la cabeza? Dígame usted cómo voy a poder hacerlo».

Intervino la señora Novi, siempre alegre y dueña de la situación. Propuso hacer el penacho un poco más pequeño, el material sería muy ligero, Clara ni siquiera se daría cuenta de que lo llevaba puesto.

Entretanto, algunos bailarines y bailarinas se habían agrupado alrededor, para mirar el boceto del traje, pero Laide no estaba entre ellos.

La conversación duró pocos segundos, Novi y Fanti se fueron.

Él se encontró solo y desplazado en medio del escenario, que de nuevo estaba llenándose, porque estaba a punto de reanudarse el ensayo, y se quedó un momento indeciso, mirando en derredor.

Entonces se dio cuenta de que a un paso de él, dándole la espalda, estaba Laide. Tenía las manos en jarras y estaba charlando con dos bailarines, entre los cuales no estaba el de antes.

Fue una escena muy rápida, una partícula de tiempo que, sin embargo, se le quedó grabada en el recuerdo para siempre.

Otra bailarina, rubia, se acercó a Laide y le dijo:

«Oye, Mazza, ven un momento, por favor».

Laide se volvió para seguirla, tras haber hecho una señal de despedida a los dos compañeros con la mano izquierda, con lo que se encontró frente a frente con Dorigo.

Ella, inevitablemente, por una fracción de segundo al menos, lo miró a la cara. Él estaba a punto de saludarla. Como antes ella no le había hecho la menor seña, Antonio había intuido que allí, en la Scala, la muchacha prefería fingir no conocerlo —como por un escrúpulo de pulcritud, tal vez, para no mezclar el diablo con el agua bendita—, pero ahora estaban tan cerca, casi cara a cara, y relativamente aislados (desde luego, nadie estaba observándolos), que no saludarse resultaba absurdo.

Pero Antonio se contuvo y esperó a que fuera ella la que lo hiciese. Ahora bien, la bailarina, después de haberlo mirado a la cara, apartó la suya para seguir a su amiga. En aquella forma de eludirlo no había la prisa, la precipitación, característica de quien quiere evitar un contacto. Eso era lo extraño precisamente: que en la muchacha no se advertía la menor traza de simulación y teatro, sino una indiferencia absoluta o, mejor dicho, una absoluta falta de reacción, porque incluso la indiferencia es una forma de comportarse para con la realidad exterior. Como si ella, aun mirándolo a la cara, ni siquiera lo hubiese visto. Como si él hubiera sido una pared, un mueble o un ser tan habitual, que casi ya no existiese y eso no era propio de ella y a Dorigo le resultaba incomprensible. Laide debería haber hecho un guiño atemorizado con los ojos, haber tenido un palpito de sorpresa o fastidio o espanto que le hiciera entreabrir los labios. En cambio, nada y era algo inexplicable, que le infundía inquietud por dentro.

Pensaba: «Es incluso comprensible que quiera mantener separadas sus dos vidas: la de prostituta y la de bailarina de la Scala; es comprensible que, una vez concluida la prestación, quiera excluir a un cliente de su vida privada y profesional; al encontrársela en la Scala, el cliente pasará a ser un desconocido cualquiera».

Pensando en eso, Dorigo se sentía mortificado y ofendido también como hombre y como artista.

Pero lo que había sucedido o, mejor dicho, lo que no había sucedido, le parecía peor, aún más humillante para él, y le provocaba una confusión, un resquemor, una rabia cuyo motivo no lograba explicarse. ¿Sería por haber comprobado que él, Antonio, no existía para ella ni siquiera como recuerdo? ¿Sería porque su calidad de escenógrafo no le había causado la menor impresión? ¿Sería porque ella se obstinaba en ver en Dorigo a un puro y simple cliente, es decir, una larva física indiferenciada, y en modo alguno estaba dispuesta a considerarlo un compañero de trabajo? ¿Sería por esa imposibilidad de interesarle, ya que no de gustarle, de entrar de algún modo en su mundo?

Pero en aquel punto le daba rabia sentir rabia. ¿Por qué se lo tomaba así? ¿Por qué se consumía así? ¿Por qué se comía los higadillos? ¿Qué le importaba, en el fondo, Laide? Se sabía de memoria todo lo que se podía esperar de ella como compañera de cama, de la que ya estaba saciado. En cuanto a lo demás, se trataba de una cretinilla cualquiera. ¿O tal vez se ejercía sobre él el encanto romántico de la bailarina? ¿Sería posible? ¿Algo tan ridículamente provinciano? Y, además, ¿de qué bailarina se trataba? De una bailarínilla cualquiera, un simple número, sin personalidad alguna de artista. Y, además, ¿estaba seguro de que de verdad era ella

aquella a la que había visto en el ensayo?

## IX

Tres días después, telefoneó a la señora Ermelina:

«Dígame una cosa: ¿podría ver a Laide mañana por la tarde?»

El hecho de que ella hubiera fingido no verlo se le había quedado atravesado, quería tener una explicación con ella.

«¿Laide?», dijo la señora Ermelina. «Mire, el otro día, que usted, señor Tonino, no pudo venir, ella llegó puntual, la pobre».

«¿Llegó a las cuatro?»

«A las cuatro en punto estaba aquí».

Resultaba inexplicable. A las cuatro era el ensayo en la Scala y él había visto a Laide allí, en el escenario. ¿O aquella sinvergonzona había llegado a tiempo al teatro para la entrada de los duendes? Tal vez eso explicara su actitud desganada.

Pero Dorigo prefirió no indagar con la señora Ermelina: eran cosas que no le incumbían. Quedaron para el día siguiente a las dos y media.

Pero la mañana siguiente Laide le telefoneó al estudio, era la primera vez y su vocecita con su erre particular le dio un extraño placer.

«Oye», dijo, «deberías hacerme un favor. A las dos y veinte tengo que salir para Roma».

«¿Para Roma? ¿Para qué?»

«Voy a casa de mis tíos, por una semana. Todos los años me invitan. Es una ocasión que no quiero perderme».

«¿Y la Scala?»

«Me he conseguido un certificado médico».

«Pues, ¿entonces no nos vemos?»

«No. Lo que quería preguntarte era si tú podrías adelantar la cita».

«¿A qué hora?»

«No sé: a la una, la una y cuarto. Así después puedes acompañarme a la estación».

«Entonces habrá que hacerlo todo aprisa y corriendo».

«Si tú no puedes, paciencia».

«No, no, veámonos. ¿Quedamos a la una?»

«A la una en casa de la señora Ermelina. Hasta luego».

¿Tendría precisamente ganas de verlo Laide? ¿O era sólo por las quince mil liras? Dorigo tenía un montón de trabajo, aquel día, pero arregló las cosas para estar libre. Saltarse el almuerzo poco le importaba.

A la una estaba en casa de la señora Ermelina. Ésta, que aún no había acabado de comer, le hizo acomodarse en el salón y volvió corriendo a la cocina, donde se oía otra voz de mujer. Él se puso a fumar.

La una y cinco, la una y diez. Volvió a aparecer la señora Ermelina.

«Todas igual, estas chicas. No tienen cabeza. ¿Sabe adónde tuve que ir anoche a

buscar a Laide, que por teléfono no respondía?»

«¿Adónde?»

«Al *night-club*, al *Due*, donde hace su número».

«¿Hace ese número todas las noches?»

«Cuando está en Milán, sí».

«¿Por qué? ¿Sale con frecuencia?»

«Pues en estos últimos tiempos siempre está en Módena»

«¿Por qué en Módena?»

«Ella dice que va por asuntos de trabajo, para hacer fotografías de moda».

«¿En Módena?»

«Dice que hay una casa de modas importante, pero quién sabe».

«¿Y ahora? Ya es la una y cuarto y me ha dicho que va a tomar el tren de las dos y veinte».

«Pues no debería hacer cosas así».

«Seguro que ya no viene». (Debió de ser la vigésima vez que miraba el reloj, qué cosa más ridícula, ni que estuviera esperando a su amor; al fin y al cabo, se trataba tan sólo de una chica de alterne cualquiera, a disposición de quienquiera que tuviese veinte mil liras para gastar y probablemente menos incluso; no había que excluir que en otro sitio Laide se entregara incluso por menos, era probable incluso, esas chicas cuanto más ganan más gastan, nunca tienen bastante dinero, cinco mil liras más siempre vienen bien e incluso cuatro mil, incluso tres mil; al pensarlo, Dorigo sentía algo dentro, una rabia, un tormento, un escozor irracional, volvió a mirar el reloj, era la una y diecisiete.)

«No, no», dijo la señora Ermelina, «si ha dicho que va a venir, ésa viene, ya puede usted estar tranquilo», y puso una sonrisa maliciosa, «a mí no me dejan plantada».

«De todos modos, si tiene que partir a las dos y veinte, ahora ya no hay tiempo. Debe de estar ya en la estación...»

«Vendrá, vendrá, de eso no hay duda».

E hizo con la cabeza tres o cuatro veces una seña de asentimiento, entornando un poco los ojos. ¿Querría decir que seguro que Laide no se dejaba perder esas quince mil o diez mil liras o las que fueran? ¿O que nunca se atrevería a faltarle al respeto a ella, Ermelina? Faltaría más, no habría vuelto a poner el pie en su casa, aquella furcia, había miles y miles como ella en Milán, más guapas, jóvenes y lozanas incluso, que no deseaban otra cosa, y su clientela, la de Ermelina, era la más elegante de Milán, la más respetable, rica y segura; desde luego, las alcahuetas eran ya innumerables en la ciudad, pero las otras, ¡puah!, o explotaban a las chicas hasta chuparles la sangre o las metían en líos: no es plato de gusto para una estudiante de buena familia o una señora con marido e hijos y todo verse sorprendidas, por ejemplo, de buenas a primeras desnudas en la cama con alguien a quien ni siquiera conocen de nombre y después llevadas a la comisaría en el furgón y retenidas veinticuatro horas como mínimo en la



prevención junto con las más guarras fulanas y que, además, avisen a sus familias, el escándalo, las escenas, y eso si no son menores de edad, porque, de lo contrario, acaban ante la Justicia. Mientras que con ella, Ermelina, podían estar tranquilas, entre sus clientes había demasiadas personas encumbradas para que pudieran crearle problemas y, además, a ella, a la señora Ermelina —tal vez quisiera decir también esto— las chicas le tenían miedo. Ella era la honestidad en persona, era una mujer con corazón, a cuántas de aquellas desgraciadas no había ayudado en los momentos difíciles, ella era como una madre para sus queridas niñas, pero ¡ay de ellas si se arriesgaban a hacerle una faena! ¡Faltaría más! Ah, había habido alguna que lo había intentado, pero se le habían pasado las ganas para siempre. Hacía falta poco para deshonar a una muchacha que se hubiera expuesto demasiado; ella, Ermelina, siempre estaba bien informada, lo sabía todo de todas ellas, a veces bastaba una llamada de teléfono a su casa, una notita anónima, para que sentaran cabeza. No habría sido la primera a la que ella, Ermelina, hubiese arruinado completamente.

De pronto Antonio se dio cuenta de que se había levantado del sofá, por la impaciencia, y estaba recorriendo, nervioso, el cuarto de extremo a extremo, incapaz de dominarse, mientras la señora Ermelina lo observaba complacida. Para la edad que tenía, ¡menudo deseo tenía, pues, el arquitecto!

«Mire», le dijo, «¿no le apetecería un café?»

«No, gracias», dejó escapar él, «ni siquiera he comido».

Ermelina soltó una carcajada:

«Ah, ésta sí que es buena... un hombre como usted... por Laide... ¡saltarse el almuerzo un hombre como usted! ¡Sabe que es un usted muy simpático! ¡Es lo que se dice un niño!»

En aquel momento sonó el timbre de la puerta. Faltaba un minuto para la una y media.

## X

Ella entró pálida, jadeante, con la expresión de un animalito perseguido.

«¡Dios mío, qué cara traes!», dijo la señora Ermelina y le dio un ligero sopapo afectuoso. «Vamos, vamos. ¿Qué te ha ocurrido?»

«He venido corriendo, ¡qué carrera!», respondió Laide sin siquiera saludar a Antonio. «En el teatro había ensayo, no me dejaban marchar».

«Pero, si te vas a Roma una semana», dijo Antonio, «¿qué importaba ya la prueba?».

«Es que en el teatro son así. ¿Qué hora es?»

«Ya es la una y media».

«Vamos, vamos, vayan para allá, no pierdan tiempo», los exhortó la señora Ermelina riendo.

Dorigo, para no entretener a Laide, se desnudó en un instante. Ella, en cambio, no: extrañamente, parecía no tener prisa.

«Vengo en seguida», dijo y se retiró al baño. Él seguía mirando el reloj. Oyó caer el agua largo rato en él. Reapareció a la una y treinta y siete.

«Dime una cosa», se apresuró a preguntarle, en cuanto la tuvo entre los brazos, «¿por qué el otro día en el ensayo fingiste no reconocerme?».

«Discúlpame», se apresuró a responder ella, «pero prefiero evitarlo. Si supieras lo cotillas y maliciosas que son todas allí dentro. Si te hubiese saludado, después se habrían puesto en seguida a preguntarme dónde te había conocido y esto y lo otro».

«Pero ¡al menos una sonrisa, una seña!»

«No, no, yo para eso soy muy estricta».

«Pero ahora ya sé cómo te llamas».

«¡Vaya, hombre! Laide me llamo».

«No, el apellido».

«¿Sabes mi apellido?»

«Sí».

Ella separó la boca de la de él:

«A ver, ¿cómo me llamo?»

«Mazza, te llamas».

Entonces ella, rabiosa, se puso a dar puñetazos a la almohada:

«¡Qué rabia, qué rabia! Ya te dije que no me gusta dar a conocer esas cosas. ¿Y cómo te has enterado?»

«Muy fácil. Se te acercó una y te dijo: “Oye, Mazza”».

«Pues no me hace ninguna gracia».

«¿Porqué? ¿No te fías de mí?»

«¿Qué tiene que ver? Pero siempre es mejor...»

Pero qué hermosa boca tenía: pequeña, viva, neumática.

Él procuró aligerar, tenía interés en mostrarse superior, un auténtico caballero: a

las dos menos dieciocho todo había acabado. No se podía llamar a eso hacer el amor precisamente, pero el tren no iba a esperar.

«¿Y las maletas?»

«Están abajo, en la portería».

«Yo estoy listo. ¿Y tú?»

«Sólo un poco de carmín».

Salieron juntos del cuarto.

«¡Huy, Dios mío! ¡Qué cara tienes hoy! Ya es que no pareces tú», volvió a decir la señora Ermelina.

Ella:

«¿Tan fea estoy?»

«¡Qué va! Sólo, que debes de haberte extenuado».

«Ya lo sé. En el teatro ya no puedo más. Además, he decidido dejarlo. Ya no es como solía. Ahora hay un ambiente espantoso».

A él le rogaron que esperara en el rellano. Las dos mujeres debían hacer cuentas, evidentemente. Oyó voces. Poco después apareció ella.

Las maletas eran dos, bastante bonitas. La mayor, de piel blanca y negra, costaba levantarla del suelo.

Con aquel peso él se dirigió hacia el coche, bastante cercano. Eran las dos menos cinco y el sol resplandecía en Milán.

«¿Por qué decías que es un ambiente espantoso?», preguntó él. Le parecía extraño ese comentario por parte de una muchacha como ella.

«Pues sí, pues sí», dijo ella irritada, «te lo ruego, no me hagas hablar de eso. Estoy hasta el moño: tanto, que he decidido marcharme».

Habían llegado hasta el seiscientos de Antonio. Cargaron las maletas.

«¿Y cuándo vas a decidirte a cambiar este cacharro?»

«Ni hablar. Para andar por la ciudad sigue siendo el más cómodo».

«La verdad es que yo estoy acostumbrada a algo mejor».

«¿A qué? ¿Jaguar, Mercedes, Rolls Royce?»

«Anda, no te lo tomes así. Lo he dicho en broma».

Habían salido de Via Velasca, 25, un gran edificio, en cuyo sexto piso vivía la señora Ermelina.

De Via Velasca, 25 —una casa nueva, debía de tener dos o tres años— Dorigo llevó las maletas hasta la plaza Missori, donde había dejado el coche. En el sexto piso había un largo rellano, en penumbra, y al fondo había una puerta, en la que vivía la señora Ermelina.

Dorigo colocó las dos maletas en los asientos traseros; se acercó el guarda del estacionamiento, hombre cordial que se parecía al ministro Pella, y él le dio cien liras de propina. Al sentarse Laide, se le subió la falda y se le vieron las rodillas, llevaba medias de color de humo, las rodillas y algo más, un presentimiento. En casa de la señora Ermelina, la alcoba era limpia, pero desnuda, la cama era grande, no había

crucifijos ni vírgenes, sólo un horrible cuadro al óleo con una marina.

Ella dijo:

«Hazme un favor, deberías pasar por Via Larga, tengo que recoger calzado en la zapatería».

Arrancó, había un tráfico de mil demonios, por lo que avanzaban muy despacio; él miró el reloj y ya eran las dos.

Miraba a Laide a su lado, era la primera vez que iba en el coche con él, pero ella no se volvió.

Pensaba que Laide lo miraría. No es que se hiciera la ilusión de ser guapo, pero en el fondo un hombre como él había de gustarle, por vanidad, aunque sólo fuese: debía sentirse protegida por una persona tan respetable; en el fondo, no debía de estar tan habituada al trato con personas así, seguramente no había conocido nunca a alguien tan respetable o, en cambio, sí que las había conocido seguramente y se había acostado con ellas y las había besado, además de todas las demás prácticas carnales, pero ninguna de ellas la había tratado, desde luego, como él: todas la habían tratado como una jovencita alegre de veinte mil liras, con todos los cumplidos del caso, tras los cuales había un sumo desprecio —eso pensaba—, mientras que él no hacía diferencia entre decencia e indecencia, la trataba como a una señora, no habría tratado mejor a una princesa, no habría tenido tantos miramientos con ella. Una sonrisa, una mirada de agradecimiento le parecían casi obligados.

Pero, aunque él se volvía continuamente a mirarla, ella no lo hacía. Miraba hacia delante, a la calle, con expresión tensa y casi ansiosa, ya no era la chiquilla arrogante y segura de sí misma.

No llevaba casi carmín, ya no estaba hermosa, era un animalito atemorizado, como cuando había aparecido en casa de la señora Ermelina.

«Ya estamos. ¿Puedes parar aquí?»

«Pero date prisa, que, si no, van a ponerme una multa».

Ya no era la muchacha insolente y orgullosa, era una criatura perseguida y que buscaba salvación. Se apeó del coche y entró en un portalito antiguo. Él encendió un cigarrillo. Eran ya las dos y cinco.

Reapareció poco después con una bolsita de celofán en la mano que contenía dos zapatos.

«¿Son nuevos?»

«No, no, los he llevado para reponer los tacones».

Corriendo hacia la estación y él seguía mirándola, no podía evitarlo. Ella, no. Ella miraba adelante, la nariz ya no era caprichosa y petulante, se había vuelto la cosa más importante de la cara, parecía que husmeara un peligro.

No hablaba, estaba encerrada en sí misma, un pensamiento impaciente y preocupante la mantenía absorta, no era miedo a perder el tren, era algo más: como si todo, a su alrededor, fuera enemigo y ella debiese resguardarse, como si lo que le esperaba, al cabo de cinco minutos, de una hora o el día siguiente, fuera una amenaza,

como si el viaje que estaba a punto de hacer no fuese una alegría y un descanso, sino una *corvée* ingrata, a la que debía someterse.

No estaba hermosa, estaba pálida, tenía un secreto y cavilaba. Él seguía mirándola y ella no respondía.

Pero cuanto más miraba ella en derredor, casi oteando, más distante, inalcanzable, se volvía, personaje de un mundo vedado para él, y Dorigo la deseaba cada vez más, aunque no fuera suya, aunque fuese de otros hombres desconocidos, de muchísimos otros hombres a los que odiaba y se esforzaba por imaginar: altos, desenvueltos, con bigote, al volante de coches potentes, que la trataban como una cosa propia, como una de las muchísimas a su completa disposición, sin pensar siquiera en ella y en el momento idóneo de la noche, después de salir del *night-club*, algo piripis, llevársela a la habitación y ni siquiera mirarla mientras se desnudaba, como los sátrapas antiguos, ellos ahí, en el baño, orinando y enjuagándose las encías con Odol, seguros de encontrársela en la cama, completamente desnuda, y, después, si se terciaba, si les venían ganas, estrujarle las tetas un poco y, en el mejor de los casos, inclinarse, separarle los muslos con los brazos y hundirle la jeta en la entrepierna, suprema condescendencia para ellos, tipos selectos con Ferrari y yate en Cannes, pero, la mañana siguiente, en el golf de Monza, ni siquiera le habrían hecho un saludo con la cabeza, una putilla cualquiera como tantas a las que no se debía hacer el menor caso, ni más ni menos que una bebida tomada en un bar de pueblo, en el que se hace una parada durante un largo viaje en coche descapotable al sol, únicamente para calmar la sed y después en marcha. Ese bar quedará olvidado para siempre y también la camarera que no estaba nada mal y que en determinado momento, al ir a coger la botella de seltz, se ha inclinado hacia delante y entonces, en el amplio escote del vestido descuidado, pero veraniego, se han vislumbrado o, mejor dicho, se han visto perfectamente las dos redondas y firmes tetas de campesina y por un instante se ha pensado en lo bonito que sería quedarse allí y en la cálida noche punteada de mosquitos, mientras fuera pasan de vez en cuando los camiones con su mastodóntico estruendo, tumbarla en la cama y desnudarla, descubriendo sus musculosos miembros morenos, tan naturales, con ese buen olor a sudor y a jabón de lavar, ella abandonada al macho rico y forastero, con la ingenua vanidad de una campesina que tal vez crea vivir así un episodio de novela en forma de historieta leída dos horas antes, mientras el señor Frazzi y Viscardoni jugaban a la brisca en el rincón de ahí, al fondo.

«Y tal vez él, después de haberme gozado, comprenda la clase de bombón que soy y me lleve con su maravilloso coche a Milán, me compre una casa y me lleve al teatro y yo enseñaré mi tipazo a esas marisabidillas del pecho flácido y las haré babear de envidia».

«Pero, ahí fuera, en el coche, está Claudia esperando, esa tía sofisticada que ha acabado aburriéndome el alma, pero no se la puede plantar así, por las fortísimas convenciones burguesas que imponen compostura».

Conque él desecha el deseo de la criada, ni siquiera se despide de ella, sale al sol,

vuelve a montar en el coche y en marcha por la autopista, mientras ella, Claudia, dormita y de vez en cuando pregunta despacio:

«¿Dónde estamos?»

Laide, aquella criatura humana sentada a su lado en el pequeño automóvil, con todos sus recuerdos de niña, sueños, pálpitos, inquietudes escolares, deseos de juguetes y vestidos bonitos, días de fiesta iniciados con bellísimas esperanzas y acabados con la desilusión de la noche en un sórdido cuartito sin ventanas, con todo el inmenso mundo de recuerdos, realidades, esperanzas, zapatitos raídos, combinación hecha en casa, la ilusión de ser especial, destinada a la atención de los señores, capaz de hacerlos enamorarse y, en cambio, nada: esa criatura maravillosa, expuesta a la oferta y la demanda del mercado.

La alcahueta dice:

«Tengo una nena de las que le gustan a usted, ¿sabe?»

Y él va y dice:

«A ver si no es como la última: la de la última vez era tan chungueta, que ni siquiera sabía besar».

Y entonces mandan entrar a Laide y él, sin preguntarle siquiera el nombre, la hace sentarse sobre las rodillas, empieza a palparla y después le abre, distraído, la cremallera a lo largo de la espalda y ella se deja hacer; él le quita el vestido y abre el broche del sostén por la espalda y después con los dedos le hace cosquillas en sus pequeños senos descubiertos, virginales, como un jueguito proverbial y entretanto con la otra mano le busca la entrepierna para probar sus reacciones.

¡No, no basta! Era absurdo, era de locura: ¿qué le importaba en el fondo lo que hiciera aquella chiquilla, adónde fuese y con quién? Era una de tantas, un hombre como él, a su edad, no tenía la menor intención de enredarse con una semejante, faltaría más, que le diera por saco quien quisiese y cuanto deseara, él tenía cosas mucho más importantes en la cabeza. Desde luego, le gustaba, eso sí, no sólo la cara y el cuerpo, sino también la forma de hablar, esas afloraciones del dialecto milanés, cómo se movía y andaba. Llevarla a su lado en el coche le gustaba, no es que aquel día estuviera en su mejor momento, estaba hecha polvo, la verdad, pálida y cansada, parecía fea incluso. No, la verdad es que su cercanía le gustaba y que hubiese montado en el coche con él era, al fin y al cabo, una prueba de confianza, en el fondo se sentía halagado; más ridículo no podía ser, pero así era: halagado como con la deferencia de alguien superior a él. Por lo demás, esa criatura de momento, en aquel fugaz momento, iba sentada a su lado en el automóvil; si no era suya, tampoco lo era de ningún otro; dentro de poco, dentro de tres horas, esa noche, sí, estaría desnuda, abrazada, apretada y poseída por otro cuerpo de hombre, joven, viril y musculoso tal vez, pero ahora, durante el corto trayecto que faltaba, no. Y él iba pensando, pero no decía nada y ella cavilaba, se veía perfectamente que estaba cavilando sobre algo que no le incumbía a él, Antonio, a saber sobre qué líos iría cavilando para conseguir un poco de dinero.

Hasta que cesó la tregua y, tras detenerse el coche en la zona reservada a los automóviles de la estación central de Milán, ella se apeó, con la mirada perdida y tensa, buscando con los ojos un mozo que le llevara las maletas. Después se volvió:

«Dame tu dirección».

«¿Para qué?»

«Te mandaré una postal».

Detrás apremiaban los taxis con estrépito. Él volvió a arrancar, la vislumbró una última vez, de espaldas, cuando entraba en el despacho de billetes con su firme, seguro y desdeñoso paso de bailarina, pero ¿se marcharía de verdad?

## XI

¿Por qué se preocupaba tanto? ¿Por qué seguía pensando en ella? ¿Qué temía? ¿Que Laide desapareciera? ¡Ni hablar! Bastaba una llamada de teléfono y ella correría a tomar un taxi y la tendría a su disposición, con la lencería impecable y bien lavada toda ella para que pudiera besarle impunemente todas las partes de su cuerpo.

No. De nada servía ese razonamiento. No bastaba. Ella acudiría —cierto era— a la llamada de la señora Ermelina y se acostaría con él, pero en el fondo todo se reducía a media hora, una hora como máximo: para ella era un breve intermedio de trabajo, que ejercer con amabilidad, pero también con la mayor rapidez posible. (Dorigo se había dado cuenta perfectamente de que no la hacía gozar, cuando le besaba el sexo; Laide mantenía los ojos cerrados, los labios entornados, pero nada más; no había un verdadero palpito, un suspiro, un gemido: mejor eso, en cualquier caso, que las desagradables comedias de ciertas prostitutas, convencidas de que en asuntos sexuales todos los hombres sin distinción han de ser completamente cretinos.) Media hora, una hora como máximo con él, un par de veces a la semana. Pero ¿y el resto? ¿Todas las demás horas del día y la noche? ¿Adónde iba? ¿A quién frecuentaba? Su verdadera vida, esperanzas, diversiones, gozos, vanidades, amores, estaban en otra parte, no en el brevísimo tiempo que pasaba con Antonio. Allí era ella de verdad, allí radicaba todo lo que él hubiera querido saber de ella, allí estaba el mundo misterioso, fascinante, tal vez infame y sombrío, que le estaba vedado a él. Qué rabia, por ejemplo, cuando, después de haber hecho el amor, él le proponía acompañarla a su casa en el coche y ella decía que no, debía quedarse aún un poco en casa de la señora Ermelina para probarse un vestido y él comprendía perfectamente que el vestido era un pretexto cualquiera: en realidad, se quedaba a esperar a otro cliente. O, si el encuentro ocurría de noche, ella escapaba antes que él: la esperaban en el teatro, por ejemplo, o no quería regresar a casa tarde, porque, si no, menuda escena le haría su hermana, o bien había una amiga esperándola abajo en su coche.

Y, además, es que ni siquiera era cierto que Laide estuviese siempre a su disposición para ganarse diez mil, quince mil liras. Aquel día, por ejemplo, la cita era a las dos y media y Ermelina le había dicho que por la noche había ido a buscarla al *Due* y había querido que la acompañara a propósito una amiga y Laide le había dicho por teléfono que a las dos y media acudiría. Antonio se había presentado a esa hora y allí sólo estaba Wanna, una desgraciada, porque la señora Ermelina estaba en la cocina. Wanna le dijo que un poco antes había telefoneado Laide para decir que no podía acudir, porque tenía que partir para Módena, y entonces se había quedado como sin entender siquiera lo que estaba sucediéndole y Wanna lo miraba hasta como con misericordia y en determinado momento le diría:

«¡Cómo nos tiene sorbido el seso! ¿Eh?»

Y él no respondió, encendió un cigarrillo en el salón vacío, por lo que ella, Wanna, se le acercó un poco más y empezó a tocarlo aquí y allá y entonces Antonio,



con tal de liberarse de aquella angustia, tras haberse resistido un poco —había decidido incluso marcharse—, asintió con una seña, aunque sólo fuese para demostrarle que no era cierto nada de eso, conque se apartaron de allí y Wanna se desnudó y empezó a hacerle los juegos perversos que a él solían gustarle, pero aquel día no, porque todo ello era un placer animal que se agotaba en pocos instantes.

Desde la cama, mientras él, visiblemente abatido, estaba vistiéndose de nuevo, Wanna lo miraba con una sonrisa de compasión:

«Sorbidito pero bien, el seso, ¿eh?»

«¿Qué quieres decir?»

«Laide, ¿no?»

Él se encogió de hombros.

«Dime», dijo Wanna. «Entonces, ¿tan bien lo hace?»

«¡Qué cosas dices! Me gusta».

«Anda, sé sincero. ¿Sabe hacerlo como yo?»

«¿A qué te refieres?»

«Es extraño. Los que van con Laide, después de la primera vez...»

«Después de la primera vez, ¿qué?»

«Después de la primera vez, se acabó, no vuelven una segunda vez, ya tienen bastante, prefieren cambiar».

«¿Ah, sí?»

«Tú eres el primero. Por lo general, con ésa van sólo una vez, después prefieren cambiar. Y sí que es mona... Con todo ese pelo negro... ¿verdad que es bastante mona?»

Él la miró con odio. Aquella mujerzuela hablaba de Laide como de una semejante a ella, igualmente dispuesta a vender su cuerpo al primero que acudiera y, por desgracia, tenía razón. Aun así, le parecía espantoso que pusiesen a aquella chiquilla tierna a la altura de las prostitutas de profesión y que éstas la consideraran una colega.

«¿Es mona, verdad?», insistía Wanna, para fastidiarlo.

«¡Venga, corta ya!», respondió Antonio, al final exasperado.

Wanna soltó una carcajada:

«Pero, hay que ver, no quiere que hablen mal de su amorcito. ¡La virgencita! Ha tragado un regimiento, tu Laide. Mira lo que te digo: chicas conozco no pocas precisamente, pero nunca he visto ninguna que le dé al asunto como ella... ahora, ¡que si a ti te gusta!...»

«Pues», dijo él, «a mí me parece muy mona».

«¿Muy mona?» La voz se le volvió viperina. «¿Sabes cuál es su especialidad?»

«¿Cómo que su especialidad?»

«Al hacer el amor, ¿no? ¿No te has dado cuenta?»

«¿Cuenta de qué?»

«¿No? Es mejor que no lo sepas. Se ve que contigo no se ha lanzado nunca».

«¿Cómo que especialidad?»

«Es mejor que no lo sepas. Si lo supieras, se te pasarían las ganas, te lo garantizo, o te darían aún más ganas. ¡Hay que ver cómo sois los hombres!»

«¿Qué quieres decir?»

«Nada».

«¿Quieres decírmelo o no? ¿De qué especialidad se trata?»

«Mejor que no. No es que se trate de un misterio, ella es la primera que lo dice, se jacta de ello. Mira, conmigo, que he estado dos años en esas casas, quiere quedar bien, teme parecer novata, quiere ser la primera de la clase, pero, además, es que quizá ni siquiera sea verdad; no, es mejor que no te lo diga; además, eso de que contigo no recurra a esos juegucitos...»

«¿Juegucitos?»

«Juegucitos, ejercicios, porquerías, obscenidades: llámalos como quieras. Si no lo hace contigo precisamente, quiere decir que se trata de mentiras».

«¿Por qué? ¿De verdad es algo tan tremendo?»

«¡Qué va a ser tremendo! Al contrario: bellissimo, si se hace bien».

«Entonces, ¿me lo quieres explicar o no?», sentía aquel tormento a la altura del esternón.

«Ya te he dicho que es mejor que no, pero ¡la verdad es que te tiene pero que muy sorbido el seso!» Había un poco de hastío en su tono.

«Yo me voy», dijo Dorigo, al tiempo que doblaba dos billetes de diez mil y los dejaba bajo un jarrón de cristal, vacío, que estaba sobre una mesa, y se dirigió a la salida.

Wanna intentó arreglarlo:

«¡Anda, no te pongas así! Pero ¡hay que ver! ¿No te has dado cuenta de que bromeaba, de que era todo una broma?»

«¿También lo de la especialidad que decías?»

«Pero si ni siquiera la conozco, a tu Laide, la habré visto aquí dos o tres veces: buenos días, buenas tardes y nada más. ¿Qué quieres que sepa de tu Laide?»

«Entonces, ¿te lo estabas inventando?»

«Sí».

«¡Menudo bicho eres tú!»

Ella se dejó caer hacia atrás sobre la almohada riendo.

«Para hacerte rabiar. Me gusta tu cara cuando estás enfadado».

Se marchó muy irritado. Comprendía perfectamente que era mejor dejarlo: con tantas muchachas mejores incluso que ella que había por ahí. A saber en qué líos increíbles estaría metida Laide y él, Antonio, le importaba un pepino. Una chaladura semejante la había tenido durante la guerra, recordaba, en Taranto, por una morena bellissima, triestina, que trabajaba en un burdel. En aquellos tiempos, las casas de tolerancia de las bases navales estaban provistas de la mejor mercancía y aquella Luana era muy afectuosa con él. El caso es que había empezado a pensar en ella, iba

a verla casi todos los días y, cuando su buque se trasladó a Mesina, incluso le mandó postales: a saber si le habrían llegado siquiera. Recordaba la tristeza sentida, cuando el barco zarpó de Taranto: ni siquiera había podido avisarla por el secreto militar. Era una mañana de verano, una vaga niebla azul reluciente en la rada, más allá de la cual blanqueaba la ciudad aún dormida, a la luz del sol. Desde cubierta, mientras la blanca fila de casas resultaba cada vez más lejana, él miraba intensamente hacia el barrio en el que se encontraba el prostíbulo con una amargura vehemente y poética; ella, cansada, estaba durmiendo y, desde luego, no soñaba con él, uno de los centenares y centenares que la frecuentaban; y, sin embargo, la quería, con un sentimiento limpio, le habría gustado poder hacer algo por ella, pensaba incluso, si hubiera vuelto a verla, regalarle una sortija, una pulsera para poder entrar de algún modo en su vida, pero, al cabo de pocos días dejó de pensar en ella: las propias emociones violentas de la guerra habían barrido aquel sentimiento absurdo y no había vuelto a verla.

Así, pues, tras el encuentro fallido en casa de la señora Ermelina, Antonio decidió desembarazarse de aquel fastidioso tormento. El día siguiente fue a esquiar, permaneció fuera una semana, se sentía tranquilo y al regreso reanudó el trabajo con el alma en paz.

## XII

Ya no pensaba más en ella, habían pasado casi quince días, ya no pensaba más. Estaba en su estudio, a mediodía, con prisa por rematar el trabajo, porque a las dos y media vendría a recogerlo su amigo Cappa para marcharse a Saint-Moritz. Más que nada le preocupaba el tiempo, porque parecía que estaba a punto de llover. Ya no pensaba, la verdad, y sonó el teléfono. Levantó, maquinal, el auricular.

«Buenas tardes».

Aquella voz con aquella erre. Era la segunda vez que Laide le telefoneaba. La voz le penetró dentro, le bajaba hasta el pecho. Una sensación de alivio maravilloso. ¿Por qué aquel alivio? Pero ¿si había renunciado a Laide, si ya no pensaba más en ella! ¿Por qué aquella alegría?

«¿Cómo es que me telefoneas?»

«Nada. Quería saludarte. ¿Te molesta?»

«Al contrario, me da mucho gusto. ¿Y qué has hecho en todo este tiempo?»

«Si supieras qué lata. He estado en Módena, por el trabajo».

«¿Qué trabajo?»

«Pues las fotografías, ya lo sabes».

Por una fracción de segundo pensó en cortar, en liquidarla. Bastaba con decirle que se marchaba unos días; si acaso más adelante: una deuda imprecisa. Bastaba una cosa de nada. Habría bastado una cosa de nada para que hubiera quedado a salvo.

Pero ¿por qué a salvo? ¿Qué peligro corría? Era ridículo. A fin de cuentas, aunque sólo de vez en cuando, ¡hacía el amor con Laide! Y, al fin y al cabo, en aquella ocasión era ella la que lo buscaba. Podía ser incluso que Laide hubiera dicho la verdad, tal vez hubiese estado fuera de verdad todos aquellos días y ahora, nada más volver, le telefoneaba. Tal vez no le desagradara Antonio. Tal vez se le hubiera quedado grabada en el recuerdo la imagen de él como algo limpio y tranquilizador, tal vez lo necesitara, tal vez estuviera cansada de aquella mala vida, tal vez estuviese harta de tipos vulgares, ambientes equívocos, amigas infieles, tal vez se sintiera sola.

«Entonces», dijo él, «¿podemos vernos?»

«Pues claro. ¿Quieres que nos veamos hoy?»

«Hoy no puedo. Me voy a esquiar, pero vuelvo el domingo».

«Ah... Vale, entonces te llamo el lunes».

«¿A qué hora?»

«Al mediodía».

«De acuerdo. Adiós, entonces, y gracias por llamar».

«Faltaría más. Adiós», dijo ella y a Dorigo le pareció notar en su voz un matiz de desilusión, como si Laide esperara que él hubiera renunciado también al esquí para volver a verla en seguida.

Mejor así, pensaba satisfecho, hacerse desear es siempre la táctica mejor. Estaba aún tranquilo. Más aún: estaba contentísimo, ligero y seguro de sí mismo. Que la

llamada lo hubiese alegrado no le pareció preocupante. ¿Preocuparse? Era él quien dominaba la situación.

Pero el lunes, cuando el reloj de pared que tenía enfrente dio las doce del mediodía, se dio cuenta de que estaba impaciente. Se dio cuenta incluso de que toda la mañana había esperado la llegada del mediodía. La espera había comenzado ya la noche anterior, cuando había vuelto a Milán, había empezado el viernes anterior en el preciso instante en que Laide había dicho: «Faltaría más, adiós». Durante tres días había seguido esperando, sin saberlo.

Y ahora no paraba de mirar el reloj. «Trac», hacía el mecanismo cada minuto y la aguja daba un saltito adelante. Cada «trac» era un pequeño espacio de tiempo que se iba, una probabilidad menos de que Laide mantuviera su promesa. Desde el viernes cuántas cosas podían haber sucedido, cuántos hombres la habrían deseado, le habrían hecho la corte, más jóvenes, ricos y guapos que él, cuántas ocasiones por espacio de tres días para una chiquilla sin cabeza lanzada a la desesperada por el mundo.

A las doce y diez, se puso en pie: ya no resistía más, ya no conseguía concentrarse en el trabajo. Tenía que contestar a una carta, la leía y la releía sin lograr comprender su sentido.

Pensó: «Si dentro de cinco minutos no me ha llamado, quiere decir que ya no dará señales de vida. Tal vez ni siquiera esté en Milán ahora, quizás esté otra vez en Módena o en Roma, quién sabe».

Lo llamó Maronni desde su despacho: había llegado Blisa, el de la empresa papelera, para hablar del proyecto del campo deportivo. ¿Y si le telefoneaba Laide mientras estuviera allí?

La puerta de su estudio era de las que se cierran solas mediante un muelle con émbolo. La dejó abierta de par en par con una silla que mantuviera abierto el batiente. También dejó entornada la puerta del otro despacho a su espalda, que, por suerte, no tenía muelle.

Se dio cuenta de que Maronni lo miraba con extrañeza.

«Estoy esperando una llamada», dijo. «Es alguien que telefona desde fuera».

Maronni sonrió:

«¿Desde fuera?»

«Sí, tenía que llamarme desde Como».

Mintió bastante bien. Por lo general, le costaba mentir.

También allí había un reloj. A cada minuto, «trac». En todas las partes del edificio había aquellos relojes que hacían «trac» a cada minuto. Los extraños quedaban impresionados, pero al cabo de poco se acostumbraban, dejaban de sentir la sacudida. También en el estudio de Maronni, un despacho precioso, había un reloj. Indicaba las doce y dieciséis, las doce y diecisiete. Estaban hablando de la fachada que daba a la calle. Blisa quería algo representativo, hablaba incluso de columnas. Convencerlo de hacer algo diferente parecía una empresa desesperada.

Con el rabillo del ojo, Antonio vio saltar la aguja: las doce y diecinueve. Ya no

daría más señales de vida, no volvería a telefonarle, desaparecería en la niebla con otros hombres desconocidos, jóvenes, seguros de sí mismos. Tal vez fuera mejor una pared con curvaturas verticales, le daba completamente igual. ¿Dónde estaría en aquel momento ella? ¿Habría un teléfono allí donde se encontrara? ¿Habría una guía para buscar el número? Seguro que no recordaba el número, no recordaba el número, eso garantizado. Le costaba muchísimo hablar del proyecto, pero lo conseguía, si bien con grandes pausas. Miró: las doce y veinte. Laide ya no telefonaría. Pero ¿existía Laide? ¿Existía una muchacha con un nombre tan ridículo? Existió, pero dejó de existir. Existía, pero lejana, lejanísima. Las doce y veintiuno: el reloj había hecho «trac» en aquel momento; también él lo había oído, al final. No volvería a verla nunca más.

Con un pretexto, se separó de Maronni y Blisa y se encerró en su despacho. Al quedarse solo, respiró. Cuánto costaba dominarse delante de los otros e incluso tener que reírse y bromear. Ahora al menos ya no existía el peligro de no oír el timbre del teléfono, encendió un cigarrillo y, después de dar dos caladas, lo tiró. Le pareció que era medianoche, como si hubiese una obscuridad dentro de él. Era de locos, era ridículo; peor aún: era indigno, para un hombre como él, andar con tantos cuentos por una chica de alterne. Ciertos días ni siquiera estaba guapa, ciertos días resultaba feúcha incluso, sí, sí, no precisamente un callo, pero bastante insignificante. Se aferró a aquella idea consoladora: no era guapa, sino del montón; en cualquier caso, no valía la pena.

Necesitaba otra cosa. Pero aquella carita viva y graciosa —pensaba—, aquella alegría física, las piernas, aquellos muslos largos y estrechos que incluso bajo las faldas, al dar el paso, revelaban una insolente juventud, aquella maravillosa desvergüenza, más ingenua y casta que el riguroso pudor de las colegialas, en virtud de la cual, si hacía calor, Laide se sentaba y levantaba las faldas y descubría los muslos hasta la ingle, aquel pueril don de sí al prójimo, como una niña a la que han hecho creer que todo es un juego y no tiene nada de malo, aquella multitud de sombras ignotas que formaba un telón de fondo, hombres y mujeres, a los que ella pertenecía, luces indirectas en un rincón de la sala de fiestas de moda, llamadas de teléfono ambiguas, carreras locas por la autopista con un cochazo de un hijo de casa bien que a ciento sesenta por hora le cogía con la mano derecha la cabecita y la besaba largo rato, en las profundidades de su boquita, aquella forma suya de marcharse, con paso inseguro y orgulloso a un tiempo, como un guerrero que entra en la guarida del dragón, aquel desaire, aquel decir y no decir, aquel perfil como los que se ven en los álbumes de los pintores del siglo XIX, que denotaba a un tiempo la plebe, la raza, el sexo, la familia, la historia incluso, aquellos ojos redondos ora fijos ora asustados ora impertinentes y duros ora alegres y confiados, como de campesinita que va a la verbena, aquella venta de su cuerpo como si fuera un deporte de moda entre las chiquillas, aquella serena dignidad en la cama sin abandonarse nunca a las ansias de la carne, aquel completo abandono que sabía ser recato, aquella prostitución

que era un ingenuo ritual de casta por el que la pobre daba a los ricos su cuerpecito desnudo para que lo gozaran, aquel deseo de vida estúpido, absurdo, conformista que era una forma de vida para tantas jovencitas, aquella pronunciación de la erre, reflujo subterráneo tal vez de una aristocracia extraviada en los meandros de palacios ruinosos, entre las idas y venidas de servidores con antorchas.

Sonó el teléfono. No era ella, se forzó a pensar. No era ella.

«Antonio», oyó: en tono lento, cansado, receloso, con una desconfianza total en el mundo, inconcebible en una chiquilla de veinte años.

«Hola», dijo él.

## XIII

Ahora ya no se veían en casa de la señora Ermelina. Laide le dijo que había discutido con ella y lo llevó a la casa de una amiga, pero después él recurrió al piso de Corsini, un amigo casi siempre ausente de Milán. Era un piso hermoso al fondo de Via Vincenzo Monti, junto a la FERIA, un piso alegre con una gran sala de estar y una escalera interior que conducía a las alcobas de arriba. Su amigo no estaba casi nunca y, en cualquier caso, por la tarde estaba libre prácticamente siempre. A Laide le gustó mucho: todo lo que de algún modo la introducía, como partícipe, en la acomodada y respetable vida burguesa le daba un placer inmenso. Y, aunque los muebles fuesen modernos, se intuía en seguida que el inquilino era una persona muy elegante y al tiempo sólida, no tenía el menor aspecto *de pied-à-terre*, de «picadero», como se suele decir.

Laide curioseaba por él, muy contenta, como una niña que está buscando los regalos escondidos, inspeccionaba los canteranos de la cocina y la nevera, parecía encontrar gusto en prolongar indefinidamente la espera de él con los pretextos más indolentes. Y no era que Antonio estuviese muy impaciente por poseerla, pero sólo en la cama, cuando la estrechaba desnuda entre los brazos, sólo en esos breves momentos se calmaba del todo la maldita inquietud que aquella muchacha le había metido en el cuerpo. Además, ella en la cama estaba mucho más alegre y vivaracha de lo habitual, no es que el acto carnal con Antonio le procurara demasiado placer — más aún: estaba claro que le importaba un bledo—, pero tal vez la cama se volviera para ella como un gran juguete en el que resultaba tan divertido revolcarse y hacer bromitas, meterse bajo las sábanas y esconderse (¿acaso lo que queda bajo las mantas no representa para los niños un mundo misterioso y fascinante, una caverna inmensa en la que no se sabe qué hay y que no osan explorar hasta el fondo por miedo a quedar atrapados y, mientras avanzan reptando en el antro negro, con el rabillo del ojo vigilan para que las sábanas a su espalda no tapen completamente la luz, sino que quede una rendija, un agujero, una hendidura luminosa que garantiza la salvación en caso de peligro imprevisto?); por lo demás, la cama es el ambiente más perfecto para pequeñas peleas, mostrarse ofendido, ponerse de morros, darse la lata y provocarse, para la esgrima de los desaires, tan importante para dar gusto al amor. Sin embargo, todos aquellos pequeños y casi indescriptibles coqueteos nada tenían de profesionales o calculados, su espontaneidad era precisamente lo que excitaba a Antonio, pese a que le irritaba e incluso lo exasperaba.

Además, en la cama Laide perdía ese aplomo desdeñoso que tanto cultivaba cuando, por ejemplo, caminaba por la calle; desnuda resultaba más niña, sobre todo por la pequeñez de las tetas y la acentuada estrechez de la pelvis. Probablemente se diera cuenta ella misma y disfrutara con ello y al final se sentía la dueña de la situación y victoriosa: fingía no haber advertido que en la lucha se le había deshecho el moño y la cabellera negra esparcía en derredor como la tinta de un frasco roto y



entonces se abandonaba con él, sonriendo, a vanidosas confianzas tan Cándidas, que la volvían una niña otra vez.

«¿Sabes lo que me pasa?», le decía. «Que soy aún una niña, pero terriblemente mujer».

«Una vez», le contaba, «cuando aún era pequeña, ni siquiera debía de tener doce años, un chico me dijo: “Tú, Laide, has nacido para enloquecer a los hombres”».

«¿Sabes lo que soy?», le dijo, con la repentina excitación de un recuerdo alegre, tal vez uno de los pocos que tenía, como si pronunciara una fórmula mágica que la rescatara de las miserias, solemnemente. «Soy una nube. Soy un rayo. Soy un arco iris. Soy una niña deliciosa».

Estaba desnuda, arrodillada en la cama, abierta delante de él, lo miraba fijamente con ojos impertinentes y adelantaba los labios, con aquella mueca suya característica, sus pequeños y finos labios: provocación y desafío infantiles. Mientras tanto, Antonio, con todo su ridículo instrumental literario en la azotea, la miraba fijamente y con adoración, intimidado por tanta sabiduría instintiva.

## XIV

De repente se dio cuenta de lo que tal vez ya supiera, pero hasta entonces no había querido nunca creer. Como quien lleva tiempo advirtiendo los síntomas inconfundibles de un mal horrendo, pero se empeña en interpretarlos de modo que pueda continuar su vida como antes. Ahora bien, llega un momento en que, por la violencia del dolor, se rinde y la verdad se le aparece delante, nítida y atroz, y entonces toda la vida cambia repentinamente y las cosas más queridas se alejan y se vuelven extrañas, vacuas y repulsivas. En vano busca el hombre en derredor algo a lo que aferrarse para abrigar esperanzas: está completamente desarmado y solo, nada existe, aparte de la enfermedad que lo devora; en eso estriba, si acaso, su única escapatoria: lograr liberarse o soportarla al menos, mantenerla a raya, resistir hasta que la infección, con el tiempo, consume su furia. Pero desde el instante de la revelación se siente arrastrar hacia una obscuridad nunca imaginada, salvo por los otros, y de hora en hora se va desplomando.

El 3 de abril hacia las cinco. Iba en el coche por la plaza de la Scala y quería internarse por Via Verdi, pero el semáforo estaba en rojo, con coches apiñados en derredor y peatones que pasaban, con el sol aún alto, un día bellísimo, y, entretanto, imaginó a Laide al borde del circuito de Módena, adonde decía que iba a posar para fotografías de moda. Estaba allí, feliz de haber sido admitida en aquel mundo excepcional del que tanto hablaban los periódicos con términos como de fábula, estaba allí, bromeaba con dos jóvenes probadores de coche vestidos con bata blanca, tipos fascinantes, símbolos encarnados de la virilidad moderna, y uno de ellos le hacía la corte y le preguntaba, estúpidamente, por qué no hacía cine, alguien como ella habría de tener un gran éxito; el otro, en cambio, callaba, era un muchacho más achaparrado, muy moreno, de cara cuadrada y dura, callaba y sólo de vez en cuando esbozaba una sonrisa, porque poco después, en cuanto se pusiera el sol y la pista quedara desierta, él se llevaría a aquella jovencita desenvuelta a su habitación amueblada. Ya el día antes ella no había puesto la menor dificultad, como si fuera la cosa más natural del mundo, a él le había asombrado incluso que una modelo como ella fuese tan fácil y, además, gratis —se encendió el verde del semáforo y Dorigo tuvo un sobresalto por el bocinazo del clásico imbécil detrás de él—: con tíos así se divertía Laide, seguro, y se iba con ellos entusiasmada, sin pedir un céntimo, no había que excluir incluso que fuera ella la que les hiciese algún regalito precisamente para demostrar que era una chica decente, deportiva y desinteresada; en suministrarle pasta debían pensar los señores de edad de la casa de Ermelina, pero con éstos era cosa muy distinta, con éstos se trataba de trabajo y no es que ella hiciese un gran sacrificio, porque en general eran, por fortuna, personas educadas, de aspecto decente y muy limpias, pero, desde luego, el amor no tenía nada que ver y había que excluir cualquier satisfacción carnal.

Dios mío, ¿era posible que no consiguiera pensar en otra cosa? Tenía la mente fija

en eso, siempre el mismo asunto angustioso, y a la altura del palacio de Brera fue presa del desaliento, porque en aquel preciso instante comprendió que era completamente desdichado sin posibilidad alguna de remedio, algo absurdo e idiota y, sin embargo, tan verdadero e intenso, que ya no encontraba sosiego.

Entonces se dio cuenta de que, por mucho que él intentara rebelarse, el pensamiento de ella lo perseguía en todo instante milimétrico de la jornada: toda cosa, persona, situación, lectura, recuerdo volvía a orientarlo de forma fulminante hacia ella a través de referencias tortuosas y malévolas. Era como un ardor interno en la boca del estómago, que subía hacia el esternón, una tensión inmóvil y dolorosa de todo el ser, como cuando de un momento a otro puede suceder algo espantoso y permanecemos arqueados con el espasmo, la angustia, el ansia, la humillación, la necesidad desesperada, la debilidad, el deseo, la enfermedad, mezclados todos juntos formando un bloque, un sufrimiento total y compacto. Y comprender que se trataba de un asunto ridículo, insensato y ruinoso, de la clásica trampa en la que caían los paletos de provincias, que cualquiera lo habría considerado un imbécil y, por esa razón, de nadie podía esperar consuelo, ayuda ni piedad: el consuelo y la ayuda sólo podían proceder de ella, pero a ella la traía sin cuidado, no por maldad o gusto de hacer sufrir, sino porque para ella él era un cliente cualquiera; por lo demás, ¿cómo iba a saber Laide que Antonio estaba enamorado? No podía pasársele siquiera por la cabeza, un hombre de un ambiente tan distinto, un hombre de casi cincuenta años. ¿Y los otros? ¿Su madre? ¿Los amigos? ¡Ay, si lo hubieran sabido! Y, sin embargo, también con cincuenta años se puede ser como un niño, igual de débil, aturdido y asustado como un niño que se ha perdido en la obscuridad de la selva. La inquietud, la sed, el miedo, el desconcierto, los celos, la impaciencia, la desesperación: ¡el amor!

Preso de un amor falso y errado, su cerebro ya no era suyo: Laide había entrado en él y lo sorbía. En cualquier meandro, hasta el más recóndito, del cerebro, en cualquier recóndita guarida y subterráneo en el que él intentaba esconderse para tener un momento de respiro, allí, en el fondo, la encontraba siempre a ella, que ni siquiera lo miraba, que ni siquiera advertía su presencia, que se reía, socarrona, del brazo de un joven, que se entregaba a bailes desvergonzados, manoseada en todas las partes del cuerpo por su pareja lasciva y maliciosa, que se desnudaba ante los ojos del contable Fumaroli a quien había conocido un minuto antes. ¡Maldición! Siempre ella, instalada salvajemente en su cerebro, que desde su cerebro miraba a otros, telefoneaba a otros, ligaba con otros y hacía el amor con otros, entraba y salía, partía siempre con una agitación frenética para sus numerosos asuntos particulares y tráficos misteriosos.

Y todo lo que no era ella, lo que no le incumbía a ella, todo el resto del mundo — el trabajo, el arte, la familia, los amigos, las montañas, las otras imágenes, millares y millares de otras mujeres bellísimas, mucho más bellas y sensuales incluso que ella— le importaba un comino, podían irse enteramente al diablo, a aquel sufrimiento insoportable sólo ella, Laide, podía poner remedio y no era necesario siquiera que se

dejara poseer o fuese particularmente amable: bastaba con que estuviera con él, a su lado, y le hablara y, aun a regañadientes, se viese obligada a tener en cuenta que él, al menos por unos minutos, existía; sólo en esas brevísimas pausas que se producían de vez en cuando y duraban un instante encontraba él la paz. Cesaba aquel fuego a la altura del esternón y Antonio volvía a ser él mismo, sus intereses vitales y profesionales volvían a tener sentido, los mundos poéticos a los que había dedicado su vida volvían a brillar con sus antiguos encantos y un alivio indescriptible se esparcía por todo su ser. Sabía, cierto es, que al cabo de poco ella se marcharía y casi al instante lo atraparía la desdicha, sabía que después sería peor aún, pero no importaba, la sensación de liberación era tan total y maravillosa, que de momento no pensaba en nada más.

Y no es que Laide le brindara voluptuosidades especiales. Al contrario, después de la primera vez había ido en disminución. Sólo la primera vez, sin excederse en virtuosismos, se había esmerado de verdad. Ahora se mostraba más que nada pasiva, como si intuyese que ya no era necesario, que total, él siempre la preferiría a sus demás colegas. Y un día que se había atrevido a decirle: «Pero, Dios mío, te quedas ahí como un poste: es que no quieres hacer nada, la verdad», ella había respondido: «Pero si es el hombre el que debe perseguir a la mujer y no al revés».

Había oído hablar con frecuencia de hombres, la mayoría de edad avanzada, que se volvían esclavos de una mujer, porque sólo ella sabía procurarles el placer y las otras no: como un hechizo sexual.

Desde el principio se había preguntado si estaría sucediéndole algo así. Por desgracia, comprendió que su caso era completamente distinto y más grave con mucho. Si se hubiera tratado sólo de un vínculo sexual, no habría habido motivo de inquietud. Todo se habría podido arreglar, con una chica semejante, en una simple relación de dar y tomar.

No. La posesión física a Antonio le importaba relativamente poco. Si, por ejemplo, una enfermedad la hubiera obligado a no hacer nunca más el amor, en el fondo él se habría alegrado.

Se imaginaba, por ejemplo, que Laide hubiera sido atropellada por un tranvía y hubiese perdido una pierna. ¡Qué estupendo habría sido! Ella inválida, separada para siempre del mundo de la prostitución, del baile, de las aventuras, ya no asediada por nadie. Sólo él, Antonio, seguiría adorándola. Tal vez ésa fuera la única posibilidad de que Laide, aunque sólo fuese por gratitud, empezara a quererlo.

No. Él la quería por sí misma, por lo que representaba de hembra, de capricho, juventud, autenticidad popular, picardía, desvergüenza, descaro, libertad, misterio. Era el símbolo de un mundo plebeyo, nocturno, alegre, vicioso, perversamente intrépido y seguro de sí que fermentaba con vida insaciable en torno al tedio y a la respetabilidad de los burgueses. Era lo desconocido, la aventura, la flor de la ciudad antigua que brota en el patio de una vieja casa de mala fama entre los recuerdos, las leyendas, las miserias, los pecados, las sombras y los secretos de Milán, y, aunque

muchos hubieran pasado por encima de ella, seguía lozana, delicada y perfumada.

Le habría bastado —pensaba— con que Laide hubiera llegado a ser un poco suya, hubiese vivido un poco para él; la idea de poder entrar como personaje en la existencia de aquella chiquilla y llegar a ser algo importante para ella, aun cuando no fuese lo más importante: ésa era su obsesión. Se habría sentido más orgulloso que si una bellísima y poderosa reina, Marilyn Monroe, hubiera caído de hinojos y loca de amor por él. ¡Una chica de alterne, una de las innumerables jovencitas de vida alegre y a tanto por servicio, una putilla que cualquiera podía gozar!

No era una chaladura carnal, era un hechizo más profundo, como si un nuevo destino, en el que nunca hubiera pensado, lo hubiese llamado a él, Antonio, arrastrándolo progresivamente, con violencia irresistible, hacia un mañana ignoto y tenebroso. Y la situación, considerada desde cualquier punto de vista, no dejaba vislumbrar vía alguna de salida. Sólo podían esperarse rabias, humillaciones, celos y angustias sin fin.

También comprendía que convencerla para que se fuera a vivir con él, ponerle casa, establecer una unión, habría sido una locura. Él se habría cubierto de ridículo: ella, con aquellas costumbres y casi treinta años de edad de diferencia, al cabo de tan sólo una semana, habría empezado a tascar el freno.

Ni siquiera intentar redimirla tenía sentido. Para Laide prostituirse no era un castigo, una esclavitud, un juego deshonesto. Parecía más bien un juego excitante y remunerativo y que no entrañaba un esfuerzo particular. ¿Y las inevitables humillaciones, si, para no desagradar a la alcahueta, se veía obligada a soportar a hombres odiosos y repelentes? Cuando Dorigo había aludido a eso, ella se había apresurado a responder, con un arranque de orgullo:

«Pues yo puedo considerarme afortunada. A mí siempre me han tocado chicos guapos».

«Anda, anda, que alguna vez habrás tenido que ir con viejos acaso sin dientes».

«Te digo que no. Tengo que decir que he sido afortunada. Por lo demás, yo siempre procuro verlos antes. Si no me caen bien, puedes estar seguro de que no voy con ellos».

«¿Y alguna vez te has negado?»

«¡Uff! Nunca ha hecho falta».

Pero lo triste era precisamente esto: mientras que él la amaba de verdad y no se limitaba a desearla, era imposible que ella correspondiese a su amor. Desde luego, Laide lo consideraba ya un viejo. A Laide su personalidad artística, esa fascinación intelectual que a veces causaba sensación en las mujeres de su mundo, le resultaba del todo indiferente. Para que ella lo tuviera en consideración, un hermoso Maserati último modelo contaba mucho más que haber construido el Partenón.

Al mismo tiempo, aunque la posesión física de su cuerpo pasaba a segundo plano, el pensamiento de su cuerpo se volvía una obsesión por culpa de los celos. Así como un enfermo no resiste a la tentación de rozarse continuamente la parte enferma, con lo

que renueva y aviva el dolor, así también la imaginación de Dorigo no cesaba de crear escenas hipotéticas, pero verosímiles, con el único resultado de multiplicar su angustia, y perfeccionaba sin piedad los detalles con las minucias más obscenas. La veía entrar en la *garçonnière* del nuevo cliente, ya mayor, a la que la había enviado la señora Ermelina, y, tras los habituales cumplidos y formalidades, sentarse en las rodillas de él tras haberse alzado las faldas, no tanto para no arrugárselas cuanto para hacerle sentir mejor la carnalidad y el calor de sus muslos y, sonriendo con aquella mueca suya maliciosa, de los labios, sin más preámbulos, mientras una gran mano se le había metido bajo el jersey y ya le palpaba un seno, aplicarle en la boca su boca con un arranque impúdico y entonces él, excitadísimo, llevársela casi en volandas y caer los dos desnudos en la cama, los abrazos, las contorsiones, los besos, el gusto por parte de ella, tal vez, de desencadenar en el hombre la tensión más exacerbada, lo que le parecía un motivo de orgullo para su cuerpo con la esperanza de un regalito extra, y ella ni siquiera sabía cómo se llamaba él ni a qué se dedicaba. Podía ocurrir perfectamente que en toda la vida no volviera a verlo más, pero, entretanto, lo excitaba y lo besaba, solícita, en los puntos más sensibles y se divertía con los estremecimientos espasmódicos del viejo, como una niña que pincha a un sapo por el gusto de verlo saltar. Todo lo que constituye perversión, ludibrio, obscenidad, humillación abyecta para una chiquilla se devanaba en la mente de Dorigo y entonces, aunque estuviera sentado a la mesa de trabajo, se quedaba inmóvil, ausente y horriblemente tenso, con la impresión de que aquella tortura le consumía años y más años de vida. ¿Habría tal vez una obscura complacencia en tan dolorosas fantasías? ¿No servirían por casualidad las perversas conjeturas para volver a Laide cada vez más provocativa, extraña, inalcanzable y, por eso mismo, más digna de deseo y amor?

## XV

Ella puso un disco. Estaban en casa de Corsini, el amigo de Dorigo, por los días de la Feria de Muestras. El sol bañaba la terraza, las persianas estaban bajadas casi hasta el suelo y, sin embargo, si se prestaba atención, llegaba el fragor de coches, vida, impaciencias, proyectos, avidez que fermentaba en derredor, motores, voces, pasos, dinero, estupidez, músicas, sudor, deseos animales. Hasta allí, en el octavo piso, llegaba, pero ellos dos no lo oían: ella, porque se olvidaba de todo y sólo prestaba atención a sus oscuros cálculos y caprichos; él, porque ya no existía en el mundo otra cosa que aquella chiquilla de cara honesta y petulante, de larga cabellera negra, de corazón... ¿qué? ¿Tenía corazón?

«¿Qué es?», preguntó él.

«Es el chachachá más bonito que existe: “Los cariñosos”», respondió ella con la seguridad de quien cita *Tristan o Rigoletto*, archiconocido sustento de todo el mundo, y, con una como exaltación infantil, se puso a bailar sola.

Estaba segura de sí misma. El ritmo alterno la transportaba adelante y atrás, como una ola, pero al mismo tiempo era dueña y señora y dominaba el impulso. De improviso dejó de haber nada falso, callado, oculto, vil, mezquino: con los brazos caídos, como dos alitas replegadas, las caderas ondulantes con los saltitos, la cara encerrada en una sonrisa inmóvil que ya no era suya, sino de la propia música, ingenuo pensamiento de cosas bonitas, orgullo de sí misma, provocación, ofrecimiento. Con el movimiento que la llevaba adelante y de pronto retrocedía, echaba hacia atrás la cabeza en un gesto de abandono, como si delante de ella hubiera un altar, un dios, la vida.

Ella se detuvo a mirar la estantería de los discos. Estaban a punto de subir la escalera que conducía a la alcoba de arriba, pero ella, inquieta, se detuvo a examinar los discos.

«¿Qué haces?», dijo él. «Después pondremos un poco de música».

Ella no respondió. Tras sacar con sus manitas blancas y extremadamente delicadas un gran disco de la funda, había abierto la tapa del gramófono y lo había encendido; parecía muy experta, tanto, que a él se le ocurrió una sospecha horrible: ¿habría estado ya allí Laide? ¿Haría ya tiempo que su amigo la conocía y se la llevaba a la cama? Si no, ¿cómo habría podido manejar con tanta desenvoltura el tocadiscos, que tenía un complicado sistema automático?

«¿Cómo es que te lo conoces tan bien?»

«Una amiga mía, Flora, lo tiene idéntico. Lo he puesto en marcha centenares de veces».

En el momento justo, el *pick-up* bajó automáticamente con un movimiento taimado, como de reptil. Al primer contacto salió la música.

«¿Qué es?», pregunto él.

«Es el chachachá más bonito que existe: “Los cariñosos”. En el *Due* lo ponen

constantemente, pero no resulta fácil encontrarlo en disco».

«¿Sabes bailar bien el chachachá?»

«No, estaba esperando a que me enseñaras tú».

Había orgullo resentido en su voz, como si la duda de él la hubiera ofendido. ¿Que si sabía bailar el chachachá? ¿Se le habría ocurrido preguntar a un Fangio si sabía conducir un automóvil?

Sola, en medio de la gran sala, se puso a bailar.

«No» —pensaba Antonio—, «es imposible que haya estado ya aquí con Corsini. Corsini tiene una amiga fija y no va con otras chicas y, además, cuando la traje aquí por primera vez, Laide habría puesto pegatas para evitar líos. Lleva la vida que lleva, pero tiene un interés absoluto en que no la consideren una de éstas. Si por casualidad descubriera que alguien con quien ha hecho el amor es amigo mío, a saber lo que inventaría para que yo no me enterara. Sí, la historia de la amiga que tiene un tocadiscos semejante es bastante creíble».

«¿Qué es?»

«Es el chachachá más bonito que existe: “Los cariñosos”».

Se puso a bailar. Llevaba un vestido de color lila y tejido grueso, apretado en el busto, ceñido en la cintura con una correa y con falda corta hasta la rodilla y de vuelo. El chachachá no le subía por las piernas, sino por la pelvis y la columna vertebral, sometiendo el cuerpo a una como ondulación deseosa, forzada, de dar y no dar, ofrecer y lo contrario, como un trote sincopado por una vía que volvía constantemente sobre sí misma, como una obstinación voluptuosa, un juego entre una ola y otra, un rítmico acto de amor que arrastraba de acá para allá, frenético, medido, preciso, cansino, insaciable, como la fiebre espiritual de noche en las espesuras de África, cuando el alma se pierde en las imaginaciones y los recuerdos, como la lívida luz en una callejuela desde cuyas profundidades llama una voz, como los rojos labios ambiguos que por un instante con el reverbero de los faros se entornaron, mudos, con la promesa, como la juventud triste que riendo se lanza y se contorsiona en la obscuridad que la destrozarán, aspiración ideal incluso, vibración profunda de la materia visceral, voz de las tierras que nunca conoceremos, imitación del triunfo que nunca se hará realidad, martillo dulcísimo y cruel que golpea, uno, dos, tres, con una breve pausa en medio, uno, dos, tres, golpea y se precipita por las cataratas del diecisiete de abril con el ritmo de un, dos, tres, los peñascos y el agua, al chocar, enloquece, se vuelve una culebra, epilepsia, arpa, perdición, pero ella por encima levitaba con tacones de aguja, fluctuaba, jugaba y sonreía con la evidencia avasalladora de una serpiente niña, que allí recuperaba el jugo irresistible y verdadero de la vida.

En el motivo de la música, probablemente simple y, sin embargo, cargado de siglos, había algo que decía con claridad adiós, con amor intenso por lo que fue y nunca volverá y al tiempo un confuso presentimiento de cosas que tal vez lleguen un día, porque la música verdadera estriba enteramente en eso: la añoranza del pasado y



la esperanza del mañana, que es igualmente dolorosa, y, además, la desesperación del hoy, en la que se mezclan uno y otra. Y, aparte de eso, no existe otra poesía.

«¿Qué es?», había preguntado él.

«Es el chachachá más bonito que existe: “Los cariñosos”».

Él se sentó en el sofá y la miró, abatido y perdido, como el cazador que se aposta para disparar a una liebre y ve un dragón, como el soldadito confiado que de improviso se encuentra ante un ejército en formación contra él, con soldados de infantería, cañones y caballería acorazada, como quien se da cuenta de que ha desafiado a alguien cien veces más fuerte que él.

Tal vez ella, al bailar, creyera que jugaba, no se daba cuenta de lo que estaba sucediendo. Lo hacía por un impulso juvenil, exceso de energías, gusto de despertar admiración. Sabía —eso sí— bailar el chachachá estupendamente, con un dominio absoluto, tanto, que de vez en cuando fingía, con coquetería, tropezar, pero no advirtió lo que, al bailar, le sucedía en el alma. Porque allí la muchacha de costumbres espantosas, habituada ya a alquilar su cuerpecito a tanto la hora, se redimía sin imaginarlo, impulsada por una fuerza misteriosa, elevándose desde las miasmas de las covachuelas hacia la luz.

¿O tal vez comprendía confusamente que, al bailar, se volvía otro ser? ¿Adivinaría tal vez, en lo más profundo de su interior, que se trataba de una forma muy hermosa de vengarse? ¿Encontraría tal vez una liberación perdiéndose así en el ritmo? Y allí, delante del hombre mucho mayor que ella que al cabo de poco la poseería a fuerza de dinero, y en el presente y en el futuro, igual que en el pasado, se vendería a otros hombres necesitados de un desahogo como él, sin sufrir exageradamente, pero sabiendo que otras chicas como ella vivían, se divertían y viajaban —*flirts*, recepciones, fiestas, coches y visones— sin necesidad de quitarse el sostén por dinero, sabiendo incluso que otras chicas como ella se levantaban a las seis de la mañana e iban a trabajar durante ocho o nueve horas por cuarenta y cinco mil liras al mes, lo que con frecuencia ganaba ella en un par de jornadas, razón por la cual sentía envidia y vergüenza, tenía una sensación de inutilidad y ruina progresiva. Y, sin embargo, en aquel momento, al bailar el chachachá, gozaba de la maravillosa sensación de ser libre, ligera y pura, de no pertenecer a nadie, salvo a sí misma, y ni siquiera a sí misma, sino a algo más hermoso: a la música, a la danza, a la poesía.

Llevaba un vestido de color lila y tejido grueso, apretado en el busto, ceñido en la cintura con una correa y con falda corta y de vuelo hasta la rodilla. Sonrió, en el éxtasis del movimiento, con sus finos labios entornados y plegados hacia fuera como pétalos, maliciosamente. Él, sentado, la miraba desmoralizado. ¡Qué verdadera, qué auténtica, qué hermosa era! Él nunca la alcanzaría. Ella estaba fuera, era extranjera, pertenecía a una humanidad diferente, inalcanzable, era la encarnación de... de... de la del... maldición de todo lo que no había tenido hasta entonces y despreciaba como un idiota, de la locura, las noches arrogantes y condenadas, las llamadas aventuras, que se componían de susurros en el rincón prohibido, de pasillos de gran hotel,

puertas que se abrían sin crujidos, palabras en voz baja al borde de la cama, esas transparencias sexuales, la vertiginosa historia que le fascinaba, las carcajadas, el brazo que la ceñía por la cintura y ella se abandonaba, lentamente, oh, sí, sí, lentamente, mientras fuera, en el jardín, en completo silencio, se ponía la luna.

Tampoco aquella vez, pensó él con amargura. Ella bailaba el chachachá sola en medio de la gran sala. Al cabo de poco, subiría la escalera con él, empezaría a quitarse la pulsera, el collar, después se disculparía para ir ahí, al baño, después volvería semidesnuda y se tendería en la cama, completamente entregada a él, pero ¿de qué servía? Él no amaba a la que al cabo de poco estaría tumbada junto a él en la cama. Aun cuando hubiera hecho el amor con él incluso diez mil veces en aquellas condiciones, no habría llegado a ser más suya que en aquel momento, es decir, nada. Esa otra criatura era la que se le había metido en el cerebro, la Laide de aquellos precisos instantes, la muchacha que, al vislumbrar al otro lado del foso la fortuna luminosa, sumergió con escalofríos las piernecitas en el agua para pasar, pero el agua no era agua, era lodo, blanda creta pegajosa, era el tremendo visco organizado de la gran ciudad por el que ella se sentía absorbida poco a poco, en el que día tras día se hundía, mientras la dorada luz en la orilla opuesta se alejaba y se alejaba, se volvía un espejismo inalcanzable. El foso era una ciénaga inmensa, un mar opaco y muerto de fango, y ella seguía avanzando, obstinada, le habían dicho que lo importante era insistir, si bien es cierto que las chicas que se desaniman es mejor que no se metan siquiera; además, aquel viscoso lodo, en el que ya estaba inmersa hasta la ingle, era blando, tibio, daba una extraña sensación de placer, pero de vez en cuando se volvía y veía, en la orilla de la que procedía —y la veía bien, porque el camino recorrido era espantosamente corto—, a la gente, a los hombres, a las mujeres, a las muchachas como ella que ni pensaban siquiera en probar a internarse por el atajo del foso y vivían y trabajaban aparentemente tranquilos y por la noche cerraban la puerta de su casa y ésta se volvía limpia y segura, no sonaban telefonazos ambiguos, no chirriaba la cerradura de la cancela a las tres de la mañana, no se detenían justo después de la esquina, para no ser vistos, los potentes automóviles fuera de serie con un cuarentón sanguíneo y de punta en blanco al volante: ésa era la vida de las familias justas, tan ordenada, mediocre y aburrida, tan fácil de despreciar, y, sin embargo, de vez en cuando le asaltaba la sospecha de que sería bonito vivir así, comprendía incluso que ése era precisamente su verdadero deseo profundo, el puerto al que le habría gustado arribar, el mundo diferente del suyo y a ella denegado.

Y entonces se debatía para salir del foso, quería hacer ver a los otros —los que desde la orilla le sonreían, pero ya no la respetaban— que también ella era una persona con derecho a vivir y, olvidando todo lo sucedido, se volvía una niña, como para volver a empezar todo desde el principio. Ésa era la Laide que, al bailar el chachachá sola delante de un hombre ajeno a ella, se transformaba en un gesto desinteresado de belleza, se volvía una rosa, una nubecilla, un pajarito inocente, lejana de cualquier fealdad, y hacía realidad así un minuto propio de pureza.

## XVI

Aquel día Laide parecía más alegre y despreocupada de lo habitual. ¿Se sentiría por fin a gusto a su lado? ¿Estaría empezando a crearse un principio de intimidad humana entre ellos? Una hermosa franja de sol entraba de través en la alcoba, bañaba la moqueta verde e iluminaba con su reflejo y alegraba todo el cuarto.

Ya estaban tumbados en la cama, ella aún en combinación. Ésos eran, para Dorigo, con la certidumbre de la inminente relación sexual, los escasos momentos de tregua y alivio. Ya no existía la duda de si volvería a telefonar, si se esfumaría en la nada, si habría abandonado para siempre Milán sin avisar, había desaparecido el suplicio de la espera, cuando se acercaba la hora de la llamada prometida, con el atroz rosario de los minutos, una vez rebasado el límite, y entonces las conjeturas, las sospechas, las esperanzas que iban eclipsándose poco a poco se enmarañaban en un vertiginoso crescendo que lo transformaba como en un torpe autómatas. Una vez más lo increíble se había realizado. Laide estaba a su lado, le hablaba, se desnudaba, se dejaba acariciar, besar y poseer; durante una hora, hora y media iba a permanecer con él, allí, en el secreto de una casa cómoda a su completa disposición. Qué sencillo y fácil resultaba todo así y las angustias padecidas le resultaban a él mismo absurdas. Pero ¿por qué iba a negarse Laide? Él era una persona educada, limpia, amable, le ofrecía hospitalidad en un ambiente más que decoroso, al que incluso habría podido acudir perfectamente una princesa. Era absurdo pensar que una muchacha como Laide dejaría escapar dos billetes de diez mil liras tan fáciles de ganar. La situación le parecía entonces tan clara y tranquilizadora como para excluir la posibilidad de nuevos tormentos. De improviso Dorigo se sentía fuerte y seguro de sí mismo, la sensación incluso de estar curado le devolvía un bienestar total, como había creído no poder conocer nunca más. No, debía dejar de angustiarse, no se podía ser más cretino. Al fin y al cabo —se decía, convencidísimo de ser sincero—, a él lo único que le importaba era que de vez en cuando Laide se fuese con él; por lo demás, que se ocupara de sus asuntos, él no tenía, desde luego, la intención de encargarse de su completa manutención; además, ¿de dónde iba a sacar el dinero necesario?

«Pero a ti, para vivir, ¿cuánto dinero te hace falta?», le había preguntado un día, mientras se dirigían en el coche a la casa de Corsini.

«Pues mira», le había respondido ella, «en la Scala gano cincuenta mil liras; si dispusiera de otras cincuenta mil, estaría perfectamente».

Pero bastaba razonar un momento para comprender que era un cuento. ¿Por qué, si no, habría seguido con aquella vida?)

Se sentía tan dueño de la situación, que le pareció poder jugar incluso. ¿Por qué no confesarle lo que una hora antes era para él una verdad candente? Una hora antes en modo alguno lo habría hecho, lo habría considerado peligrosísimo, pero en aquel momento, ¿qué podía perder? En aquel momento estaba seguro de no perderla. En aquel momento había comprendido. En aquel momento podía permitirse aquel lujo.

¿O sería aquella confesión un intento extremo de animarla, de hacerle entender que él no era como los demás, no la consideraba sólo una chiquilla para la cama, que incluso hacer el amor con ella le importaba un comino, lo que de verdad deseaba de ella era otra cosa?

«Oye», le dijo, al tiempo que le apoyaba una mano en la pierna desnuda, «deberías hacerme un gran favor».

Ella lo miró recelosa.

«¿Qué?»

«Mira, deberías echarme una mano».

«¿Qué quieres decir?»

«Deberías ayudarme y puedes hacerlo».

«Ayudarte, ¿cómo?»

Mientras hablaba, comprendió que se trataba de un truquito de colegial, un expediente demasiado ingenuo, pero no había encontrado nada mejor. Él, que se consideraba un hombre de talento, no había encontrado nada mejor y, además, ella era bastante ignorante, los hombres con los que por lo general se codeaba eran bastante prosaicos, por lo que podía ser que la ocurrencia funcionara y le pareciese incluso graciosa. A saber si no sería para ella la primera vez.

«Es un asunto feo», dijo él.

«¿Por qué?»

«Estoy chalado por una muchacha a la que tú conoces y que me tiene sorbido el seso».

«¿A la que yo conozco?»

«Sí y, si quisieras, podrías hablar a favor de mí».

«¿Y vienes a pedírmelo precisamente a mí?»

«Te considero una amiga, ¿no?»

«Por muy amiga que sea, no me parece bonito que me lo pidas precisamente a mí».

«Bueno, si no quieres».

«No, dime».

«Entonces es mejor dejarlo».

«No, por favor, dime. ¿Es muy guapa?»

«Para mí, sí».

«¿Y dices que la conozco?»

Ella, sonriendo, picada por la curiosidad, se había sentado, con lo que los senos ya no estaban tan turgentes, preciosos, sino que se habían aflojado un poco, pero seguían siendo atractivos, con las puntas hacia arriba, pequeños como eran. A ella no le importó.

«¿Dices que la conozco?»

«Sí».

«¿La conozco bien?»

«Sí».

«¿Cómo se llama?».

Entonces él, como un niño, se arrojó boca abajo y escondió la cara en la almohada. ¿Habría entendido ya Laide? ¿Habría entendido la broma? ¿La habría entendido desde el momento en que él había empezado a hablar? ¿O lo había entendido desde hacía varios días, desde que él la había acompañado a la estación? ¿O era ya algo antiguo para ella, que lo había advertido todo desde el primer día, por el modo como él la había mirado, mientras se probaba el vestido de la señora Ermelina? Las mujeres, aun las menos astutas, tienen una sensibilidad tremenda para advertir lo que sucede a los hombres en ciertos casos, el misterioso arranque que enciende y hace arder el ánimo y puede ser que el hombre en el momento no se dé cuenta siquiera y no lo sospeche, pero ella sí y en ese momento mismo sube, invencible, al trono y comienza el delicioso juego de hacerlo enloquecer.

«¿Quién es? ¿Cómo se llama?»

Él se irguió y se inclinó sobre ella y le susurró al oído:

«Es un nombre que comienza por ele».

Al final, ella se volvió, riendo, pero sin responder.

«¿Ya lo habías entendido?», preguntó él.

Ella dijo que sí, sonriendo.

«¿E intercederás por mí?»

«Pero ¿acaso es necesario?»

Antonio se asombró de que ella le siguiera el juego.

«Claro que es necesario. El amor es una enfermedad muy horrible».

«Oh, no», dijo ella. «Al contrario: es tan bonito».

«Será bonito cuando es correspondido, pero en mi caso...»

«No, no, es bonito estar enamorado, es algo bellissimo».

«Pero ¿tú lo has sentido?»

«Sí».

«¿Con quién?»

«Murió. Un muchacho con el que iba a casarme».

«¿Y él te quería?»

«Pues claro. ¿No te digo que íbamos a casarnos?»

«Bueno, entonces es diferente».

«¿Por qué?»

«Porque yo te quiero y tú a mí no».

«¡Qué listo! Hay que dar tiempo al tiempo, te conozco desde hace tan poco».

Él se sintió mal. Ella no había tenido el menor arranque de sorpresa ni satisfacción por lo que él le había dicho, como si se hubiera acostumbrado, como si él fuese simplemente uno de tantos, como si fuera una cosa archisabida y lógica tratándose de ella, como si él fuese un cretino cualquiera. Sintió deseos de herirla.

«De todos modos», le dijo, «tú no tienes la menor confianza conmigo».

«¿Por qué?»

«Me has contado un montón de mentiras».

«No es cierto. Yo siempre te he dicho la verdad».

«¿También sobre tu apellido?»

«¿Qué quieres decir?» Se había endurecido, lo miró fijamente con ojos asustados y cautelosos.

«Te llamas Anfossi y no Mazza».

«¿Quién te lo ha dicho?»

«¡Qué más da! ¿Te llamas Anfossi o no?»

«¿Qué importa? En el teatro todos nos hacemos llamar con otro nombre».

«¿Y en la Scala cómo te llaman?»

«Rosanna Mazza. Puedes verlo escrito incluso en los programas».

«¿Y qué necesidad había?»

«Mejor dime quién te lo ha dicho. La señora Ermelina, me apuesto algo».

«¿Y si así fuera?»

«¡Qué asquerosa! Menos mal que ya no tengo nada que ver con ella».

«¿Habéis reñido?»

«¿A ti qué te importa? Si te digo que es una asquerosa».

«Algún motivo habrá».

«Motivos hay muchos y yo sé cuáles son. ¡Oye, así, no, que me despeinas toda!»

«¿Qué te ocurre hoy? ¿Estás de mala uva?»

Ella sintió la necesidad de arreglarlo. Se puso de morros en broma, levantó la vista hacia él y batió los párpados con coquetería infantil.

«Venga, Antonio, ven aquí, que tengo frío».

Y en el preciso instante en que él se inclinó a abrazarla y estrechar su cuerpecito desnudo, se dio cuenta de que su estupenda seguridad de poco antes se había desvanecido: no era cierto que Laide estaría siempre a su disposición, no era cierto que podría contar con ella; precisamente en la amable pasividad con que la muchacha, al responder a su abrazo, le pasó un brazo por los hombros, gesto formal, sin arrebatos ni estremecimientos, idéntico al que las mujeres hacen en el baile incluso con un extraño que las invita por primera vez, había la maldita distancia; un poco antes, cuando bromeaban sobre el amor, ella estaba mucho más cercana y comprensible que en aquel momento en que los dos cuerpos estaban acoplados en la unión carnal.

Exacto: al cabo de poco, aquel amor habría acabado, ella se iría al baño, él se quedaría boca arriba, en la cama, vacío y sin alegría, después ella reaparecería a recoger la ropa, la pulserita de oro, el reloj, y diría:

«¡Dios mío, qué tarde es! ¡Vamos, levántate, por favor!»

El rayo de sol sobre la moqueta verde ya había desaparecido, una nube debía de haber tapado el sol. Ella diría, con un arranque de rabia:

«¡Qué lata! No sé cómo voy a poder arreglármelas mañana».

«¿Qué tienes que hacer mañana?», preguntó él.  
«Ya te lo he dicho, ¿no?, que tengo que ir a Módena».  
«No, no me lo has dicho».  
«Tú no te acuerdas nunca lo que se dice de nada».  
«¿A Módena? ¿Para qué?»  
«Para las fotografías, te lo debo de haber dicho cien veces».  
«¿Te lo pagan bien, al menos?»  
«¿Qué más quisiera! Pero, si digo que no, me quedo fuera del circuito».  
«¿Cuánto?»  
«Cinco, siete, a veces hasta diez sábanas».  
«¿Por cada fotografía?»  
«¡Sí, hombre! ¡Qué más quisiera!»  
«¿Y el viaje? ¿Y el hotel?»  
«Bueno, eso me lo pagan».  
«¿Y cuántos días vas a quedarte?»  
«Creo que dos días».  
«¿Por qué dices “creo”?»  
«Con el trabajo nunca se sabe».  
«Y por la noche, ¿qué haces?»  
«¿Qué quieres que haga? En Módena, ¡imagínate!»  
«Hombre, a propósito, pero ¿no vive en Módena ese primo tuyo?»  
«Sí, pero es tan aburrido».  
«¿Está enamorado de ti?»  
«Perdidamente».  
«¿Y haces el amor con él?»  
«Faltaría más. No sé, para ti todo el mundo no debería pensar en otra cosa. Es un buen chico, me respeta mucho».  
«¿Cómo? ¿Ni siquiera un besito?»  
«No tiene valor para tocarme con un dedo siquiera».  
«¿Te cree virgen?»  
«Eso espero. Me considera como una hermana».  
«¿Y qué hace?»  
«Es ingeniero. Trabaja en un oleoducto».  
«Y quiere casarse contigo, naturalmente».  
«Él, sí. Yo ni siquiera lo pienso».  
«¿Y salís juntos a menudo?»  
«A veces».  
«¿Adónde? ¿Al cine?»  
«Sí, sobre todo al cine».  
«¿Es un chico guapo?»  
«Pues no está mal».

«¿Te gusta?»

«Pero si te he dicho que no me interesa. Es un primo mío. Le tengo cariño».

«Aunque te acostaras con él, no veo qué tendría de malo».

«Simplemente, que no me va. Y, además, en un sitio como Módena, ¡imagínate! Se enteraría todo el mundo».

«Pero a él le gustaría».

«¿A él? Tendrías que conocerlo. ¡Es más tímido...! En la familia lo han tenido como en el colegio. Imagínate que, cuando está en Milán, su padre le da la llave de la casa sólo una vez a la semana».

«¿Cuántos años tiene?»

«Veinticinco o veintiséis, creo».

«¿Y cómo se llama?»

«Marcello se llama. ¿Y qué más quieres saber?»

«¡Huy, por favor! Haz lo que te parezca, querida».

«Bueno, ahora estoy hasta la coronilla de este interrogatorio. ¿Queda claro?»

Él guardó silencio, exasperado. Con qué gusto le habría dado un par de bofetadas. Oh, si hubiera sido capaz.

Ella lo advirtió.

«¡Qué rápido te enfadas, tú! Y pensar que quería pedirte un favor».

«¿Qué favor?»

«¿Lo ves como te has enfadado? Mejor no decirte nada».

«Como quieras».

«¿Lo ves? Es que mañana tengo que salir a las siete y no sé qué hacer para encontrar un taxi».

«Llámallo por teléfono, ¿no?»

«A esa hora no hay».

«Ya lo creo que hay».

«Y, además, no puedo llamar, porque mi hermana tiene el teléfono en su alcoba».

«¿No puedes despertarla?»

«¡Tú no la conoces!»

«¿Quieres que te acompañe yo?»

«¿A esa hora? ¿Cómo vas a despertarte?»

«Pues despertándome. Así de fácil».

«¿Y qué dirás en tu casa?» «Un madrugón no inspira sospechas».

Y se rió.

«¿En serio quieres acompañarme?»

«¿Qué tiene de extraordinario? ¿A qué hora?»

«El tren sale a las siete cuarenta. Basta con que estés allí a las siete y diez».

«¿Dónde?»

«En mi casa, ¿no?»

«Pero, si sabes que no sé dónde vives».



«Via Squarcia, 7».

«¿Por dónde queda?»

«¿Sabes dónde está el Vigorelli? Pues muy cerca. Puedes mirar en la guía».

«Basta con que llegue a las siete y diez».

«En media hora estamos allí, en la estación, espero, incluso con ese cacharro tuyo, y además, es que a las siete las calles están vacías».

Despertarse temprano, para Antonio, era un auténtico martirio y, además, habría sido tan sencillo dar mil liras a un taxista para que a las siete se encontrara debajo de su casa, pero no lo dijo. La idea de poder volver a ver a Laide, aunque sólo fuera unos pocos minutos, tenerla a su lado, entrar así un poco en su existencia privada, experimentar la maravillosa sensación de que ella lo necesitaba, sobre todo la certeza de que aquella noche al menos no tendría el tormento de la incertidumbre y la espera, de que podría trabajar o reírse o charlar con los amigos como en los buenos tiempos: una tregua segura, un tiempo suspendido, una partícula de felicidad.

«Y esta noche, ¿qué vas a hacer?»

«Esta noche hay ensayo en el teatro».

«Y después, ¿vas a ir al *Due*?»

«Como si estuviera loca: con el madrugón de mañana».

Confusamente, él comprendía que muchas cosas no encajaban en las historias que ella contaba —La Scala, las fotografías, la sala de fiestas, la familia, el primo, la señora Ermelina—, muchas cosas que resultaba difícil conciliar, y, sin embargo, cuando ella hablaba, todas las dudas se le disipaban. Tal era el acento auténtico de aquella chiquilla. No, era imposible que dijese mentiras. Habría habido, aunque hubiera sido ligerísimo, algún titubeo, incertidumbre, nota falsa, vacilación. Y él seguía, atento, escuchándola, descifrándola, y era inteligente, era de una sensibilidad morbosa incluso para advertir los matices más sutiles. ¿Una chiquilla como Laide, tan lejana de cualquier complicación psicológica? Con sólo que hubiera intentado representar el menor engaño, él lo habría advertido inmediatamente.

## XVII

Entre el velódromo Vigorelli y el recinto de la Feria, hay un amplio espacio con una isla de prado, cerrado al norte por la compacta alineación de las casas nuevas.

Allí se detuvo Antonio a las siete menos diez con su seiscientos. Había llegado con una anticipación ridícula incluso. No quería que ella lo viera tan presuroso, habría sido una confesión demasiado clara.

Hacía frío y humedad. Pese al malestar que le daban los cigarrillos en ayunas, encendió uno.

Llovía a mares: un agua violenta y rabiosa de primavera que azotaba la ciudad lívida, vacía y dormida. Estaba sólo él. Todos los demás dormían. Todos los demás lo ignoraban.

Había cesado la tregua. Al cabo de pocos minutos la vería, pero ¿sería verdad? ¿No sería por casualidad una broma? ¿O no podían haber sucedido, entretanto, muchas cosas? ¿Que ella se sintiera mal, por ejemplo? ¿Cómo la avisaría?

Era la hora inhóspita e ingrata en la que ya no hay deseos, los locales de diversión y vicio están cerrados y tristes, los amantes adormecidos con su cansancio carnal y las luces apagadas, aunque la claridad del día aún no sea suficiente.

También los coches de los noctámbulos más desesperados habían regresado. Ni una ventana estaba iluminada: todo el mundo encerrado en la tibieza de la cama. Sólo pasaban de vez en cuando camiones de basura. Había una luz que no era luz, era gris, sueño, tragaluz, indiferencia absoluta.

¡Ay de quien en una ciudad se deja sorprender por esa hora sin piedad, cuando llueve a cántaros y está solo!

Le parecía ser un niño castigado y golpeado injustamente, de quien nadie sabía nada. En aquel momento dormían todos aquéllos —sus hermanos, su madre, sus amigos— que lo necesitaban y a quienes él necesitaba. Ya no existían. Estaban sumidos en el sueño del alba, tan profundo y benéfico cuando llueve. Estaba solo. Se sentía solo, ignorado y perdido, con su angustia infernal de la que la gente se habría reído con tanto gusto, y en derredor, bajo la lluvia, aún inmóvil, estaba la gran ciudad, que al cabo de poco se despertaría y empezaría a jadear, a luchar, a retorcerse, a galopar para arriba y para abajo espantosamente, para hacer, deshacer, vender, ganar, apropiarse, dominar, por una infinidad de deseos y empeños misteriosos, de cosas mezquinas y grandes, trabajo, sacrificios y aflicciones infinitas e ímpetus y voluntades desbordantes, músculos y arrebatos mentales, posesión y dominio, ¡adelante, adelante! Y él clavado allí, en un coche utilitario chorreando agua y desesperación por un cuerpecito blanco y jovencito, tal vez con un fulgor dentro, llamado Laide y que nadie conocía. Telones de casas grises empapadas y herméticas, como de vidas que a nadie importaban nada. ¿El mundo? ¿América y Rusia? ¿El dominio de la Tierra?

Más bien: ¿se despertaría ella a tiempo? ¿Funcionaría el despertador? ¿Se daría

bastante prisa en vestirse? ¿Tendría ya hecha la maleta? «Dios mío, haz que la maleta esté lista, que no se vea animada a renunciar». ¿Dormiría aún? ¿O estaría ya en el baño escrutándose la cara en el espejo, apretando un dedo en la comisura exterior de un ojo, en el que la noche había dejado una minúscula arruga de la piel? ¿Y qué iría a hacer en Módena? ¿Quién la esperaría? ¿Qué haría aquella noche? ¿Dormiría sola? ¿Con quién dormiría? No. Bastaba con que llegara. Bastaba con que detrás de la cancela de Via Squarcia (que él había ido el día anterior a inspeccionar desde el exterior) apareciera ella con su desdeñoso paso y a su vista desaparecería la angustia. Y al mismo tiempo tenía la sensación de que aquella lluvia lo arrastraba ya, una fuerza nunca vista lo apartaba poco a poco de lo que había sido hasta entonces su vida, cosas semejantes las había leído más de una vez en las novelas y no las había creído, cuentos absurdos, y ahora él estaba dentro y ya ni siquiera luchaba; por la noche sí, a veces se rebelaba con la exaltación propia de la noche; ahora, no, ahora la lluvia que azotaba, salvaje, lo arrastraba y él no salía del remolino, ni siquiera levantaba una mano para pedir socorro.

El tiempo no acababa de pasar nunca. El reloj marcaba ya las siete y diez, pero Antonio tenía la costumbre de llevarlo siempre un poco adelantado, debían de ser apenas las siete y dos, las siete y tres. Otro cigarrillo. ¿Y si ella hubiera cambiado de idea y hubiese aplazado la partida? ¿Hasta qué hora esperaría? Se sentía la cara cansada. Se miró en el espejo del salpicadero: una cara odiosa, en particular la boca. Tal vez fuera la hora. Encendió el motor.

Via Squarcia estaba desierta. Había una cancela frente a la casa de ella y más allá un gran patio, al fondo de un pabellón. Detuvo el coche para poder vigilar la entrada de la casa. La cabina de cristal de la portería estaba aún apagada.

Su reloj marcaba las siete y veinte, debían de ser las siete y diez, las siete y once, y llovía un poco menos. Otro cigarrillo. ¿Acudiría?

Ya llevaba retraso. Otros cinco minutos más y ya no llegarían a tiempo al tren. ¿Qué habría sucedido?

No paraba de mirar el reloj, deseaba no mirarlo, esperar todas las veces un tiempo conveniente, al menos, pero la angustia... Oh, por fin.

Oyó el ruido de una puerta de cristal que se cerraba. Después, tras la reja, en la penumbra, una figura.

Algo dentro de él se abrió, liberando un ahogo interno, le pareció volver a vivir. ¡Ella! ¡Ella!

Salió una mujer con un chal en la cabeza. Debía de tener al menos cuarenta años. Se encendió la luz de la portería.

Las siete y veintitrés. Aquélla no se había despertado. Módena lo oprimía, no entendía por qué interesaba tanto a Laide. Si se había despertado a tiempo, era imposible que no estuviese ya abajo.

Se apeó del coche, subió los escalones de la portería, donde había un hombre.

«Óigame, por favor, ¿podría avisar por el telefonillo a la señorita Anfossi de que

está aquí el coche esperándola?»

El otro obedeció de mala gana:

«Dice que baja en seguida».

¿En seguida? Eran las siete y veinticinco, cierto era que había poca gente por la calle, pero, si por casualidad hubieran empezado ya a funcionar los semáforos, en un cuarto de hora no llegaban a la estación.

Las siete y media. ¿En qué estaba pensando esa desdichada? Las siete y treinta y dos. Nunca aparecería Laide, ya no bajaría, ya no le telefonaría más, no volvería a dar señales de vida. Ya había perdido el tren.

Saltó la cerradura de la cancela. Ella avanzó, derecha, con aquel paso suyo, deliberado e indiferente. En la mano derecha llevaba un bolso de cuero; en la izquierda, una gran maleta blanca.

Dorigo se dirigió hacia ella, que parecía asombrada de verlo allí:

«¿Podrías ayudarme, no?»

Él le cogió la maleta.

«Ahora ya no llegamos».

«No ha sonado el despertador. Si no llega a llamarme el portero...»

«¿Sabes que son las siete y media pasadas? En cinco minutos no llegamos a la estación».

«¿Por qué cinco minutos?»

«¿No dijiste que salía a las siete cuarenta?»

«Hay otro a las ocho y cinco».

«Podías habérmelo dicho, ¿no?»

«¿Y cómo iba yo a saber que no sonaría el despertador?»

Ni siquiera le había dicho «hola», ni una sonrisa, incluso en aquel momento en que iba sentada a su lado en el coche, no lo había mirado ni siquiera una vez, estaba totalmente concentrada en probar y volver a probar el cierre del bolso, que se enganchaba.

No se había lavado, no se había maquillado, llevaba un impermeable tipo *trench-coat* y estaba desmejorada, feúcha, pero Antonio respiraba, la tenía ahí, a su lado, en su coche, por unos minutos al menos en cierto modo era suya, le concedía su presencia física, por unos minutos él sabía lo que estaba haciendo, por unos minutos no estaba con otros; el impermeable era corto, sobresalían las dos rodillas redondas y lisas, que las medias, muy estiradas, cubrían.

«¿A qué hotel vas en Módena?»

«Aún no lo sé».

«¿Irás a esperarte él?».

«¿Quién es él?»

«Tu primo, tu primito».

«¿Y quién lo sabe?»

«¿Cuántos días estarás fuera?»

«No lo sé, depende del trabajo».

«¿Te refieres a la fotografías?»

«Pero si debo de habértelo dicho cien veces». Parecía fastidiada, parecía entender que él sospechaba.

«¿Y me telefonarás cuando vuelvas?»

«Claro que te telefonaré».

«¿Y desde allí me telefonarás también?»

«Puede que sí, si me resulta posible».

Miraba la calle delante de él, estaban en Via Procaccini, llovía aún un poco, ella tenía una expresión inquieta y tensa, de animalito acosado, como aquel día en que había partido para Roma, pero él nada tenía que ver, él no tenía papel alguno en aquella inquietud de ella, era una partida, un duelo, un juego, una intriga, una conspiración, a saber qué, entre otras personas desconocidas de su mundo y ella, y él estaba excluido. Él era el burgués acomodado que pagaba.

## XVIII

Al entrar en la oficina, encontró una nota del telefonista: «Ha telefoneado desde Módena su sobrina Laide para rogarle que vaya a recogerla mañana por la mañana temprano a Módena, Hotel Moderno».

¿Módena? ¿Cuántos kilómetros eran? Ni por un instante pensó en no acudir. Después se acordó de su modestísimo automóvil, el seiscientos ya bastante destartado.

Comenzó a proyectar la fuga. Salir temprano no era difícil, un despertar anormal no podía levantar sospechas en su casa, sólo por la noche era difícil estar libre. Lo esencial era poder regresar a las cinco o cinco y media para un compromiso de trabajo: un palizón, desde luego.

Pero por la noche, en la cena, se encontró por casualidad con Menotti, su viejo amigo. Menotti tenía un coche deportivo, descapotable. Durante la cena, convencido de que el otro le diría que no con cualquier pretexto, le preguntó si le prestaría su Spyder el día siguiente. Menotti no atribuyó la menor importancia al asunto. Sí, desde luego, con tal de que Dorigo regresara por la noche.

La idea de ir a recoger a Laide en un automóvil descapotable, de tipo deportivo, serenó a Antonio. De ilusiones tan estúpidas está hecha nuestra vida, en el fondo.

Al regreso del restaurante de Corsico, a lo largo del Naviglio, en una noche de mayo perfumada, conduciendo aquel hermoso coche, con el viento que le daba un extraño malestar en la nuca, con una mujer hermosa al lado, de la que ni siquiera conocía el nombre y que lo traía totalmente sin cuidado, con las luces de las farolas que pasaban de largo, las miradas curiosas o envidiosas de los transeúntes, iba pensando en que el día siguiente volvería a verla, con la maravillosa conciencia de que Laide lo había llamado por primera vez, con la ligereza que le daba la inmersión en el aire azul de la noche, con aquella sensación embriagadora de desnudez que da un coche descapotable, como cuando de niño, a comienzos de junio, substituía los pantalones bombachos por el pantalón corto y las piernas desnudas le daban una confusa sensación de voluptuosidad, expansión física y desvergüenza carnal.

El despertar a las seis, en sí durísimo, fue como una maravilla ante la idea de que ella lo esperaba, ante la idea del coche con el que iba a recogerla. Con aquel coche llegaría un hombre estupendo: rico, deportivo, desenvuelto, moderno, joven, como los maromos de las películas de moda. Iba a causarle una impresión magnífica. Al verlo llegar con un *Spyder sport*, Laide ya no podría considerarlo un intelectual, un poca cosa, un pobre burgués. Aquel coche le permitiría entrar por fin en su mundo, con pleno derecho de ciudadanía, el mundo de los hombres ricos e impávidos que manejan a las chiquillas pobres como si fueran automóviles o, mejor dicho, con mayor indiferencia, mientras ellas los miran intimidadas y se dejan magrear pasivamente.

Partió a las seis y media y encontró las calles vacías. Lástima que el cielo

estuviese gris.

Cada vez que el pie apretaba el pedal del acelerador, era un espacio menos que lo separaba de ella. Él, que solía ser prudente hasta la exageración, volaba por la ciudad. Las casas estaban aún adormecidas y lívidas; los semáforos eran aún destellos amarillos intermitentes: la ciudad cogida por sorpresa.

Se internó por la autopista del Sol, cuando el sol aún no había logrado disipar la bruma. La pista estaba desierta.

Nunca había probado a conducir a ciento veinte, ciento treinta por hora. Al acelerar, las líneas blancas de los bordes se contraían y estrechaban de modo preocupante. Desde luego, ella estaría dormida a aquella hora. ¿Sola? Ella estaba allí, al fondo, allende el horizonte, muy lejos aún.

No había en derredor ni casas ni fábricas ni surtidores de gasolina, como en las carreteras normales. El campo estaba desierto: prados humeantes de niebla y al fondo grandes hileras regulares y sucesivas de álamos altísimos que se perdían a lo lejos. A medida que corría, los árboles, por un lado y por otro, giraban en tropel y se concentraban hacia el extremo del tramo rectilíneo y después se disgregaban a los lados, mientras otros, más lejanos, corrían por delante para volver a cerrarse hacia el horizonte: como si dos inmensas plataformas giraran en sentido opuesto, una a la derecha y otra a la izquierda.

Aún no había sol, pero se sentía que estaba tras los toldos de humedad y niebla. Todo el campo inmenso lo esperaba, aterido, y, a medida que la aguja blanca del cuentakilómetros subía con nerviosas oscilaciones, el aire frío formaba un remolino en su nuca.

Después le pareció que al moverse, en sentido inverso al desplazamiento del coche, las hileras de álamos querían decirle algo. Sí, la fuga de los árboles —trenzado fluido y cambiante de perspectivas en una doble rotación del campo hasta perderse de vista— había cobrado una intensidad especial de expresión, como cuando alguien está a punto de hablar.

Corría, volaba, en dirección del amor y también los árboles que se deslizaban en el límite de los prados eran impulsados por algo más fuerte que ellos. Cada cual tenía su propia fisionomía, una forma especial, una silueta diferente, y eran muchos: miles y miles. Y, sin embargo, una fuerza común los arrastraba hasta el remolino. Todos los álamos del campo inconmensurable huían exactamente como él, girando en dos enormes alas curvadas.

Era un espectáculo, en la mañana solitaria, con la vacía carretera por delante y los prados y los campos desiertos; no se veía un alma, parecía que todo el mundo, excepto él, hubiera olvidado que existía aquella parte del mundo y ella estaba allí, al fondo, detrás del ultimísimo telón de árboles o, mejor dicho, mucho más allá, probablemente estuviera durmiendo con la cabeza hundida en la almohada y entre las tiras de las persianas la luz del nuevo día penetrara en la alcoba e iluminase la masa de su pelo negro, inmóvil. ¿Estaría sola?

Entonces comprendió de improviso el sentido de aquel encantamiento natural. ¿Qué querían decirle, en realidad, las hileras de álamos que avanzaban en fila por el horizonte y parecían huir de él y al tiempo correr a su encuentro para después alejarse a sus espaldas, en la niebla, consumidas, mientras nuevas hileras aparecían por delante, inagotables, y se precipitaban sobre él?

De repente comprendió lo que decían, comprendió el significado del mundo visible, cuando nos deja estupefactos y decimos: «¡Qué belleza!», y nuestra alma se siente invadida por la exaltación. Había vivido toda su vida sin sospechar la causa. Muchas veces se había quedado arrobado ante un paisaje, un monumento, una plaza, un escorzo de calle, un jardín, el interior de una iglesia, una roca, una callejuela, un desierto. Hasta entonces no se había dado cuenta por fin del secreto.

Un secreto muy sencillo: el amor. Todo lo que nos fascina del mundo inanimado, los bosques, las llanuras, los ríos, las montañas, los mares, los valles, las estepas, más, más, las ciudades, los palacios, las piedras, más, el cielo, los ocasos, las tormentas, más, la nieve, más, la noche, las estrellas, el viento, todas esas cosas, en sí mismas vacías e indiferentes, se cargan de significado humano, porque, sin que lo sospechemos, contienen un presentimiento de amor.

¡Qué estúpido había sido al no haberse dado cuenta hasta entonces! ¿Qué interés tendrían un acantilado, un bosque, una ruina, si no entrañaran una espera? ¿Y espera de qué, si no de ella, de la criatura que podría hacernos felices? ¿Qué sentido tendría un valle romántico, todo rocas y escorzos misteriosos, si el pensamiento no pudiera transportarnos hasta ella en un paseo a la hora del ocaso entre flébilas llamadas de pájaros? ¿Qué sentido la muralla de los antiguos faraones, si en la sombra de la cueva no pudiéramos soñar con un encuentro? ¿Y qué podría importarnos una esquina de un pueblo flamenco o un café del bulevar o el zoco de Damasco, si no pudiéramos suponer que también ella pasaría un día por ellos y dejaría prendido un jirón de su vida? Y una capillita solitaria en un cruce de caminos con su lamparita, ¿cómo iba a ser tan conmovedora, si no ocultara una alusión? ¿Y la alusión a qué sería, si no a ella, a la criatura que podría hacernos felices?

Pensó en una ventana solitaria iluminada en una noche de invierno, en una playa bajo rocas blancas en plena gloria del sol, en una callejuela inquietante y tortuosa en el corazón de la ciudad antigua, en las terrazas de un gran hotel en una noche de gala, en heniles, en la luz de la luna; pensó en las pistas de nieve en un mediodía de abril, en la estela de un transatlántico blanco iluminado con una fiesta, en los cementerios de montaña, en las bibliotecas, en chimeneas encendidas, escenarios de teatros desiertos, en la Navidad, el fulgor del alba, dondequiera que estuviese oculto el pensamiento de ella, aun cuando no supiésemos quién era.

¡Qué mezquina sería nuestra exaltación espiritual, si sólo nos incumbiera a nosotros y no pudiese transmitirse a otra persona!

Incluso las montañas que había amado intensamente, las desnudas, escabrosas e inhóspitas rocas, en apariencia tan antitéticas a los asuntos amorosos, cobraban un



sentido diferente en aquel momento. ¿Un desafío a la naturaleza salvaje? ¿La superación del yo? ¿La conquista del abismo? ¿El orgullo de la cumbre? ¿Qué espantosa necesidad sería, si consistiera sólo en eso! Dificultades y peligros resultarían ridículamente gratuitos. Había meditado por extenso sobre ese problema sin lograr resolverlo. En aquel momento, sí. En el amor a las montañas anidaba clandestinamente otro impulso del alma.

Si, cuando era niño, alguien se lo hubiera dicho y hubiese podido entenderlo, siempre habría replicado que no, que no era cierto, por una apariencia de pudor. Así también los demás habrían dicho que no, que era una idiotez, retórica, romanticismo trasnochado y, sin embargo, si se les hubiera preguntado, no habrían sabido indicar de otro modo por qué les conmovía una borrasca marina o un arco de los Césares derruido o una farola oscilante en una callejuela de los bajos fondos. Nunca confesarían que ante esas escenas también ellos sentían la llamada de un sueño de amor, pese al desagrado que semejante expresión pudiera inspirar.

Desde el último extremo del tramo rectilíneo, mientras ya el cielo se disolvía en el azul y el sol se esparcía, los grumos de árboles apostados allí al fondo seguían rompiéndose, desgranándose en dos partes lentamente y en progresiva precipitación pasaban deslizándose por los costados, con un fluido trenzado de perspectivas — rápidas las hileras más cercanas, lentas y perezosas las lejanas— en una doble rotación del campo hasta perderse de vista, y, cuando apretaba el pedal, el movimiento de los árboles se aceleraba y le parecía que toda la llanura lo obedecía.

También le venían a las mientes las caravanas de cacatúas maullantes procedentes de América que bajaban de los autobuses delante de museos y catedrales. ¿Perseguirían también aquellas desdichadas, en su vagar de un país a otro, aquel presentimiento de amor? Exactamente así, compadecedlas. También en esas carrozonas en serie y rebosantes de salud resistía aún, sin que lo supieran, la llamada; tenían sesenta, setenta, ochenta años, eran mujeres recatadas y respetables, habrían enloquecido de vergüenza, si hubieran podido saber lo que las arrastraba de acá para allá por el mundo y, sin embargo, si en los viajes no hubiera habido ese asomo novelesco e inverosímil, nunca se habrían movido de casa. El vagabundeo de frontera en frontera, de hotel en hotel, habría resultado un suplicio.

¿Y el fenómeno universal de la poesía? ¿Cómo es que aparecen tantos paisajes, selvas, jardines, playas, ríos, árboles, crepúsculos en los versos dedicados a la mujer amada? ¿Por qué reconocen los poetas, más aún que los otros, la referencia fatal en la naturaleza? Las torres antiguas, las nubes, las cataratas, las enigmáticas tumbas, el sollozo de la resaca sobre un escollo, las ramas dobladas con la tormenta, la soledad de los pedregales en la tarde: todo ello constituía una iniciación precisa a ella, la mujer nuestra, que nos incinerará; todas las cosas conjurándose con las demás cosas del mundo en una conspiración sapientísima para promover la perpetuación de la especie.

Era una intuición tan bella y placentera, que en otras circunstancias le habría dado

satisfacción, pero, precisamente por su exactitud, aquel día sólo le infundía dolor. En efecto, la expresión de los árboles fugitivos correspondía a la condición de su amor, que era absurdo y desesperado. Corría hacia ella, aun sabiendo que allí lo esperaban sólo nuevas angustias, humillaciones y lágrimas, pero él igual corría que se las pelaba, con el pie apretando con todas sus fuerzas el pedal, por miedo a perder un minuto.

Los álamos de la llanura, al desplazarse en procesión, con las espaldas curvadas, parecían decirle: detente, hombre, da media vuelta, no pienses más en ella y síguenos, no corras a tu ruina. Nosotros te conduciremos al remoto paraíso de los árboles, donde sólo existe bienestar, canto de pájaros y paz del alma. No te obstines.

Era tan persuasivo su mensaje, que de repente se sintió presa de una turbación interior, se apartó a su derecha y se detuvo, pero en el mismo instante se detuvo todo el paisaje en derredor hasta donde alcanzaba la vista y delante de él, al fondo de la desierta calzada de asfalto, el corro de los árboles permaneció compacto e inmóvil y ya no se disolvía desgranándose a uno y otro lado, los álamos ya no huían, ya no le decían que se detuviera, ya no se atrevían a decirle nada, porque comprendían que no había nada que hacer, los árboles le decían: «Sí, es verdad, allí al fondo, al sur, donde acaba la autopista, está ella esperándote para volverte loco, pero, total, ¡no importa! Total, el sol ya está alto y nosotros no podemos salvarte».

## XIX

Ella no estaría, ya se habría marchado, el telefonista habría entendido mal, era imposible que estuviese, era imposible que ella le hubiese llamado.

Preguntó por el Hotel Moderno. Allí al fondo, justo después de aquella plaza, volvía a empezar en aquel momento la maldita inquietud, detuvo el coche, entró con el corazón en un puño: un hotel como tantos otros de provincias; a la derecha, el mostrador del conserje.

«¿La señorita Anfossi? ¿A quién debo anunciar?»

Las nueve menos cuarto: ya estaría vestida.

«Dice que la espere, que dentro de cinco minutos bajaré».

Se sentó en un sillón, desde el que se veía a través de una cristalera una gran sala con algunas mesitas en los márgenes. ¿Bailarían por las noches? ¿Con quién habría bailado ella?

De improviso apareció ella, despeinada y sin maquillaje.

«¿Cómo es que has llegado tan temprano?»

«Es lo que me dijo el telefonista. Mañana temprano: estaba escrito en la nota».

«Pero yo todavía tengo que vestirme y hacer las maletas y después debo despedirme de una familia que ha estado muy amable conmigo».

«Entonces ¿a qué hora quieres partir?»

«No sé, pero ¿tú tienes prisa? Podríamos hacerlo después del mediodía».

«¿Y comemos aquí, en Módena?»

«Bueno, mira, tú ahora tómate un café y yo, mientras, voy arriba a prepararme».

Saludaba con confianza a los camareros, bromeaba con la chica del bar, parecía estar en su casa, perfectamente segura de sí misma, con aquella expresión suya un poco indecente, estaba pálida y la nariz resultaba más petulante de lo habitual. Era como las chicas morenas recién levantadas, con la cara aún no arreglada, esa transparencia un poco lívida de la piel: ese color de mármol, esa sombra de la noche aún pegada a las mejillas, a la boca, esa como virginalidad carnal que se renueva todos los días del año, esa sinceridad desarmada del cuerpo cogido por sorpresa, que hace parecer más feas a las viejas y también vuelve menos hermosas a las jóvenes, pero, a cambio, las jóvenes resultan entonces más desnudas, fuertes, obscenas, salvajes, excitantes, confidenciales, lo hermoso y lo feo resaltan, con lo que resultaba más evidente en Laide el ramalazo popular, su desfachatez, su boquita se abría y se cerraba, con los dos pequeños y compactos labios, sobre todo el inferior, adelantándose como pétalos caprichosos e impertinentes.

Antonio la miraba con el inesperado consuelo de verla feúcha, en el fondo había miles de chicas mejores, no es que todos los hombres del mundo fueran a correr tras ella y a él mismo en aquel momento no le importaba gran cosa en el fondo, por un instante abrigó la esperanza de poder liberarse de la obsesión, pero fue un instante muy breve. Laide, que se había sentado y estaba bebiendo un café con leche, apretó

con la mano derecha el antebrazo del camarero, quien estaba observándola, y dijo:

«Giacomo, por favor, tráeme una de esas medias lunas que tú sabes».

Y Antonio observó que el camarero era un muchacho de veinte o veintiún años de nariz larga y grande y barbilla pequeña, feo se lo podía considerar, pero había en él una embelesada tensión viril y Antonio se preguntó si... Era absurdo, era espantoso, era de una extraordinaria simplicidad: tal vez aquella misma noche, pensó, Laide, por puro capricho acaso, se lo hubiera llevado a su habitación.

Giacomo llegó sonriendo con la media luna sobre un platito y ella la cogió:

«Voy a cerrar la maleta», dijo y se marchó.

Antonio la acompañó hasta la escalera y preguntó:

«¿No puedo subir?»

Ella dijo:

«¿Estás loco?»

Él se quedó esperando en el sillón de mimbre que estaba en un rincón desde el que podía observar la escalera. Desde su mostrador, allí al fondo, el conserje podía verlo. Antonio se sentía violentísimo y ridículo. A su edad, dejarse ver manejado por una chiquilla. ¡El tío! ¡Menudo si el conserje no se lo habría figurado! La clásica situación: el viejo que paga y la jovencita de vida alegre que se va a menudo con maromos. En la mirada de un camarero que pasaba le pareció adivinar la ironía.

Se oyeron unos pasos por la escalera. No, eran de hombre. Apareció un jovencito con jersey que llevaba al brazo una chaqueta de gamuza: un tipo deportivo. Tal vez uno de los pilotos que entrenaban en el circuito, un probador. ¿Sería por él —se preguntó Antonio— por lo que Laide le había prohibido subir a su habitación? Mientras Laide tomaba el café con él, Antonio, ¿estaría acaso el jovencito afeitándose en su habitación?

Antonio lo escrutó, pero pasó de largo hacia la salida sin hacer el menor caso de él, cosa que lo tranquilizó. Si el joven había estado en la habitación con ella, Laide debía de haber buscado un pretexto para bajar: acaso le hubiera dicho que había llegado su tío. En ese caso, aunque sólo hubiese sido por curiosidad, el joven habría echado un vistazo a Antonio.

Por lo demás, se trataba de una hipótesis absurda. Laide, tan preocupada por guardar las formas (preocupación ridícula, porque estaba seguro de que todos, desde el conserje hasta el último cliente del hotel, la habían catalogado como una putilla fuera de casa: ¡pues no decía que hacía de modelo para fotografías de moda! ¡Vamos, hombre!), Laide no habría dejado, seguro, que un joven pasara toda la noche con ella. Tras haber hecho el amor, lo habría despachado a su habitación.

Un arranque de rebelión interna. ¿Estaría volviéndose idiota? ¿Por qué aquel inquieto trajín de sospechas celosas? ¿Acaso era suya Laide? ¿Qué obligaciones tenía para con él? ¿Tal vez por aquellas cincuenta mil liras que le había pedido ella prestadas (para una deuda contraída por la enfermedad de su madre, que se había comprometido a pagar a plazos, uno de los cuales vencía precisamente el día

siguiente) y que él había tenido mucho gusto en prestarle por la sensación de trabar con ella un vínculo privado? No, no podía honradamente pensar que aquellas cincuenta mil liras le impusieran una obligación, por vaga que fuese, de fidelidad. ¿Entonces? ¿Acaso no era dueña de ir a donde le saliese de las narices y dejarse cepillar por quien quisiera? ¿Qué podía objetar él?

Miró el reloj, habían pasado veinte minutos; allí, en la gran sala con vidrieras resplandecía el sol. Se levantó y salió a bajar la capota del coche, le interesaba que Laide se encontrara con el coche descubierto. A las mujeres les gustan los coches descapotables, dan un tono deportivo, moderno, de riqueza; él mismo en aquel coche, aunque no fuera de lujo, se sentía diferente, más joven, más seguro de sí mismo, envidiado, era la primera vez que lo conducía, pero ya se había dado cuenta de que por la calle todo el mundo lo miraba, todas las mujeres lo miraban, sobre todo las jóvenes.

Mientras bajaba la capota y la plegaba en su sitio, maniobra bastante complicada, notó que dos jóvenes mozos del hotel habían salido al umbral y lo observaban con el típico interés de los jóvenes por todos los automóviles fuera de lo normal.

Intentó apresurarse al máximo, deseoso de que bajara Laide. Cuando volvió a entrar, el conserje le dijo sonriendo:

«No, su sobrina no ha bajado aún».

¿Su sobrina? Eso no le hacía ninguna gracia; como si ella tuviera interés en dejarlo bien claro: no se os ocurrirá pensar por casualidad que ese cincuentón sea amante mío, ¿eh? Como si ella se hubiera sentido humillada al admitir públicamente una relación física con un hombre que podía ser fácilmente su padre. De acuerdo, el hecho de que Laide lo presentara como su tío demostraba que no se avergonzaba de él e incluso tal vez apreciara ese parentesco ficticio, para aparentar ser de una familia tan respetable, sobrinita predilecta de un hombre conocido y estimado. Además, eso creaba entre los dos un vínculo, aunque fuera falso, mucho más sólido que el — totalmente inconsistente— que puede haber entre una chica de alterne y un cliente, cosa que también lo halagaba. Antonio sentía un placer inmenso con todo lo que le permitía, de un modo u otro, entrar en la vida de Laide, mundo ambiguo, complicado, pecaminoso y terriblemente milanés.

Pero comprendió lo cómodo que resultaba a Laide asignarle el papel de tío: una coartada que le permitía hacer el amor con éste o aquél y al mismo tiempo dejarse llevar por ahí por Antonio sin que resultara escandaloso. Cuando el conserje del hotel le había hablado de su sobrina, había sentido unas ganas locas de responder:

«¿Sobrina? Ésa nunca ha sido sobrina mía».

Pero se había detenido a tiempo: probablemente habría parecido el viejecillo cornudo y burlado. Sin contar con que, si se lo hubiesen explicado, Laide se habría puesto como una fiera, tal vez hubiese sido capaz de mandarlo con viento fresco delante de todo el mundo.

Estaba rumiando esas ideas, cuando bajó ella. Estaba impecable, bien maquillada

y peinada, llevaba un vestido plisado y en el brazo un minúsculo perrito maltés. Tras ella venía el mozo con una maleta, dos maletines, un neceser y un abrigo de antílope gamuzado.

«¿Es éste tu famoso perrito?»

«¿Metemos ya las cosas en el coche?», se apresuró ella a decir sin responder a su pregunta y él notó que echaba un vistazo en derredor para comprobar si otros, además del mozo, la habían oído, porque resultaba muy extraño que un tío suyo nunca hubiera visto el perrito de su querida sobrina.

También se dio cuenta de que de repente Laide se había enfurruñado; apretó el paso para distanciarse del mozo y le dijo:

«Si hay algo que detesto, ¡es hablar de nuestras cosas en presencia de extraños!»

«¿Qué cosas? ¿Qué he dicho?»

«Nada, nada», dijo ella en voz baja, porque el mozo se acercaba, «para ciertas cosas vosotros, los hombres, sois unos perfectos cretinos».

Por fortuna, volvió a serenarse cuando delante del hotel vio el Spyder rojo que esperaba, flamante, al sol de mayo.

«¿Es tuyo?»

«No. Me lo ha prestado un amigo».

«Ya me extrañaba. ¿Cuándo vas a decidirte a cambiar ese viejo cacharro tuyo?»

Colocaron las maletas en el portaequipajes y después ella dijo:

«Oye, deberías hacerme un favor, perdona, ¿eh?»

«¿Qué?»

«Aquí, en el hotel, me falta algo que pagar».

«¿Te refieres a la cuenta?»

«¿Ves cómo eres? En seguida piensas mal. La cuenta ya está pagada. ¿Crees que te iba a hacer venir de Milán hasta aquí para que me pagaras la cuenta del hotel? La verdad es que me aprecias poco. Es la nota del conserje, serán cuatro mil o cinco mil liras».

Eran, en realidad, cinco mil doscientas. Pagó y salió afuera. Como aún no era mediodía, le propuso partir en seguida: él por la tarde debía estar en el estudio. En lugar de comer allí, en Módena, podían perfectamente parar en Parma: también en Parma había restaurantes muy buenos.

«¿Por qué?», dijo Laide. «¿Quién nos obliga a marcharnos tan pronto? Podemos partir después del almuerzo, por la autopista llegarás a tiempo, seguro, y, además, es que me gustaría despedirme de Marcello».

«¿Y quién es Marcello?»

«Pues mi primo. Debo de habértelo repetido diez veces».

«¿Y no has visto bastante a tu primo en estos días?»

«Lo he visto sólo una vez: tiene tanto trabajo, en la obra. Espera, que voy a ver si lo pesco».

Dejó a Antonio y se asomó al mostrador del conserje. Para no dejar ver su

desasosiego, él no se movió. La vio, a través de la puerta del hotel, telefonear. Parecía muy contenta. Se reía. Él no veía la hora de que acabara. Encendió un cigarrillo. Vio que seguía telefoneando, la vio volver a reírse.

Laide colgó y se reunió con él en la acera, a la sombra de la marquesina. Tenía expresión feliz.

«Bueno, ¿qué?»

«Pues que no sé si te lo he dicho, pero debo ir a toda costa a despedirme de una familia que ha sido muy amable conmigo: ¡si supieras!... no puedo marcharme así, sin despedirme».

«A saber a qué hora iremos a comer entonces».

«Oh, a mí la comida no me importa. Podríamos hacer lo siguiente. Dentro de unos minutos llegará Marcello y me acompañará a casa de esos amigos. Tú, entretanto, puedes ir a comer. Después, a las dos o las dos y media nos vemos y partimos en seguida. Así no te hago perder tiempo».

«¿Vengo de Milán expresamente para recogerte y me dejas solo como un perro?»

«Vamos, no te enfades ahora. ¿Cómo me las arreglo yo, si no, con esos amigos?»

«Y, además, es que ese asunto de Marcello no me hace ninguna gracia. Me da toda la impresión de que es tu primo tanto como yo tu tío».

Los ojos de Laide se dilataron: de sorpresa y de rabia.

«Exacto: para ti todas son putas. ¿No se puede querer a un hombre sin irse a la cama con él? Ni siquiera lo miraría a la cara, si no me respetara».

«No pretenderás decir que nunca te ha dado un beso».

«Pero ¡serás asqueroso!», dijo ella exasperada. «Me imaginaba que me ibas a montar este pollo. Vosotros, los hombres, sois todos iguales. ¡Nosotras tenemos que ser por fuerza unas zorras todas! No, si quieres saberlo, Marcello no me ha besado nunca. Es como si fuéramos hermanos. ¿Está claro?»

«No veo por qué has de ponerte así. Al fin y al cabo, eres libre de hacer lo que te salga de las narices».

«¡Ah, no debería ponerme así! Me llamas puta, ¿y no debería ponerme así?»

«¿Quién te ha llamado puta?»

«Tú, si crees que yo voy contigo y después voy también con él. Él, sí que podría ponerse así, si acaso, si supiera que nosotros dos...»

Antonio se sintió derrotado. Antonio la creyó: era inverosímil, pero Antonio la creyó, tenía tal acento de sinceridad y orgullo ofendido Laide. Para ser capaz de mentir así, había de ser un monstruo: no, era imposible que una chica como ella consiguiese representar una ficción tan perfecta, había de tener una inteligencia y una imaginación propias de Shakespeare.

«Muy bien», dijo Antonio, apaciguado. «Y a tu Marcello, ¿qué le has dicho que soy yo?»

«Mi tío».

«¿Un tío aparecido de buenas a primeras?»

«Sí, le he dicho que antes viajabas, que estabas en el extranjero».

«¿Y te ha creído?»

«¿Por qué no habría debido creerme? No todos son como tú precisamente. Pero espera... me parece que es él».



## XX

Lo miró con cierto miedo. No, Marcello no era un tipo como para dar miedo, ni siquiera a él, Antonio, el cincuentón.

Llegó con una scooter, iba vestido con discreto mal gusto, una corbata abigarrada, amarilla y verde, y un traje rayado. Pero ¿y la cara? Lo importante era la cara.

La cara cuadraba con las descripciones de Laide. Era un joven bastante alto, más que Antonio, pero ligeramente encorvado. Pero ¿y la cara? La cara era lo importante.

La cara cuadraba: cuadraba hasta el fondo. ¿Feo? Feo, no, peor: inexpresivo, carente de vida, obtuso. Pero feo no. Los ojos, sobre todo los ojos: sin vibración, sin chispa, sin intenciones siquiera ni sobreentendidos. Bonachón, vagamente soso. Sí, correspondía perfectamente.

«Mira», dijo Laide. «¿Sabes dónde está la plaza? Desde aquí, en línea recta, deben de ser doscientos metros: donde hay una pendiente. Tú vete a comer y después nos vemos en la plaza».

«¿A qué hora?»

«Ahora, ¿qué hora es?»

«Las doce y veinte».

«Pongamos a las dos y cuarto».

«¿Tan tarde?»

«Es que esos amigos míos no viven en el centro precisamente».

«¿A las dos y cuarto? Pero, por favor, no te hagas esperar».

«A las dos y cuarto. ¿Me oyes?»

«Sí, sí, ¿por qué?»

«Te hablan y tú pensando en otra cosa. Oye, ¿me harías un favor?»

Antonio miró a Marcello, que parecía ausente, del todo indiferente, apático.

«¿Qué?»

«¿Me guardarías a Picchi?»

«¿El perrito?»

«¿Cómo quieres que lo lleve en la Vespa? Además, es un tesoro, ya verás».

«¿Y hay que darle de comer?»

«Bah, no importa, comerá en Milán. Si acaso, una papilla, un poco de arroz y carne. Eso sí, carne cruda, por favor, y poca, verdad, que es pequeñín, mi Picchi».

Laide se acuclilló en el asiento con un salto gracioso que indicaba lo muy acostumbrada que estaba a hacerlo. Marcello arrancó. Ella hizo un gesto de despedida a Antonio. Después se volvió hacia delante, pareció apoyarse en los hombros de su acompañante y ya no se volvió más. Él se quedó plantado, bajo el sol, con el perrito en brazos.

Algo dentro de él le decía débilmente: «Mira que no es justo, piensa en tu edad, ella se va en moto con un joven de veintidós, veinticinco años, y te deja plantado aquí, como a un idiota, y con el perrito. ¿Comprendes lo ridículo que es?»

¿Comprendes el papelón que estás haciendo?»

Estaba delante de la puerta del hotel con el perrito en brazos, en el umbral del hotel había dos jóvenes sirvientes de éste, de uniforme, los que antes lo miraban: sin asombro, burla o ironía, pero lo miraban.

Se dirigió al primer restaurante, uno bastante famoso. Hacía calor y se sentó en una salita lateral en la que no había nadie. Dejaría en el suelo el perrito, que, pese a su pequeñez, tenía una vitalidad tremenda.

Pidió jamón, no tenía ganas de comer, comer le daba asco. Estaba solo. En la salita, dos mesas más allá, se sentó una pareja, debían de ser extranjeros. Ella, una rubia desteñida, se interesó al instante por el perrito e intentó llamar su atención con gestos graciosos. El perrito no le hizo caso.

Por mucho que masticara, no conseguía tragar. ¿Dónde estaría ella en aquel momento? Pasaban carritos cargados con todos los bienes de Dios; ¿a quién le importaban? Era demasiado a su edad. Imaginó que hubiera entrado un conocido y le hubiese preguntado qué hacía, de quién era aquel perrito. Era demasiado a su edad. Pidió un filete de ternera a la plancha. Tal vez consiguiese tragar el filete. La extranjera rubia había dejado de interesarse por el perrito.

Ir solo a un restaurante siempre le había desagradado. Con tal de no ir solo a un restaurante, casi siempre prefería saltarse la comida. Le trajeron el filete y la sopa para el perrito. Hacía calor, había mucha gente: comían con gusto, estaban alegres, los malditos. La una y media, hacía calor, aún tres cuartos de hora que esperar. Era un restaurante distinguido, iban y venían camareros y a Picchi no le gustaba la papilla.

Para acabar, lo más sencillo era un plátano, pero estaba verde y lo dejó a medio comer, y un café. El camarero, decepcionado por semejante cliente, trajo la cuenta. Las dos menos cuarto: media hora aún. Y ni siquiera tenía un periódico para leer. Esperó largo rato el cambio, pero el camarero no acudía y el perrito empezó a toquetearle los bajos del pantalón, quería subírsele a las rodillas, conque se lo colocó sobre las rodillas y se puso a acariciarlo: sabía tratar a los perros. ¿Y si hubiera ahuecado el ala? ¿Si hubiese descargado las maletas y el perro en el hotel y se hubiera marchado? Comprendía vagamente que un hombre, un hombre decente, no habría hecho otra cosa, pero él ya no era un hombre, era un desgraciado, era un niño, peor que un niño, era un gusano, un ser abyecto, también eso lo comprendía vagamente.

Con una sonrisa —por decirlo así— interna se imaginaba la escena. Ella, que llegaba, acompañada por el primito, al lugar de la cita, en la plaza, y no lo encontraba. Daban una vuelta por las calles cercanas: nada y ya eran las tres menos veinte. ¿Y si estuviera aún en el restaurante? Iban al restaurante. Tampoco allí. ¿Y si hubiese vuelto al hotel? En el hotel, nada más entrar Laide, el conserje le dedicaba una sonrisa que podía querer decir muchas cosas diferentes.

«Mire, señorita, su tío ha dejado dicho que tenía que marcharse, se disculpa por no haber podido esperar...»

«¿Y mis maletas?»

«Están aquí, señorita».

Y entonces ella se ponía blanca de rabia y a duras penas se dominaba para salvar la cara delante del conserje (creía que era necesario, ja, ja), pero sentía deseos de arremeter contra todo lo más sagrado y decirle cuatro frescas a ese sinvergüenza de su tío. Y ahora, ¿qué haría? Sin un céntimo en el bolsillo. ¡En Marcello no había ni que pensar! Era ella la que prestaba a Marcello de vez en cuando. Y, encima, la rabia y la humillación que sentiría, al darse cuenta de que el conserje lo había entendido todo y la miraba con una altivez y una superioridad que antes no tenía. Estaba más que claro que ella era una de éstas y que la historia del trabajo y las fotografías era una coartada pueril. En efecto, cuando ella se apresuraba a avisar de que aquella noche la pasaría también en el hotel, el conserje le anunciaba que su habitación ya estaba reservada y que no había ninguna otra libre y, cuando ella se enfurecía y suplicaba, el conserje le decía con una sonrisita transparente:

«No sé, señorita, lo único que puedo hacer... si por una noche se contenta... es arreglarle una cama en el último piso... precisamente junto a mi habitación hay un cuartito vacío...»

¡Qué lección, qué castigo tan merecido! Nada papanatas, a fin de cuentas, como se podía pensar, el tío Antonio. Enamorado, sí, de aquella listilla, pero ni siquiera a ella le permitía que se le subiera a las barbas.

Antonio se describía minuciosa y voluptuosamente esa victoriosa fantasía, aun dándose cuenta de que nunca sería capaz de llegar a tanto, y era como cuando imaginamos las cosas más horribles: catástrofes, un terremoto, una batalla, una enfermedad espantosa, la ruina total.

Porque, ante la idea de no poder volver a verla, una angustia sin límites se apoderaba de él. No. Cualquier cosa con tal de evitar esa condena. ¿Qué habría hecho sin ella? ¿Cómo habría podido resistirlo? Laide era el mundo mismo, la vida, la sangre, la luz del sol, la gloria, la riqueza, la realización de los sueños. Ya sólo sentirse sobre las rodillas el perrito de ella —por fortuna, se había quedado dormido— le consolaba, porque el animalito pertenecía a Laide y tenerlo consigo le garantizaba la posibilidad de volver a verla, aunque sólo fuera por un minuto. Maldito perrito pesado y caprichoso, adorable, depositario de una investidura milagrosa.

El camarero trajo el cambio, eran las dos menos diez, ya sólo faltaba que, entretanto, se hubiera desinflado un neumático. Se levantó impaciente. Vio en un espejo su cara, fea, cansada. ¡Qué pena!

El neumático no estaba desinflado. A las dos y cinco estaba en la plaza. Colocó el auto en el estacionamiento, pero el sol era tan fuerte, que allí no podía resistir sentado en el coche. Se apeó con el perrito.

En el centro de la plaza había un rectángulo de prado. Dejó pasear por él al animalito llevándolo sujeto con la correa; había poca gente por allí, pero alguien se detuvo a mirarlo: era un perro tan pequeño y gracioso. Las dos y doce, las dos y trece.

¡Por fin! Al cabo de dos minutos, ella reaparecería, se marcharía con él, a su lado, al sol, los dos solos, por la autopista, como un paseo juntos por primera vez y nadie podría molestar. Y él le hablaría, había decidido hablarle, no podía seguir más así, costara lo que costase, no podía resistir más con aquel continuo tira y afloja, viéndose sólo de vez en cuando, sin poder telefonarle, computando el amor a veinte mil liras en cada ocasión. Una vez en el coche ya no habría nadie que fastidiara: ni aquel primo Marcello ni los parientes de ella ni los tipos del *Due* con los que bailaba por la noche ni las alcahuetas. Solos, en la inmensidad de la llanura. Y él nunca había sido capaz de hablar a una chica para decirle lo que el corazón deseaba decir, pero es que nunca, siempre había sido desdichado, pero ahora algo rebosaba: ahora, aun a costa de echarlo todo a perder, sí que hablaría, era cuestión de vida o muerte, no podía resistir más.

Al sol hacía un calor tan insoportable, que cogió el perrito en brazos y se trasladó al borde de la calle, allí donde la casa de enfrente proyectaba su sombra. Las dos y diecisiete: de un momento a otro. A su edad, con un ridículo perrito en brazos, esperando a una chica de alterne que, mientras él almorzaba en el restaurante, acaso se hubiera ido a la cama con su amorcito, con el que acaso hubiese estado riéndose largo rato de él, el imbécil, que se había tragado todas las trolas que ella había sido capaz de inventar, y acaso estuviera riendo aún en aquel momento, a horcajadas en el bidé, mientras su amorcito se secaba el sudor del revolcón. Pero ¿por qué? Tal vez no. En el fondo, podía ser todo verdad, era imposible incluso que no lo fuese, nunca una chiquilla como ella habría tenido semejante tupé. Era cierto. Desde luego, era cierto, pero ¿por qué hacerlo esperar así, en medio de la calle y con un perrito en brazos? ¿En tan poco lo tenía, entonces, Laide? ¿Por qué humillarlo así? Si sus colegas se hubieran enterado, si sus amigos lo hubiesen visto. Precisamente aquel perrito cargante era lo que volvía extraordinariamente ridícula la situación. Las dos y veinticinco, diez minutos de retraso. ¿Por qué? Era un hombre de casi cincuenta años, serio, apreciado, respetado, un hombre casi importante. Era un niño, estaba solo, era maltratado, estaba humillado, nadie conocía su pena, nadie en el mundo, aunque lo hubiera sabido, habría tenido piedad de él. El perrito se estremeció, estaba cansado de estar en brazos, tenía ganas de caminar. Nadie en el mundo podía tener misericordia de su innoble, de su estúpida pena, sino que se habrían reído de él, incluso los viejos amigos habrían soltado muchas carcajadas.

Precisamente en uno de esos momentos en que la espera espasmódica cede de cansancio y los ojos agotados dejan de mirar en derredor, fue cuando apareció la moto de Marcello con Laide en el asiento trasero.

«Son las tres menos veinte», dijo Antonio.

«Bueno, ya estoy aquí», dijo ella, segura de sí misma, sin escuchar.

## XXI

Marcello los acompañó en la moto hasta las puertas de la ciudad, Antonio apretaba el acelerador, deseoso de liberarse de él, y en determinado punto, donde ya no había tráfico, Marcello empezó a quedarse rezagado.

Entonces ella, Laide, se puso de rodillas en su asiento para poder mirar hacia atrás y agitar el brazo en señal de despedida. Si hubiera partido para China, no habría hecho tantas alharacas. Si hubiese sido la última vez que iban a verse en su vida, no habría podido mostrarse más excitada.

¿Se daba cuenta o no de que para él, Antonio, eran auténticas bofetadas? ¿Cómo era posible que él siguiese creyendo en el primito tímido, respetuoso y virgen?

Al final, Laide volvió a sentarse, pero siguió un buen rato volviéndose hacia atrás, con el brazo derecho estirado en vertical para despedirse.

«Bueno, ¿has acabado ya?»

«¿Qué?»

«De despedirte de tu amorcito».

«¡Qué amorcito ni qué niño muerto! ¿Cuántas veces debo repetirte que con él nunca ha habido nada? Empiezo a estar harta, la verdad».

«Bueno, no te enfades».

«Es que ya te conozco: cuando a ti se te mete una cosa en la cabeza, es así y se acabó. Para que te enteres de una vez, nunca te he dicho mentiras».

«¿Y la del nombre entonces?»

«¿Qué nombre?»

«La de que te llamabas Mazza, en vez de Anfossi».

«No era una mentira. En la Scala me hacía llamar Mazza».

Él guardó silencio. Las seguridades de Laide —que si no había nada malo en lo que hacía, que si ya no iba más a casa de la señora Ermelina, que si en el *Due* había un ambiente familiar, que si Marcello nunca se habría atrevido a tocarla, que si a Módena iba por «trabajo», que si todo en su vida era correcto y respetable—, todas sus coartadas, precisas hasta una décima de milímetro, tenían el extraordinario efecto de calmarlo y él se quedaba convencido de ellas como si hubiera tomado un filtro, pese a las continuas y decisivas objeciones del sentido común.

Pero, entretanto, estaba deseoso de proponer a Laide el pacto tanto tiempo meditado, que era para él de una importancia fundamental: podía ser su salvación.

¿A qué se debía, en realidad, el tormento, la inquietud, la angustia, la incapacidad para trabajar, para comer, para dormir? ¿Por qué no era ya Antonio el mismo, sino un ser esclavo y tembloroso, incapaz de reaccionar?

Pues estaba clarísimo por qué: porque, evidentemente, para poder vivir, necesitaba a Laide, pero ésta no le pertenecía en modo alguno. Laide iba y venía, le telefoneaba o no, hasta entonces siempre había cumplido, a decir verdad, su palabra, pero ¿y si hubiera empezado a no telefonearle? ¿O a decirle que le telefonaría y

después no hacerlo? Era, en una palabra, un bien incierto y fluctuante con el que él no podía contar y precisamente a tamaña incerteza se debían el tormento y la pena.

Se internó por el ramal de la autopista y poco después comenzaba la gran curva elevada del enlace. Eran las tres y cuarto y hacía un sol bellissimo. Conducir un coche descapotable de color rojo llevando al lado a una chiquilla atractiva y excitante, una chiquilla modernísima, al corriente de todo lo que necesitan las chiquillas modernísimas, y no sólo eso: llevando al lado a la persona amada, a ella en persona, la más deseable de todas las mujeres del mundo, ella, que era obsesión, pesadilla, fatalidad, misterio, vicio, secretismo, *chic*, mala vida, gran ciudad, perdición, amor, ella a su lado con un pañuelito azul con lunares blancos anudado bajo la barbilla, campesinita provocativa y altanera, ir así en coche descapotable era bellissimo, lástima que no hubiese nadie, nadie había que pudiera valorar su maravilloso privilegio de ir, una tarde de mayo, en un Spyder rojo con semejante jovencita desenvuelta, chiquilla y no chiquilla, niña y mujer, florecilla y pecado, y todo ello resultaba bien visible, bastaba echar un vistazo. Oh, poder seguir así y no tener que ir al trabajo, y que el sol no se pusiese, la carretera no se terminara y ella no tuviera que regresar a Milán, porque, evidentemente, no tenía prisa, pero le había dicho que por la noche debía ir a cenar a casa de una tía suya y él no había insistido, aunque de sobra se sabe lo que significan las tías para las chiquillas atrevidas y desprejuiciadas, sedientas de dinero; él no iba a preguntárselo, desde luego, habría sido como abofetearla, con lo puntillosa que era, pero habría jurado que para aquella noche tenía una cita. Tal vez la señora Ermelina le hubiera telefoneado a propósito el día anterior desde Milán. Había una ocasión magnífica, un señor de Biella, forrado de pasta, un tipo lo que se dice como Dios manda y reservado, uno de esos que, si encuentran a una nena que les caiga bien, no miran un pavo más o menos y a saber si no llegarían a algún arreglo como Dios manda: él podría acudir desde Biella un par de veces a la semana y el resto del tiempo ella estaría libre como el viento. Por eso la había telefoneado a ella, Laide, y no a una de las otras, porque ella, Laide, cuando quería, sabía hacer las cosas bien y, si a un cliente, siempre que fuera una persona como Dios manda y educada, le gustaban ciertos caprichitos particulares —es un decir, naturalmente: ¿qué mal había en ello, a fin de cuentas?—, ella, Laide, era una niña inteligente y comprendía al vuelo la situación y no ponía tantas pegas como, por ejemplo, esa putarra de Nietta, que el otro día había disgustado —«se mira, pero no se toca»— a un pimpollo de industrial, con Mercedes y chofer y todo, hombre apuesto, además, que en su casa, de Ermelina, no volvería a dar señales de vida, eso por descontado.

No, no, basta ya, se impuso Antonio, atormentado una vez más por aquellas fantasías celosas seguramente construidas sobre la nada, pero ¿por qué no? Laide había recurrido a él para que la llevara a Milán con armas, equipaje y perro a tiempo para poder estar en casa por la tarde y así poder prepararse para la noche, lavarse, perfumarse y cambiarse de lencería íntima a fin de causar sensación al nuevo cliente. No, no, basta ya. Entretanto, el perrito se le había subido a las rodillas y le

obstaculizaba la conducción. Comenzaba el gran tramo rectilíneo, ella, adormecida por el sol, se había ovillado, con la cabeza apoyada en el borde superior del asiento, y parecía dispuesta a echar un sueñecito, tal vez —pensó él— sintiera el lánguido y delicioso cansancio resultante de haber hecho el amor poco antes con Marcello, mientras él, Antonio, estaba en el restaurante y ya se sabe lo impetuosos y frenéticos que son esos abrazos de despedida antes de una larga separación, pero, si ahora se quedaba dormida, tal vez a él se le pasara aquel arranque de valor ansioso para poder hacerle su propuesta. Por eso, con un violento esfuerzo de la voluntad, le dijo:

«Laide».

«¿Qué?»

«Mira, quería decirte una cosa».

«Dime».

«Yo te necesito a ti, lo confieso, necesito verte».

«Pero ¿no nos vemos?»

«Sí, pero... yo quisiera que fuese de otro modo... En una palabra, te hago una propuesta. Tú escúchame y piénsatelo... Después mañana, pasado mañana, cuando quieras, me das una respuesta».

Ella guardó silencio.

«Mira: yo te doy cincuenta mil liras a la semana y tú me prometes que nos veremos dos o tres veces a la semana; por lo demás, no temas, te dejo libre, no quiero saber siquiera lo que haces y, si un día, no puedes, me lo dices y, si tienes que marcharte de Milán algún día, me lo dices, pero así, verdad, yo sé que nos veremos seguro, y no es necesario que todas las veces hagamos el amor, también es bonito ir al cine, al teatro, a comer juntos... por lo demás, te dejo libre... Naturalmente, si cortaras con la señora Ermelina y todos los planes de ese estilo, lo preferiría, como comprenderás también tú, ya te he dicho que te quiero en serio... En una palabra... ahora tú piénsatelo y hablamos de otras cosas o, si quieres, échate un sueñecito».

Ella volvió la cabeza al instante para mirarlo, con gesto firme y seguro:

«No necesito pensármelo», dijo. «Acepto sin más».

Sintió un flujo nuevo de vida, una liberación, la angustia había cesado fulminantemente, el mundo volvía a presentarse sobre sus viejos cimientos, renacía el gusto por el trabajo, el arte, la naturaleza, las cosas bellas; el alivio fue tan impetuoso e irresistible, que el propio Antonio quedó estupefacto. Entonces, ¿a tan poco se debía su infierno?

Sí, la situación había quedado invertida de súbito. Ahora estaba ella debajo, ahora era él quien dominaba. Ni siquiera se preguntaba si sería abyecto vencer en el duelo del amor sólo a base de dinero. El consuelo, la felicidad eran tales, que el modo de alcanzarlos carecía ya de la menor importancia.

## XXII

Pero, en el preciso momento en que la hubo dejado delante de su casa de Milán con las maletas, bolsas, estuches y perrito y ella desapareció tras la verja y él, creyéndose liberado de su obsesión, dirigió sus pensamientos al resto de la vida —el trabajo, la familia, su madre, los amigos, la ciudad con todas sus distracciones cotidianas— con la esperanza de volver a saborear el gusto de los días de otro tiempo, esa tranquilidad general, tal vez trivial, de seguridad cotidiana, de satisfacción burguesa, por el camino, ya fácil, por el que tendría progresivas satisfacciones profesionales, se dio cuenta de que estaba solo.

Estaba solo y nadie estaba en condiciones de ayudarlo y ni siquiera de entenderlo ni de compadecerlo siquiera y el trabajo, la familia, los amigos, las veladas en compañía ya no le decían nada: en torno a él todo estaba vacío y carecía de sentido. No se había liberado, eso era lo que pasaba, no se había liberado lo más mínimo. Al pensar en ella, era presa, como antes, del tormento, la inquietud, la angustia, la infelicidad total.

Peor que antes, porque el pacto con Laide —aunque él intentara negarlo— le daba ahora una pizca de derecho sobre ella; desde aquella tarde él ya no era un amigo ocasional o un cliente apegado, era algo más, algo así como un amante oficial o protector (a fin de cuentas, si hubiera sido sincero, habría confesado que le había ofrecido un estipendio para ese fin precisamente: el de que ella pasara a ser, al menos en parte, suya, estuviera obligada a mantener una asiduidad a la que antes no podía aspirar él; sí, como ese derecho que tienen los peces gordos sobre las mantenidas; de nada le servía decirse que su caso era diferente, que él la dejaba libre, que sólo le pedía que se viesen un poco más a menudo con la certeza de no perderla de un día para otro, como hasta entonces era posible: sí, Antonio Dorigo, el artista sin prejuicios, se había vuelto un pez gordo también él, había asumido el miserable papel que siempre le había parecido sinónimo de mediocridad e impotencia).

Peor que antes, porque ahora aquel embrión de derecho volvía aún más insoportable la libertad de Laide, lo ponía aún más celoso. En el fondo, hasta entonces los encuentros con la muchacha eran concesiones maravillosas, un privilegio. Hasta entonces él había estado excluido del mundo de Laide, había como un muro que ocultaba su vida con sus misterios y él no presumía de poder conocerlos: su familia, los primeros amores, los novios, los «planes» con las alcahuetas, las veladas en el *Due*, el oscuro asunto de la Scala; sólo, que de vez en cuando ella salía para encontrarse con él. Antonio esperaba, ansioso: fuera, siempre que Laide aparecía, el alivio era indecible. Después ella volvía a entrar en su mundo, él ya no sabía nada más y renunciaba a esperar.

Pero ahora se había abierto una puertecita en el muro, él había entrado, tras dar sólo unos pocos pasos, y por allí había obscuridad, no se veía nada, menos aún que antes, cuando estaba fuera. No obstante, había entrado, por poco, por muy poco tal



vez, se había acoplado en su vida y se sentía feliz de ello como de un paso adelante, de una conquista, pero, aun así, era peor que antes, ahora ya no era un extraño, en cierto sentido habría tenido derecho a saber y no sabía, ni siquiera podía preguntar ni indagar por miedo a arruinarlo todo. ¡Ay, si Laide hubiera tenido la sospecha de que por aquellas miserables cincuenta mil liras a la semana él se creía con derecho a mangonearla! ¿Acaso no le había dicho él mismo que la dejaba libre? Así, más aún que antes, se agolpaban y contorsionaban las pocas cosas que Laide le había contado de sí misma, cosas terribles incluso y que le infundían por dentro un escozor difícil de explicar y en el que se mezclaban la piedad, los celos, la ira y la lujuria y reavivaban su amor. Fragmentos infames y ambiguos, verdaderos y falsos, tal vez inventados incluso por ella con sutil malicia instintiva con el fin de excitarlo, volverse más interesante, mostrarse segura de sí misma, más allá del bien y del mal: mezcolanza de desvergüenza, descaros, sed confusa de vida, gusto por vengarse de su humilde suerte, orgullo popular, candor de niña. Por ejemplo: Le había contado que había entrado en la Scala muy pequeña, cuando tan sólo tenía cuatro años. No había ninguna joven como ella. Su madre era quien lo había querido y en la escuela de baile todas la llamaban «ratita». Erna Allasio, que en aquellos tiempos era la directora, se había encariñado con ella y poco a poco la niña había llegado a hacerlo bien. Había aprendido a dar el paso de despedida y a veces había hecho solos incluso, como las primeras bailarinas, pero el baile le resultaba una fatiga tremenda. A veces se sentía mal y a duras penas lograba dominarse. Hasta que una noche —estaban representando *Vieja Milán*— se había desplomado de repente, habían tenido que sacarla en brazos, había acudido el médico, que había diagnosticado un problema de corazón, pero, aun así, ella había querido continuar, con esfuerzos cada vez más terribles, por lo que ahora tenía el corazón destrozado: por ejemplo, ya no podía subir a la montaña, bastaban mil, mil doscientos metros, para que se sintiera mal. También por eso había decidido dejarlo, pero a ese respecto, cuando Antonio le hacía preguntas, se mostraba evasiva. No se entendía si había dejado la Scala definitivamente y cuándo lo había hecho o si aún seguía. De vez en cuando decía: «Esta mañana he ido a hacer ejercicios» o «Esta noche tengo trabajo». Él comprobaba en los programas y casi nunca había coincidencia. Si él insistía en preguntar, se ponía nerviosa. En una palabra, toda su vida de bailarina —y no había duda de que lo había sido: sabía demasiadas cosas de la Scala, conocía demasiados nombres, hábitos, proveedores de leotardos y zapatillas— estaba envuelta en una niebla y Dorigo empezó a dudar de que Laide siguiera yendo a la Scala desde hacía un tiempo y le desagradaba pensar que Laide hubiese dejado de ser bailarina. Era una lástima, la verdad, la calidad de bailarina de la Scala la habría enriquecido, la habría vuelto más importante, la habría sacado de la nefasta tropa de las chicas de alterne, habría hecho de ella una artista, en lugar de una puta sin oficio ni beneficio, la habría situado del modo más perfecto en el cuadro de Milán, cuya encarnación parecía Laide: una graciosa e impertinente banderita fluctuante en el inmenso escenario de

tejados, chimeneas, iglesias y fábricas, sobre los patios recónditos, los viejos jardines, las historias, las supersticiones, las miserias, los sonidos, los delitos, las fiestas. Y, sin embargo, eran demasiadas las contradicciones y las lagunas. Entre otras cosas, ¿acaso era posible que en el cuerpo de bailarinas de la Scala, famoso en todo el mundo, tuvieran a una que todas las noches hacía un número en una sala de fiestas de fama dudosa? Antonio dudaba ya incluso de haberla visto de verdad en el escenario durante la prueba de *Estrella vespertina*. En el momento no había dudado de que fuera ella, pero ¿no podría haber sido autosugestión? Es tan fácil confundir a una muchacha con otra, basta con que el peinado, el maquillaje, el traje sean diferentes y allí, para el ensayo, estaban todas vestidas de formas extrañas. ¿Cómo explicar, por lo demás, el hecho, inexplicable, de que Laide, si de verdad era ella, no se hubiese dignado hacerle un saludo, como si él no hubiese estado allí siquiera? ¿Cómo explicar que la compañera que se había acercado a la presunta Laide la hubiese llamado Mazza, cuando Laide se llamaba Anfossi? ¿Cómo explicar que, si la señora Ermelina había dicho la verdad, Laide hubiera ido a su casa a las cuatro precisamente aquel día del ensayo, precisamente cuando él la había visto o había creído verla en el escenario bailar el corro de los duendes? Otro recuerdo más: después de la representación, había pedido al fotógrafo de la Scala la foto de las nueve bailarinas vestidas de duendes, pero no había logrado reconocer a Laide: cierto es que, con aquel traje y el maquillaje, no resultaba fácil de distinguir. Había dos que podían ser Laide. Lo curioso fue que, cuando él, algún tiempo después, había enseñado la fotografía a Laide, al tiempo que le preguntaba: «Pero a ver, ¿quieres decirme cuál eres tú?», ella se había mostrado casi ofendida diciendo: «Ah, ¿así es como me quieres y ni siquiera eres capaz de reconocerme?»

Esas anomalías, que Laide había justificado a tambor batiente sin el menor embarazo, pero con historias bastante absurdas, resaltaban ahora como otras tantas pruebas de que la muchacha ya no estaba en la Scala. Un solo enigma permanecía irresuelto: ¿cómo es que, después de la salida a escena del *ballet*, cuando Antonio telefoneó a la señora Ermelina para fijar una cita con Laide, aquélla, en tono de broma, le había dicho: «¡Enhorabuena! Laide me ha dicho que lo vio en un palco, justo encima del escenario, y que estaba usted solito»?

Y eso era absolutamente cierto, el director le había dado permiso para ir a su palco, donde no había nadie más. Por otra parte, había que excluir que Laide hubiera presenciado el espectáculo desde la platea o desde otro palco, sin contar con que él, siempre tímido, se había mantenido un poco retirado, por lo que sólo desde el escenario o desde alguno de los palcos de enfrente podían verlo. ¿O tendría Laide a una amiga entre las bailarinas de la Scala que la mantenía informada de todo? Para satisfacer su curiosidad, Antonio habría podido pedir informaciones directamente a la escuela de baile y, desde luego, no le habrían dicho que no, pero, como ya habían acabado las representaciones del *ballet*, él ya no tenía motivo alguno para frecuentar el escenario y la escuela de baile. Si se hubiera dirigido a propósito para eso, habría

parecido bastante extraño y en su fuero interno conocía ya la respuesta: le habrían dicho que Adelaide Anfossi ya no estaba. Tal vez hubieran añadido: «Mire, tenga cuidado con esa muchacha, fue expulsada hace tres años por motivos que más vale callar». Sí, le habrían dicho algo por el estilo, seguro, y para él, Dorigo, habría sido peor. No, mejor no indagar, mejor quedarse con el alma en paz. Total, Laide habría inventado, seguro, alguna otra trola, con Laide no se podía nunca aclarar nada.

Contaba que había estado de gira, con la Scala, en Alemania, Inglaterra, Sudáfrica, Egipto, México, Nueva York, donde había participado en una película, pero, si se le pedían detalles, no recordaba nada; si se le preguntaba dónde se había alojado, no recordaba nada. En cambio, sabía muchas cosas sobre los grandes hoteles de Italia, en todas las ciudades había frecuentado sólo los hoteles más lujosos.

«¿Cómo así? ¿Tan bien os alojaba la Scala?»

«Ah, no, desde luego que no, pero yo iba por mi cuenta y pagaba la diferencia».

Conocía también los hoteles de la Riviera. Decía que en el Bristol de Santa Margherita, o un nombre análogo, había habitaciones muy agradables, todas con baño, naturalmente, comunicantes de dos en dos. Él, desde luego, no le preguntaba con quién había estado. Habría respondido, como siempre, que había estado de vacaciones con su madre o su abuelo u otros parientes maduros e inocuos. En cambio, Antonio pensaba en excitantes fines de semana con hijos de millonarios o viejos industriales un poco entrados en carnes por los años y el trabajo, vestidos con prendas de Caraceni y muy acicalados, sometidos a electrocardiogramas semanales, pero con manos bastante gruesas, peludas y sudadas y que, con la respiración jadeante del tipo durante la cópula, apretaban ávidamente sus infantiles tetitas.

Muy poco después de que Laide riñera con la señora Ermelina, habían ido a casa de una amiga de aquella, una tal Flora, que tenía un pisito por la parte de plaza Napoli. Antonio conocía, por haber estado dos o tres veces juntos, a aquella Flora, que decía ser estudiante de Derecho y era una muchacha esbelta: lástima que tuviese una cara demasiado oblonga, pero su cuerpo era magnífico. Cuando Antonio y Laide habían ido a hacer el amor en su casa, Flora no estaba y se habían puesto a hablar de ella. Laide sabía perfectamente que Antonio la conocía, pero no le importaba. Contaba que aquella Flora tenía a alguien que la mantenía en el hotel Gallia y le pasaba medio millón al mes y, sin embargo, ella, por una tontería de nada, había «metido la pata», por un capricho había mandado todo a la porra.

«Ah, si a mí me saliera una situación semejante, me la habría conservado bien, yo, no me la habría dejado escapar, seguro».

«¿Por qué? ¿Se la encontró en la cama con otro?»

«Ni siquiera. No creo. Debió de ser una estupidez, una venganza, ahora no recuerdo».

«¿Y quién era? ¿Un viejo?»

Ella se rió:

«Si le daba medio millón a ésa, seguro que no tenía veinte años».

«Y si uno así te ofreciera otro tanto, ¿aceptarías?»

«Vaya, ya estás tú en seguida... No querrás compararme con ese putón, espero... Nunca he visto a nadie trajinar como ella».

Entretanto, quitaba la colcha de la cama, la plegaba con cuidado, se veía que procuraba hacer las cosas bien, para quedar bien con Flora, e incluso ordenaba, volviendo a meter en la estantería discos apilados sobre una silla, colgando una bata tirada en el suelo, vaciando el cenicero.

Antonio:

«Pero si me ha dicho que está en la Universidad».

«Sí, la universidad del coito... Menuda guarra está hecha ésa. Le gustan también las mujeres».

«¿Por qué? ¿Lo ha intentado contigo también?»

«Pues yo creía que lo hacía fingiendo: vosotros, los hombres, os excitáis con ciertas escenas y resulta que...»

«¿Estuvisteis las dos con un hombre?»

«Una sola vez, te lo juro: la señora Ermelina insistió tanto».

«¿Y quién era él?»

«¿Él? No lo recuerdo».

«¿Y Flora lo hacía en serio?»

«Si hubieras visto cómo se puso a besarme, parecía volverse loca del gusto».

«¿Y tú la seguías?»

«¡Figúrate! A mí me daba asco».

Seguía la conversación en tono de broma, pero a cada frase a Antonio se le encogía el corazón en un puño: profanación, vergüenza, celos, tanto más amargos por el irritante candor con que Laide contaba las proezas.

«¿Y cuánto ganará Flora?»

«Dinero gana, seguro, pero tiene que pensar en su familia, le chupan por todos lados. Por eso, siempre está sin blanca. A mí, por ejemplo, aún me debe quince mil liras».

«¿Cómo es eso? ¿Te proporcionó a alguien? ¿Hace también de alcahueta, entonces?»

«Es un asunto antiguo. Ni siquiera nos conocíamos, tú y yo. Por lo demás, no era para nada malo, era para una excursión».

«Una excursión que acabaría en la cama, ¿no?»

«Ya estás tú. Ni por asomo. Simplemente, una excursión y se acabó. Ella se había comprometido y no había podido ir, conque me rogó que fuera yo».

«Bueno, si era uno que pagaba, no lo haría por nada, me imagino».

«¿Sabes que eres muy poco amable?... Tú, con tal de ofender...»

«Pero perdona, me parece que no es necesario ser demasiado malpensado para imaginar...»

«Imaginar una leche... ¿Tú crees que todos son como tú? Furio Sebasti, por

ejemplo...»

«¿Quién es ese Sebasti?»

«Habrás oído hablar de él, ¿no? El de la grifería».

«¿Es rico?»

«¡Quién lo fuera como él! Tiene un yate en Portofino en el que caben treinta invitados».

«¿Y tú has estado a bordo?»

«Yo, no, pero de vez en cuando me telefona, me lleva a comer y después al teatro acaso y todas las veces me da veinte mil».

«¿Así porque sí? ¿Sólo por llevarte de paseo?»

«Bueno, pero pierdo una noche, ¿no?»

«¿Y te telefona a menudo?»

«Hace meses que no lo veo. Siempre anda viajando por el mundo».

«¿Y cómo es que él te telefona y yo no puedo hacerlo?»

«Él es amigo de mi hermano, pero tú eres muy aburrido, la verdad, con todas estas preguntas. ¿Qué más quieres saber?»

Él calló. A saber qué clase de excursión habría sido. Las presentaciones cuando ella hubiera llegado a la cita. Dos hombres y dos mujeres, seguro.

«Ah, ¿eres tú la amiga de Flora? Estás muy bien. Te felicito».

Montarían en el coche.

«Pues, ¿sabes que me alegro de que Flora no haya podido venir? Eres exactamente el tipo de chavala que me va. Yo las tetazas no las aguanto. Mientras que tú... déjame sentir... Eh, ¡caray! Déjame un momento... no irás a poner pegas, espero... si eres amiga de Flora... total, aquí nadie nos ve... Oh, muy bien, así... y ahora, mientras conduzco, pon la manita aquí».

Una ira, una rabiosa impotencia en Antonio, mientras con la imaginación reconstruía la escena, pero Laide lo hizo volver en sí:

«¿Se puede saber por qué pones esa cara? ¿En qué estás pensando?»

La primera vez que Antonio la había llevado a casa de Corsini, Laide le había enseñado cardenales en los brazos y en los muslos.

«¿Cómo te los has hecho?»

«Al hacer el numero en el *Due*», respondió ella con una punta de orgullo. «Él, el bailarín, en determinado momento me da un empujón y yo ruedo por el suelo. Se reciben ciertos golpes al hacer el *blues*».

«¿También anoche fuiste?»

«Sí, ¿por qué? Por cierto, tendrías que hacerme un favor. Cuando salgamos, acompáñame a la Feria de Muestras: total, desde aquí son dos pasos».

«¿Para qué?»

«Anoche un amigo, uno de los que van siempre al *Due*, me acompañó a casa y me olvidé la pulsera y el reloj en su coche».

«¿Cómo así?»

«Con la prisa por vestirme y salir, me los llevé en la mano y me los dejé en el asiento».

«Me parece un poco extraño».

«Tú siempre dispuesto a pensar mal, la verdad. Es sólo un buen amigo y, cuando digo amigo, quiero decir que no hay nada más».

Él no insistió, no hablaron más de eso, pero, cuando salieron, él no pudo resistir el deseo de quedarse un poco con ella, no le importaba llegar tarde a la oficina. Tampoco lo retuvo la vergüenza de acompañarla a ver a un hombre que probablemente la noche anterior, en la obscuridad, en el automóvil... («No, tesoro, aquí no, esta noche no... en el coche no me gusta... Ten cuidado, que me estropeas la falda... Bueno, entonces espera, que me quito la pulsera...») Lo encontraron sentado en una caseta de electrodomésticos, se levantó, fue a su encuentro, era un tipo de unos treinta años, bastante insignificante.

«Pero he dejado el coche al comienzo de Via Domodossola, está un poco lejos».

Laide a Antonio:

«¿Qué? ¿Vienes tú también?»

«No, es tarde, es mejor que me vaya».

«Hasta luego, entonces, tal vez después pase a saludarte al estudio. Adiós, adiós y gracias».

El hombre y Laide se alejaron. Él se fue solo, ya la ansiedad y la exasperación le subían, impetuosas, como el agua de una boca de alcantarilla, mantenida repentinamente cerrada, pero, cuando desaparece la tapa, se desencadena la presión del fondo. Pero ¿por qué lo exponía Laide a situaciones tan humillantes? ¿Lo hacía aposta? ¿Se divertía atormentándolo? ¿O lo hacía inconscientemente, porque le parecía que no tenía nada de malo? Entretanto, él se sentía precipitarse cada vez más abajo, se acordaba del profesor Unrath de *El ángel azul*. ¡Oh, qué cierta era esa historia! Cuando había visto la película, en los buenos tiempos jóvenes y despreocupados, le había parecido inverosímil. Un estimado profesor de instituto degradarse hasta ese punto. Ahora lo entendía. ¿El amor? Es una maldición que cae encima y resulta imposible resistírsele.

Le contaba que su madre nunca la había querido. De niña, le hacía vestidos muy bonitos, le regalaba juguetes magníficos, aunque sólo para quedar bien ante los vecinos, pues no la quería. Por una cosita de nada le daba capones, que le hacían un daño terrible, y desde entonces Laide había padecido siempre dolores de cabeza atroces. Su madre no la quería, sino que la odiaba y odiaba también a un chico que era su novio, un muchacho estupendo y, el día en que ese muchacho murió en un accidente de moto, su madre fue la primera en enterarse y se apresuró a telefonar a Laide, que estaba en la Scala.

«Una buena noticia», le dijo, «gracias a Dios, tu amor se ha estrellado con la moto: muerto en el acto. La verdad es que me alegro».

Entonces ella se había ido al baño y con un cortaplumas se había cortado las

muñecas y después, para que los demás no se dieran cuenta, se las había vendado y había salido corriendo, pero la sangre salía a borbotones y había caído al suelo desmayada en medio de la galería, conque la habían llevado a un hospital y había pasado en él varios meses.

«¿Será posible?», decía él. «¿Por qué había de odiarte así? ¿Nunca tenía gestos de bondad?»

«¿Sabes cuándo era buena conmigo? Cuando llevaba dinero a casa».

«¿Y no te preguntaba cómo lo habías ganado?»

«Ah, ella no se andaba con sutilezas. Le daba igual de dónde procediera, bastaba con que hubiese dinero. Entonces sí que se mostraba afectuosa: Laidina por aquí, Laidina por allá. ¡Qué asco!»

«¿Y no sospecharía la vida que hacías?»

«Lo sabía mejor que yo, vaya si lo sabía, pero ¿qué le importaba yo? Con tal de que llegaran a casa las habichuelas».

Contaba que, como su hermana casada esperaba un hijo, ella tenía que buscarse casa propia y, naturalmente, contaba con él, Antonio, sin decirlo. Antonio había preguntado a sus conocidos y un colega le había ofrecido un pisito, tipo *garçonnière*, que el mes siguiente debía dejar. Antonio y Laide habían ido a verlo, pero ella había huido al instante.

«Huy, por favor, ni pensarlo. Me conozco demasiado esa casa. ¿Sabes quién vive en el piso de arriba? Matilde».

«¿Y quién es esa Matilde?»

«Pero si ya te he hablado de ella» (pero no era cierto). «Una casa de ésas».

«¿Y tú has ido a ella algunas veces?»

«Ésa tenía una especialidad. Los clientes acudían todos por la mañana, a las diez, a las once».

«Y eso, ¿por qué? ¿Comerciantes que bajaban de la provincia?»

«No, no, eran auténticos señores, unos tipos que no veas. Recuerdo a uno, un joven que tampoco estaba mal y se había encaprichado conmigo. Todas las mañanas, ¿comprendes?, durante diez días consecutivos. Después me harté».

Había incluso una pérfida vanidad en las palabras de Laide, como una chiquilla que contara sus triunfos escolares.

«E imagínate», añadió, «la última vez salí de allí media hora antes de que llegara la policía. Imagínate, menor de edad como era».

«¿Y qué sucedió?»

«A mí, nada. Ella, Matilde, estuvo encerrada seis, siete meses, lo contaron todos los periódicos».

«¿Y sigue viviendo allí?»

«No lo sé seguro, porque no he tenido más noticias, pero creo que sí. ¡Figúrate si voy a vivir en la misma casa!»

Un día que iban en el coche, Laide le había pedido que se detuviera delante de un

quiosco de periódicos para comprar una revista de modas. Cuando tuvo la revista en la mano, le enseñó la portada: dos muchachas en traje de baño en una playa, una de pie y la otra tendida en la arena.

«Pero ¡cómo! ¿No me reconoces?»

«¿Cuál? ¿Ésta que está de pie?»

«¡Pues claro! ¿No ves que soy yo?»

Antonio se quedó perplejo: se le parecía, no cabía duda, pero Laide tenía la nariz más pronunciada y la boca más fina.

«¿No ves estos gruesos labios? No son los tuyos precisamente».

«Muy bien, hombre. Pero tú no sabes cómo nos maquillan antes de posar. Además, hay que poner la boca de determinado modo. Es lógico que después cueste reconocerm».

«Pues será eso».

«¡Cómo que será eso! ¿Quién quieres que sea, si no?»

Un poco después, cuando se despidieron delante de la casa de ella, Laide recogió del asiento de atrás la revista, volvió a enseñarle la portada y exclamó, radiante:

«¡Hay que ver qué nena más preciosa tienes!»

Él habría jurado que la bella bañista no era ella y, prestando más atención, se dio cuenta de que también la forma de las orejas era diferente, pero no se atrevió a insistir más. Más aún: también él lo creyó. No, era imposible que fuese una mentira: si lo hubiese sido, Laide habría puesto otro tono de voz, no habría podido mostrarse tan firme y perentoria. ¿O sería que la propia Laide, aun no habiendo posado nunca para esa foto, había acabado convenciéndose de que la bella bañista era precisamente ella?

Un día le contó que Fabrizio Asnenghi, el más joven de los condes Asnenghi, sentía debilidad por ella. Es riquísimo, dijo, y tiene un pisito delicioso por la parte de Via XX Settembre. Un tipo muy distinguido, muy cortés, hombre apuesto, además, pero un poco aburrido, desde luego. Cuando iba a su casa, antes de pasar al asunto, tenía que quedarse más de una hora escuchando discos, mientras él fumaba su pipa y bebía whiskey y después todas las veces la acompañaba a su casa con su Flaminia Sport y le metía en el bolso un cheque de cincuenta mil. Además, a veces Fabrizio daba fiestas: un montón de gente, todos mamados, y se veía de todo.

«Ah, ¿te entregas también a las orgías?», dijo Antonio, que se sentía sin respiración.

«¿Estás loco?»

«Las chicas desnudas todas, me imagino».

«Ah, sí, las hay que se ponen a hacer un estriptis, chicas de la alta sociedad, si vieras, pero, mira, yo no. ¿Sabes lo que hago yo? Me quedo en el bar y me pongo a preparar las bebidas. En esos follones yo ni siquiera me aventuro a bailar. Me quedo en el bar y de allí nadie me mueve, aunque se burlen de mí».

Eran los retazos dispersos de un retrato que Antonio no lograba descifrar. Cosas tristes, miserables, abyectas incluso. Al pensarlo, sólo resultaba una figura triste,



desdichada, aferrada ávidamente a las más pobres ilusiones de las revistas del corazón. ¿Era buena? ¿Generosa? ¿Lúcida? No. Cuanto más se consumía Antonio pensándolo, más resultaba Laide un problema irresoluble. Tendido en la cama, Antonio se pasaba las horas muertas mirando fijamente dos grietas en el techo en forma de 7, extrañamente semejantes. En esas hendiduras irregulares se concentraban su obsesión y su sufrimiento. Las palabras, los gestos, las caras de ella volvían a aparecer ante él, mientras contemplaba las dos finas fisuras inmóviles por encima de él, socarronas, maliciosas, llenas de filosofía. Se repetía, palabra por palabra, lo que ella le había dicho: exclamaciones, cosas estúpidas y triviales, mentirijillas, recuerdos de cuando era niña. Todo parecía conjurarse para representarla como una muchacha desgraciada, perdida en el potente flujo de la ciudad que día tras día se lleva por delante a hombres y mujeres y los devora. Dios, ¿por qué la amaba así? ¿Por qué no podía por menos de hacerlo? ¿Qué podía darle? Todo parecía responder que no, que Laide no podía ser otra cosa para él que humillación y rabia, que por allí sólo le esperaba la perdición.

Y, sin embargo, en aquella desvergonzada y tozuda chiquilla resplandecía una belleza que él no lograba definir, porque era diferente de todas las demás chicas como ella, listas para responder al teléfono. Las otras, en comparación, estaban muertas. En ella, Laide, vivía maravillosamente la ciudad, dura, decidida, presuntuosa, descarada, orgullosa, insolente, en la degradación de las almas y las cosas, entre sonidos y luces equívocos, a la tétrica sombra de los edificios, entre las murallas de cemento y yeso, en la frenética desolación, como una flor.

## XXIII

Una tarde en casa de Corsini. Laide, totalmente desnuda, estaba sentada en el borde de la cama y, mirándose en un espejo que había colocado sobre una mesita, se arreglaba las cejas con unas pinzas. No le costaba nada desnudarse, andar desnuda por la casa. Su desvergüenza era tan categórica, que dejaba de representar la menor malicia. También Antonio estaba desnudo. Acuclillado en la cama a sus espaldas, seguía su tarea, impaciente. Hacía al menos media hora que Laide había empezado a arreglarse. Partiendo del centro hacia los lados, arrancaba los pelos uno a uno para que las cejas quedaran bien distanciadas y después rectificaba los bordes, las volvía más finas. ¿Quién se lo habría enseñado? Desde luego, así la frente resultaba más ancha.

Ella estaba totalmente concentrada en el trabajo, no se preocupaba de Antonio, que sufría. No es que él se desasosegara por lujuria, era la indiferencia lo que lo exasperaba.

«Laide, ¿te falta mucho?»

«¡La Virgen, qué prisa! Si acabo de empezar. ¿Qué sucede? ¿Estás ansioso por hacer el amor?»

Él estaba acuclillado a sus espaldas, contemplaba fascinado la cara de ella en el espejo, la precisión de sus manos, los movimientos de sus labios y de su lengua con el esfuerzo de la concentración. Aunque Laide tenía la espalda un poco curvada, las tetitas, erguidas y atentas, estaban preciosas, y el vientre no formaba pliegues.

Antonio tuvo que dominarse para resistir. No era el deseo, era la rabia. Pensó: «Pero ¿lo hará a propósito? ¿Se divertirá excitándome y humillándome? ¿O simplemente le importo un pepino? ¿O las dos cosas a la vez? Sería tan natural que en esta posición la abrazara por detrás y le cogiera los senos. Mejor que no: menudo cómo se pondría. Y yo me quedo aquí, como un cretino, mirándola. Si me apartara y me pusiese a leer un libro, al menos ella no se sentiría tan interesante, tal vez quisiera acercarse a mí. No soy capaz».

«Ya casi he acabado una», dijo ella.

«¿Una qué?»

«Una ceja. Supongo que te alegrarás. Y esta de la derecha la hago más rápido».

«¿Por qué más rápido?»

«No sé, por esta parte me resulta más fácil».

Él pensó: «Pero ¿qué pecado he cometido para que me haya caído esto encima?»

En toda su vida nunca se había encontrado en una situación semejante. Nunca se había encontrado desnudo sobre una cama con ojos como platos clavados en una muchacha desenvuelta y treinta años más joven que él, una putilla insolente que no abrigaba ni asomo de sentimiento por él. Nunca se había encontrado muriéndose por una chiquilla a la que le importaba menos que un pepino, que ni siquiera lo necesitaba, porque podía encontrar a decenas de hombres como él, que iba con él sólo

porque de momento le resultaba cómodo. Él, intelectual refinado, perderse por alguien así. Y, sin embargo, no era tan sencillo. Y, sin embargo, la insolente tenía algo que en ninguna otra había encontrado. Aún no había logrado entenderlo. Había algo limpio, sano y bello en la chiquilla desvergonzada. ¿Qué? ¿No sería una fantasía totalmente literaria? ¿No sería, en cambio, la triste y desnuda verdad de que él estaba ya a punto de envejecer y se aferraba a Laide como a la última oportunidad posible de la juventud perdida? ¿No serían tal vez sus bellos, sanos y limpios veinte años? ¿La cabellera larga y negra, los senos de niña, las caderas estrechas como las bailarinas de Degas, los muslos largos de bailarina? ¿No estaría mintiéndose a sí mismo?

Maldición, alguien le había contado un día que había perdido la cabeza por una chica que se divertía fastidiándolo y él se había vuelto como loco hasta que una mañana, al despertarse, se había dado cuenta de que le importaba un comino y de la noche a la mañana había quedado definitivamente curado.

«Oh», se decía, «si me sucediera eso a mí también y ella me telefonease y yo le dijera: “Perdona, pero hoy no puedo”, y el día siguiente igual y así sucesivamente, a saber qué rabia sentiría, la jovencita. Me gustaría ver si se quedaría horas entonces arrancándose pelos, mientras yo estoy impaciente por hacer el amor».

«Ya está: acabado. ¿Te gusto?», dijo Laide, al tiempo que volvía la cabeza hacia él. Después se levantó, volvió a poner en su sitio la mesita, a colgar el espejo en el baño y a meter las pinzas en el bolso. Es que era una maniática del orden. Después, en lugar de volver a la cama (Antonio se había tumbado boca arriba, esperando recibirla entre los brazos), trasladó el teléfono, que estaba en la sala de estar, a la mesita de noche, lo enchufó, volvió hasta allí, regresó con el *Corriere* en la mano, lo abrió por la página de los anuncios económicos, lo dobló con cuidado y se puso a consultar las ofertas inmobiliarias.

«Y ahora, ¿se puede saber qué haces?»

«Nada, pero, si quiero encontrar casa, no puedo quedarme con los brazos cruzados. Aquí hay dos o tres direcciones. Déjame probar».

«¿Y no puedes hacerlo después?»

«No, después tal vez sea demasiado tarde y no responda nadie».

«Y dale, hace ya una hora que espero».

«¡Huy, por favor! ¡No se va a hundir el mundo, si llegas al estudio con media hora de retraso!»

«No es por eso».

«Entonces, ¿por qué?»

«La verdad es que tú...»

«La verdad es que tú eres una cretina, es lo que quieres decir. De acuerdo, yo soy una cretina, desde luego, yo no tengo tu inteligencia, pero, en lugar de discutir, ya habría podido hacer dos llamadas».

¿Por qué era tan desagradable? Pensó en levantarse, volver a vestirse y marcharse sin decir palabra: habría sido una lección magnífica y saludable. Pero fue sólo la

sombra de una idea. Nunca habría tenido fuerza para hacerlo. Se quedó ahí, tumbado en la cama, rodeando con un brazo la cintura de ella, que se dignó aceptarlo y se puso a hacer la encuesta telefónica.

«¿Oiga? Sí, llamo en relación con el anuncio... ¿ah, sí?... muy amable... ¿Y dónde se encuentra?... ¿Tercer piso, dice?... Sí, podría ir dentro de poco... ¿Nos encontramos en su oficina, señor abogado?»

Ponía voz amable y cortés, con un fondo de provocación y coquetería.

«¿Oiga? Sí, llamo por el anuncio del periódico, quisiera saber... ¿Cómo?... Sí... sí... ¿y el administrador Tamburini es usted?... No, sería para julio... ¿Tres, más los servicios?... Tal vez sería un poco demasiado para mí, verdad, señor administrador... No, no, nunca se sabe... iré a verlo con mucho gusto... no, no... yo sola... No, trabajo en la Scala... sí, en el teatro... bailarina... ¡Huy, por favor!» Una larga carcajada. «Sí, iré mañana por la mañana... de acuerdo, señor administrador, y mil gracias».

Y el cretino de él:

«¿Y qué te decía ése que fuera tan divertido?»

«Nada, ya sabes lo idiotas que son los hombres... al enterarse de que eres bailarina, en seguida se imaginan... ¡Imagínate si va a verme mañana ése!»

«¿Por qué? ¿No vas a ir?»

«Tengo olfato. Esos tipos así, ceremoniosos, no me gustan y, además, es un paleta, pero tenía una voz bonita, debo reconocerlo».

Antonio la miró con expresión de súplica.

«Venga, basta ya, Laide, ni siquiera hace calor aquí. Yo aquí, desnudo, voy a coger algo».

«Pero ¡espera un poco!», dijo ella, irritada, y marcó un tercer número.

Telefoneó por tercera, por cuarta, por quinta vez, la vocecilla se le ponía aflautada y con su erre aún más acentuada de lo habitual y por el otro extremo parecía que fueran todos hombres jóvenes, graciosos, galantes, que habían puesto el anuncio en el periódico con el único fin de acechar a hermosas muchachas ingenuas y sin techo y necesitadas de protección. Resultaba evidente que ella continuaba por el gusto de fastidiarlo a él, Antonio, hacerlo rabiar, ponerlo celoso con aquellas absurdas zalamerías telefónicas.

De repente, sin que él mismo se diera cuenta, la rabia lo arrastró. Con ira arrancó y desgarró el periódico de la mano de Laide y lo tiró al suelo. «¡Déjalo ya, de una vez por todas!» Laide reaccionó como una pobre niña ofendida y perseguida. Se puso en pie de un brinco. Se dirigió corriendo a la silla en la que había dejado la ropa y la lencería, cogió el sostén e hizo ademán de ponérselo:

«Muy bien», gritó con voz casi llorosa. «Yo me voy y no vuelves a verme más. No importa. ¡Quiere decir que tendré que irme a dormir bajo un puente!» Logró abrocharse por la espalda la tira del sostén. Recogió de la silla el ligero. «Me voy, me voy, me voy, ¿entiendes?»

Antonio se quedó aplanado. El miedo a que ella se fuera en serio y para siempre superó cualquier recuerdo de dignidad. Saltó de la cama, se le acercó, la abrazó con fuerza, empezó a suplicarle, con voz trémula:

«Por favor, no lo hagas, Laide, escúchame, Laide, te lo suplico, no lo hagas».

Ella se hizo rogar un poco, mortificada, y volvió a sentarse al borde de la cama, volvió a levantar el auricular y reanudó las llamadas. Naturalmente, de recoger el periódico del suelo se había encargado Antonio.

## XXIV

«Entonces, ¿qué? ¿Nos vemos esta noche?»

«Sí, pero llegaré tarde: esta noche vuelve mi hermana de la clínica y quiero que encuentre la casa arreglada».

«De acuerdo, pero tienes toda la tarde para hacerlo».

«Perdona, pero yo las cosas las hago bien y, además, esta tarde tengo que salir, tengo cita con el podólogo».

«Conclusión: ¿a qué hora? ¿A las ocho y media, a las nueve menos cuarto?»

«Como quieras, pero mira que antes de las nueve y media...»

«De acuerdo, vendré a las nueve y media».

A las nueve y media la calle estaba ya casi desierta, sólo unos pocos coches parados, la mayoría de poca cilindrada. Él se detuvo para poder observar, desde el asiento del conductor, las ventanas de ella, puertas-ventana que daban a un gran balcón. Era una casa moderna, de cinco pisos. Ella estaba en el cuarto.

Aunque la hora era relativamente avanzada, había bastante gente que entraba y salía por la cancela de la entrada. Por dentro la casa se convertía en un caserón gigantesco, debían de ser varias decenas de familias.

Antonio se detuvo, miró arriba: una de las dos ventanas tenía las persianas echadas, la otra estaba iluminada. Hacía calor. Al cabo de cinco minutos se apeó del coche y se paseó fumando a lo largo de la acera. Se veía poca gente. La acera bordeaba una larga verja allende la cual había un gran patio circundado de cobertizos. Debía de ser un depósito o el almacén de una empresa. Al fondo del patio a la derecha, había un surtidor privado de gasolina y, al lado, un cobertizo y debajo de él una lamparita azul como las que se usaban durante la guerra. Bajo el cobertizo había un banco, en el que estaba sentado un hombre que parecía dormido. No había otra alma viva.

Las diez menos veinte. Antonio sintió que comenzaba la tensión habitual. Era una inquietud que le entraba en todas las partes del cuerpo, una ansiedad que subía, subía. Todas las veces esa desdicha insoportable se repetía, pese a que se decía: «Laide siempre ha venido, Laide no ha faltado nunca a su palabra, tal vez haya tardado veinte minutos, pero siempre ha venido». Le habría bastado con tener la certeza de que vendría, habría estado más que dispuesto a esperar horas: si hubiera estado más absolutamente seguro, la espera habría sido una delicia, pero no tenía esa certeza. Los precedentes no bastaban. Todas las veces, cuando habían pasado diez minutos, lo apremiaba la obsesión: «Esta noche Laide no vendrá y mañana no telefonará, Laide no vendrá y nunca más telefonará, Laide no vendrá porque se ha marchado de Milán y ha encontrado a otro mejor que tú, más joven, divertido y rico y se ha ido para siempre». O bien: «Ya han pasado doce minutos, la última vez se retrasó diez, como máximo se ha retrasado dieciséis minutos, por lo que aún hay un margen disponible; hagamos lo siguiente: hasta que hayan pasado veinte minutos no me resignaré a que

esta noche no venga; por lo demás, dijo que tenía que hacer la limpieza, podría ser que no hubiera calculado el tiempo justo, es tan meticulosa con la limpieza, capaz de lustrar y relustrar un cristal seis, siete veces, tal vez esta noche me haga esperar incluso más de veinte minutos, pero para mí es espantoso; ella no lo hará con mala intención, lo hará sin pensar, pero a mí me resulta espantoso todas las veces, conque reconozco que la culpa es mía, reconozco que soy un maniático, que es como un caso clínico, pero no puedo más. No, así es imposible seguir, ya es que no vivo ni trabajo ni como ni duermo, la gente me habla y yo no la escucho, estoy ahí como un autómatas, ya no soy yo mismo, es mi perdición, tengo que plantarla; vamos, vamos, hombre, líbrate de este maldito gusanillo, márchate por unos meses, búscate una muchacha, hazte con otras dos, tres, tira ese poco dinero que tienes ahorrado, nunca habrás gastado mejor un dinero. Basta, yo no puedo más».

«Basta, basta, armarse de valor y al menos marcharse. Si no eres capaz de más, espera aún quince minutos como máximo y después márchate, a saber cómo se quedaría ella de asombrada. Sí, todos los amigos a los que me he confiado son ya demasiados, yo, si estoy con uno más de un cuarto de hora, no puedo resistirme y empiezo a contarle todo y ellos me escuchan, me escuchan, porque debe de ser divertido comprobar que alguien se ha idiotizado hasta tal punto; mis males deben de ser un gran consuelo para quien me escucha, sólo por eso se quedan escuchándome, parecen incluso tan interesados; el caso es que todos los amigos, con una sola voz, me dan siempre el mismo consejo: fingir arrogancia, dar muestras de no concederle tanta importancia a las citas, no esperar más de diez minutos y después marcharse es una táctica infalible, el mundo siempre ha sido así, para tener las de ganar con las mujeres hay que mostrarse indiferente; claro, claro, qué fácil os resulta a vosotros decirlo, pero ¿y si me voy y ésa no vuelve a dar señales de vida, si no me telefonea más?, no es una ovejita, Laide es una tía dura, tiene un orgullo que no veas, ¡menudo si iba a correr tras mí!: no, es mejor que espere, pero han pasado otros dieciséis minutos, yo ya estoy hasta las narices y ahí, en la planta baja, hay una que está mirándome, no es ni mucho menos que se haya asomado al alféizar a mirar afuera, no, está dentro y tiene la luz apagada, pero yo veo que de vez en cuando se acerca a la ventana, lo necesario para mirar, y mira y mira hacia mí precisamente, a saber si estará divirtiéndose y nada más fácil que haya llamado a otros para que acudan a ver y que estén riéndose juntos: un hombre de cincuenta años pasados que espera a ésa, a esa... ¿qué? En fin, mejor no hablar, en una palabra, de esa del cuarto piso, que a sus veinte años ya ha hecho más de las suyas que Bertoldo en Francia a los cincuenta. A fin de cuentas, si me comparan con mis coetáneos, puedo consolarme, ya que aún no tengo tripa y, además, estoy ágil: desde luego, la cara, la maldita cara, ciertos días tiene algunas arrugas, pero no son tanto las arrugas, es ese aflojamiento de conjunto, es una cara delgada y, sin embargo, ciertos días logra aflojarse, pero es que no sólo se aflojan las carnes gruesas, si bien, por lo general, más de cuarenta y cinco, cuarenta y seis no me echan y, además, al diablo, ¿estoy en condiciones de fecundar o no?

¿Entonces? Si estoy en condiciones de fecundar, nadie puede tener motivo para reírse, ni aunque me acostara con una de catorce años: ¡cuánta hipocresía, cuánta hipocresía asquerosa! Diablos, ya son las diez menos diez, veinte minutos empiezan a ser demasiados: ¿y si fuera a pedir al portero que llame por el teléfono interior? Sí, un poco curioso sería, él seguro que se olearía el pastel, ¿y a quién le importa? ¡Como si no supiera que Laide va con frecuencia con hombres! En cualquier caso, vamos a esperar cinco minutos más, más de cinco minutos, no; si no, ése de ahí cierra la cancela; al menos sabré si ella está de verdad en casa, podría ser perfectamente que toda esa historia de la hermana que vuelve de la clínica fuese para justificar su fechoría, pero, en realidad, tal vez esté fuera cenando con otro, acaso con ese conde que lleve el diablo, ese que le hace escuchar los discos de Bach antes de follar, sí; ¡ostras, las diez menos cinco! Si no me decido, ése de ahí cierra la cancela».

Sacó un billete de quinientas —quinientas de propina era bastante exagerado, pero era mejor excederse, nunca se sabía—, conque entró por la cancela, subió los cuatro escalones que conducían al tabuco del portero, llamó con los nudillos en el cristal, porque dentro no se veía a nadie, y apareció un hombre de unos cincuenta años:

«Discúlpeme, ¿podría llamar por el telefonillo a la señorita Anfossi?», y le alargó las quinientas liras.

El otro puso algunas pegas, pero después cogió el billete y en seguida buscó la comunicación: en efecto, era ella, oyó al instante su voz con aquel «¡Diga!» arrastrado, despreocupado y lleno de misterio.

«Bueno, ¿qué? ¿Bajas?»

Ella en seguida se sulfuró:

«Pues es que aún no he acabado».

«¿Y cuánto te falta aún? Podrías decirme cuánto vas a tardar».

«No lo sé, no puedo saberlo».

«Pero, a ver, ¿debo esperar o marcharme?»

«Tú haz lo que quieras; si quieres esperar, espera», y colgó.

Él salió, de nuevo para arriba y para abajo por la acera de enfrente, qué extraño aquel tipo bajo el cobertizo aún dormido, pero ¿estaría de verdad dormido? Mirando mejor, Antonio comprobó que no era un hombre, era un cacharro, algo de madera, una sombra oscura que tenía forma de hombre, pero no lo era, el patio estaba completamente desierto, también la calle estaba desierta, también la ventana de la que miraba en la casa de enfrente tenía las persianas echadas. Sólo dos ventanas encendidas en el primero y en el cuarto la ventana de ella. Encendió un cigarrillo y después otro, ya eran las diez y diez, pero ¿estaría Laide dentro limpiando la casa o estaría con otro hombre? Podía muy bien ser que la hermana no estuviera, pero también que ella hubiese aprovechado para traerse a casa a algún maromo; a saber si no estaría divirtiéndose al pensar en él, que esperaba por la calle, tal vez estuvieran los dos tras la persiana espíándolo, desnudos, y él la mantuviese bien apretada y ella



tal vez le contara que ése de ahí, que estaba esperando por la calle, había perdido la cabeza por ella y ella iba con él porque soltaba sus buenos billetazos: total, a ella no le costaba apenas, porque a él no le atraía y se contentaba con sacarla a comer y al cine, pero ¿se puede ser más gilipollas? Ya estaban empezando las pestilentes imaginaciones del cerebro que le envenenaban la vida, le volvían un infierno la vida: sí, sí, le estaba bien, a él, el intelectual, a él, que se asombraba de que los novelistas no hablaran de otra cosa que de amor y lo mismo las canciones y todo, él, el hipócrita, se asombraba, decía que no era verdad, en el mundo había muchas cosas más importantes que las mujeres, ¿verdad? Un hipócrita, eso es lo que era, no es que no pudiese entenderlo, perfectamente lo entendía, desde luego, pero no tenía valor para reconocerlo, él, tartufo, como todos los demás, y ahora se daba cuenta de lo importante que es la mujer para un hombre, ahora se daba cuenta de que una muchacha hermosa podía ser deseada por los hombres, ahora pensaba y volvía a pensar en lo falso que era el mundo, que fingía que no existiesen los deseos carnales y no hablaba de ellos, mientras que, en realidad, todos los hombres, bastaba con que fueran sinceros, si se encontraban incluso por la calle a una muchacha desconocida, inmediatamente pensaban en una sola cosa: «¿Es deseable? ¿Me gustaría acostarme con ella?» Mejor dicho, se hacían dos preguntas, porque la segunda era sin falta ésta: «¿Habría por casualidad alguna forma de hacer el amor con ella?» Y, cuando un hombre veía a una mujer joven y atractiva, en seguida, incluso en la más alta sociedad, incluso en la iglesia, incluso los curas, seguro, lo mismo, pensaba en cómo estaría bajo la ropa, si las tetas se sostendrían solas, si sería estrecha la cintura. Él, por ejemplo, Antonio, pensaba en seguida en si estaría depilada o no: una de las cosas que más lo excitaban eran precisamente las axilas sin pelos, sobre todo si eran muy jóvenes, carnosas y llenitas, la muchacha que alzaba los brazos ofrecía precisamente con las axilas al descubierto la perspectiva más apetitosa de su cuerpo. Y después, naturalmente, todos se preguntaban cómo estarían hechos los muslos y el trasero, había incluso quienes preferían por encima de todo el trasero y todos, todos, cuando veían a una muchacha o incluso a una niña, pensaban inmediatamente en la misma cosa, pero ninguno lo decía, ninguno tenía el valor para decirlo, ninguno se atrevía a reconocerlo, porque eran todos un hatajo de hipócritas que daban náuseas y todos vivían, hablaban y se comportaban como si por encima de todo les interesaran las ganancias económicas, la posición social, los hijos, su casa, y pensar que todo, todos los esfuerzos, todos los pensamientos secretos se concentraban en esa única cosa, pero era tabú y nadie se atrevía a hablar de ella, razón por la cual, cuando alguien hacía un regalo a un amigo, aun cuando fuera generoso, le daba tal vez un objeto artístico, un automóvil, un yate, pero nunca le ofrecía la ocasión de poseer a una puta hermosísima: no, nunca se ofrecía lo que se agradecería más que nada e incluso los millonarios que invitaban a sus amigos a sus palacios y a sus quintas les ofrecían manjares exquisitos, licores y champán en cantidad, gastaban centenares de miles de liras para alegrarlos, pero en modo alguno se les ocurría hacerles llegar a su

habitación una hermosa jovencita dispuesta a obedecer órdenes y, sin embargo, ése era el máximo deseo de todos, sobre todo hacia la noche todos pensaban en eso, pero nadie debía saberlo, se nacía, se crecía, se envejecía y se moría como si el amor físico fuera, sí, algo agradable, pero no tan importante, y, sin embargo, era lo más importante de todo y él había sido un idiota e hipócrita por no haberlo reconocido hasta entonces, pero ahora sí, se daba cuenta, porque se sentía herido, se daba cuenta de lo mucho que miraban a una jovencita como Laide por la calle e incluso le silbaban. Un día había acudido a su estudio con un vestidito de ninfa, con falda ahuecada y cortísima y se había recogido su negro pelo en una trenza compacta y con su carita impertinente y picarona podía aparentar quince, dieciséis años como máximo y, cuando habían salido, los peones de albañil, que comían sentados en el suelo, al otro lado de la calle, lanzaban largos silbidos y ella se contoneaba de forma bastante indecente, completamente divertida, y a él mismo le había dado placer. ¡La Virgen! Disponer de una nena semejante a los cincuenta años, ¿a quién le importaba que fuera o no por dinero? El caso era que ella se acostaba con él y los otros se morían de envidia. Lo envidiaban, lo envidiaban y ahora era él quien expiaba ese gusto, porque en ese caso la envidia era sólo el deseo de poseer a Laide, también gustaba a los otros, ¿y por qué no habría de gustarles, con lo extraordinariamente provocativa que era, no sensual, entendámonos, sino provocativa, que es algo distinto? Naturalmente, seguía mirando el reloj, eran ya las diez y veinte, llevaba cincuenta minutos esperando, pero ni siquiera cuando estudiante había esperado tanto. Si entonces se hubiese marchado, ella no habría podido protestar. «Más aún: habría sido mi deber elemental de decencia; si sigo esperándola, es absolutamente innoble; ahora, seguro, ella ya lo da por hecho, seguro que está convencida de que yo me he ido: ni siquiera enamorado perdido se pueden rebasar ciertos límites. ¿Y si, después de todo, viniese?»

El tormento era tal, que tenía la sensación de estar perdiendo años y más años de vida. Ahora era un autómatas, un autómatas idiotizado, y de repente ella salió, impertérrita con su firme e imperioso paso, cuando ya eran las diez y cuarto.

«¿Sabes que me has hecho esperar una hora y cuarto?»

«Pues, por si te interesa», dijo ella sonriendo, «te diré que una vez a Marcello le hice esperar en la plaza San Babia una hora y tres cuartos y tendrías que haber visto cómo llovía».

Por desgracia, él no lograba tomarse aquellas cosas en broma, estaba enamorado y, por eso, carecía del menor sentido del humor, se daba cuenta, pero era algo que podía más que él.

«Entonces, ¿reconoces que lo has hecho a propósito?»

«¿A propósito? ¡Si todavía está todo el recibidor por hacer!»

«Entonces, ¿por qué has estado mirando la televisión?»

«¿Mirando la televisión yo?»

«Sí, desde aquí lo he visto perfectamente. Se ha apagado la luz en la sala, pero

después abajo, a la izquierda, se ha encendido una luz azul, el reflejo precisamente de la televisión».

«¡Tú estás soñando! ¡Imagínate si iba yo a estar viendo el debate político!»

«¿Y cómo sabes, entonces, que era el debate político?»

«Porque lo anunciaron ayer. Debía ser el Musical, pero lo han aplazado hasta las once menos cuarto».

«¡Qué mala leche! Entonces esta noche nada de Musical».

«¿Por qué?»

«¿Dónde vas a encontrar un restaurante con televisión?»

«No importa. Vamos aquí cerca. Hay una chocolatería en la que ya he estado otras veces».

«¿Una chocolatería?»

«Sí, ¿por qué no? ¿Acaso te daría vergüenza?»

«¿Y la cena?»

«Pues después vamos a cenar».

## XXV

«Oye», dijo ella.

Estaban recorriendo en el coche los bastiones de Porta Venezia en dirección a la casa de Corsini. Era un día de sol, pero ya flácido y grumoso, como suelen ser los veranos de Milán, «mira, tengo que pedirte un favor; te lo pido con el corazón, no debes decirme que no».

«Si puedo, con mucho gusto».

«Sí que puedes y lo necesito mucho. Ya sabes que me voy a ir unos días de vacaciones: las necesito mucho, el aire de Milán siempre me ha sentado mal».

«Por la parte de Sassuolo me dijiste, ¿no?»

«Sí, en Rocca di Fonterana».

«¿Has estado ya allí alguna vez?»

«Debo de haber estado por lo menos cuatro años seguidos: me llevaba siempre mi madre».

«¿Y qué favor es ése?»

«Mira, deberías acompañarme; si no, no sé cómo voy a arreglármelas con las maletas y todo lo demás y el perrito».

«Y allí estará, naturalmente, Marcello, tu amorcito».

«Oye, deja ya de llamarlo “mi amorcito”, sabes mejor que yo que es como un hermano y, además, él trabaja abajo, en la obra, a diez kilómetros de Módena; en quince días vendrá a verme, si acaso, dos o tres veces».

«Pero reconocerás que es un caso un poco curioso: un joven que tendrá unos veinticinco años; si va tras ti, no será para leerte poesías, me imagino que no será impotente precisamente».

«Ni curioso ni leches. Si no quieres creer, allá tú, contigo no sirve de nada ser sincera. Por si te interesa, desde que nos conocimos no he vuelto a casa de Ermelina e incluso el otro día me llamó: había un señor alemán que llevaba meses queriendo venir conmigo y ella me dio una cita para la noche y ni siquiera fui».

«Cita, ¿dónde?»

«Teníamos que vernos en el Contibar».

«¿Y ni siquiera avisaste?»

«¿Y a quién le importa? Por lo demás, si no quieres acompañarme, no lo hagas, buscaré a alguien más amable que tú».

«¿Y quién te ha dicho nada? De acuerdo, te acompañaré».

«No, porque tú con esa historia de Marcello siempre me fastidias. En cambio, deberías agradecerme que me vea con alguien con quien no hago nada malo».

«¿Y cuándo quieres partir?»

«El lunes».

«¿Y por qué el lunes precisamente? ¿No sería más cómodo el domingo?»

«No, el domingo hay un follón de aúpa».

«¿Adónde vas? ¿A un hotel?»

«Sí, es un hotel nuevo. Me han dicho que se está bien y no es caro».

El lunes por la mañana había nubes grises y Laide tenía náuseas, decía que no había pegado ojo y estuvo adormilada hasta Lodi, donde quiso parar en un bar para tomar un café con tres medias lunas. El cielo estaba aclarándose hacia Levante.

De repente, después de Parma, Laide empezó a cantar. Había salido el sol y se había puesto un pañuelo que la hacía parecer una campesinita, pero no cantaba canciones de moda, sino que recurrió al repertorio de las canciones procedentes de las lejanísimas profundidades del pueblo, groseras y vulgares tal vez, sin nostalgias ni zalamerías, historias de cuartel y de taberna, cargadas de doble sentido, pero fuertes y auténticas.

No cantaba con grosería, sino con libertad, no con picardía, sino como una golfilla que de repente volvía a encontrar en sí misma el aire de las calles y los patios, de cuando era niña y se peleaba con los compañeros golpeándose con ganas, de cuando hincaba el diente en las pantorrillas de las mayores, sentadas en los jardines, de cuando bajaba al sótano en busca de sus amigos ratones y una vez se había llevado uno a casa que pesaría por lo menos medio kilo y se mantenía en sus brazos tan contento y le lamía las manitas.

Antonio recordó que una noche en Milán, debía de ser hacia las dos, lo había despertado un canto rítmico y soberbio; debía de ser un grupo de muchachos en bicicleta que iban y venían por la avenida sin dejar de cantar y al principio no había entendido qué era y después reconoció la vieja canción del deshollinador. La había oído cien veces, también los campesinos la cantaban en el campo, allí donde iba de niño, tal vez él mismo la hubiera cantado en la montaña y siempre le había parecido vulgar, pero aquella noche los desconocidos muchachos la transformaban en algo bellissimo y potente, una balada llena de rabia y añoranza que surgía de las vísceras de Milán; no eran, desde luego, coristas educados, eran muchachos del pueblo que habían trasnochado y a saber si no estarían borrachos, pero tanta era la precisión, la fuerza, la medida, tan perfecto era aquel arrogante abandono, que no lo parecía. Sí, cantaba de ese modo la antigua ocurrencia trivial que se había convertido en un himno, un juramento secreto, un desafío misterioso.

Antonio comprobó, estupefacto, que Laide la cantaba de idéntico modo, el mismo ritmo de martillo, el mismo ímpetu, como si volviera a encontrar en ella lo mejor de sí misma, el sentido genuino de la vida.

No cesaba de volverse a mirarla, nunca la había visto tan bella, una pureza conmovedora, una alegría de estar en el mundo y Antonio, estúpidamente, se sintió orgulloso: no, no era una de tantas muchachas frenéticas y desvergonzadas, aquella era una criatura humana en toda la amplitud del término, asunto importante.

«Por favor, cántala otra vez».

Ella se rió y volvió a empezar y después, sin intervalo, pasó a otras cancioncillas de reclutas o de prostíbulo precisamente, pero una vez más las convertía, a saber

cómo, en cosas nobles y antiguas, evocadoras, a través de las páginas de Manzoni, de los vivac de los lasquenetes.

Después se calló de pronto, presa de nuevo de aquella frecuente tensión nerviosa suya, como de animalito amenazado y, cuando él le rogó que continuara con *Urca uei*, dijo:

«¡Hay que ver qué pesado eres!»

En un instante parecía haberse vuelto otra.

Pero, entretanto, habían salido de la autopista del Sol y la carretera se acercaba serpenteando a las colinas entre prados y árboles muy bellos y bastante solitarios.

«No están nada mal estos sitios», dijo él por decir algo, con el estúpido embarazo que sentía siempre cuando estaba solo con una mujer a la que conocía desde hacía poco.

«¿Tú nunca habías estado?»

«Es la primera vez», dijo él, «y probablemente sea también la última».

«¿Por qué?», preguntó ella con intuición fulminante, al tiempo que se volvía a mirarlo.

«Porque, querida Laide, lo veo clarísimo: tú eres una muchacha muy atractiva y yo te quiero mucho, pero la nuestra es una historia desgraciada; cuanto más avanzo más claro lo veo: aparte de la ayuda que te doy, ¿qué puedo ser para ti? En determinado momento hay que tener el valor de mirar las cosas de frente. ¿Piensas simplemente en la diferencia de edad?»

¿De dónde había sacado la fuerza para decirle esas cosas que cien veces había decidido decirle y nunca había tenido valor para hacerlo? ¿Y adónde quería ir a parar? ¿A qué conclusión quería llegar? Él mismo no habría sabido decirlo; más aún: no había acabado de hablar, cuando ya se había arrepentido de haberlo hecho: tal vez fuera un paso en falso, tal vez ella le cogiese la palabra. ¿Y si ella hubiera respondido que sí, que le daba la razón, que comprendía perfectamente que era mejor separarse? Ante esa idea, sintió aquella sensación terrible: como un remolino de retortijones a la altura del estómago.

Pero Laide no respondió que sí. Sin dejar de mirar la carretera, dijo tranquilamente:

«No, mira, tú sin mí no puedes vivir».

En aquel momento Antonio comprendió que todo era inútil y que estaba perdido. Ella miraba, con la vista fija, la carretera, que giraba suavemente entre los prados, no me miraba a mí, que iba sentado a su lado y conducía el coche, un modesto seiscientos de cilindrada, pobre, insignificante coche inadecuado para ella, que iba mal vestida, sin carmín y despeinada, pero para ella en aquel momento hacían falta Ferraris y Daimlers con parachoques de plata y oro, tan brillantes, que se vieran resplandecer y centellear desde lejos, de colina a colina.

«Con su conciencia de mujer, asombrosa a aquella edad, ella había dicho: “No, tú sin mí no puedes vivir”. Y yo no conseguí responder nada, habría podido rebatirlo

con cien frases altaneras, cortantes o ingeniosas y, en cambio, no respondí nada, una vez más había fracasado, ella me había derrotado, la chiquilla me tenía en sus manitas delicadas, amables y terribles, pero no apretaba, apenas había hecho una leve contracción para hacerme entender; si hubiera apretado, me habría partido en dos; en cambio, no apretó, ni siquiera sonreía; era tan sencillo, natural, para ella, ni siquiera era un juego, una esgrima, para ella era la cosa más natural de este mundo, un momento cualquiera de su vida, que en aquel instante ascendía con la irresistible potencia de la hembra».

«Cierto es que era una hermosa y agradable jornada de sol, el campo estaba verde y alegre, además de solitario, y las nubes también bellísimas, habría sido tan fácil, a su lado, ser felices, pero, en cambio, ella había dicho: “No, tú sin mí no puedes vivir”. Por eso se había callado. Sí, yo era viejo, un viejecillo mantenido, con todo mi mundo desmesurado, en el cálido y tierno hueco de una de sus manitas, bastante graciosas y cuidadas, y, aun así, una gran energía me mantenía erguido, aunque fuese viejo, era viejo de años, eso sí, pero en cuanto a ánimo era joven, al menos como ella y probablemente más; además, aquella energía no era mala, no era sucia, aunque para aplicarse utilizara el dinero, era algo un poco estúpido, desinteresado y loco que, a saber cómo, brotaba de un asqueroso burgués como yo, era un toque largo de trompa, era una antena de luz, era tal vez el vuelo silbante y salvaje de un peñasco que cae a pico en el abismo, en cuyo fondo se deshará, pero entretanto vive, vive, misericordia de Dios: era el amor».

Pero llegaron al hotel, era un hotel nuevo y bastante agradable, un poco tipo *bungalow* colonial. Antonio la ayudó a llevar el equipaje. Le habían dado una habitación en ángulo con dos camas.

«Yo siempre cojo una habitación con dos camas, a veces siento necesidad de cambiar y, además, ya es una costumbre».

«También puede resultar muy cómodo», dijo él; sabía perfectamente que ella se rebelaría, pero no pudo resistirse.

«¿Cómo que cómodo? ¿Ya estás tú otra vez? En cualquier caso, has de saber que yo nunca he dormido toda una noche con un hombre: ésa es otra razón por la que no me apetece casarme».

Comprendió que, mientras colocaba sus cosas en el armario, Laide habría preferido que él la esperara abajo, no estaba dispuesta a reconocerle el papel de amante, pero ella misma comprendió que era pretender demasiado. Entonces, para demostrar al personal que entre su tío y ella no había nada, mantuvo la puerta abierta de par en par. Vestidos, lencería, zapatos estaban colocados en las maletas, con precisión geométrica, cada cosa en su bolsa de celofán. Sacó del neceser una batería de frascos y botellitas, que ni una diva, vamos. Los alineó meticulosamente en el lavabo en dos filas semicirculares. Después colocó la alfombrilla para el perro, la escudilla de plástico para el agua y otro recipiente especial para la papilla.

Parecía que se encontrara a gusto prolongando aquella operación, no acababa

nunca de alisar y plegar la lencería, de transportarla de un cajón a otro, parecía que tuviera intención de permanecer años en aquel hotel. Él miraba el reloj, le habría gustado estar en Milán antes de las cinco.

De vez en cuando, Laide se asomaba al balcón para mirar afuera: tal vez esperara la llegada de Marcello, pero éste no apareció. Al final, a la una y media estuvo lista y bajaron; dijo que prefería ir a almorzar a Módena.

Antonio pensó: «Me da la impresión de que quiere que la vean conmigo en el hotel lo menos posible. ¿Por qué? ¿Se avergonzará de la diferencia de edad? Pero si me hace pasar por su tío. ¿O querrá tener, por decirlo así, el campo virgen para la llegada de Marcello? Y Marcello, oficialmente, ¿qué papel debería desempeñar? ¿El de primo? ¿Novio?»

Ese asunto del tío era para Antonio una continua causa de rabia y humillación, pero no había tenido valor para rebelarse. Habría bastado que le hubiera dicho:

«Te advierto que, si me llamas tío delante de extraños, sean quienes fueren, yo voy a decir en alta voz que nunca he sido tío tuyo».

Sí, tal vez ella se habría adaptado, pero a saber con qué rabia. ¿Y valía la pena contrariarla así, desbaratar sus ingenuas diplomacias de muchacha sola que quiere salvar la cara a toda costa?

Fueron a comer a Módena, fue un almuerzo triste y con pocas palabras. Ahora que se acercaba la separación, Antonio sentía resurgir la inquietud y se multiplicaban las sospechas celosas.

Cuando salieron del restaurante, eran casi las tres y hacía calor.

«Yo ahora me voy a ir», dijo Antonio.

«Acompáñame hasta un cine aquí cerca», dijo ella.

«¿Al cine a esta hora?»

«Sí, así salgo a las cinco: a las cinco y media voy a encontrarme con Marcello en la plaza».

Montaron en el coche, Antonio estaba que bramaba, el perrito se le subió a las rodillas y se puso a roerle los botones de la chaqueta.

A medio camino, Laide cambió de idea o tal vez no se tratara de un cambio, sino que desde el principio pensaba pedírselo, pero no se había atrevido a hacerlo.

«Mira, hazme el favor, baja por esta calle a la izquierda».

«¿Para qué?»

«Ahora párate en la esquina».

«¿Quieres apearte?»

«No, mira, ten la amabilidad: la primera o la segunda calle a la derecha es Via Cipressi, en el número 6 está la pensión en la que se aloja Marcello. ¿Te importaría ir a ver si está? Mira, está de pensión en casa de una señora, yo prefiero no dejarme ver».

«¿Y tengo que ir precisamente yo?»

«¿Qué tiene de malo? Deben de ser menos de cincuenta metros».



«Éstas son las ocasiones para demostrar que eres un hombre y no un pelele», pensó Antonio, «rebélate, dile que te pida cualquier cosa, menos hacerle de alcahuete».

Pero Laide estaba inquieta; si él hubiera puesto pegas, habría sido capaz de dejarlo plantado y marcharse, tal vez para siempre. Se apeó del coche y se dirigió a pie hasta Via Cipressi. En el número 6 preguntó por Marcello. Se asomó un joven y dijo que Marcello estaba en la obra:

«¿Quién lo buscaba?»

«La señorita Anfossi, que está aquí fuera».

«¿Laide?»

«Sí».

«Entonces voy».

El joven salió, acompañó a Antonio hasta el automóvil e intercambió algunos saludos con Laide. Se hablaban de tú. Después Laide hizo las presentaciones.

«Pepino, disculpa pero no recuerdo tu apellido... mi tío».

Se dieron la mano. Después Pepino volvió a su casa.

De allí al cine había poca distancia. Antonio no pudo contenerse, le parecía haber tenido demasiada paciencia incluso.

«Mira, Laide, no consigo comprender cómo es que no te das cuenta de que ciertas cosas, como mínimo, son de pésimo gusto, por no decir que...»

«Por no decir que... ¿qué?»

«Por no decir que son groserías, si es que quieres saberlo. ¿Tenías que mandarme a buscar a casa precisamente de tu...?»

«¿Mi qué?»

«Bah, dejémoslo».

«Ni dejémoslo ni leches», se puso a gritar ella. «¿Es posible que tengas que considerarme siempre una puta? Ya estoy hasta las narices», y se llevó la mano derecha hasta el labio superior. «Es como para volverse loco: ése, que no me toca siquiera, y tú, que haces el amor conmigo siempre que quieres, ¡y eres tú el que está celoso! Ya te lo he dicho muchas veces, con todos tus buenos modales de persona educada, ¡menudo eres para ofender tú...! Tú quieres ensuciar los mejores sentimientos, no reconoces que una mujer y un hombre puedan estar bien sin necesidad de follar, en eso eres mezquino, la verdad, se ve, desde luego, que nunca has conocido a una muchacha como Dios manda, sólo has tenido tratos con putas, por lo que se ve, y para ti todas son putas y no existen sino putas».

Se había detenido en un espacio muy amplio. Dos mujeres que pasaban, al oír aquella voz encolerizada se volvieron a mirar.

«Habla más bajo al menos, ¿quieres que lo oiga todo el mundo?»

«Pues que me oigan, me trae sin cuidado, para que te enteres, estoy harta de esta historia».

Antonio calló, vencido una vez más. También ella había acabado. Al cabo de

unos segundos, intentando mostrarse frío, dijo:

«Bueno, yo ahora me voy, que ya es tarde».

«Adiós, te llamaré: probablemente pasado mañana tenga que ir a Milán; si voy, pasaré a verte al estudio».

«Como quieras», dijo él y metió la primera, amargadísimo.

## XXVI

Quince días de alejamiento. Durante quince días Antonio siguió sin respiración rumiando para sus adentros la enfermedad que padecía. Sí, no tener que sufrir todos los días esperando la llamada de Laide representaba como un alivio, pero, en cambio, la distancia multiplicaba las imaginaciones funestas. Por la noche, tumbado en la cama, con los ojos clavados en las dos grietas del techo en forma de 7, pasaba las horas muertas cavilando una y otra vez sobre su dolor. Ella lo llamaba cada dos o tres días; a decir verdad, era siempre puntual, ése era un pequeño alivio, pero necesitaba algo más.

Rogaba a Dios que le quitara aquel infierno de encima. A saber si no se despertaría tal vez una mañana y estaría totalmente distinto, libre, ligero, ¡qué maravilla!

«Ya son casi las dos de la mañana, mañana debería llamarme al estudio. ¿Lo hará? ¡Qué marasmo más horrendo! Es como tener fuego en la boca del estómago. ¿Con quién estará ahora? ¿Estará sola? ¿Estará bailando en alguna parte? Pero no es eso lo que importa. Del lunes a hoy, viernes, muchas cosas pueden haber sucedido, puede haber aparecido un nuevo interés en su vida. Puede que ni siquiera se acuerde de mí, salvo para la cuestión del dinero. Me encuentro muy mal. Los tranquilizantes son como agua. No consigo estar sentado ni tampoco estar en la cama. ¿Dónde estará? Lo tremendo es que no puede haber esperanza, aunque me llame, aunque siga viniendo conmigo, pero ¿por qué no habría de volver aún conmigo, al menos una vez? He decidido decírselo todo: que al menos lo sepa, que no pueda haber malentendidos. Después, que haga lo que le parezca. He decidido escribirle todo. Mejor un no definitivo con ruptura, dolor y larga melancolía que esta ansiedad insoportable. Dormir, dormir: ésa es la única tregua.»

Pero después al despertar, esfumados los últimos retazos del sueño, ¡qué sensación de angustia, de condena! El pensamiento buscaba en seguida en derredor: ¿por qué? ¿Por qué? ¡Ella! Y entonces el corazón se ponía a latir, el cerebro se llenaba con aquel pensamiento obsesionante, fijo, profundo, que invadía toda la conciencia y la cerraba sin dejar escapatoria. Pensara en lo que pensase —o, mejor dicho, intentara pensar—, siempre estaba ella por medio, que obstruía la entrada. Se decía: «Es absurdo, no vale la pena, no se lo merece». Sí, sí, argumentos óptimos, todos ellos, pero el día en que renunciara, en que no insistiera más, en que transformase el ansia en dolor lacerante, ¿qué le quedaría ese día? El vacío, la soledad, la perspectiva de un futuro cada vez más triste y muerto. ¡Dios, ayúdame!

Pensó en mandarle una carta, nunca había costado tanto ajeteo mental un tratado de paz. Debía hacerla sencilla, emplear palabras corrientes; si no, tal vez no la comprendiera, hacerle entender que estaba decidido, pero no ir demasiado lejos, decirle las cosas duras que debía decir sin ofenderla, sin afectar a aquella extraña dignidad que tanto valoraba ella y al tiempo mostrarse comprensivo y afectuoso. El

día siguiente le salió la carta siguiente:

«Querida Laide:

»No te asustes con esta carta. Léela con toda la calma, tal vez tumbada al sol o esta noche antes de dormir, no hay la menor prisa. Pero se trata de cosas que te incumben y que siento el deber de decirte. La tranquilidad de las vacaciones te permitirá pensar con claridad sobre ellas. Se trata de lo siguiente:

»No se si te habrás dado cuenta, pero yo, aun queriéndote cada vez más, no estoy nada contento. No hace falta decirte lo que va y lo que no va entre nosotros. Tú eres lo bastante mujer para adivinarlo y lo bastante inteligente para comprender que ciertas frialdades y ciertos desaires pueden hacer más daño que una traición propiamente dicha.

»A mí me parece que tú me has pedido mucho y no me refiero al dinero. Aparte de la dificultad para telefonearte, para reunirme contigo, para verte, para estar juntos unas horas —y sólo Dios sabe lo que he sufrido en el pasado por ello—, me refiero a tantas otras cosas que sabes perfectamente, como el antipático papel que me haces desempeñar con Marcello, sin entrar a analizar lo que son tus verdaderas relaciones con él. Me parece que a veces exageras. Después de tres meses en los que has tenido todo el tiempo para darte cuenta de lo mucho que te quiero y de los sacrificios que hago para demostrártelo bien, tú me correspondes con actitudes casi siempre de frialdad, aburrimiento y cansancio. Tú me has dicho más de una vez que entre una mujer y un hombre siempre es necesario un período de rodaje, pero éste es un rodaje de cien mil kilómetros, me parece a mí. Sí, tú eres diligente en los pequeños compromisos cotidianos, de telefonar, venir, etcétera, pero ¡nunca un arrebató, nunca un pálpito de afecto o bondad!

»Lo grave es que, si debiera continuar así, acabaría encontrándome en un estado de humillación mortificante que no podría soportar.

»No me gustaría, querida Laide, que tú hubieras confundido mi amor con una debilidad sin límites. En determinado momento un hombre debe saber abrir los ojos, aunque esté enamorado, y afrontar la realidad, cueste lo que cueste.

»Espero no tener que llegar a eso, pero, para no llegar, debemos ser los dos los que no lo deseemos. Ésa es la razón, Laide querida, por la que te escribo: para que tú te des cuenta de que nuestra situación, así como está, no puede durar.

»Me preguntarás qué quiero. Quiero simplemente que tú me respetes como hombre y no me hagas desempeñar más el papel exclusivo de tío pagano, de algo así como un comodísimo tío de alterne, y que tengas conmigo las actitudes que tienen todas las mujeres con la persona a la que están unidas: por afecto o incluso por interés.

»En el fondo no te pido mucho, después de todo lo que he hecho y hago por ti y que me gustaría hacer también en el futuro. Pero eso, querida, dependerá sólo de ti.

»Ahora continúa en paz tus vacaciones, pero procura pensar un poco, si puedes,

en esta historia nuestra que comenzó como algo sencillo y poco a poco ha llegado a ser dolorosa para mí.

»No sé cómo acabará esto. Mira a ver si puedes arreglarlo. El amor o el afecto o incluso sólo la costumbre de verse de dos personas, aun cuando no haya pasión, debe ser al menos un sentimiento humano de bondad y dulzura.

»No te sorprendas de esta carta repentina. He querido decirte todo lo que llevo dentro, entre otras cosas para que en el futuro tú no tengas que asombrarte de nada.

»Pero ahora basta, diviértete, ponte muy morena y muy guapa y no olvides dar señales de vida.

»Un abrazo muy fuerte.»

Ésta fue la tercera versión después de un par de pruebas. La escribió con un bolígrafo, la transcribió a máquina y después pensó que sería más amable y también más eficaz escribirla a mano y la copió con caligrafía clara con la estilográfica. La leyó, la releyó, la metió en un sobre y escribió la dirección. Después lo pensó mejor, abrió el sobre, la releyó otra vez y se dio cuenta de que era una carta en conjunto odiosa, llena de fariseísmo e hipocresía, de cobardía también, peor aún: ridícula. ¡Ésa súplica de dulzura, de bondad, porque le soltaba cincuenta mil a la semana! De pez gordo, nada: un pez gordo lo habría hecho mejor. Así, pues, decidió no echar la carta, se lo diría de viva voz cuando volviera a Fonterana a recogerla. Sí, de viva voz muchas cosas se suavizan y podría adaptarse poco a poco a los humores y las reacciones de ella.

Pero, cuando fue a recogerla a Fonterana, quince días después, no pudo hablar con ella como quería, porque estaba también Marcello.

Ella estaba esperándolo delante del hotel y fue a su encuentro de repente hasta el coche:

«¡Uf!», se apresuró a decir. «Te vas a enfadar, pero no es culpa mía. Ese pelmazo. ¡Está empezando a volverse una lata, que no veas!»

«¿Quién? ¿Marcello?»

«¿Quién va a ser? Se ha enterado de que me marchaba y ha querido venir a despedirme y ahora no sé cómo quitármelo de encima».

«¿Qué quieres decir? ¿Que vendrá a comer con nosotros?»

«No sé nada. Por otra parte, no puedo quedar mal. Conmigo siempre ha sido amable. Bueno, ahora ven un momento arriba, que necesitarás refrescarte un poco, con este calor».

Evidentemente, él, Antonio, debía de haber puesto cara de fastidio. Con aquel «ven arriba», Laide quería apaciguarlo: una demostración de intimidad precisamente ante los ojos de Marcello, que estaba esperando en el vestíbulo, una premura sin precedentes.

Antonio no tenía el menor deseo de refrescarse, pero la siguió arriba. El equipaje estaba ya listo. Todo estaba en orden perfecto.

«Como comprenderás, este asunto de Marcello es bastante antipático».

«¿Te refieres a que haya venido?»

«Pues sí, la verdad».

«Yo he sido la primera en decírtelo, ¿no? Pero, al fin y al cabo... si entre él y yo hubiera algo, lo entendería».

«¿Y tú lo has visto todos los días?»

«¡Nada de todos los días! Figúrate, en dos semanas nos hemos visto tres veces; además, es que él tiene mucho trabajo... Ah, ¿quieres saber una muy buena? Pero, si te lo digo, después no te enfades, es sólo para que veas lo chismosa que es la gente... ¿Sabes lo que creen aquí, en el hotel, que eres tú? Sólo por haberte visto un momento aquel día... Creen que eres su padre».

«¿Padre de quién?»

«Padre de Marcello».

«¡Ah, estupendo! Y entonces Marcelo, ¿quién creen que es? ¿Tu marido?»

«¡No gastes bromas! A los pocos a los que se lo he presentado les he dicho que era mi primo».

Antonio miró las dos camas, juntas, si bien cada una con sus propias sábanas y colchas. Una de las dos estaba intacta, como si nadie se hubiese sentado siquiera encima. Al mismo tiempo, recordó que Laide, antes de que él la llevara a Fonterana, le había rogado que, al escribirle, pusiera «señora», en lugar de «señorita».

«Si saben que estás casada, en los hoteles te respetan mucho más. Total, como llevo la alianza de mi pobre madre».

En el momento, no le había dado importancia: un estúpido capricho de chiquilla. ¿Y si hubiera sido, en cambio, un ardid? Así Marcello podía ir a dormir con ella al hotel sin que nadie tuviera nada que objetar.

«Si así fuese», pensó, «la pernoctación de él debería ir incluida en la cuenta y seguramente ella ya la habrá pagado. Quiero verla». (Pero aún no estaba pagada la cuenta, la pago él y no encontró nada sospechoso en ella, cosa que lo tranquilizó un poco. Había que descartar que en el hotel hicieran la vista gorda ante esas cosas. ¿O acaso en la pensión completa de ella iba incluida la disponibilidad de las dos camas?)

Bajaron. Marcello saludó a Antonio con mansa deferencia. Cuanto más lo observaba éste, más se calmaban sus sospechas: era un muchacho físicamente bien plantado, pero de cara torpe, casi obtusa, sin vida, decía cosas corrientes, sin gracia. Cuando hablaron de partir —iban a ir a almorzar a Módena—, él no pidió explicaciones: como si entre ella y él hubiera quedado todo concertado.

Marcello fue por delante en la moto. Antonio y Laide seguían en el coche. A la entrada de la ciudad, encontraron a Marcello apeado: había tenido un pinchazo. Dejó la moto en un taller y montó también él en el coche y se acomodó lo mejor que pudo en el asiento posterior entre el abundante equipaje.

Aquel almuerzo entre tres fue como un castigo. Él quería mostrarse gracioso, a costa de hacer el papelón de cornudo contento, pero no resultaba fácil encontrar

temas idóneos.

Fue Laide la que en determinado momento, probablemente para interpretar una comedia que tranquilizara a Antonio, se puso a provocar a Marcello.

«Y anoche, que era sábado, ¿qué hiciste? Irías tras algunas faldas, como de costumbre».

«Como es lógico», respondió Marcello en tono de broma.

«Cuenta, cuenta, ¿quién era? ¿Esa rubia con la que te he visto alguna vez?»

«¡Qué rubia ni qué niño muerto!»

«¿Morena entonces? ¿Quién era? ¡A que lo adivino!»

«A ver, ¿quién?»

«¿Me das mil liras, si lo adivino?»

«Sí, te las doy».

«La dependienta de la tienda de bolsos bajo los soportales».

«Frío, muy frío».

«Entonces quiere decir que fuiste con Sabina. Según me has dicho, no conoces a otras».

«¡Huy, por favor! A esa “quiero y no puedo” debe de hacer un mes que no la veo».

«Entonces, ¿qué fue? ¿Una nueva conquista?»

«Pues, mira por dónde, podría ser».

«¿Mona?»

«No tanto como tú», y sonrió en broma, «pero bastante».

«¿No sería una puta...?»

Marcello se apresuró a ponerle una mano delante de la boca.

«Alto ahí: censura», y miró en derredor para ver si alguien de las mesas cercanas lo había oído, pero no se vio a nadie volverse.

Antonio lo presenciaba con un malestar cada vez mayor. No veía la hora de que acabara aquel maldito almuerzo.

Pero, después del almuerzo, a Laide tuvo que ocurrírsele uno de sus caprichos. Antes de salir para Milán, quería ir a ver una película de cierto cómico americano. Ya la había visto una vez en Milán, pero era bonísima. Cuando una película era buena, era capaz de verla hasta diez, doce veces.

Por desgracia, era domingo. Antonio no tenía necesidad alguna de estar en Milán a las cinco y, naturalmente, también Marcello estaba libre.

Montaron de nuevo en el coche con dirección al cine indicado por Laide. Durante el trayecto, ella vio al fondo de un espacio abierto los anuncios de otro cine.

«Espera, espera», dijo, ¿qué echan?

«No», dijo Marcello, «ése es un cine hediondo, estará lleno de reclutas».

Antonio reanudó la marcha.

«Pero ¿qué echan?»

«No sé», dijo Marcello, «me parece haber visto la palabra “beso”».

«¿Qué clase de beso?»

«Pues en la boca, supongo», y puso una sonrisa antipática, «¿o tú prefieres en otros sitios?»

«¡Corta ya!», dijo Laide, dura. «Ya sabes que esas bromas me atacan a los nervios».

Llegaron al cine con el tiempo justo. Dejaron el coche a la sombra para que el perrito no tuviera demasiado calor y entraron. No había casi alma viva. Se sentaron, en el gallinero, con Laide en el medio. Era una película en color, para Antonio de una idiotez insoportable, pero, en aquella situación hasta una obra maestra habría sido para él como un veneno.

En cambio, Laide estaba feliz. Todo la hacía reír, de forma exagerada, parecían carcajadas casi histéricas. En determinado momento Antonio se dio cuenta de que Laide, con su mano izquierda, había cogido la derecha de Marcello y la apretaba, como hacen los enamorados. ¿Supondría que Antonio no lo veía? Entretanto, miraba la pantalla sin dejar de soltar carcajadas. Era la historia de un joven que tenía que cuidar de tres críos insoportables, que no eran hijos suyos, y hacerles de nodriza: un repertorio de cretinadas de manicomio. Ahora las dos manos juntas se encontraban en el regazo de ella; más aún: Laide se apartó despacio hasta apoyarse en el hombro de Marcello.

El descaro de aquella maniobra era tal, que Antonio se quedó paralizado. Habría sido tan fácil decir «que os divirtáis», salir, descargar el equipaje de ella y marcharse para siempre. Comprendía que ningún otro hombre habría dejado de hacerlo. Él, no: cuanto más atroz era la humillación, más insoportable le resultaba la idea de perder a Laide.

La miraba continua y fijamente, con la cara vuelta ostensiblemente hacia ella, pero Laide no parecía advertirlo, sino que de pronto, sin mirar, alargó la mano derecha buscando una mano de Antonio. Éste le susurro al oído:

«¿No tienes bastante?»

«¡Oh, no!», respondió Laide, fingiendo no haber entendido. «Me divierto con locura, me parece tan gracioso».



## XXVII

Sí, una mañana llegó el gran momento, por fin. Sucedió así: nada más despertar, al instante empezó, como de costumbre, a pensar en ella, Laide, y notó que no sentía dolor, tocaba la llaga y ya no le dolía, probó dos o tres veces más a pensar en Laide, lo hizo con determinación e incluso con desafío, pero la angustia no llegaba. Fue una sensación indecible: el milagro. Tenían razón los que le habían dicho que... Se levantó de la cama y se puso a saltar en la alcoba, daba auténticos saltos de alegría, como enloquecido. No obstante, dado su temperamento, siempre aprensivo, se mantenía en guardia y se lavó y se vistió con los oídos aguzados por si reaparecía el enemigo, pero durante la noche éste había levantado el campo misteriosamente. Pensaba en Laide, se imaginaba que en aquel preciso momento estuviese en la cama con un tipo cualquiera haciendo esas cosas, se imaginó incluso que estuviese haciendo una cosa aún peor y pensó con perfidia en todos los posibles detalles, pero la angustia no llegaba. Entonces salió de casa y caminaba como ya había perdido la costumbre de caminar: como un hombre libre y civilizado; en cambio, antes caminaba como un... no, no caminaba, era más exacto decir que se arrastraba, que huía, que se precipitaba siempre con aquel temblor dentro. Entonces le dieron ganas de hacer algo que llevaba muchos meses sin hacer, algo de lo más cretino, pero que, aun así, indicaba la curación: pensó en cruzar el parque a pie. Aunque hiciera mucho calor, ya casi había pasado una hora desde que se había despertado, ya podía estar seguro de que estaba deseoso de ir al estudio, saboreaba por adelantado la satisfacción de mirar el teléfono con indiferencia y desprecio: ya podía sonar lo que quisiera, que él le dejaría sonar siete, ocho veces antes de levantar el auricular y tal vez ni siquiera lo levantara, además, y hacerlo no le costaría nada. Tenía ganas de hablar del trabajo con sus colegas, tenía ganas de reír: ¡ah, qué maravillosa era la vida!

Pero, cuando estaba atravesando la explanada en la que se encuentra la pista de cemento para patinar, a aquella hora aún desierta y avanzaba a pasos magníficos, iluminado de lleno por el sol, sintió algo que parecía venir de dentro.

«No», se dijo, «es un último eco de la enfermedad, inevitable, un amago, una cosa de nada. Seguro que ahora pienso de nuevo en Laide tendida y desnuda en la cama y abrazando a un maromo y, aunque le tenga metida toda la lengua en la boca e incluso cosas peores, soy capaz de pensar y será como pensar en el boletín de la Bolsa y en el problema del aparcamiento».

No obstante, no tuvo tiempo de reconstruir mentalmente aquella sucia escena, porque la ola pestífera, en lugar de disiparse, se hinchó en el interior de las vísceras y de pronto, sin razón alguna particular en el mundo, Antonio se sintió completamente desdichado. Intentaba, intentó, dos o tres veces volver atrás mentalmente y trasladarse al estado de pocos minutos antes: el sublime sentido de libertad se había esfumado, era un espejismo increíble, de los que se leen en ciertos libros, pero no

pueden ser reales. Más aún: aquel brutal salto de la libertad a la cárcel le hizo sentir, aún más dolorosa, la enfermedad que lo tenía atrapado. Así, que ya no caminaba, de nuevo arrancaba con el temblor habitual a través de la jornada que estaba por comenzar. El yugo había vuelto a caerle encima y a hundirse aún más profundamente en su carne. Entonces, por primera vez, tuvo una sensación de miedo. Se volvía cada vez más mezquino y vil, a veces totalmente abyecto, como un conejo desconcertado, el poco trabajo que aún lograba hacer le costaba esfuerzos enormes y resistía sólo porque, si se hubiera desplomado en el trabajo, no habría podido conseguir el dinero para Laide.

Tantas veces había oído hablar de hombres arruinados, personajes de novela, seres increíbles para él, burgués sólido. Recordaba al conde Muffat, reducido al fango y a la miseria por Nana. Cuentos, cómodas invenciones de escritores, casos de una estulticia absurda: en su protegido mundo nunca podía haber desplomes semejantes. Eso pensaba y, sin embargo, ahora Antonio se preguntaba si no habría comenzado para él esa famosa ruina y vislumbraba el desolado futuro: un viejo *délabré* que se arrastraba por los locales y restaurantes intelectuales esperando las cinco mil liras de un colega fastidiado, reducido a una habitación amueblada, mantenido aparte, solo como un perro, mientras Laide, protegida por un gran industrial, pasaría con un Jaguar a su lado, cebada, cubierta de brillantes y con una gigantesca piel de visón.

¿Cómo podía resistirse? Dinero hacía falta cada vez más. Ahora Laide había alquilado un piso que no estaba nada mal, la verdad, en una casa moderna de Via Schiasseri, por la parte de la Ciudad de los Estudios. Habían seguido largas discusiones, porque ella no quería concederle las llaves de su casa y, para ganar la partida, Antonio había tenido que amenazar con no dar más señales de vida. Naturalmente, ella en el fondo no lo había creído, pero en el fondo, ¿qué cedía? Aunque él tuviera las llaves, Laide siempre podía encerrarse dentro y, si él llamaba al timbre, podía fingir que no oía o no estaba.

Confusamente, también Antonio comprendía que cuanto más se desarrollaran y más íntimas se volvieran las relaciones con Laide, más frecuentes serían las ocasiones de inquietud y sospecha, tanto más cuanto que, en el fondo, se veía arrastrado hacia una suerte que no lograba imaginar. Incluso los amigos a los que sentía la necesidad desesperada de confiarse ya habían renunciado a retenerlo: si había perdido la cabeza, que se arruinara con sus propias manos.

Por la noche, por ejemplo, cuando volvían del cine o del teatro, en lugar de dejarla delante de su casa, Antonio habría querido acompañarla arriba, aun sin llegar a hacer nada, sólo por el gusto de verla desnudarse y meterse en la cama, pero ella nada, a ese respecto era inflexible. Para hacerle compañía, ya tenía, según decía, a una amiga, una tal Fausta, una pobre desgraciada meridional que un día le había presentado Laide en la calle. En efecto, se veían las luces encendidas.

Incluso hacer el amor con ella —y la verdad es que Antonio no tenía grandes pretensiones al respecto— se había vuelto difícil. Estaba más que claro que a Laide

no le apetecía. Siempre procuraba aplazarlo —o tenía la regla o dolor de garganta o dolor de cabeza— y, las pocas veces que aceptaba, lo hacía con tal desgana, que se esfumaba todo el gusto.

De pasar una noche con ella, ni hablar.

«Yo nunca he dormido con un hombre; yo, si no estoy sola en la cama, no puedo conciliar el sueño», era su cantinela. Sólo tras una increíble insistencia logró Antonio arrancarle la promesa de dejarlo dormir con ella la noche del 15 de agosto. Cuando llegó aquella fecha, Laide mantuvo la promesa, pero, antes de que entraran en la casa, le advirtió que aquella noche no quería que la tocaran, no le apetecía, y durante toda la noche durmió en el otro borde de la cama y dándole la espalda. ¿Y eso era el amor? ¡Contra ese muro de indiferencia se rompía la ola de los sueños, el divino fuego!

De vez en cuando Antonio se asombraba de sí mismo. ¿Cómo era posible que tolerara tanto? En tiempos le habría parecido inconcebible. Por suerte, hasta a las bofetadas se acostumbra uno. ¿Por fortuna o por desgracia? ¿No era la señal de una degradación? Pero rebelarse era imposible. La idea de perder a Laide le infundía el desaliento habitual.

Un hombre, un hombre orgulloso, inteligente, triunfador y ya seguro de sí mismo, arrastrado por el suelo por una chiquilla infernal sin maldad, así, sin querer, sólo porque él había perdido la cabeza y a la larga eso le daba un fastidio terrible. ¿O sólo por culpa de él, que no sabía hacer las cosas, que estaba idiotizado y cometía un error tras otro? ¿Hasta cuándo y hasta dónde continuaría aquella historia? ¿Llegaría el suspirado hastío? ¿O al menos la resignación? Ahora estaba solo, debía arreglárselas por sí mismo, ya no había nadie que pudiera ayudarlo, poco a poco había acabado cesando el desahogo de las confidencias con los amigos, había de confesar vilezas tan vergonzosas, que los amigos se negarían a creerlo y ya no tenía valor para hacerlo.

Veamos. Un domingo habían quedado en encontrarse, iban a ir a dar un paseo en coche y él por la mañana fue al estudio expresamente para telefonar con total libertad.

«Ah, mira, lo siento», dijo ella, «lo siento, de verdad, pero hoy no podemos vernos: mira, viene a verme Marcello, pobrecillo, los suyos están aún en el campo, ¿y cómo voy a dejarlo plantado a él solo?»

«¿No habías quedado conmigo?»

«Pero nosotros nos vemos todos los días, no seas egoísta: el único amigo que tengo y que, además, es tan buen chico; ya te he dicho que es como un hermano para mí».

«Bueno, haz lo que quieras».

(Le volvió a la mente aquella frase delante del cine en Módena: «Un beso en la boca, creo. ¿O tú prefieres en otros sitios?» Por desgracia, era una situación ya aceptada. En cierto sentido, si él se hubiera empeinado, habría tenido razón ella al protestar.)

Pero cuando, a la una y media, Laide le telefoneó:

«Oye, querido, ¿tú sales ahora?»

«Yo no, ¿por qué?»

«Deberías hacerme un gran favor. Me he quedado sin carne para Picchi. Deberías dar un salto a un restaurante y pedir que te dieran doscientos gramos de carne picada, hoy es domingo y las tiendas están cerradas».

Era horrible, era oprobioso, pero la simple idea de poder verla unos minutos le aliviaba.

«De acuerdo, voy corriendo».

No eran aún las dos cuando Antonio llamó a la puerta de Laide con el paquete de carne en la mano. Antes de que se abriera la puerta, oyó, al otro lado, una voz de hombre. Ella se asomó, inquieta:

«Discúlpame, lo siento de verdad, pero no sabía que fueras a venir tan pronto».

Tuvo que entrar. Marcello, sentado en la cocina, se levantó y lo saludó, respetuoso: seguía teniendo aquel aire suyo desgarrado e insulso; al fin y al cabo, tampoco era absurdo que para Laide fuera sólo un buen amigo.

«Bueno, ahora tengo que irme pitando», dijo Antonio.

«¿De verdad que no quieres quedarte un momento?»

«No, no, me esperan. Y tú, ¿qué vas a hacer?»

«Pues ahora vamos a salir, en cuanto haya comido el perrito. Vamos a ir al cine».

Laide lo acompañó hasta el ascensor.

«Al menos a cenar vendrás conmigo, espero».

«Pues a cenar quizá sí».

«¿Porqué quizá?»

«Oye, ¿tú vas a ir hoy al estudio?»

«Hoy es domingo, pero si quieres...»

«Sí, hagamos eso, yo a las seis y media te llamo al estudio».

Se marchó con una curiosa sensación de suciedad, de injusticia. Aquellos dos, solos en casa, hablarían de esto y lo otro, jugarían con el perrito, se reirían del modo más inocente, ¿qué otra cosa podían hacer una hermosa chica de veinte años y un joven de veinticinco? Y, sin embargo, él lo creía sinceramente. Si no lo hubiera creído, no lo habría soportado. Aquella fe suya lo salvaba. Desde luego, los otros, los habituales, que no entendían ciertas cosas, se habrían tronchado a carcajadas.

A las seis y media en punto ella le telefoneó.

«Mira, no te enfades, por favor, pero resulta que no sé qué hacer, este pobrecillo ahora se marcha a Francia y estará fuera varios meses, ¿cómo voy a dejarlo plantado? Su tren sale a las once y media».

«Pero si ya te lo había dicho yo».

«Oh, no empieces, por favor, ya sabes que no tiene nada de malo y, además, te repito que se va al extranjero».

Extranjero, extranjero: una rabia de fuego que lo dejaba atontado. Cenó como un autómatas con los amigos, que ya no le hacían el menor caso, y después vino la

pesadilla de la noche solitaria con las miradas fijas en las dos grietas del techo y fuera los automóviles que pasaban, las voces de las prostitutas. ¿Dónde estarían esos dos? ¿Se habría ido él de verdad o estaría en la cama de matrimonio de Via Schiasseri concediéndose un suplemento de amor vespertino?

A las ocho aún no había conciliado el sueño. Trastornado, se levantó, se vistió y se precipitó al garaje.

Aquella vez, al primer timbrazo, Laide abrió en seguida.

«¿Qué ocurre?»

«Pues que estoy harto de ser tratado como un trapo. ¿No te das cuenta de que...?»

«Basta, basta, no es el momento de lanzar sermones; en realidad, deberías estarme agradecido».

«¿Agradecido?»

«Sí, porque anoche me lo quité de encima. Lo mandé, dicho sea con perdón, a tomar por saco».

«¿A tu amorcito?»

«¿Qué amorcito ni qué niño muerto! Un cerdo como todos los demás, eso es lo que es y yo una cretina, que lo consideraba un chico como Dios manda».

«¿Por qué? ¿Qué ocurrió?»

«Ocurrió sencillamente que, después de almorzar, me acompañó a casa, yo le pregunté si quería subir un momento y, cuando estuvo arriba, quería que nos fuéramos a la cama».

«¿Por qué? ¿Te abrazó? ¿Te besó?»

«... ¿Estás loco? Al principio creía que bromeaba, después, cuando hizo ademán de ponerme las manos encima, le solté un bofetón, pero lo que se dice un bofetón que recordará toda su vida, y después lo puse de patitas en la calle y tú, en lugar de alegrarte, vienes aquí a armarme una bronca. Pero ¿cuándo te vas a convencer, por Dios, de que yo no te digo mentiras?»

## XXVIII

Estaba aún allí con el auricular del teléfono en la mano, indeciso, con la cara hundida y tensa, envejecida, habían pasado cuatro meses y era el día de Año Nuevo, pero él seguía ahí con el auricular en la mano, indeciso sobre si telefonar o no, el río se lo llevaba arrastrando del mismo modo salvaje, no conseguía aferrarse a la orilla, sino que se encontraba siempre en el centro, donde la precipitación era máxima, había pedruscos grandes que sobresalían del fondo y él se pegaba contra ellos unos golpes terribles que lo destrozaban por dentro, y deseaba alcanzar la orilla, pero tenía miedo, porque, si la alcanzaba, el río dejaría de arrastrarlo y en el río, un poco más adelante, huía Laide, pero ella se deslizaba ligera sobre el agua y no chocaba contra los pedruscos, ella los veía a tiempo o al menos era como si los viese y se deslizara por encima de ellos a propósito para que Antonio, que la seguía, chocase de mala manera contra ellos, aunque podía ser, en cambio, que ella ni siquiera lo pensara: ella no era mala, sólo era como un erizo con las púas siempre erizadas; de hecho, un día, durante una pelea, como él le reprochaba las humillaciones sufridas, Laide dijo:

«Deberías entenderme, nadie me ha querido nunca de verdad, yo tengo la impresión de que todos son enemigos que quieren fastidiarme y aprovecharse de mí, no es culpa mía que la vida me haya enseñado a desconfiar de todo el mundo. Sí, yo siempre estoy en guardia, yo soy toda espinas, yo intento defenderme, por lo que puede ser que contigo haya estado poco amable, pero deberías entenderme, no todo es culpa mía».

En cierta ocasión, de niño en una pequeña neviza de los Dolomitas se había deslizado y había sentido una sensación extraña. En efecto, la superficie no era lisa, sino que, tal vez por el deshielo, estaba cubierta toda ella de pequeñas cavidades. Al deslizarse cada vez a mayor velocidad, iba chocando con los bordes de las depresiones y se veía sacudido de mala manera: era como si un gigante desmesurado estuviese —lo recordaba perfectamente— dándole pescozones con sus desmesuradas manos y él no pudiese reaccionar ni defenderse mínimamente, sólo le quedaba la esperanza de que la pendiente se suavizara en una depresión o en una planicie, ¡como, de hecho, había ocurrido, por fortuna, porque, si no, corría peligro de estrellarse contra los peñascos de la morrena, al fondo! En una palabra, tenía la sensación de estar a merced de una fuerza salvaje e infinitamente más fuerte que él, por lo que se volvía un niño frágil e indefenso. Pues bien, la misma sensación le hacía experimentar la aventura con Laide, sólo que esa vez no se trataba de un gigante invisible surgido de la montaña, esa vez era una chiquilla de carne y hueso que, arrastrándolo tras sí, le hacía chocar aquí y allá con los muros y ella corría con el ansioso frenesí de sus veinte años y acaso no se diese cuenta siquiera, no se fijaba en si el hombre aferrado a la cola de su larga cabellera negra se ponía perdido arrastrando la jeta con la boca abierta por el jadeo sobre las piedras, el polvo o la mierda: ¿acaso era culpa suya que él se mantuviese aferrado a ella con tanto tesón?

Tal vez le fastidiara hasta un grado insoportable el peso de aquel hombre grande y grueso, de pelo gris, que llevaba atado tras sí. Quién sabe, si él hubiera soltado, podía ser que ella se hubiese detenido, se hubiera vuelto y hubiese ido a ayudarlo, pero, mientras él la tuviese así, era imposible.

Habían pasado cuatro meses, pero ella no había cambiado: siempre puntual, eso sí, con las llamadas y los encuentros, amable incluso y atenta, a su modo, pero siempre con aquel fondo de indiferencia total. Marcello había desaparecido del horizonte y, desde luego, no había motivo para sospechar que Laide continuara su vida de otro tiempo. Había habido incluso como un largo interludio, porque ella había contraído una infección intestinal con complicaciones de corazón y durante casi dos meses había tenido que permanecer en una clínica. Desde luego, en aquellas condiciones ya no sentía aquella angustia absolutamente irracional, como si Laide hubiera podido, de una hora para otra, desaparecer para siempre y resultar inencontrable, pero también en la clínica la nena había encontrado la forma de mantenerlo continuamente en ascuas y humillarlo, con aquella odiosa costumbre de llamarlo «tío» delante de médicos y enfermeras y, además, su coquetería con los doctores, en particular en los días en que tenía ataques: por ejemplo, él estaba de pie a la cabecera de la cama y ella, presa del jaeo, apretaba las manos de un joven médico atractivo, como si sólo de él pudiera esperar ayuda y afecto, y una noche en que había ido a llevarle una bata —naturalmente, había ido a comprarla en la mejor tienda de Milán— y la habitación estaba en penumbra, antes de marcharse —la enfermera presente estaba leyendo en un ángulo a la luz de una lamparita— se había inclinado para besarla y Laide, irritada, lo había rechazado con ímpetu, como si hubiera querido violentarla y nadie en la clínica hubiese comprendido ya desde hacía mucho qué clase de tío era de verdad él.

Además, había habido su obstinación, bastante misteriosa, en prolongar la hospitalización al máximo. Cuando ya estaba bien y los médicos hablaban de darla de alta al cabo de un par de días, siempre había un nuevo ataque cardíaco con tal puntualidad, que Antonio llegó a tener el convencimiento de que era ella misma la que se lo provocaba: con ciertas pastillas excitantes que le había encargado comprar a él. Laide le había dicho que eran para su amiga Fausta, que no tenía dinero, y él no sabía qué clase de medicina era, pero el día siguiente precisamente Laide había tenido un primer ataque violentísimo y Fausta, a preguntas de él, se quedó paradísima, pues nunca había pedido a Laide que comprara aquellas pastillas, ni siquiera sabía lo que eran. Así, entre inquietudes ininterrumpidas, habían pasado otras semanas y al final ella había salido de la clínica, pero ahora, por miedo a nuevos ataques, la acompañaba todas las noches una enfermera.

Precisamente delante de la enfermera pasó Antonio la última noche del año con Laide. Fue algo tristísimo: Laide en bata y con dolor de cabeza, la enfermera apática y muda, la sensación de algo forzado a lo que Laide se sometía de mala gana. Él había llevado unos pastelitos de una de las mejores pastelerías y dos botellas de

champán, pero habían pasado la noche ante la televisión, y, al llegar la medianoche, Laide continuó mirando la televisión, que transmitía una fiesta de un gran hotel y, apenas había probado el champán, decía que no le apetecía, a ella, que demostraba ser particularmente entendida en champán y le contaba que en casa de tales y cuales, amigos de la familia, se bebía siempre en las comidas Dom Perignon o Monopole.

Pero, en fin, paciencia, aquella noche Laide no se sentía bien, la esperanza de Antonio —a semejantes fatuas y falsas alegrías se aferraba con tal de estar con ella— era la de salir a almorzar el día siguiente, el de Año Nuevo. De hecho, la noche anterior ella le había dicho que sí y, gracias a aquella promesa, Antonio había pasado una mañana discreta, ya no se preguntaba cómo iría a acabar aquella historia, el día siguiente y el siguiente a éste eran sus plazos más lejanos, más allá de pasado mañana no había que pensar, Laide podía cambiar de idea acaso en el último momento.

En efecto, cambió de idea aquel mismo día. A las dos le telefoneó, muy disgustada: la noche anterior había perdido la cabeza, no recordaba que el día siguiente era Año Nuevo y ese día siempre había ido a comer con la familia; además de su hermana y su cuñado, iban a estar también sus tíos: en una palabra, era absolutamente imposible que faltara.

¿Qué podía responder él? En el fondo, casi se había alegrado, porque sabía que aquella noche estaría con la familia, es decir, en un ambiente seguro y, dado el aplazamiento, era seguro que el día siguiente saldría a almorzar con él.

Pero después el cerebro empezó a trabajar: ¿no era extraño que Laide, tan precisa en el cumplimiento de sus compromisos, con una memoria sorprendente, al menos en relación con todos los pequeños detalles de la vida, no hubiera recordado la noche anterior que el día siguiente era Año Nuevo? ¿No podía ser, en cambio, una excusa para salir con otros?

Todas las veces que sentía sospechas de esa clase, la idea de ponerse en acción e indagar le daba como una náusea. Le parecía algo vil, desleal, sucio, pero tal vez no fuera ésa la verdadera razón. Tal vez la verdadera razón por la que no hizo nada fuese el miedo a sorprenderla con las manos en la masa, a descubrir la mentira y la traición, a verse obligado a plantarla. Aunque se sintiera hecho polvo, esta última seguridad lo sostenía: si hubiese tenido una prueba de que Laide le ponía los cuernos, habría roto para siempre, desde luego.

Pero aquella vez resultaba, en el fondo, sencillo. Bastaba con telefonar con un pretexto cualquiera a casa de su hermana hacia la hora de la cena. Seguro que la hermana o el cuñado no estarían avisados, por lo que le dirían si esperaban o no a Laide para cenar.

Le costó tomar aquella decisión. Pasó toda la tarde en su estudio rumiando todas las hipótesis posibles, los riesgos, la posibilidad de complicaciones. No, no había, la verdad, peligro alguno. Hacia las seis, como casi siempre, ella le telefoneó a la oficina para rogarle de nuevo que la disculpara y prometerle que el día siguiente saldría con él, decía que se sentía mejor, parecía alegre, afectuosa incluso.



«Adiós, tesoro», le dijo, al despedirse, «por favor, no te vayas a ir esta noche de picos pardos».

Pero ¡qué larga resulta una tarde! Antes de las ocho y cuarto, ocho y media, habría resultado indecoroso y las horas nunca acababan de pasar, miraba continuamente el reloj y no era una lentitud aburrida, sino rabiosa, como si aquel frenético precipitarse de todas las cosas que lo acompañaba desde hacía meses hubiera dado marcha atrás y, bajo los minutos que nunca acababan de pasar, funcionase en sentido inverso un compacto mecanismo de ruedas que dejaba el tiempo estancado: ¡y todo ello para que él acabara enloqueciendo!

Y, ya agotado, cuando el reloj del estudio dio con su «clec» neurasténico las ocho menos diez, se dio cuenta de que debía de tener una cara trastornada. Salió corriendo. ¿Y si encontraba por casualidad un neumático desinflado? No, los neumáticos estaban intactos. Corriendo a casa de su madre. Llegó a las ocho y cinco. Dios mío, aún diez minutos que esperar.

La cena estaba lista, pero ¿quién tenía ganas de comer? Con esfuerzo, para que los otros no lo advirtieran, consiguió tragar unas cucharadas de sopa. No dijo ni palabra. Su madre lo miraba con una tristeza que ya se había vuelto una costumbre. No cesaba de echar vistazos al reloj. Las ocho y diez.

«¿Cómo es que no comes la chuleta? En tiempos las chuletas a la milanesa eran tu pasión».

«Bueno, tomaré un poquito, no sé por qué, pero esta noche no tengo hambre».

Las ocho y trece.

Tuvo fuerzas para esperar hasta las ocho y diecisiete. En el fondo, aunque telefonara a las nueve, ¿no sería lo mismo? Sería incluso mejor. Tal vez llegase tarde Laide, pero resistir más resultaba imposible.

«Disculpa, he olvidado que debía hacer una llamada».

Fue hasta el teléfono, marcó el número, la línea estaba, por fortuna, libre, pero nadie respondió. ¿Era posible que no hubiera nadie? Laide le había dicho un día que el teléfono estaba en la alcoba de su hermana. ¿Y si no oían desde el comedor? A saber si no sería mejor así; si no respondía nadie, no le quedaba nada más que hacer: una tregua, ya que no otra cosa, por aquella noche quedaba excluida la posibilidad de tener que adoptar la decisión fatal.

No, respondió alguien. La voz de un hombre: debía de ser el cuñado.

«Perdone, soy Dorigo, ¿podría, por favor, hablar un momento con Laide?»

«Pues Laide no está».

«Ah, ¿no cena con ustedes?»

«No, esta noche no la esperamos».

«Disculpe entonces. Buenas noches».

«Buenas noches».

Aquel infierno dentro del pecho: latidos, jadeo, devastación, cuchillas candentes que le penetraban. ¡Menudo si tenía razón de sospechar!

¿Y si probara a telefonar a Laide? ¿Y si ésta estuviera aún en casa? Nada costaba probar.

Oyó aquella erre, aquella voz como cansada, desconfiada, impasible, que tanto le gustaba a él.

«Hola, soy yo. Me habías dicho que ibas a cenar en casa de tu hermana, pero no era cierto».

«¡Cómo que no era cierto! Estoy a punto de salir de casa».

«He telefoneado a casa de tu hermana y me han dicho que no te esperan».

«Porque he cambiado de idea».

«¿Y adónde vas ahora?»

«Voy a cenar sola, pero ahora, te lo ruego, déjame, porque hay un taxi esperándome».

«Entonces vamos juntos».

«No». Un «no» firme y duro.

«¿Por qué no?»

«Porque no me apetece y, además, es que no tengo ganas de hablar, no quiero hacer esperar al taxista».

«Te digo que vayamos juntos».

«Y yo te digo que no».

«Entonces voy a esperarte a tu casa».

«No, no quiero». Una sombra de aprensión. Y colgó.

¿Se habría vuelto loca? Nunca había actuado ni hablado así. Debía de ser algo nuevo. Aquella vez debía de haber otro y por aquel otro estaba dispuesta incluso a arriesgarse a la ruptura. Estaba dispuesta a perder, entre una cosa y otra, casi medio millón de liras al mes.

Mejor así, se dijo Antonio estúpidamente —total, una u otra vez había de suceder—, pero era extraño. Ella siempre tan cumplidora y preocupada por el dinero. Debía de estar chalada por alguien. ¿O se trataría de alguien mucho más rico que él?

La inquietud y el nerviosismo de antes se habían transformado en un curioso sentimiento nuevo, tumultuoso, dinámico, decidido. Como el alpinista que, después de habérselo pensado mucho, se aparta por primera vez del promontorio en el que está fijada la cuerda doble y se abandona al vacío, como cuando comienza la batalla y se logra no pensar en otra cosa y con la fiebre desaparece también el miedo a la muerte. ¿Qué sucederá después? No importa, cualquier cosa sucederá, no se puede hacer otra cosa. Después de tantas maniobras, diplomacias y engaños, por fin el juego con las cartas al descubierto. En cualquier caso, Antonio se sentía casi aliviado de momento.

Llegó a casa de Laide hacia las diez menos diez.

«¿Quién es?» La voz de la enfermera.

«Soy Antonio».

Se abrió la puerta. Menos mal.

La enfermera, Teresa, no pareció asombrada, era una chica de montaña de unos treinta años, que parecía indiferente a todo.

«Mire, señor», dijo, «le ruego que no me comprometa. La señora Laide me había recomendado no responder al teléfono ni abrir la puerta a nadie. ¿Se va a quedar usted?»

«Voy a esperarla».

«¿Le importa que mire la televisión?»

«En absoluto».

Fue a la cocina, se sentó e intentó leer un número de *Topolino* que encontró en un estante. Había una pila. Pero necesitaba algo diferente de «Paperon dei Paperoni». Eran horas interminables. El hecho de que una chiquilla hubiera salido a cenar con un hombre en uno de tantos restaurantes de Milán la noche de fin de año carecía de la menor importancia para el mundo, pero para él, Antonio, podía ser el fin de todo.

A saber por qué, se le ocurrió llamar a casa de su madre.

«Disculpa, mamá, ¿ha telefoneado alguien?»

«Sí, hace poco, debía de ser... en fin, tú ya me entiendes».

«Ah, bien, no importa. Hasta luego, mamá».

Había telefoneado. Tal vez esperaba que no fuera a su casa. Evidentemente, estaba inquieta. Dentro de poco telefonaría, seguro, allí para enterarse.

En efecto, al cabo de menos de diez minutos telefoneó. Dos timbrazos y después silencio, la fórmula convencional para hacer saber que era ella. Teresa fue a responder en bata. Él le susurró:

«No diga que estoy aquí».

En efecto, Teresa dijo:

«No, señora, hasta ahora no, nadie ha telefoneado».

Aunque la casa estaba silenciosa, Antonio no captaba las palabras dentro del auricular.

«¿Qué ha dicho?»

«Nada, me ha preguntado si había venido usted».

«¿Y nada más?»

«No, me ha repetido que no abriera a nadie».

Ah, la muy sinvergüenza, ¿en la puerta quería ponerlo ahora? Después de todo lo que había hecho por ella. Sí, sí, aquélla era la última vez, pero al menos quería decirle cuatro frescas, como se merecía: la esperaría, si fuese necesario, hasta la mañana.

Era la última vez. El despertador en el estante señalaba las once menos cinco. Sentado en el sofá del comedor, con la luz encendida. Encima del estante estaba el perrito de tela que Antonio le había comprado cuando ella estaba en el hospital. Silencio. Coches que pasaban. En la televisión estaban dando *La tienda del café* de Goldoni. Teresa lo presenciaba con actitud pasiva. Pasaban, lentos, los minutos. Cada uno de ellos era una bofetada más, un maltrato más. Ahora el frigorífico se había puesto a zumbiar. Eran las once y cinco, Antonio miraba intensamente los muebles,

los muñecos, aquellas cositas de niña que no volvería a ver. Sobre la mesa había una velita para tarta de cumpleaños con un pedestal de piñas y cintas y ella no llegaba. Sobre el frigorífico había un cestito de paja obscura con un perrito dentro que él le había llevado al hospital. Todo aquel amor tirado por nada. Ella bromeaba: no había entendido nada. Sobre la puerta había muérdago dorado de Navidad. ¿A qué hora volvería?

El teléfono, aquella vez sin timbrados convencionales. Teresa respondió, no debía de ser ella.

«No, la señora no está. No, creo que mañana no lo necesita».

«¿Quién era?»

«De la compañía de teléfono, el encargado del servicio de despertador, preguntaba si debía despertar mañana a la señora».

«¿Y eso por qué?»

«Pues no sé. Creo que es alguien a quien la señora conoce».

(«Hasta con los de la Stipel coquetea, tal vez haya quedado con él».)

Regresó a la cocina, volvió a coger el *Topolino*. Oyó que Teresa había apagado la televisión.

«Señor», dijo sin aparecer, «yo ahora me voy a ir a la cama».

Medianoche, la una menos cuarto. ¿Dónde estaría? Si había ido al cine, como era su manía, a aquella hora ya debería estar de vuelta. ¡Qué ingenuo! Nada de cine. Acaso estuviese fuera toda la noche. No importaba: aunque la palmara, se quedaría hasta que volviera esa puta. «Oh, Laide, amor mío, ¿por qué me has hecho esto?»

Pero a la una y cuarto volvió a sonar el teléfono. Era ella.

«No, señora», dijo Teresa, que, extrañamente, aún no se había desvestido, «... muy bien, pero ¿qué podía hacer yo?... Muy bien, buenas noches, señora».

Él se apresuró a preguntar:

«¿Qué ha dicho?»

«Ha dicho que, cuando volvía a casa, ha visto el coche de usted aquí abajo».

«Y entonces, ¿no viene?»

«No, ha dicho que se va a dormir a un hotel».

¡Qué imbécil! ¿Cómo es que no se le había ocurrido? Bajó corriendo, fue a dejar el coche en una calle lateral y después volvió arriba. Esperaría, vaya si esperaría, pero ¿de qué servía esperar, si ella se había ido a dormir a un hotel? ¿Tanto le fastidiaba él, que, para rehuirlo, se iba a dormir a un hotel sin un cepillo de dientes siquiera? ¿O era sólo miedo?

Teresa lo miraba, inexpresiva.

«Pero usted, Teresa, discúlpeme, después de tanto tiempo, ¿no ha entendido quién soy?»

«¿Cómo dice?»

«Sí, digo que si le ha explicado la señora quién era yo».

«Siempre me ha dicho que era usted su tío».

«¡Qué tío ni qué niño muerto! No era demasiado difícil entenderlo, me parece a mí».

La desesperación. ¿Quién era aquella Teresa? ¿Qué podía decirle aquella Teresa? Nada, pero él necesitaba desahogarse.

«Y yo... y yo... todo lo que he hecho por ella... ¿ve usted lo desgraciado que soy?... Perder la cabeza por una... una...»

Era un niño, un niño injustamente azotado. Se tiró bocabajo sobre la cama de ella y estalló en sollozos.

«Pero, señor, cálmese».

Se levantó. Comprendió que se trataba de una escena lamentable.

«Discúlpeme, pero es que hay veces, verdad, que...»

«Oh, señor. Le puede ocurrir a cualquiera».

«Ande, váyase a la cama».

«¿Y usted seguirá esperando?»

«No, pero quiero escribirle cuatro letras».

En la cocina encontró una hoja de papel de cartas, fue a escribir a la sala de estar, donde había una mesita de cristal.

«Laide», escribió, «después de lo que ha sucedido, está más que claro que todo entre nosotros ha acabado.

»Creo haberme mostrado contigo siempre amable y paciente, pero no se puede rebasar cierto límite.

»Te deseo que encuentres al...»

En aquel preciso instante, sonó el teléfono. Era la una y media.

Como una fiera, arrancó a Teresa el auricular.

«Hola, soy yo».

Colgaron. Era Laide y había interrumpido la comunicación.

Si telefoneaba, quería decir que aún estaba insegura, no sabía qué hacer. Tal vez ni siquiera tuviese dinero para el hotel.

Casi al instante volvió a sonar el teléfono. Respondió Teresa, pero Antonio le arrancó el auricular de la mano. En el otro extremo, una voz casi alegre.

«¡Pues ahora vuelvo a casa!»

«Muy bien, entonces te espero».

Las dos, las dos y cuarto. Teresa estaba durmiendo, los automóviles pasaban cada vez más de tarde en tarde. Antonio no había acabado la carta, ya no hacía falta, se lo diría todo de viva voz. Sí, lo comprendía, habría sido mucho más eficaz que se hubiese marchado, sin dejar siquiera una línea. Tendría que haber sido capaz de hacerlo, pero necesitaba volver a verla, aunque sólo fuera por medio minuto, ¡volver a verla una vez más!

A las tres menos diez, un coche se detuvo abajo. Después, en la casa dormida, el golpe de la cancela, el «clac» de la puerta del ascensor, el jadeo del ascensor, que subía.

Él estaba de pie delante de la puerta. Sabía cuál era su deber: dos bofetadas, como mínimo.

¿Y si ella hacía una escena, si se provocaba un ataque al corazón y había que llamar a un médico?

Entró, pálida, con sus redondos ojos como platos y expresión de animalito ansioso y perseguido.

«Hola», le dijo.

Y de repente él se sintió invadido por un cansancio mortal. Le habían quebrado algo por dentro: una postración, una indiferencia desesperada.

«¿Con quién has estado?»

«Con una amiga».

«Y hasta esta hora, ¿dónde has estado?»

«En casa de mi amiga».

«Y yo debería ser tan cretino como para creerte».

«Haz lo que te parezca. ¿Dónde está Teresa?»

«¿Y yo qué sé? Estará durmiendo, supongo».

La incapacidad para encontrar las palabras adecuadas, las mínimas palabras para salvar la cara: un vacío, un horadamiento, resignación ante la derrota.

Ella entró en la sala de estar y en seguida vio la hoja escrita por la mitad, sin leerla la cogió e hizo una pelota que fue a tirar a la cocina.

«Lee, lee, harías bien en leerlo».

Sin responder, ella entró en el baño y dejando la puerta abierta se puso a hacer pis.

¿Qué esperaba Antonio aún? ¿Que fuera ella ahora la que le diese un par de bofetadas? Como si ya no le hubiera dado bastantes. ¿O esperaba de ella una palabra de arrepentimiento? ¿Esperaría que ella le pidiese perdón?

¿Perdón por qué? Había estado fuera con una amiga, no había hecho nada malo. Más bien había sido él. ¿Qué mujer habría resistido con un tipo tan tedioso?

Había dicho «adiós» en lugar de «hasta luego», como si Laide fuera a preocuparse. Laide tenía sueño y la mañana siguiente tenía cita con el peluquero.

## XXIX

Esperó un día. Desde luego, Laide le telefonaría; él, aunque se muriera, no lo haría, juró que no lo haría, habría sido la última degradación, habría sido exactamente como decirle: «Mira, que estoy aquí, escúpeme en la cara». Por lo demás, seguro que ella había leído la carta que él había comenzado y había dejado sobre la mesa, delante de él Laide había ido a tirarla a la basura sin leerla, pero ¡menudo cómo habría corrido, nada más marcharse él, a leerla! No es que las cartas de Antonio le interesaran, pero aquella vez debía de tener cierto miedo; al fin y al cabo, debía de darse cuenta de que había ido demasiado lejos.

Esperó dos días. Ella, evidentemente, se hacía la ofendida, como si Antonio, al ir a esperarla a su casa, le hubiera faltado al respeto y, además, ya se sabe: la táctica mejor, cuando no se tiene razón, es la de mostrarse ofendido. Como es lógico, el hecho de que Laide no le hubiese llamado aún le daba inquietud. Era evidente que se trataba sólo de una discusión, en la conciencia de él la idea de que se tratara de una auténtica ruptura no había asomado ni siquiera como hipótesis. ¿Y, si, en cambio, ella se hubiese tomado en serio la carta de Antonio, si hubiera reconocido que había tirado excesivamente de la cuerda, si se hubiese convencido de que Antonio, aunque débil, aunque enamorado, no podía hacer otra cosa que plantarla? ¿Y quién le decía, en el fondo, que Laide tuviera miedo? Tal vez ya le importara él un pepino. Cuentos: ¿dónde iba a encontrar medio millón al mes?

Esperó tres días. Empezó a sentirse mal, seguía segurísimo de que ella daría señales de vida: no ya que se disculpara y se mostrase arrepentida, sino que reaparecería con su aire de golfilla, como si nada hubiera pasado, reaparecería, desde luego, nada hay mejor para que las mujeres vengan a buscarte que cortar y mostrar indiferencia, pero era extraño, aunque ahora estaba bastante bien provista de dinero gracias a una herencia de medio millón que le había dejado su madre, la liquidación de la empresa en la que su madre trabajaba, que había recibido en los últimos días.

Esperó cuatro días. Ahora en la oficina el trino del teléfono todas las veces le hundía un venablo electrizado en medio de la espalda y la sacudida se propagaba y lo dejaba sin respiración.

«Sí», pensaba él, «con todo el dinero de que ahora dispone resistirá mucho tiempo». De tan segura como estaba de tenerlo siempre a sus órdenes, estaría riéndose, seguro, al pensar en los sufrimientos de él, a cualquier hora de la noche se despertaría y se diría: «Ése en este preciso instante está pensando en mí».

«¡Qué satisfacción debe de ser para ella! A saber cómo estará restregándose las manos y acaso carcajeándose con sus amigas. No, tal vez eso no, porque la única amiga a la que frecuenta es Fausta y sabe perfectamente la clase de chica extravagante y extraña que es ésta y se fía de ella sólo hasta cierto punto, pero restregarse las manos, sí, diciendo: “Ése quiere hacerse el ofendido, ¿eh? Le voy a enseñar yo: no le telefono por lo menos en un mes: total, dinero tengo y así, al final

de mes, me lo encuentro muy modosito a mis pies como un perrito, más aún que antes. Es la cura conveniente: ¿acaso se cree que por esas pocas liras debo estar día y noche adorándolo? Pero yo tengo veinte años, necesito respirar, necesito cierta libertad, no quiere metérselo en la cabeza. ¿Ah, no? Pues entonces lo voy a hacer volverse loco de celos, ya sé lo que se está imaginando, mi tío se imagina que paso continuamente de un hombre a otro y se pone pálido y enciende un cigarrillo tras otro y acaso por la inquietud vaya en busca de chicas con la esperanza de encontrarles gusto y poder, al menos por unas horas, olvidar a Laide, pero, en realidad, va a ser aún peor para él. Oh, oh, ante todo porque como Laide hay pocas por ahí y después, suponiendo que encuentre una más bella, cosa difícil, precisamente su belleza, su cara, su boca, sus piernas, sus tetitas no harán sino recordarle la cara, la boca, las piernas, las tetitas de Laide, que no es que sean mucho más bellas, pero son únicas en el mundo y precisamente esa cara, esa boca, esas piernas son las que él necesita y todas las demás, aun siendo igualmente bellas, cosa difícil, le dan náuseas incluso»».

Así reconstruía Antonio los pensamientos de Laide y la odiaba, porque sabía que era del todo cierto, era peor incluso, porque Laide, en sus calcos estratégicos, confiaba en gran medida en sus recursos físicos y no calibraba lo suficiente lo que era para Antonio su modo de moverse, caminar, hablar, mover la boca, reír, hacer muecas, besar, su deliciosa pronunciación tan milanesa con aquella extraña erre aristocrática.

Esperó cinco días y ella nada, ya estaba claro que Laide había decidido jugar fuerte: total, nada tenía que perder; total, aun cuando diera señales de vida al cabo de un mes, no por ello parecería haberse rendido, sino que sería la reina apiadada que al final concede la gracia tan anhelada al devolver al esclavo impertinente la vida y la luz. Pero ¿y si dentro de un mes, cuando telefonara, él le colgase el auricular? ¿Y si dentro de un mes se le hubiera pasado a él la enfermedad? ¿Si dentro de un mes Laide no fuese ya para él sino un recuerdo desagradable? ¿Si al cabo de un mes hubiera conocido él a una muchacha igualmente atractiva, pero más amable, dulce, atenta e incluso más competente en los juegos amorosos? Sueño maravilloso, pero Antonio sabía hasta qué punto se trataba de una utopía, un milagro inverosímil, para él sólo podía ser Laide, sólo Laide, aunque fuera dentro de un año, de dos, podía darle la paz.

Esperó seis días. Aquella mañana no resistió más, tenía demasiada necesidad de saber al menos si ella estaba en Milán o si estaba por ahí con alguien, conque rogó a un colega que llamara al número de Laide para preguntarle por el abogado Romani. Respondió una voz de mujer.

«¿Y cómo era la voz?»

«Era una voz de mujer».

«¿Joven?»

«Creo que sí».

«¿Pronunciaba la erre al estilo milanés?»

«Ah, sí, me parece que hablaba, en efecto, con esa erre».



«¿Y cómo era? ¿Una voz alegre o depre?»

«No, no me pareció demasiado alegre».

«Pero ¿qué dijo exactamente?»

«Nada. “Se ha equivocado usted de número”. ¿Qué más querías que dijera?»

Así iba cubriéndose cada vez más de ridículo, como si aquella historia no se hubiera vuelto ya bastante la comidilla entre sus conocidos. Y después se consideraba un cretino. ¡Menudo si había adivinado Laide al instante que era una llamada, organizada por él, para tantear el terreno! ¡Qué triunfo para ella! Saber que Antonio ya no podía más y no se atrevía a llamar directamente, pero estaba en el límite, la rabia, la inquietud y los celos lo habían dejado groggy, dos o tres días más y se arrojaría a sus pies babeando y pidiendo perdón. ¡Qué idiota! Ahora ella se sentiría aún más segura, no tendría ya la menor prisa por dar señales de vida, a saber hasta cuándo aplazaría tal vez su llamada.

Esperó siete días. Con la esperanza de enterarse de algo fue a casa de la señora Ermelina intentando mostrarse indiferente, le preguntó si tenía alguna chica que estuviera bien para presentarle, pero ella intuyó inmediatamente lo que le ocurría y se apresuró a preguntarle por Laide.

«Ah, hace un tiempo que no la veo. ¿Y usted?»

«Nada, desde abril no he vuelto a verla. Le telefoneé una vez, quería presentarle a un señor como Dios manda y ella me dio una cita, pero no apareció. Yo después no insistí; entretanto, me habían dicho que usted, doctor, se interesaba por ella y en esos casos, verdad, yo me quedo al margen».

«¿Quién se lo dijo?»

«No recuerdo, pero esas cosas se tardan poco en saber, verdad, las amigas... no sé si fue Flora o Titti. Pero ¿cómo es que ya no la ve usted?»

«Nada, es que iba demasiado a lo suyo».

«Lo de siempre. Usted debió de mimarla y se le debió de subir a la cabeza. Son unas chiquillas estúpidas; cuando encuentran la fortuna, hacen todo lo posible para dejarla escapar. ¡Un hombre como usted! No es por hacerle un cumplido, pero cualquier muchacha, mejor incluso que Laide, habría hecho lo posible por conservar a un hombre como usted. No es que sea mala, verdad... Por mi parte, debo decir que es buena chica, pero ¿sabe lo que pasa? Tal vez tenga una amiga envidiosa que le dé pésimos consejos... segura de sí misma, eso sí, un poco demasiado... con usted, además, doctor... si usted supiera...»

«¿Qué?»

«Bueno, no hay inconveniente en contárselo... Un día que tenía aquí cita con usted —mire, debió de ser la tercera o la cuarta, no más, después de que usted se marchara—, surgió una discusión... tonterías... por un traje de chaqueta que había cogido aquí, mío; no, mejor dicho, ahora lo recuerdo, no era un traje de chaqueta, sino un vestido de punto de color tórtola».

«Sí, lo recuerdo».

«Ah, muy bien, ¿ve como no son cuentos?... El caso es que Laide me debía quince mil liras... y pretendía... pero, bueno, eso no tiene ninguna importancia, ¿verdad?... estaba también presente, lo recuerdo perfectamente, mi cuñada, a la que también conoce usted; bueno, pues, para no alargarme demasiado, en determinado momento yo le dije a mi cuñada: “Quiere decir que, cuando telefonee el doctor Dorigo, llamaremos a alguna otra; total, ya conocemos sus gustos...” Bueno, pues, ¿quiere usted creer que Laide alzó un puño así y dijo esto?: “¿El doctor Dorigo? ¡Qué gracia me hacéis! Yo al doctor lo tengo ya así, ¡yo al doctor le hago hacer todo lo que quiero!” Conque nos quedamos... ¿Comprende? ¡La había visto tres o cuatro veces y ya se le había subido a la cabeza!»

«Pero en estos últimos días, ¿ha dado señales de vida con usted?»

«Que yo sepa, no... si no ha telefonado cuando aquí, en casa, no hubiera nadie... Pero esté tranquilo... A ésa no se la quitará de encima tan fácilmente... yo las conozco... se creen a saber qué y después, cuando tienen necesidad... Pero usted debe resistir, verdad. No se le ocurra telefonarle. Resista. Ya verá como ésa volverá a sus pies arrastrándose como un gusano».

Esperó ocho días. Un asomo de esperanza. Aquella mañana en la oficina sonó el teléfono, él respondió: «Diga», pero nadie hablaba en el otro extremo, si bien se sentía a alguien escuchando; después colgaron. Entonces preguntó a la telefonista si quien le había llamado un poco antes era un hombre o una mujer: era una mujer. Probablemente fuese ella. Tal vez creyera que él cedería, el sondeo telefónico del otro día le había hecho creer que tenía la victoria en la mano, pero habían pasado otros dos días y empezaba a estar inquieta también ella.

Esperó nueve días. Aún nada. Sin interrupción posible, el pensamiento estaba constantemente fijo en Laide: cuanto más tiempo pasaba, más cruel era la humillación. ¡Con todo el amor que él le había demostrado! Y aumentaba la rabia por no haberse comportado más como un hombre. ¿Por qué aquella noche de Año Nuevo, cuando ella había vuelto a casa poco antes de las tres, no había encontrado él el valor para darle un par de bofetadas? Pero no dos cachetitos, debería haberle soltado dos guantazos en la jeta como para tirarla al suelo cuan larga era y que después hiciese todas las escenas que quisiera. Si le hubiese dado una lección, se habría sentido otro hombre en aquel momento. Aun a riesgo de que no volviese a dar señales de vida nunca más. Mientras que ahora, el derrotado era él y, si ella no volvía, Antonio debería pasarse años comiéndose los higadillos, ella tendría derecho a despreciarlo, a cubrirlo de ridículo delante de todo el mundo, a preferir a los robustos patanes seguros de sí mismos que, en caso necesario, saben hinchar la cara de las chicas sinvergüenzas a bofetadas.

Esperó diez días. Había fijado para la tarde una cita en casa de la señora Ermelina. Ésta, muy contenta, le prometió darle a conocer a una morenita «que parecía la hermana de Laide». En realidad, Antonio iba con la esperanza de saber algo. Mediante la red de sus muchachas, Ermelina siempre tenía un montón de

informaciones. La «hermana de Laide», cierta Luisella, era de un estilo algo escuálido y descuidado, aunque bastante atractivo, y bastante sosa en la cama. Cuando Antonio reapareció en el salón, Ermelina le dijo:

«He sabido que la otra noche estuvo en el *Due*. Me han dicho que estaba muy atractiva. Llevaba un vestidito rojo. Se pasó toda la noche bailando. ¿Es cierto que tiene un vestidito rojo?»

«Sí, se lo compró el mes pasado. ¿Y ha sabido usted algo más?»

«Nada más... Ah, espere un momento... ¡Luisella! ¡Luisella!»

«Voy en seguida», respondió la muchacha desde el baño y poco después reapareció vestida.

«Óyeme, Luisella. ¿Tú no conocerías por casualidad a una tal Laide?»

«¿Laide? ¿Una morena? ¿Con el pelo largo?»

«Sí, exactamente. ¿Eres amiga suya?»

«¡Huy, no! La conocí en casa de Iris».

«¿La que estaba en Via Moscova y a la que después encerraron?»

«Sí, la misma».

«Pero ¿cómo es posible, Luisella, una chica como tú? ¿Frecuentabas la casa de Iris? No era una casa como Dios manda. Me han dicho... Me contaban que era lo que se dice un burdel... ¡Cómo no iban a encerrarla!»

«Ah, yo fui sólo un par de veces, después comprendí por dónde iban los tiros y, si te he visto, no me acuerdo. Tiene razón, señora, allí dentro era peor que un burdel. Uno entraba, otro salía: un movimiento continuo».

«¿Y allí estaba esa Laide?»

«Ésa estaba de plantilla: desde la una de la tarde hasta la noche».

«Y dime: ¿cuántos se hacía?»

«¡Qué sé yo! A juzgar por el movimiento, al menos nueve o diez al día. Y, además, estaba el hijo de Iris: recuerdo que se encaprichó con ella y todos los días, antes de que llegaran los clientes, tenía que dejar que él se lo hiciera, como aperitivo. Ah, lo que trajinaba aquella... Pero ¿por qué me lo pregunta?»

Y Luisella miró a Antonio. Estaba pálido, Antonio: eran unas noticias espantosas para él.

«¿Y de dónde era aquella Laide?», preguntó con una última esperanza.

«No sé si de Nápoles o de Calabria», dijo Luisella. «La Paletita la llamaban».

«Vaya, menos mal», dijo Antonio, «me parecía imposible que...»

«No, no podía ser ella», dijo la señora Ermelina, que se preocupaba mucho por la calidad de su mercancía, «en seguida he comprendido que no era ella. Por lo demás, yo me habría enterado. Laide no es de las que se echan a perder así».

Esperó once días. A fin de cuentas, ya había demostrado bastante saber resistir, a aquella altura igual podía telefonar, no perdería la cara, sintió Antonio la tentación de pensar. Después comprendió que sería, al contrario, cada vez peor. Cuanto más pasaran las horas y los días, más grave y catastrófica sería su capitulación, si fuera él

quien cediese el primero. ¿Por qué echar a perder así el fruto de un tormento tan largo? También la señora Ermelina, que era experta en esos asuntos, le aconsejó que resistiese, pero era terrible. El teléfono estaba ahí, a menos de medio metro. Habría bastado levantar el auricular, hacer girar el círculo con los números. Respondería su voz. «Diga». Le parecía volver a oír la palabra pronunciada por ella con aquella mezcla de desconfianza, indolencia, aburrimiento, insolencia: querida voz, maravilloso sonido, ¿podría volver a oírlo jamás?

Esperó doce días. A aquella altura ella debería haber dado señales de vida, aunque sólo fuera por el dinero. Ahora ya no cabía duda. Laide había encontrado a algún otro que tal vez le diera más y tal vez viviese fuera de Milán y fuese a verla una o dos veces a la semana y el resto del tiempo la dejara completamente libre. Si no, no se lo explicaba. Uno de esos días se la encontraría, muy elegante, tal vez al volante de un Giuletta Sprint, lo miraría y ni siquiera le saludaría.

Esperó trece días y aún nada. Volvió a casa de la señora Ermelina, allí tenía la sensación de estar más cerca del frente de batalla, de poder tener noticias de primera mano. Le buscaron una chiquilla de Ciocciaria, espléndida y magníficamente adiestrada, pero que, de tan tosca e inculta, parecía un animal. Concluida la ceremonia, se encontró en el salón a otra chica, una joven señora casada hacía poco.

«¿Verdad que se parece un poco a Laide?»

Él respondió que sí por cortesía, pero no era verdad ni por asomo. La muchacha, echada en el sofá con expresión melancólica y aburrída, enseñaba sus hermosas piernas llenitas y firmes, desproporcionadas con su complexión, y lo miraba con indiferencia: total, aquel señor no era para ella aquel día. Después las dos chicas se marcharon.

«Dígame, señora, ¿ha sabido algo por casualidad?»

«¿De Laide?»

«Exactamente».

«No, no he sabido nada».

«Bueno, pues, quisiera que me hiciese una promesa».

«Si puedo, con mucho gusto».

«Pues mire: si por casualidad le telefonea Laide, debería comunicármelo en seguida».

«Descuide, lo aviso en seguida, pero ya verá como no lo haré».

«No estaría mal preparar un encuentro como si yo fuera un nuevo conocido de usted y que me la encontrara ya desnuda en la cama. ¿Se imagina qué salto daría?»

«No, mire, eso no. Si Laide me telefonea, yo le aviso en seguida, pero nada más. Usted es un amigo mío. Después de lo sucedido, yo no quiero a Laide en mi casa».

«Pero, era una de las que tenían éxito, ¿no?» Antonio sentía un gusto perverso por herirse y hurgar en la llaga.

«No puedo decir que no. El año pasado tuvimos una buena temporada con ella, Flora y Cristina».

«Y dígame, ¿la última vez que vino fue conmigo?»

«Exactamente».

«¿Aquel día que se marchó a Roma?»

«Ya veo que lo recuerda. Exactamente aquel día, pero Dios sabe si iría a Roma después».

«Yo la acompañé a la estación».

«Entonces, ¿quiere saber dónde estuvo después?»

«¿Cómo que después?»

«Después de que usted la acompañara a la estación».

«¿Por qué? ¿No cogió el tren?»

«Llevó las maletas al depósito de equipajes y corrió a casa de Ersilia, mi amiga, usted la conoce, ¿verdad? Dicho en pocas palabras, una fulana».

«Pero ¿usted cómo lo sabe?»

«Me lo contó Ersilia después, verdad, pero ahora viene lo bueno. Debían de ser las cuatro, las cuatro y media y me telefoneó: “¿Cómo? ¿No te marchabas de viaje?”, le dije. “Sí, me marché esta noche”, dijo ella, “pero ahora necesitaría ir a casa de usted, estoy acompañada”. “Pues ven”, le dije, aquel día no esperaba a nadie. Bueno, pues, al cabo de menos de diez minutos la vi llegar con un tipo que daba miedo, mire usted: un viejo repugnante, debía de tener sesenta años como mínimo, una tripa así, una boca sin dientes. Dios sabe dónde lo habría pescado, acaso en la plaza Fontana, donde el mercado. Me dio tanta pena, que me la llevé aparte. “Pero, Laide, ¿qué haces?”, le dije. “¿Te has vuelto loca?” “Sí, ya lo sé, da asco, pero ¿qué quiere usted? Necesito dinero”. En una palabra, le juro, señor Tonino, que, si me hubieran dicho: “Mira, aquí tienes un millón, si te acuestas con ese hombre”, habría dicho que no, se lo juro. Y ésa tal vez por cinco mil, diez mil...»

Esperó catorce días. No bastaban los horrores conocidos por mediación de Ermelina para desenamorarlo, eran historias lejanas de cuando él era para Laide tan sólo un cliente cualquiera. Más aún: el hecho de que desde entonces Laide no hubiese dado señales de vida a la señora Ermelina demostraba que había sido leal con él. A saber cuántas otras, aun teniendo un amigo rico que las mantuviera por entero, frecuentaban después las casas de citas y, si tenían coche, salían por la noche a pedir guerra y, además, a saber si serían auténticas esas historias: las mujeres son maestras para inventar maldades. Y, además, tal vez fuesen historias verdaderas, sólo que no se referían a Laide, resultaba tan fácil transferir la mala intención de una a la otra; en el fondo, también la señora Ermelina tenía el mayor interés en apartarlo de Laide, con aquel aire bonachón probablemente estuviera haciendo todo lo posible para desenamorarlo: ¿acaso no le había hecho Laide perder un cliente de los mejores? Y el cretino de él se tragaba aquellas infamias. Pero ya habían pasado catorce días y ya no conseguía seguir luchando, en ciertos momentos le parecía estar viviendo un sueño horrible, desvarío, delirio opaco, en ciertos momentos Laide dejaba de existir, nunca había existido, no volvería a verla nunca más y, sin embargo, la necesitaba, sin ella no

podía vivir, el mundo estaba vacío y carecía de sentido. Como un autómatas subía a su estudio, sólo Dios sabía si conseguiría sacar adelante el trabajo, un día u otro se darían cuenta, de todos modos, de que él era un hombre acabado. Abrió la puerta, la luz, cosa extraña, estaba encendida, la vio a ella que lo esperaba sentada a su escritorio y lo miró con ojos redondos y espantados. Estaba pálida, destrozada, despeinada.

«Aquí estoy», dijo.

«¿Y cómo te va?», dijo él con el poco aliento que le quedaba.

«¿Cómo quieres que me vaya? Mal».

## XXX

Empezaron a verse de nuevo como si nada hubiera sucedido. Ella estaba empeñada en no reconocer su falta la noche de Año Nuevo. Había estado, de verdad, con una amiga —repetía— y, si no había querido salir con Antonio, había sido sólo porque éste no tenía confianza en ella y eso no podía soportarlo. ¿Aún no le había entrado en la cabeza, a Antonio, que ella nunca le había dicho mentiras?

Empezaron a verse de nuevo como antes, más a menudo incluso, pero, en su fuero interno, Antonio no lograba vislumbrar la luz. Al contrario: día tras día, junto con la inquietud habitual, se intensificaba un sentimiento oscuro, como si un plazo, una conclusión, una catástrofe, estuviera acercándose. Más que nunca comprendía que un acto de fuerza, una renuncia completa y definitiva habría sido la salvación. No se sentía capaz. Con obsesión dolorosa, su pensamiento estaba centrado siempre en ella: qué haría, con quién estaría, qué ardidés estaría preparando.

Y, así como un hombre en una balsa en el medio de un río inmenso, aun no distinguiendo las siluetas de las orillas en las tinieblas, se da cuenta de que la corriente acelera y lo arrastra hacia una fosa desconocida, así también Antonio, sin saber explicar por qué, sentía aproximarse el plazo inevitable que había seguido retrasando con insensata obstinación. El remolino por el que se había dejado atrapar hacía casi un año estrechaba progresivamente su ritmo, el descenso se convertía en precipicio. En ciertos momentos le parecía incluso que Laide lo miraba como con aprensión, como si pensara: «En el fondo, tú, Antonio, eres un buen hombre, siento lo que está sucediendo, siento perder tu ayuda, pero no puede ser de otro modo y la culpa no es mía».

Y ahora había surgido una nueva complicación. Habían ingresado en un hospital, enferma de cáncer, a una tía de Laide, la única persona de la familia que la quería, según decía. Como estaba muy mal y la asistencia nocturna en el hospital era inexistente en la práctica, los parientes más cercanos se turnaban para ir a asistirla. Cada tres o cuatro noches le tocaba a Laide. El hospital quedaba lejos, por la parte de Porta Nuova, más que un hospital de verdad era un pequeño asilo para ancianas enfermas. Habían colocado a su tía en un cuartito, pero no había otra cama, por lo que debía contentarse con un sillón de mimbre. A veces, si su tía se calmaba, hacía la una, la una y media, Laide se volvía a casa. Otras veces tenía que permanecer junto a ella hasta el alba.

¿Podía oponerse Antonio? Ni siquiera se le ocurrió la sospecha de que pudiese ser un engaño. Por lo demás, habría sido muy fácil, para él, comprobarlo y, además, Laide le contaba detalles muy precisos sobre su tía: los síntomas, la operación que le habían hecho, los nombres de los médicos, las recomendaciones que le hacía, sus deseos sobre el funeral y la tumba. No sólo eso: después de una de aquellas noches de vela, Laide había pasado por el estudio de Antonio y estaba precisamente como quien ha pasado una noche en blanco: abrigada con dos o tres jerséis viejos, delgada, pálida,

con profundas ojeras bajo los ojos.

Pero hubo un episodio curioso. Una noche en que habían salido a cenar juntos, Laide propuso, al contrario de lo habitual, que fuesen a su casa. Como la enfermera se había marchado hacía una semana y no había nadie, podrían hacer el amor. Después, hacia las once y media, ella tenía que ir a recoger a su hermana para dirigirse juntas al hospital de su tía, pero esperaba poder volver a casa hacia la una o las dos.

Laide estaba bastante alicaída, pero aquella noche en la cama se mostró afectuosa de un modo que desde hacía meses resultaba inhabitual. Aunque no había bebido en la cena, parecía excitada incluso. Por fin una velada simpática y alegre.

A las once y cuarto se preparó para salir.

«¿Cómo es que te pones el vestido nuevo? ¿Para pasar una noche en el hospital?»

«Es que se lo quería enseñar a mi tía, sigue teniendo mucha curiosidad, quiere saberlo todo de mí, incluso lo que he comido o cenado, y, además, ya te lo he dicho, precisamente esta noche espero poder volver a dormir a casa. No hace falta que te diga lo que es pasar toda una noche en ese maldito sillón».

«Entonces, ¿te acompaño a casa de tu hermana?»

«Oh, no, Antonio, tú deberías quedarte aquí».

«¿Para qué?»

«¿Sabes esa amiga mía de Venecia? Tiene que venir a Milán y me ha dado una cita por teléfono hacia medianoche. Puede que, al final, no telefonee, porque yo ayer le escribí, pero ¿y si llama y no encuentra a nadie?»

«Pero ¿qué puedo hacer yo?»

«Si llama, tú deberías decirle que mi tía está en el hospital y estos días estoy muy ocupada. De todos modos, si quiere venir, que te diga si debo reservarle una habitación de hotel».

«Perdona, pero ¿no podrías esperar aquí hasta medianoche?»

«No, porque, si no, después llegamos al hospital demasiado tarde: si llegas después de las diez, ponen muchas pegas».

Se fue y él permaneció solo y pensando en lo extraño de toda aquella historia. ¿Por qué había de ir Laide aquella noche con su hermana? ¿Y por qué tenía que ir a recogerla? ¿Y por qué se había opuesto a que él la acompañara? ¿Acaso no era poco convincente aquella historia de la llamada telefónica?

En efecto, nadie llamó. A las doce y cuarto, volvió a casa. A la una Laide le llamó, quería saber si había telefoneado su amiga, le dijo que después de salir del hospital había entrado un momento en el bar de la esquina, que casi no llegó a tiempo, porque estaban a punto de cerrar, que en aquel momento iba a volver con su tía, que aquella noche su tía estaba bastante tranquila, por lo que esperaba poder volver a casa a dormir.

«Te telefonaré mañana por la mañana al estudio. Hasta luego».

¿Y por qué le había telefoneado Laide a su casa? ¿Qué necesidad había? Era



curioso: era como si hubiese querido asegurarse de que Antonio había vuelto a su casa.

La duda. Cuanto más lo pensaba Antonio, menos convincente le parecía la actitud de Laide. Demasiadas complicaciones, demasiados pretextos para marcharse sola, demasiadas llamadas de teléfono. Veamos: si ella hubiera querido estar libre para reunirse con alguno y después volver a casa con él, ¿qué podía haber ideado? Exactamente lo que hizo aquella noche. Tranquilizar a Antonio con un insólito arrebato carnal, para que después se fuera a dormir en paz, aducir la visita a su tía para poder irse antes de medianoche, inventar la llamada de Venecia para evitar que él la acompañara, telefonar a casa de Antonio hacia la una para asegurarse de que ya estaba en casa.

Antonio estaba tumbado en la cama, con la lámpara de la mesilla encendida, y, agarrotado con la angustia en aumento, miraba fijamente en el techo las dos grietas en forma de 7 que ya le parecían haberse vuelto una admonición enigmática, el símbolo gráfico de su propia aflicción. Cuando de repente la trama del supuesto engaño se le reveló con una claridad palmaria, eran las tres pasadas. ¿Probar a telefonar? No podía servir para nada. Ella habría respondido que había vuelto a casa poco antes. ¿Ir directamente a su casa? Pero ¿no era mejor esperar a la mañana? Si había alguien en su casa, la mañana siguiente a las ocho y media estaría aún en la cama, seguro, tras una noche de amor, y su visita resultaría menos extraña. Inventaría un pretexto. Le diría, por ejemplo, que por motivos de trabajo debía ir a la Ciudad de los Estudios y que, al pasar, había subido a saludarla un momento. En el fondo, una idea amable.

¡Qué noche más espantosa, con las horas que nunca acababan de pasar y el sueño que no llegaba! A las siete y media ya estaba en pie, a las ocho ya estaba en la calle. Aunque pareciera imposible, todo seguía como de costumbre, un flácido sol estaba saliendo, apático, de entre la bruma, la gente entraba y salía de las casas, las tiendas, los cafés, hombres y mujeres caminaban hacia el trabajo y los asuntos cotidianos con las habituales caras crispadas, en la esquina dos peones de albañil bromeaban entre sí, autos y camiones pasaban frenéticos, no se notaba la menor señal premonitoria en derredor, nadie, evidentemente, pensaba en Laide, nadie se imaginaba que al cabo de pocos minutos el mundo se hundiría.

Cuando detuvo el coche delante de la casa de Laide, eran las ocho y cuarto. Miró arriba. Las persianas estaban echadas. Entró. Desde su tabuco la portera lo vio y le hizo una desganada seña de saludo. Salió del ascensor en el tercer piso. Permaneció unos instantes en el rellano para ver si desde allí se oían voces, pero todo estaba en silencio.

Al final, pulsó el timbre. Habría podido abrir la puerta con su llave, pero así parecía más correcto. Nadie respondió.

Mientras por el pecho le subía el infierno y el corazón le martilleaba, llamó otra vez durante un largo, larguísimo, rato. Nada.

Entonces, aunque protestaran los vecinos, apretó hasta el fondo el timbre, que

resonó apremiante: parecía que toda la casa vibrara con él.

Cuando por fin recurrió a la llave, ya sabía que era inútil. En efecto, Laide había dejado su llave puesta. La llave de Antonio apenas giraba a medias.

Llamó por cuarta vez. Le pareció oír voces de protesta en el piso contiguo.

Bajó como un loco y, acuciado por la brutal angustia, corrió, sin preguntar nada a la portera, a un bar cercano y pidió una ficha para el teléfono. Podía habérselo imaginado: la línea estaba libre, pero nadie respondía. Si Laide hubiera respondido, habría tenido que abrir y Antonio estaba demasiado cerca de la casa; el hombre que estaba con ella no habría tenido tiempo de salir, probablemente estuviera aún desnudo en la cama.

¿Qué podía hacer? ¿Derrotado una vez más? Laide encontraría la explicación más inocente. En aquel instante, mientras él salía del café, tal vez estuviera ella espíandolo, victoriosa, por una rendija de las persianas. (Y una voz somnolienta desde la cama le diría: «¿Qué? ¿Se ha marchado el vejete?... ¡Vamos, guapa, vuelve aquí, al calorcito!»)

Fácil previsión. Cuando, un cuarto de hora después, Antonio telefoneó desde el estudio, por fin Laide respondió.

«Pero ¿se puede saber por qué no has ido a abrir? Debo de haber llamado al timbre durante diez minutos por lo menos».

«Ah, sí, me parecía haber oído algo, pero tenía tanto sueño. Además, la puerta de la alcoba estaba cerrada y he creído que alguien llamaba en el piso contiguo».

«Es imposible que no lo hayas oído».

«Si hubiera oído, habría ido a abrir, ¿no? Te juro que no he oído nada. Tengo la cabeza como un bombo. Ni siquiera sé cómo he oído ahora el teléfono. Tenía tanto dolor de cabeza esta noche, cuando he vuelto, que me he atiborrado con gardenal. Me he tomado tres pastillas de una vez, pero ¿cómo es que has venido?»

«Y, además, ¿qué es eso de encerrarte con llave? Entonces, ¿para qué sirven las llaves que me has dado?»

«Mira, tesoro, debes tener paciencia. Desde que no está aquí la enfermera, me da miedo estar sola en casa de noche».

¿Eran explicaciones suficientes? No. Y, sin embargo, cualquier palabra de ella era como si un bálsamo milagroso apagara su angustia. La voz tenía un tono tan sincero y auténtico: era imposible que fuesen mentiras. Ni siquiera un demonio habría logrado mentir tan bien.

Y, además, resultaba tan dulce creerlas. Una vileza adorable. Quizás —y sin quizás— un día, Antonio se vería obligado a no creerlas más, a adoptar la terrible decisión, pero de momento aún no, todo estaba formalmente a salvo, todo podía continuar como antes.

## XXXI

No, sintió la necesidad de saber. Un amigo le presentó a un tal Imbriani, antiguo teniente de carabineros y ahora detective privado. Imbriani, hombre de unos treinta y cinco años, en apariencia simpático y abierto, acudió a su estudio.

«¿Algo así como un asilo para señoras ancianas?», preguntó al final. «¿Sabe cómo se llama exactamente?»

«Asilo Elena, me han dicho. En Via Sormani, debe ser algo modesto».

«Via Sormani, Via Sormani... no recuerdo...»

«Debe de estar por la parte de Porta Nuova, así me ha dicho al menos».

Imbriani se guardó la libreta.

«Bueno», dijo, «por lo que parece, no debería ser difícil. Mejor dicho, muy sencillo, me parece, si no surgen dificultades. Pero me apresuro a decírselo, yo tengo una gran experiencia de asuntos como éste... ya puedo decirle que con toda probabilidad la investigación será inútil...»

«Inútil, ¿porqué?»

«No encontraremos nada. Será todo, me imagino, exactamente como dice la señorita».

«¿Y cómo lo sabe usted?»

«Querido doctor, en este caso la comprobación resulta demasiado fácil. Si hubiera algo que ocultar, la señorita habría encontrado, me parece a mí, una coartada, podríamos decir, más segura, no cuesta gran cosa —y lo digo contra mis propios intereses— saber si en una clínica está ingresado cierto enfermo y quién va a visitarlo, sobre todo de noche».

«¿Y cuándo cree usted que podrá decirme algo?»

«Mañana o pasado mañana, como máximo —espero—, siempre que no surjan dificultades».

«Dificultades, ¿de qué clase?»

«No puedo imaginarlo, pero siempre es conveniente, al menos en mi oficio, plantearse todos los obstáculos posibles».

El teniente Imbriani se marchó. Antonio se quedó solo. Era tarde. En el estudio había un silencio desagradable. El teniente Imbriani tenía razón: parecía imposible que Laide, para ocultar encuentros nocturnos, hubiera inventado una historia tan ingenua. Y, sin embargo, Antonio la conocía. Sabía cuánto confiaba aquella chiquilla en la ingenuidad de él. En el momento en que el teniente Imbriani hubo salido del despacho, Antonio comprendió que había abierto por fin la puerta prohibida. Aún no sabía qué había exactamente detrás de ella, pero estaba seguro de que saldrían nuevas angustias y humillaciones, saldría la última mentira, se la encontraría de frente, no podría, ni aun queriendo, mirar a otro lado fingiendo no haber visto y sonaría la hora que desde hacía meses y meses él temía como condena irremediable.

Fiel a su promesa, al cabo de cinco minutos Laide le telefonaría para

tranquilizarlo con informaciones precisas, como una mujercita atenta e inocente, y, sin embargo, él sentía ya que Laide se estaba alejando de él: esa criaturita lozana, insolente, impertinente, auténtica, estaba ya transformándose en un recuerdo inverosímil, como en un cuento, de personaje inventado. Por un instante había salido de su mundo popular, disipado y misterioso, él se había hecho la ilusión de poder introducirla en su propia vida, burguesa, honrada y respetable, la que él, en el fondo, despreciaba, pero que le pertenecía por la fuerza de la sangre. No, el amor no había bastado. El dinero, el respeto, la devoción, las atenciones, no habían bastado. Poco a poco ella iba apartándose de él, salía de su casa y de su vida, ahí iba con su impávido paso, se encaminaba hacia el enigmático corazón de su ciudad que nadie veía por lo general, entre escenarios desolados y angustiosos a través de patios de paredes desconchadas, ahumadas y goteantes de lluvia, entre los reverberos del lujo, en los antros de los viejos edificios, por los interminables corredores de linóleo, en los ángulos de las catacumbas del vicio, entre chirridos de neumáticos, estruendo de tornos, gritos, llantos y carcajadas, idas y venidas de hombres incansables y cansados, besos apresurados, sombras de aventureros a contraluz, batas verdes de cirujanos, asechanzas telefónicas, un revoltijo disparatado de deseos, esfuerzos e ilusiones que ardía confuso en la multitud, que llegaba, volvía a marcharse, se mezclaba, se empujaba, se deshacía y desaparecía, mientras otra multitud idéntica se lanzaba y se sumía en el remolino.

Más allá de los edificios que circundaban su estudio, sentía que aquel Milán secreto, ajeno a las crónicas y las guías, se encontraba dentro de sí y sus calles, sus casas y sus hispídeos tejados vividos demasiado rápidamente se encerraban lentamente entre golfos de obscuridad y reflejos lívidos de delito, se alejaban de él, Antonio, y se llevaban a su Laide para siempre.

Perduraba aquella sensación de haber entrado en un sueño equivocado y no apropiado para él y una fuerza superior con mucho a su voluntad y a sus convicciones lo arrastraba como si fuese un pobre desgraciado cualquiera y no un hombre de cincuenta años, con su respetada posición en el mundo. Como el altivo príncipe que por orden del rey se ve de improviso desnudado, frustrado en público y encadenado a un remo de galera y el rey no explica —y él no sabe— el porqué, si bien comprende confusamente que debe de existir un motivo justo.

## XXXII

Buscó en la guía la Via Sormani. «Corso Garibaldi, tercera a la derecha», leyó, «por el callejón del Fossetto». ¡Qué extraño! Precisamente aquél por el que dos años antes había visto desaparecer a aquella tía impresionante de estilo español y que después creyó que era Laide, si bien ésta le había asegurado que nunca había estado allí.

Eran las once y cuarto y aquella noche Laide le había dicho que hacia las diez iba a ir a ver a su tía. Sentía la necesidad de saber, de ver. Tal vez hubiera bebido demasiado, no le espantaba lo que unas horas antes lo habría desalentado: la idea de presentarse en persona en el asilo y preguntar por ella, el riesgo de encontrarse en una situación exageradamente embarazosa o poner furiosa a Laide. Sabía que era el tipo de cosas precisamente que más la herían, ese deseo de meter las narices en sus asuntos privados, de indagar, esa demostración de desconfianza absoluta.

Con toda la rabia acumulada en tantos meses de inquietudes y esperas, decidió ir, sí, debía de estar borracho, hasta la calle en la que vivía le pareció en cierto modo deformada, con casas que en tantos años no había visto nunca, incluso el coche se movía con una curiosa soltura, parecía que se anticipara, en los frenazos y las curvas, a sus deseos.

Dejó el coche en la plaza San Simpliciano y se dirigió a pie, había poca gente y se dio cuenta de que caminaba con una prisa absurda. Aminoró el paso, encendió un cigarrillo, ahí estaba en la esquina. El negro callejón antiguo se adentraba entre casas antiguas con amplias brechas de ladrillos que aparecían en los desconchados del enlucido. Allí donde el callejón se ensanchaba había un farol en una minúscula placita. Un hombre estaba absorto cerrando el candado de un cierre metálico. Otro estaba parado y fumaba, apoyado en la esquina de una casa.

De alguna parte bajó una mujer vestida de oscuro con un capazo y él fue a su encuentro:

«Disculpe, señora, ¿sabe por casualidad dónde está el asilo Elena?»

La mujer se detuvo a mirarlo y movió la cabeza.

«¿La pensión Elena? A mí no me lo pregunte, ¿eh? A mí no me lo pregunte».

Y se marchó como irritada.

¿Qué significaban las palabras de aquella mujer? ¿Qué significaba su reacción? Antonio miró en derredor; por fortuna, el alcohol lo mantenía en aquella convulsa excitación. Debía de ser aquélla de allí a la derecha, Via Sormani y tenía una placa, pero en la penumbra no se podía leer.

«Disculpe», preguntó al hombre parado que fumaba, «¿sabe usted dónde está la Via Sormani?»

El hombre era un joven: qué curioso que poco antes le hubiera parecido un hombre de unos cincuenta, cincuenta y cinco años y, sin embargo, era un joven de cara irónica y afable.

«¿Busca a alguien?», fue la respuesta, como si aquél fuera un feudo suyo y él tuviese derecho a enterarse.

«Via Sormani», repitió Antonio. «El asilo Elena».

«¡Ah, el asilo Elena!», sonrió y expulsó una bocanada de humo. «¡La pensión Elena!»

«¿Es aquí?», dijo Antonio, un poco desorientado.

«Por aquí, por aquí», dijo el joven indicando con el pulgar la callejuela, «una casa amarilla, no tiene pérdida: hay una lámpara en la entrada».

«Muchas gracias».

«No hay de qué», y volvió a sonreír.

La callejuela estaba mal iluminada, un gato, un sonido lejano de piano, pero ¿era piano o era la radio? A la derecha un portal daba paso a un patio oscuro, Antonio se volvió: el joven seguía parado en la esquina y estaba mirándolo.

Con el reverbero de los escasos y mortecinos faroles, avanzó unos cincuenta metros, pero no vio la casa amarilla con una lámpara en la entrada, entonces Antonio notó que delante de un portal había una prostituta que esperaba fumando, tenía pelo corvino y cardado y lo miraba con una sonrisa dulzona y entonces Antonio le preguntó:

«Disculpe, señorita, ¿sabría decirme por casualidad dónde está el asilo Elena?»

Al abrirse los labios rojos, brilló un diente de oro.

«¿A mí me lo preguntas, apuesto señor, a mí?», y lanzó una carcajada llameante. «Pues ahí, querido, donde está esa casa amarilla».

Hizo una seña, Antonio se volvió, porque la mujer indicó la calle de donde venía él; en aquel momento sí que la veía un poco más allá: la casa amarilla tenía una puertecita de entrada y encima exactamente un farolito de hierro forjado con los cristales rojos esmerilados. Resultaba curioso, incomprensible incluso, que hubiera pasado por delante de ella sin verla.

«Gracias», dijo Antonio y se acercó a la casa amarilla. La puerta estaba cerrada.

Antonio miró hacia arriba. Era una casa de dos pisos, bastante presentable, pero vieja, todas las persianas estaban cerradas, pero por un par de ellas se filtraba la luz. «¡Qué asilo más extraño!», pensó. «Ni siquiera hay un rótulo». Después decidió llamar al timbre.

Al otro lado de la puerta, saltó un pestillo, se oyeron unos pasos, rápidos, como de sandalias con tacones. Se abrió la puerta. Era una mujer de unos treinta años, con ojos y labios cargados de maquillaje y una boca intensamente vulgar, muy ancha y fina.

«¿Qué desea?», preguntó con una sonrisa simplona.

No tenía treinta años, era una vieja, tendría sesenta como mínimo.

«¿Es aquí el asilo Elena?»

«Exactamente. ¿Qué desea?»

«Buscaba... buscaba a la señorita Laide Anfossi».

«Ah, Laide», dijo la vieja y asintió repetidamente con la cabeza como si estuviera al corriente de todo. «Entonces diríjase arriba, al primer piso. Llame al timbre y encontrará a su Laide».

Una rampa de escaleras con una mugrienta alfombra roja, una triple puerta con cristales esmerilados, un rótulo de bronce: «Elena Pistoni». Sintió la tentación de huir, pero el dedo ya había pulsado el timbre.

Se encendió la luz, unos pasos, una sombra, quien abrió era una señora delgada, vestida de negro, bastante distinguida.

«¿Deseaba?», preguntó: se veía que recelaba.

«¿Es aquí el asilo Elena?»

La señora se rió:

«Bueno, llamémoslo así. A usted, disculpe... ¿quién lo envía?»

«Perdóneme», dijo Antonio, «buscaba a la señorita Anfossi, Laide Anfossi... me ha dicho que esta noche iba a venir para asistir a su tía enferma...»

«Oh», y un estupor satisfecho iluminó la simpática cara, «¿se trata de eso? Bien, bien, tome asiento... Pero Laide, perdón, la señorita Anfossi, creo que está ocupada un momento».

«¿Podría llamarla?»

«Oh, sí, sí, desde luego, pero debería tener paciencia un momento. Tome asiento, por favor».

Le hizo entrar en un saloncito con muebles modernos y de un gusto espantoso, una alfombrilla falsa, la televisión, un servicio de té de porcelana plateada y en las paredes tres toscas copias de Millet.

«Siéntese, siéntese... Tendrá que disculparme... si quiere fumar, ahí, en la caja... Cinco minutos, no más... En cuanto Laide esté lista, se la mando».

«¿Qué significará “lista”?», se preguntó Antonio, que ahora calibraba la imprudencia de haber acudido.

«¿Está ahí con su tía?», preguntó, con la poca esperanza que le quedaba.

La señora lo miró por un instante, incrédula. Después respondió:

«Claro», y dijo que sí con la cabeza a cada palabra, como si repitiera una fórmula. «Naturalmente. ¡La tía no se encuentra demasiado bien esta noche!» Se fue soltando una risita.

Antonio se quedó solo, se sentó en un sillón de estilo modernista con ribetes dorados, estaba solo: al salir, la señora había dejado un perfume nauseabundo de almizcle y había echado una cortina; al otro lado, en el silencio se oía de vez en cuando, entre voces quedas, una carcajada.

En el breve espacio que mediaba entre la jamba y la cortina, se perfiló, tácita, una figura: alguien que miraba en el saloncito.

Antonio sintió un malestar, un deseo desesperado de huir y se puso de pie. Descorrieron lentamente la cortina y apareció una muchacha morena, desgreñada y en bata, con una cara bellísima, pero cansada y apática.

«Usted, señor», dijo, con sorprendente lentitud.

«¿Espera a Laide?»

«Sí».

«Y usted... ¿quién es?»

«Yo... yo soy un amigo».

La muchacha lo observó, en silencio y después, en voz baja, dijo:

«Si yo fuera usted...», y con la mano derecha hizo un gesto como para invitarlo a marcharse.

«¿Por qué? ¿Se encuentra mal esta noche su tía?»

«¿Cómo?»

«Me refiero a la tía de Laide. Está aquí ingresada, ¿verdad?»

«Sí, claro», dijo la muchacha con expresión idéntica a la de la señora poco antes, «la tía... la tía».

De nuevo se calló, de nuevo lo miró como si quisiera descifrar algo. Por fin:

«La tía... la tía... si supiera lo mal que se encuentra la tía esta noche...»

«Se encuentra mal, dice usted...»

«La tiíta... por fortuna, está Laide para asistirle... pobre tía... Venga, venga... vamos, venga, que se la voy a enseñar... nadie va a darse cuenta de nada».

Lo cogió de una manga y lo invitó a salir.

«Pero yo...»

«Venga, le digo... ¿No quiere ver a Laide? ¿Dedicada a obras de caridad? Venga entonces... Pero procure no hacer ruido con los pies».

Entonces Antonio se dio cuenta de que la muchacha iba descalza.

Desde la antesala la muchacha lo introdujo en un pasillo estrecho y oscuro, abrió una puerta, entraron en un cuarto también oscuro, pero a la izquierda, por una puerta con cristales esmerilados y cubiertos con un visillo de flores, se filtraba la luz de un cuarto contiguo.

«Venga aquí... y permanezca quieto... ¿La oye?»

En el cuarto contiguo, se oía una voz de hombre y después una de mujer, con acento milanés, con una erre característica.

No, no, ¿por qué este suplicio? Antonio hizo ademán de retirarse, pero la muchacha lo retuvo.

«Ahí tiene a Laide... ¿no es interesante?... ¡Pobre tía enferma!», le susurró.

Entonces él escuchó. A través de la puerta acristalada se oían las voces con la mayor claridad, como si los dos estuvieran allí presentes.

Él:

«No están nada mal, te felicito: pequeñas, pero graciosas... déjame sentir las».

«Anda... mejor desnúdate».

«Pero primero un besito».

Silencio.

Después el hombre:



«Mira una cosa, guapa... ¿Tú cómo vives?»

«¿Qué quieres decir?»

«Digo que si tú vives exclusivamente de estos... caprichitos».

«Yo... yo tengo un amigo».

«¿Ah? ¿Y afloja?»

«Pues no puedo quejarme...»

«¿Viejo?»

«Viejo, no, aunque, desde luego, no es un niño precisamente».

«¿Y tú le quieres?»

«¡Qué cosas dices!»

«¿Y te deja libre?»

«¡Huy, por favor! No lo hay más celoso».

«Y entonces, ¿cómo te las arreglas? Para venir aquí, por ejemplo, ¿cómo haces?»

«Muy sencillo. Le digo que tengo una tía enferma y por la noche debo ir a asistirla».

«¡Una tía enferma! ¡Magnífico! ¿Y él se lo ha tragado?»

«Ah, él se lo traga todo».

«Entonces, aclárame una curiosidad».

«¿Cuál? Si te desnudaras, entretanto...»

«Si te da bastante dinero, ¿cómo es que vienes aquí?»

«Como decía mi abuelo, dinero nunca hay bastante». Una carcajada. «Pero ¿has acabado de desnudarte?... Date prisa, por favor, que tengo frío».

Antonio oyó que la muchacha le susurraba:

«Ahora, ¿quieres verlo?»

Él dijo que no con la cabeza.

«Anda, que vale la pena... Mira, ahí arriba hay un precioso agujerito en la madera de la puerta... espera que te traigo un taburete».

La voz del hombre:

«Oye, guapa, ¿quién hay ahí, en el cuarto contiguo?»

«No hay nadie. ¿No ves que está todo apagado? Anda, venga, que la señora me ha metido prisa».

«¿Por qué? Después de mí... ¿Hay otra tiíta a la que cuidar?»

«No, no, así, que me dejas sin respiración... La Virgen, ¡cómo pesas!...»

«Deja ya... ¿no tendrás miedo de quedar estropeada?»

Antonio se alzó con prudencia sobre el taburete, ayudado por la muchacha desconocida. En efecto, ahí había un agujero por el que se podía ver.

Ahí tenía la horrenda escena, tantas veces imaginada, como el infierno, la destrucción de su vida misma: el cuerpo blanco y musculoso de un joven arrodillado en la cama y a horcajadas sobre ella, que estaba boca arriba, pero no se le veía la cara. Él sólo veía las piernas desnudas y abiertas. ¿Estarían besándose?

De improviso él se levantó, como si ella lo rechazara, y entonces ella se irguió y

se quedó sentada, apoyándose en las almohadas. Ahí estaba la cara.

Pero no era ella. Era la cara de Flora, la cara de su secretaria del estudio, la cara, toda pintada, de la vieja que le había abierto la puerta poco antes, pero no era ella. Era una mujer horrenda. Era una cara ancha e hinchada, de mastín. Tras entreabrir los labios, miró fijamente el ojo de Antonio a través del minúsculo orificio de la puerta y se rió y se rió, se abrió de par en par con una carcajada salvaje.

Antonio se despertó sobresaltado, sorprendido de haberse quedado dormido en el sillón de su alcoba. ¡Dios, qué sueño!

Entonces, ¿no era cierto? Entonces, ¿la realidad era completamente distinta?

Pero la infame sombra de la pesadilla estaba dentro de él, llenaba el cuarto, se estancaba sobre el mundo.

## XXXIII

Después todo cayó en un precipicio y sin golpes, así como la desventura por mucho tiempo temida se presenta de improviso al hombre en forma descarnada, con formalidades triviales y el entendimiento no acaba de concebirla.

Por la mañana el teniente Imbriani le telefoneó al despacho. Estaba casi mortificado por las previsiones que la realidad desmentía.

Existía el asilo, existía la tía enferma, pero el enfermero jefe excluía de la forma más precisa las velas nocturnas por parte de los parientes. Por la noche los parientes estaban excluidos. Una muchacha que respondía a las señas indicadas había acudido de visita un par de veces con una señora, por la tarde, en las horas permitidas. Nada más.

«¿Debo proseguir las investigaciones?»

«No, gracias. Con eso tengo bastante».

No sintió dentro de sí la punzada. Al contrario, una tensión exaltada lo sostenía. La sensación casi increíble de libertad que infunde el amor y en particular el amor desdichado es tan intensa, que en el primer momento permite afrontar la desgracia como con furia. Es como una liberación, algo semejante. Antonio recordó que así sucedía en la guerra, cuando el desencadenarse del fuego rompía la exasperante espera y el miedo se transformaba en una energía tensa y fría.

Laide le telefoneó a las once. Según dijo, había pasado la noche con su tía y estaba muy cansada, iba a intentar descansar un par de horas. Para almorzar tenía que ir a casa de su hermana.

«Entonces, ¿tampoco hoy nos vemos?»

«No sé. Podrías venir a recogerme en Via Squarcia».

«¿A qué hora?»

«¿A las dos y media?»

«Pero te ruego que no me hagas esperar como de costumbre».

Aquella maldita Via Squarcia, aquellas tormentosas subidas y bajadas en la acera opuesta las recordaría mientras viviera, pero no le dijo nada. Antonio no veía la hora de verla, de arrojarle a la cara lo que sabía, de verla desenmascarada, por fin. La odiaba, le habría gustado verla muerta, con gusto la habría estrangulado: los dos pulgares hundidos en su blanco cuello liso, la boca abierta de par en par con su boquita, con todos sus bonitos dientes.

Pero, al cabo de una hora, Laide le telefoneó de nuevo. Por desgracia, a las dos y media no podían verse. Debía correr de nuevo al hospital: su tía había empeorado. Antonio debía tener paciencia: peor, en el fondo, lo pasaba ella, Laide, que había de llevar aquella vida día y noche.

«Bueno, pero me parece que estás exagerando».

«¿Cómo que exagerando? Me gustaría verte a ti solo en el hospital como un perro».

«No, digo que exageras conmigo. Ya me parece...»

«Oh, Antonio, no me digas eso. Precisamente cuando estoy muerta de cansancio y un dolor de cabeza me tiene deshecha, si también tú te pones a darme disgustos...»

«En una palabra, ya veo que tampoco vamos a vernos hoy».

«No, mira, sé bueno y hazme un favor. ¿No podrías ir a mi casa hacia las tres y media? Picchi no ha comido desde ayer. En la nevera encontrarás un paquetito con carne picada. Espérame allí. A las cuatro voy o te telefono».

«¡Qué vas a venir!»

«A poco que pueda, te prometo que voy... ¡Como si de mí dependiese!»

A las tres y media en casa de Laide. El perrito estaba comiendo. Era uno de los primeros días suaves, no se podía decir que fuese la primavera, porque en Milán ésta no existe y, aunque hubiese sido la más radiante, para Antonio no habría existido, pero el invierno ya se había acabado.

Se paseó por el piso contemplando las numerosas cosas estúpidas y bonitas que recordaban a los días perdidos para siempre: las muñequitas, los muñecos, las estatuillas, los frascos de perfume, el vestido amarillo y naranja, el vestido verde con flores, el vestido rojo.

Abrió el armario, levantó la manga del vestido amarillo y naranja, la tocó, olfateó, le dio un beso: total, nadie lo veía. Sí, aquélla era en verdad la última vez, tenía que ser por fuerza la última vez.

Entonces se le ocurrió que abajo, a la izquierda, en el armario Laide tenía las fotografías y las cartas. ¿Indiscreto? Ese escrúpulo, en su situación, habría sido el colmo de la imbecilidad.

Encontró la caja de cartón con todos aquellos recuerdos. Se sentó al borde de la cama y empezó a examinar y leer.

Había una extraña carta de ella sin acabar, sin fecha, dirigida a un tal Stefano Doglia. Parecía el intento de reanudar una vieja relación.

«Sí», estaba escrito, «tú me llevabas a comer y de paseo, pero todas las veces era lo mismo. Tú seguías hablando del trabajo con tus amigos, a mí ni siquiera me dirigías la palabra, pero ¡pobre de mí, si se me ocurría hablar con alguno! Sabes que yo estaba enamorada de ti, pero tus continuos y absurdos celos eran una gran pena para mí».

«Entre dos que se quieren», continuaba con un repentino cambio de tono, «la confianza recíproca es lo esencial. En cambio, tú me tratabas siempre como a una puta, bien se veía que yo para ti era sólo...» Y allí se interrumpía el escrito.

Abrió otra firmada por un tal Tani. Era de la época en que Laide estaba en la clínica.

«Tu carta, amor mío, me ha excitado como nunca. Oh, si hubiera sabido antes que tú me querías siempre tanto. Sí, encantadora Laide, apenas me lo permitan los compromisos del trabajo y espero que sea en breve, volaré en seguida a Milán para reunirme contigo. Entretanto, recibe todos mis besos, todo mi cuerpo, ¡todo mi

amor!»

Y después encontró las cartas de Marcello, debía de haber una docena, pero a Antonio le bastó una.

Marcello le escribía desde Módena para anunciarle que había reservado una habitación con dos camas en el hotel de Fonterana.

«Pero ten en cuenta —me apresuro a decírtelo— que en la obra ahora hacemos jornada continua, por lo que me resultará imposible dormir todas las noches contigo...»

Después pasaba al registro romántico:

«No puedes imaginarte, cielo, con qué ansia y deseo pienso en tus ardientes caricias, en el río negro de tu perfumada cabellera, en los pálpitos de tu tierno pecho, en el espasmo de tus interminables besos, en tus abrazos sin respiro...»

El teléfono.

«Hola. ¿Cuánto hace que estás en casa?»

«Media hora, más o menos».

«¿Has dado de comer a Picchi?»

«Sí. ¿Tú dónde estás?»

«Estoy aquí en el café de siempre, junto al hospital».

«¿Y no vas avenir?»

«Por desgracia, hoy no puedo. Mi tía ha tenido un ataque».

«Entonces mira: tú espérame ahí, en el bar, y yo dentro de un cuarto de hora estoy contigo».

«No, lo siento. Debo volver a subir en seguida».

«Sólo tardo un cuarto de hora».

«No, te digo que debo marcharme».

«Entonces hazme al menos un favor que no te cuesta nada. Dame el número de teléfono de donde estás».

«Pero éste es un teléfono público».

«No importa. Tendrá un número, ¿no? Lee el cartelito».

«No me apetece. ¿Qué significa esto?»

«Significa que tú no estás donde dices, que estoy harto de estos cuentos, que estoy hasta las narices de que tú me tomes el pelo como al último de los imbéciles».

«Si estás harto, no sé qué puedo hacer...»

Laide colgó. Su voz temblaba un poco. Impertinente como de costumbre y segura de sí, pero el terreno ya cedía bajo sus pies. Llevaba ya unos días que no sabía maniobrar, parecía que algo la arrastrara, ya no tenía tiempo para organizar la defensa, ya no tenía ganas, apresuradamente intentaba taponar las fallas que se abrían aquí y allá, pero ella misma no lo creía, comprendía que para ella se trataba de una pequeña o gran ruina, pero no sabía qué hacer, ya no era la puntillosa y orgullosa Laide que caminaba erguida con su paso arrogante, en aquel momento era una muchacha deshecha y ávida que se debatía, apática, para seguir a flote, pero ella

misma no lo creía. Pero ¿qué la había cambiado así? ¿Se habría enamorado? ¿O era su mundo, del que había intentado evadirse, el que imperiosamente la reclamaba?

Antonio era presa de la rabia, del odio, de la excitación de la lucha. Un viento desesperado y dramático. Era la vida, él no lo advertía, pero nunca en tan pocas horas había vivido él tanto así. Derrotado, maltratado, engañado, traicionado y, sin embargo, vivo, idiota, ingenuo, desdichado, vil, sí, pero vivo. Mientras se precipitaba, se debatía: era la primera vez que se ponía a luchar así.

Salió, fue a su estudio, trabajó con ímpetu, salió a almorzar con unos amigos. Hacía meses que no se sentía tan alegre y seguro. A las once y media se despidió de ellos y se fue a casa de Laide, pero ella no estaba ni había señas ni mensajes.

Se acercó a la cama y dejó abiertas sobre ella las cartas de Marcello y del otro. Añadió una nota: «Tú eliges: no volver a dormir fuera de casa, permitirme venir cuando quiera, a cualquier hora del día o de la noche, y por la noche salir sólo conmigo. De lo contrario, amigos como antes».

Aquella noche durmió, sería porque había abusado del whiskey, pero fue la primera noche en que durmió, y por la mañana se despertó con un peso misterioso, no le importó, estaba furioso, se iba enterar esa sinvergüenza. Al final había comprendido cómo hay que tratar a las mujeres: asquerosa, maldita, sin caridad cristiana. Le habría gustado verla caminar horas para arriba y para abajo, en la acera y bajo la lluvia, cansada, fea y enferma, recibiendo las bromas obscenas de los jóvenes borrachos, anhelando una oportunidad de cinco mil liras.

Corrió a casa de Laide, miró en derredor, tal vez bastara poca cosa. Una señal, pero no había señal alguna. No había ido, no había dado señales de vida, las dos cartas abiertas que él había dejado sobre la cama estaban intactas.

Rompió la nota y escribió otra: «Ahora de verdad todo ha acabado entre nosotros. ¿Acaso hace falta explicar por qué? Dejo las llaves a la portera. Buena suerte. Adiós».

En la alcoba volvió a ver las dos cartas que habían quedado abiertas. ¿Por qué? Le dio vergüenza. Volvió a doblarlas. Abrió el armario y volvió a guardarlas en la caja.

Pero de nuevo, entre aquellas cartas, el deseo de saber. Tal vez estuviese oculto allí el secreto. No, era mejor no mirar. Lo que ya había leído bastaba, pero los dedos estaban ansiosos. Un sobre de celofán lleno de fotografías. Ella. ¿Cómo era? ¿Dónde estuvo? ¿Con quién?

Salió una foto de tamaño de tarjeta postal. Se veía a una niña de siete u ocho años envuelta en un traje de lana con pretensiones de elegancia. ¡Qué extraño! Era una niña. ¿Sería ella?

Era una foto tomada en una calle de ciudad, se veía al fondo un trozo de acera y la base de la casa y en esa pared, al nivel del suelo, había una abertura para que entrara aire en el sótano, pero hacía poco que habían tapiado la abertura y se veían las características señales blancas que en la época de la guerra indicaban la salida de

seguridad de los refugios antiaéreos. Así, pues, se trataba de una foto de muchos años atrás, ya hacía varios años que habían desaparecido de Milán aquellas últimas huellas de la guerra.

La foto estaba tomada desde muy cerca y la niña miraba hacia arriba a la máquina del fotógrafo. La niña iba embutida en un pesado traje de lana, pero con pretensiones de elegancia, y entre las manos tenía un osito o una muñeca —no se sabía bien—, una larga cabellera negra, recogida arriba en un penacho por una cinta de seda clara, le caía desordenada por una parte de la carita redonda y un poco hinchada, mientras miraba hacia arriba al objetivo con una sonrisita desarmada y al tiempo maliciosa como diciendo... ¿cómo diciendo qué? Antonio intentó descifrarlo, era un sentimiento preciso, dulce, puro y precioso y, aun así, inasible en su *pathos* misterioso.

Sí, en efecto, la niña, la pequeña Laide, que nada sabía aún de la vida, miraba como si en aquel momento hubiera llegado alguien con un gran paquete para ella y no quisiese abrirlo en seguida para hacerla suspirar un poco, pero ella sabía que el paquete estaba lleno de regalos. No sabía aún de qué clase de regalos se trataba, pero pensaba que eran preciosos: precisamente las cosas que más deseaba. Seguía ahí con el paquete cerrado, pero la niña sabía que todo era un juego y por eso sonreía de aquella forma especial. ¡Qué feliz era, pues! ¡Qué tranquila y confiada estaba! ¡Qué extraordinario momento para no olvidar nunca más!

La vida en persona le había traído el gran paquete de sus dones y sólo faltaba cortar las cintas de colores y abrir el envoltorio para saber cuáles eran. Desde luego, para una niña tan bonita e inocente debían de ser regalos estupendos, a saber, una juventud despreocupada, diversiones elegantes y amores, la celebridad tal vez, la riqueza y una casa, entre el césped, llena de sol, un marido guapo, bueno y enamorado, una serie interminable de estaciones felices, hacia abajo, hacia abajo, hasta el horizonte lejanísimo, invisible de tan lejano: los dones de la vida.

Ahí estaban, los dones de la vida, en la alcoba del tercer piso de Via Schiasseri: aquellos muebles triviales, aquel trajín día tras día en busca a saber de qué, aquellas cartas miserables, aquellos frasquitos de cremas y perfumes, aquellos vestidos y zapatos en el armario, aquellos recuerdos de cien hombres desconocidos, aquel desparramado forcejeo, aquellas carreras en taxi de un extremo a otro de Milán, aquellas llamadas de teléfono, aquellos ardides, mentiras, citas —desnudarse, volverse a vestir, desnudarse otra vez—, aquella corta juventud que al cabo de poco se marchitaría, aquel descenso inapreciable de peldaño en peldaño, no darse cuenta de estar sola, cuando, en realidad, estaba espantosamente sola. En derredor no había para ella, tras tantas sonrisas, sino el deseo de su cuerpo, el gusto por arreglarse el cuerpo, el afán por obtener dinero gracias a su cuerpo y el desprecio que subía y se ocultaba tras los cumplidos, porque la nena era aún joven y guapa, pero en el futuro, cuando decayera la lozanía de la carne, se ocultaría un poco menos y un día estaría del todo al descubierto y uno sólo la querría de verdad, pero éste era un inútil, porque

ella no podía aguantarlo: para ella era una pesadilla que no soportaba más, a lo que se debía el gusto por traicionarlo y humillarlo. También sabía que un día el engaño no podría continuar más, pero era algo más fuerte que ella y así iba despeñándose por entre mil luces, carcajadas y sonidos y en derredor estaba la ciudad negra, fría, caliginosa y enemiga, que la incitaba a despeñarse.

Cierto día lejano la niña miró hacia arriba con una sonrisita tímida e incluso maliciosa: el paquete está cerrado —quería decir—, pero yo soy astuta, sé lo que hay dentro, conozco todas las cosas bonitas que hay dentro. Y por eso sonreía. Oh, si hubiera podido saber. La niña había dejado ya de existir desde hacía un tiempo y en su lugar había una chiquilla vistosa, que no era una chiquilla, porque entendía demasiado de amores, había una mujer de cara tensa que miraba en derredor como un animalito acosado, mientras huía, testaruda, hacia la ruina.

Antonio estaba de nuevo en su casa. La furia, ¡ay!, se había apagado, había llegado la noche, los hombres habían trabajado, las luces de las casas se apagaban una tras otra y nadie sabía lo que había sucedido. A las ocho de la tarde, Laide había aparecido en su estudio, aún no había ido a su casa, no había visto su nota, según decía, pero estaba claro que se trataba de la última mentira.

«Hay alguien, ¿verdad? ¿Hay alguien tras todo esto?»

Ella había dicho que sí con la cabeza. Él estaba sentado al escritorio y ella se le había acercado, se le pegaba incluso con las piernas.

«Mira, no saldré más, haré todo lo que quieras: si quieres, me quedaré siempre encerrada en casa».

Tendido en la cama, con las miradas fijas en las malvadas grietas del techo, volvía a ver aquella carita pálida y asustada. El altar de la ciudad, espejismo de la infancia, constelación de luces íntimas y caricias, se hacía añicos y se desplomaba.

«No», le había dicho Antonio, «todo sería inútil, durante dos meses seguiré pensando en ti. Mañana te mandaré la mensualidad, pero ¿comprendes que me has hecho sufrir?»

Ella dijo que sí con una seña. Fuera, en la rojiza aureola que sobresalía por encima del inmenso conglomerado de casas, por la noche volaban los lentos humos de la gasolina, banderas desquiciadas y despeñadas, y un ritmo de melancólica música martilleante los arrastraba despacio hacia las cavernas del norte.

«Ahora vete, te lo ruego», le había dicho, «pues tengo que hacer un trabajo urgente».

Se había dominado decentemente, no había hecho escenas. Como si aquel estúpido trabajo fuera más importante que ella, como si aquel adiós fuese una despedida habitual y el día siguiente hubieran de volver a verse y, en cambio, no volvería a verla nunca más, la negra Milán antigua y tenebrosa estaba a punto de recuperarla y engullirla y desaparecería en el laberinto, por un instante su sonrisa de golfilla centellearía reflejada en la puerta vidriera, después en la convulsa multitud que se apretujaba en el pasadizo, el perfil de su nuca desaparecería en un lejano



estruendo de *rock*, entre Laide y él se abriría una distancia inmensa, con llanuras, mares y montañas por medio, y un telón de silencio y obscuridad. No había nada que no le recordara a ella: las propias grietas del techo, el fascículo de *Topolino*, el sillón, el frasco de lavanda, el animalito de madera sobre la librería, el perfil de las casas más allá de la ventana, todo en el mundo se refería a ella, sin ella la vida carecía ya de sentido en el trabajo, en las charlas, en la comida, en el vestido, todo era absurdo e idiota sin ella y así abría de aquí a allá una abertura horrible dentro de él y de éste salía un convulso río de lágrimas.

Sí, desde luego, en conjunto era una historia ridícula, un caso como tantos otros, trivial, erróneo, cómico, desgraciado. Era tan sencillo entenderlo, tenía por fuerza que acabar así.

«Vamos, ánimo, buenas noches, hasta mañana, no querrá usted hacer una tragedia, espero, enderece más bien el nudo de la corbata. Una carcajada necesaria. Buenas noches.»

Y, sin embargo, tal vez se encontrara en la hora decisiva de la vida... y era un infierno. Si hubiese estado enfermo, si le hubiera sucedido una desgracia, si lo hubiesen metido en la cárcel, parientes y amigos lo habrían ayudado. En aquel caso, no. Estaba prohibido. Aunque fuera terriblemente peor. Arrojado a tierra, pisoteado, devastado por dentro y por fuera, abandonado en el fango, expulsado a patadas de la sala. Aun así, no había piedad disponible para él.

«¿Quisiste olvidar tu edad? ¿Desafiaste sólo con tus fuerzas la maldad de una chiquilla que estaba dando el asalto a la vida? ¿Te obstinaste en un juego desconocido que no era para ti? ¿Creíste que podrías volverte niño? Hacía falta una cara distinta de la tuya. La partida había acabado y tocaba pagar. Las puertas que se cerraban, la soledad, el vacío, el desierto, los mudos sollozos que nadie oiría. Ya has llegado a puerto, hombre estúpido, que te creías a saber qué».

La angustia era una ola negra que lo elevaba y lo hundía a sollozos. ¿Dónde estaría ella en aquel momento? Abajo pasaban los automóviles. Junto a la cama estaba el teléfono, que tantas cosas había escuchado. Nunca había estado tan negro, tan inmóvil, inútil, taciturno, muerto.

## XXXIV

Pero él, Antonio, no era uno de esos hombres que, cuando la suerte los ha machacado, se guardan todo dentro y, al verlos, nadie lo diría siquiera. Tras la despedida, tuvo, naturalmente, un nuevo ataque de furia, ira y violencia. En cierta ocasión un amigo le había dicho:

«Ya verás como a la hora de la verdad resulta mucho menos grave de lo que se cree. También yo quería locamente a aquella mujer que tú sabes y por ella perdía los días y las noches y cuanto más iba tras ella como un perrito y le besaba los pies, más me las hacía ella de todos los colores y yo me volvía loco, pero era absolutamente incapaz de alejarme de ella. Ahora bien, un día me dije: “U hoy o nunca”. No es que ella me hubiera hecho una faena peor que las habituales; al contrario, aquel día estaba muy cariñosa, pero yo me dije: “Venga, chico, porque, si no, te vas a dejar hasta la piel”, conque entonces, de buenas a primeras, dije: “Basta”. Y, cuando ella telefoneó, dije: “Basta”, sin más cuentos y ella, naturalmente, insistió varios días, hizo incluso dos o tres escenas de lagrimitas, pero yo había dicho: “Basta”, y, en cuanto decidí romper, pensaba que me quedaría lelo o me volvería loco y, en cambio, me encontré de maravilla en el preciso instante en que decidí romper, pero, entendámonos, lo había decidido en serio, no se trataba de una idea a medias, por decirlo así, en aquel preciso instante me sentí otro y, desde luego, me dolía, pero era un dolor soportable, exactamente como cuando vamos a que nos saquen una muela que nos hacía ver las estrellas. Como ves, no hablo a tontas y a locas, hablo por experiencia personal. Hazme caso, Dorigo, haz también tú lo mismo y después te echarás a reír incluso al pensar en el veneno que tragaste para nada».

Eso era lo que le había contado su amigo.

Pero Antonio, después de la despedida, no se sintió, en realidad, otro, no se echó a reír, sino que, al contrario, se encontraba peor. Antes al menos existía la esperanza y las propias luchas cotidianas, las esperas y pálpitos, las llamadas por teléfono, llenaban su existencia, era, en una palabra, una lucha, una manifestación de energía y vida. Ahora ya no había nada que hacer, sólo quedaba rumiar en la cabeza siempre las mismas cosas malditas sin escapatoria, porque ni siquiera por un instante se apartaba su pensamiento de ella, de cómo era, cómo hablaba, cómo caminaba, cómo reía: hasta la menor particularidad de la extraordinaria chiquilla que tanta guerra le había dado. En tan negra infelicidad el hombre Antonio se debatía intentando aferrarse a todos los sostenes concebibles y, por ejemplo, se le ocurrió ir a ver a Piera, una amiga de Laide que había ido a verla a la clínica un día en que también él estaba allí y le había parecido una muchacha hermosa y divertida. Después Laide le había dicho que Piera había tenido durante años un amigo viejo, pero riquísimo, y que lo había perdido estúpidamente, al dejarse sorprender en la cama con otro. Tal vez aquella Piera hubiese podido serle de ayuda, si ella hubiera aceptado, si a él le hubiese resultado de gusto, mucho más divertida y elegante que Laide, si le hubiera servido para olvidar

un poco, para brindarle una tregua. Más aún: unos meses antes, Piera le había telefonado para ofrecerle un abrigo de piel que quería vender y le había dado su número de teléfono.

Quedó en ir a comer con ella, pero, cuando volvió a verla, inmediatamente comprendió que pensar en una substitución era absurdo; al contrario, fue presa de una desesperación mayor aún que antes. Ahí la tenía, sentada frente a él en un restaurante de moda, en medio de un tropel de gente, y observándolo divertida.

«Bueno, a ver, ¿se puede saber por qué querías verme?», le dijo tuteándolo de entrada.

«No lo sé», dijo él, ya desmontado, «probablemente porque eres de un estilo que me gusta».

«¿No sería más bien para tener noticias?»

«¿Noticias de qué?»

«De tu Laide. Pero ¿no te basta aún haber quedado como un gilipollas durante más de un año delante de todo Milán?»

«¿Cómo dices?»

«¡Cómo! ¿Aún lo dudas?», y se rió. «Gilipollas, sí, gilipollas, me dan ganas de repetírtelo durante horas: gilipollas, gilipollas... Bueno, no pongas esa cara... ¿Sabes que eres un tipo extraordinario?... ¡Una lumbrera!... Cuando te vi en la clínica y en la habitación estaba también su amigo, con aquella cara de cordero, ¿cómo se llama?»

«¿Marcello?»

«Sí, Marcello y tú estabas allí mirándola embelesado y ella te llamaba “tío”, no sé, me dije: “¿Es posible que no se dé cuenta? ¿Es posible que sea tan imbécil?”»

«Pues te juro que...»

«¿Que lo creías? De sobra lo sé, que lo creías. Precisamente por eso eres un gilipollas de tomo y lomo... y tanto lo eres, que aun ahora no te has convencido y has querido verme con la esperanza de que yo te diga que no, que no es verdad, que Laide te quería, que te era fiel... Mira, tú eres un buen hombre, lo sé, pero te juro que una ingenuidad como la tuya nadie la concebiría».

Él guardó silencio, rendido por aquella tortura.

«Recuerdo la primera vez que vi a tu Laide, había bajado al *Due* con un amigo mío, con mi chulo, porque yo soy una puta, lo sabes, ¿verdad?, y tenía mi chulo, como todas las putas, y era yo quien lo mantenía... conque me vi a una chiquilla que bailaba el *rock and roll* con una cabellera negra que le bajaba por la espalda y unas piernas magníficas —ah, eso sí, ¡si yo tuviera unas piernas semejantes!—, aquellos hermosos muslos largos y llevaba una faldita ahuecada y debajo nada, verdad, y, cuando se agachaba, cosa que hacía aposta, la falda se le subía hasta aquí y se le veía todo, todas las veces había un aullido en la sala... estaba también aquella pobre desgraciada de Fausta, recuerdo, y, después de que ésta me la presentara, vino a sentarse a nuestra mesa. El caso es que, por si te interesa, te diré que aquella misma noche mi chulo se la llevó a la cama y no te cuento las guarradas que le hizo... pero

tú sufres de verdad, gilipollas... tú te sientes morir, lo veo, al oírme decir estas cosas... ¿quieres que lo deje?»

«No, no, tal vez sea mejor. Continúa».

«Así nos hicimos amigas, porque simpática hay que reconocer que lo es. En aquella época ella tenía un viejo, pero tan feo, que daba miedo, uno que tenía una agencia, verdad, de esas de compraventa de inmuebles, pero él le apretaba el cinturón y había que ver lo tiosa que iba, todas las noches a las ocho y media tenía que pasar por su oficina y allí sobre un canapé... recuerdo que nosotras le decíamos: “Pero ¿cómo te las arreglas para ir con un tipo semejante? Pero ¿es que no te da asco?”, y ella decía: “¡Qué va! Mira, es un auténtico señor y tan delicado al hacer el amor...” Pero con él, naturalmente, no tenía bastante... no sé cómo podía tener siempre deudas por todos lados... conque también ella tenía sus planes... Recuerdo que una noche me dijo: “¿Sabes, Piera, que esta tarde he gastado seis mil liras en taxis?...” “¿Seis mil?”, le dije yo. “¿Y cómo ha sido?” “Mira”, dijo, “me han surgido en una tarde cuatro oportunidades y, para no perderlas, tenía que apresurarme, porque es que vivían en uno y otro extremo de la ciudad...”»

«Pero entonces, ¿ganaba mucho?»

«¡Qué va! Una vez me dijo que en un mes había hecho trescientas mil liras, pero a saber si sería verdad. Es una cabeza loca, Laide, una caprichosa. Es capaz de lanzarse de cabeza por nada. En cierta ocasión fue en tranvía hasta Lambrate y volvió por un servicio de unas dos mil quinientas liras: en Lambrate y a saber con quién. Yo no podía creerlo. Y ella se echó a reír: “Mira”, dijo, “todo cuenta”... Y una noche, en casa de un amigo mío, aquella vez estaba también yo presente, había un montón de gente, chicos y chicas y hubo uno que le prometió una dosis de coca, si ella pagaba una prenda».

«¿Qué prenda?»

«Aquí estamos siete hombres», dijo aquel cerdo, «“tú tienes que complacernos a los siete, uno tras otro”. Aquella noche Laide estaba bebida. El caso es que se sentaron en círculo y tendrías que haberla visto de rodillas... ¿Deseas una descripción detallada?»

«Menuda canalla eres tú».

«Ánimo, lumbrera. Un poco de tercer grado te viene bien».

«¿Y de mí qué decía?»

«¡Ya salió! De ti decía que eras aburrido, que no le dabas respiro, que para tenerte tranquilo había de telefonearte veinte veces al día, que, cuando tenía que hacer el amor contigo, se sentía a morir, que no te dejaba poner los pies en su casa de noche...»

«Es cierto».

«Así de noche estaba libre para hacer de las suyas. Tienes lo que se dice motivos para estar orgulloso. ¿Sabes que por una temporada dormían allí Fausta y su amigo?»

«Sí, me lo había dicho».

«¿Y también te dijo que dormían los tres en la misma cama, él en medio y con una chica a cada lado? ¿Acaso crees que hablaban de filosofía?... Pero ¿qué te pasa? Tú no estás bien... estás pálido como... La culpa es mía... anda, vamos, ven a tomar un whiskey a mi casa y después te vas a la camita».

Piera vivía en una casa nueva, tenía un pisito con terraza, muebles de bastante buen gusto, un gran armario lleno de vestidos, pero Antonio no sentía curiosidad por mirar, el mundo entero se le agitaba dentro.

«Anda, siéntate, tienes una cara... te sentías a morir, ¿verdad?, cuando te hablaba de tu amorcito. Sí, yo soy mala, ¿sabes que soy mala?»

«No, no tienes cara de mala».

«Pero contigo hay que ser malo, ahora comprendo muchas cosas: si yo hubiera estado en el lugar de Laide, te las habría hecho peores».

«¿Porqué?»

«Porque, con toda tu inteligencia, eres el hombre más idiota que he conocido en mi vida e, igual que te creías todas las historias que te contaba Laide, ahora te crees todo lo que te cuento yo...»

«Entonces, ¿no son ciertas?»

«¿Qué sé yo? Algunas, sí y otras menos, tú esta noche necesitabas una ducha escocesa».

Y lanzó una carcajada con ganas.

«Desde luego, son cosas espantosas; como comprenderás, para mí...»

«Imagínate si comprendo lo espantosas que son: te las he dicho aposta. Pero ahora, después de haber hablado de Laide, ¿por qué no hablamos un poco también de ti?»

«¿En qué sentido?»

«A ver, dime, por ejemplo: tú la odias ahora, la desprecias, tal vez la maldigas, la estrangularías, ¿verdad?»

«Reconocerás que conmigo se ha portado como...»

«¿Cómo una puta, quieres decir? Pero ¿acaso crees tú ser mejor que ella?»

«Yo la quería, yo con ella siempre he sido honrado».

«Sé sincero: ¿te habrías casado con ella?»

«¿Qué cosas dices! Bastaría pensar en la diferencia de edad, ella misma habría dicho que no».

«La diferencia de edad: no me hagas reír. ¿Es que no estabas enamorado de ella?»

«Por desgracia, sí».

«Entonces, ¿te habrías casado con ella?»

«Pero piensa simplemente en la vida que ha llevado».

«Ahí te esperaba yo, querido señor mío de buena familia. Un burgués, eso es lo que eres —ése es el asunto—, asquerosamente burgués, con la cabeza llena de prejuicios burgueses, orgulloso de tu respetabilidad burguesa. ¿Qué querías que hiciese Laide con tu respetabilidad burguesa? ¿Y tú qué eras para ella?»

«Yo la he querido en serio».

«¿Que la has querido en serio? Simplemente, te enamoraste de ella, la necesitabas, hiciste de todo para tenerla, de forma brutal, pero lo hiciste. Ahora bien, la considerabas una desgracia, ¿es o no es cierto que la considerabas una desgracia?»

«Es que era una desgracia».

«¿Y llamas a eso amor? Pero ¿la hiciste entrar en tu vida? ¿La admitiste en tu casa? ¿Le presentaste a tu familia?»

«Todo esto es absurdo».

«Absurdo, ya lo sé. También yo fui a chocar contra ese maldito muro. Por si te interesa, te diré que también yo tuve un amigo, un ingeniero, un buen mozo. Le habría gustado casarse conmigo. También él era un burgués, pero un poco menos que tú. Cuando su madre se enteró, fue el fin del mundo: “Si te casas con ésa”, le dijo, “para mí será como si te hubieras muerto”. Una mujer de principios rígidos. ¡Ah, cómo me gustan a mí los principios rígidos!»

«¿Y te dejó?»

«No. Aún nos vemos, pero yo soy la puta, verdad; para él siempre seré la puta. Vosotros los burgueses nos consideraréis una raza inferior, aunque nos necesitéis, aun cuando os arrastréis a nuestros pies. ¿Y tú llamas amor a eso? La posición social, la estima del mundo, la dignidad, el prestigio familiar: bonitos asuntos. ¿Quién nos ha hecho como somos? Yo escupo en vuestra dignidad».

«Ya, pero hay miles de muchachas que trabajan».

«Me lo esperaba, hace media hora que me lo esperaba. La pregunta infalible: “Pero ¿por qué no vais a trabajar?” ¿Quieres saber por qué? Porque vosotros, los burgueses, con vuestro sucio dinero, nos habéis impedido ir a trabajar».

«¿Eres marxista por casualidad?»

«¡Qué voy a ser marxista! Soy fascista. ¿Qué tendrá que ver el marxismo? Si acaso, tendrá que ver la caridad cristiana. ¿Te has preguntado alguna vez dónde nació Laide, en qué ambiente se crió, entre qué gente vivió, qué educación recibió, quién la quiso de verdad, cuando era una niña? Te he contado cosas horrendas de ella, pero ¿sabes lo que te digo? Es mucho menos puta que yo, Laide. Ella carece del vicio que tengo yo, ella aprecia el buen nombre, ella no es tan valiente como yo, tal vez porque —discúlpame, ¿eh?— es menos inteligente. Tal vez yo no, pero ésa, si hubiera nacido en una familia como la tuya, ¿crees que se habría puesto a hacer de chica de alterne? Una mujer de principios rígidos es lo que habría llegado a ser, me parece verla: inflexible con las chicas de costumbres fáciles, idéntica a la que podría haber sido mi suegra y no lo fue y a quien ojalá lleve el diablo».

«Pero ¿por qué me sueltas este sermón? ¿Me consideras un moralista idiota? A fin de cuentas, me parece que no tengo demasiados prejuicios, ¿no?»

«¡Qué valor tienes! Eso cuando te resulta cómodo, pero tu falta de prejuicios la dejas en la portería, al volver a casa».

«Bueno, pero ¿qué hizo ella por mí?»

Piera guardó silencio, lo miró con una sonrisa melancólica y bondadosa.

«A ver, lumbrera. ¿Has intentado alguna vez ponerte en su lugar? Fuerza un poco las meninges. Imagínate que eres una chiquilla que sale adelante mal que bien prostituyéndose. Conoces a un hombre ya mayor que dice haberse enamorado de ti, un soltero, no rico precisamente, pero que se gana bien la vida, y ese hombre no te propone casarse contigo, no, porque eso no tendría ni pies ni cabeza: las conveniencias sociales y trolas por el estilo. Te propone que seas su amante fija y te ofrece un estipendio. Lo que pide es comprarte, en pocas palabras. Tú haces tus cálculos, sopesas la conveniencia y aceptas. Él te paga y, como te paga, debes salir con él, ir de paseo con él, acostarte con él: porque te paga. Además, está enamorado en serio y, por tanto, tiene celos, sospechas, resulta aburrido, pero tú no eres su mujer, eres sólo la amiguita clandestina, la pequeña mantenida. No estás admitida en su casa, no frecuentas las casas de sus amigos, él lleva una vida aparte y en su vida de verdad, la que cuenta, tú no metes la nariz. ¿Has captado la idea? Y ahora, ¿quieres decirme cómo tú, la chica, podrías quererlo de verdad?»

«Siempre habría sido mejor que antes, para ella».

«¿Estás seguro? Mejor para la seguridad de la pasta, pero ¿y la libertad? Vendida al mejor postor con la obligación de la exclusividad».

«Yo nunca le he negado la libertad».

«¿Qué valor tienes! Entonces, si tú hubieras sabido que ella se acostaba regularmente con ese cara de cordero, ¿cómo se llama?»

«¿Marcello?»

«Eso. Si tú hubieras sabido que se acostaba con Marcello, ¿qué habrías dicho?»

«Me parece que es pretender demasiado».

«Entonces, ¿qué clase de libertad es ésa? Vete despacito con el whiskey, amigo mío, aunque sangre el corazón. No es que yo sea tacaña, pero es el cuarto, si no me equivoco, y tienes que conducir hasta tu casa».

«Otro sorbito. Ha sido una velada tremenda».

«¿Escuecen las verdades? ¿Verdad que escuecen, lumbrera mía?»

«Pero entonces, según tú, ¿me equivoqué en todo?»

«Mira, no podías equivocarte más».

«¿Y qué debería haber hecho entonces?»

«Nada. No había nada que hacer. Por desgracia, el mundo está hecho así».

«Pero reconocerás que si ella hubiera tenido otro temperamento...»

«Si hubiese tenido otro temperamento, tú no te habrías enamorado de ella, ¿está claro?»

«Nadie le impedía ser más leal conmigo».

«Eras tú precisamente quien se lo impedía. Tú la comprabas con tus mensualidades. Ella te vendía el cuerpo y tú querías también el alma. ¿Comprendes que para una chiquilla no puede haber nada peor? Aunque hubiera sido una santa, por fuerza le habría venido el deseo de ponerte los cuernos. Y, si no entiendes eso, quiere

decir lisa y llanamente que tienes una cabeza muy dura».

«Así, pues, ¿yo debería perdonarla?»

«¿Perdonarla? Ni se te ocurra siquiera. ¿Quieres darte la puntilla? Olvidarla, no queda otra solución, como si nunca hubiera existido, y tal vez sea mejor que tampoco nosotros dos volvamos a vernos más. Mejor para ti, entendámonos. Has sido un gilipollas increíble, pero eres un hombre muy simpático tú, de un estilo muy distinguido, ¿te lo han dicho alguna vez?», y soltó una gran carcajada. «Me resultas muy simpático, por si te interesa saberlo. Me enterneces. Me pareces un pajarito espantado, con un ala rota».

«Y que lo digas».

«Pero tal vez sea mejor que no nos veamos. A Laide hace meses que no la veo, me han dicho que está enfadada conmigo e ignoro el motivo, pero he sido su amiga y, si volvemos a vernos, todas las veces, ¿comprendes?... para ti sería más difícil curar... por lo demás, si te da gusto...»

«En el fondo, Piera, eres una chica muy buena...»

«Oh, yo... soy una desgraciada también yo, eso es lo que soy... soy una puta, una puta... ¡Dios mío!»

Se dejó caer boca abajo sobre el sofá, al tiempo que se cubría la cara con las manos, y los hombros se le estremecían con sollozos silenciosos.



## XXXV

Una lenta trama de sueños, un torpor extenuado, un silencio, un vago estruendo de vida lejana, fuga de los pensamientos abandonados a sí mismos por los escondrijos del pasado en una cálida noche de junio. Antonio salió lentamente de un valle sin nombre poblado de agujas en forma de árbol, volvió a encontrarse en su cama, poco a poco fue recordando, abrió los ojos para ver. Por las ventanas abiertas de par en par, el reverbero de los faroles de neón llegaba y se alargaba en tiras oblicuas por el techo, cruzándose, gracias a lo cual se distinguían las cosas.

Junto a Antonio, ella dormía. Completamente desnuda, yacía boca arriba y con los brazos cruzados sobre el pecho, como la princesa de los faraones, y, a uno y otro lado, sus delicadas manos, que en su abandono seguían la leve curva del pecho y los lentos pálpitos de la respiración. Era un sueño total sin reservas como el de los animalitos, pero la perfección de la pose y la expresión de la cara serena y pura le infundían a él una pena por un motivo que no sabía entender: había en ella la inocencia, la juventud, la fatalidad, la lástima, el tiempo que pasaba y devoraba.

¿Cuántos meses habían pasado? Antonio la contemplaba. ¿Podía estar encerrado en aquel cuerpecito el infierno? No, tal vez fuera una cosa muy sencilla, tal vez fuese él quien la había hecho volverse una tragedia. Ahora ya no se debatía entre las dudas y los escrúpulos: «¿Hice bien o mal al volver a llamarla? ¿Soy vil? ¿Soy abyecto? Ahora ya no tiene importancia».

Una noche, tras dos meses y medio de lucha, no había resistido. Lo recordaba perfectamente: estaba en Roma y con él estaba Silvia, una muchacha inteligente y buena. Al verlo tan hundido, Silvia le había dicho:

«Pero, a fin de cuentas, ¿por qué no le telefoneas? ¿Qué quieres que ocurra? ¿Quieres recuperar la salud? ¿Qué resuelves con la dignidad? ¡A ver!»

Y, desde el hotel de Roma, Antonio probó a telefonearle, eran casi las ocho de la noche, una hora no demasiado oportuna, a aquella hora solía estar fuera, pero en aquel momento no. Y al principio ella no se dio cuenta de que era él: su voz carecía ya de audacia.

«También yo quería llamarte uno de estos días por lo del alquiler».

«Ya hablaremos de eso en Milán», dijo él. «Cuando vuelva, te llamo».

Y no sintió remordimiento ni vergüenza, simplemente empezó a respirar y a vivir de nuevo.

Después en Milán Antonio fue en coche a su casa, ella bajó a la calle, se sentó en el coche descapotable y con la mano derecha se puso a toquetear los botones del salpicadero. Estaba pálida y chupada. Era una sombra de la Laide de siempre, incluso parecía haberle crecido la nariz, pero para él seguía siendo su amor.

Entonces ella le preguntó si podía pagarle el alquiler unos meses más.

«¿Por qué debería pagarte el alquiler?», le respondió él. «¿Qué obligación tengo? ¿Tú qué me das a cambio?», añadió y lo hacía para no darse por vencido a la primera,

pero sabía perfectamente cómo acabaría la cosa.

«Yo no tengo nada que darte», le respondió Laide, «lo único que puedo darte es esta persona mía, si no te da asco».

Dijo precisamente «persona» y no «cuerpo», tal vez sin darse cuenta siquiera había empleado la expresión correcta. Y no hubo más discusiones ni celos ni ardides ni mentiras, la historia volvió a empezar lentamente y ni él ni ella hablaban de lo sucedido. Nunca, pero es que nunca, le habría contado Laide la verdad, los engaños, los ardides, las intrigas, las lujurias. Era como si las trolas fuesen su bandera desesperada, de la que no renegaría ni aun a costa de su vida, era lo único que él no podía pedirle, su pudor radicaba extrañamente en eso, en sus descarados secretos y, sin embargo, por la noche todo parecía haberse vuelto físicamente fácil, justo y humano.

Se irguió para sentarse en la cama; abajo, en la calle, pasaban pocos coches, debían de ser las dos o las tres, al cabo de poco la noche empalidecería y un hálito de aire fresco empezó a entrar en la alcoba. Volvió a observarla, a saber qué estaría soñando, minúsculas vibraciones nerviosas a saltos movían de vez en cuando los dedos de sus manos, perfectamente unidas como en las estatuas medievales. ¿Feliz? Por primera vez después de un tiempo que, al pensarlo, le parecía inmenso había cesado aquel tormento a la altura del esternón, ya no tenía aquella barra de hierro candente clavada un poco por debajo del estómago, precisamente como aquella mañana en que, al despertar, se había hecho la ilusión de estar curado, pero poco más de una hora después, mientras cruzaba los jardines, había vuelto a sentirse de repente en el infierno. ¿Se repetiría también la ilusión aquella vez? No, del sueño de ella, tan abandonado y confiado, le llegaba una sensación de piedad y paz, como una caricia invisible. Sin dejar de estar boca arriba, Laide tuvo un breve estremecimiento, murmuró minúsculos lamentos, voces rotas e incomprensibles como las de los perritos que sueñan. Antonio le pasó una mano por la frente, empapada en sudor.

Entonces Laide abrió los ojos.

«¿Qué ocurre? ¿Qué haces?», balbució con la boca pastosa del sueño.

«Nada», le respondió, «estaba mirándote».

La voz de ella, extrañamente apacible y reflexiva, con aquella erre tan marcada, resultaba un sonido curioso en la noche.

«Oye, Antonio, tengo que decirte una cosa».

Calló un momento. Nunca —le pareció— había estado la casa tan dormida y silenciosa.

«Este mes», dijo Laide, «no me ha venido la regla».

«¿Y qué?»

«Pues nada. Yo quiero tener una niña».

Sonrió. En la penumbra la sonrisa era un pequeño centelleo blanco, casi fosforescente. Él tuvo una sensación nueva. Aunque hubiera sabido cómo, no habría tenido tiempo de responder. La sonrisa de Laide desapareció lentamente y también

los párpados, reabsorbidos por el sueño. Pero, aunque había muy poca luz, Antonio vio que de aquella sonrisa había quedado un reflejo mínimo en las comisuras de los labios y le daba luz:

«Pues nada. Yo quiero tener una niña».

El eco de aquellas palabras perduraba aún en el aire de la alcoba, no había llegado aún al fondo del silencio y dentro de él tañó cuatro o cinco veces. Ahí estaba, pues, la chiquilla tremenda y sin corazón que había de llevarlo a la ruina. ¿Qué le había sucedido? ¿Quién la había cambiado? ¿Qué le había infundido aquel deseo tan diferente del bullicio de los *night-clubs* y de los amores de pago?

Nadie la había cambiado, había sido siempre así, los falsos mitos entre los cuales se había movido —selva ambigua y cruel— no le pertenecían. En el fondo de su alma anidaban, transmitidos a través de vías recónditas por antiguas venas de sangre, los deseos de las alegrías sencillas y eternas, domésticas, tranquilizadoras, triviales tal vez, que son la sal de la Tierra.

¿Habría dejado de existir de improviso el mundo secreto, pecaminoso y depravado que había tras Laide y del que parecía proceder? ¿No había existido nunca? ¿Se habrían disuelto los aviesos y fascinantes telones? ¿Se convertían los fantasmas peligrosos en buena gente cualquiera o desaparecían en abatido tropel allí al fondo, reabsorbidos por las húmedas y negras callejuelas de la vieja ciudad? ¿Perdería así Laide la aureola de novela? ¿Perdería el enigma? ¿Dejaría de ser inalcanzable? ¿O había aún más misterio en la muchacha sola y remota que, tras haberlo pensado largamente, corría el riesgo y el peligro de traer al mundo una criatura, pese a que la vida no le prometía otra cosa que desprecio, escarnio y deshonor?

Mientras avanzaba con esfuerzo el caliginoso amanecer de Milán, la golfilla dormía, apaciguada, con su petulante naricita hacia arriba. ¿Había vencido o había perdido su pequeña guerra, día tras día, reñida con dientes apretados, con desvergüenza, juventud y trolas? Pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Acaso no la había obligado él, el propio Antonio —como sostenía Piera—, a defenderse y a mentirle? ¿Y acaso no tenía ella el derecho a ser una sinvergüenza? ¿Entonces comprendía él, Antonio, por fin quién era Laide y que sus miserias no habían salido de ella, sino que se había visto obligada a vivirlas día tras día por la ciudad, por los hombres, también por Antonio y no había culpa ni maldad ni vergüenza ni motivo de desprecio o castigo?

¿Y duraría aquella paz, aquella tregua? ¿Podría bastar la maternidad para apagar en aquella criatura incomprensible el ansioso gusto por la ficción y el embeleco? ¿No volverían a brotar de su extraño corazón, a un tiempo impertérrito y espantado, contra él, las insaciables y tortuosas espinas? ¿Cómo lograría renunciar a su mundo de secretos inconfesables, a la coraza de mentiras fantásticas, fuera de la cual parecía no poder vivir? ¿Se presentarían para Antonio nuevas y más tormentosas angustias?

No, en aquel momento Antonio no quería siquiera preguntárselo, así como en una

enfermedad que será, como sabe, larga y dolorosa, el hombre, cansado, se abandona al suave torpor de la morfina, como haciéndose la ilusión de una curación definitiva.

Se oyó un largo y rabioso chirrido de frenos, abajo, en la avenida, seguido de las iracundas voces de una riña. Después, de pronto cesaron los improperios y el auto aceleró violentamente y se alejó.

Ahora la ciudad dormía de verdad, el sueño rezumaba de las cien mil alcobas, se filtraba por las paredes y se extendía como un sudario invisible por las calles desiertas, entraba en los coches cansados que yacían inertes en inmensas filas a lo largo de las aceras, marea que se alzaba lentamente de un extremo a otro de Milán mezclando en un solo hálito la respiración de ricos y mendigos, de prostitutas y suegras, de atletas y enfermos de cáncer. Sólo él, Antonio, estaba inmensamente despierto y saboreaba aquella poca paz del alma. Así como los desgarrados jirones de los nimbos en una tormenta se disuelven huyendo hacia el Norte, así también el pasado reciente se alejaba precipitadamente de él, le parecía casi un cuento absurdo y falso. A una distancia remotísima, desaparecían la dulzona sonrisa de la señora Ermelina («Mire que se trata de una chica fogosa, verdad, le gusta que la muerdan, que la maltraten, se lo digo para que sepa a qué atenerse»), las tristes citas por la tarde, las maliciosas insinuaciones de las amigas («¿Sabes cuál es su especialidad, al hacer el amor, verdad? No, mejor que no lo sepas, se te pasarían las ganas, seguro, o tendrías más: los hombres sois tan cerdos»), las confesiones atroces, las esperas extenuantes en Via Squarcia, las dudas, las llamadas de teléfono que no llegaban, aquel punzón clavado ahí, las noches en blanco, la infelicidad por la mañana, cuando, al despertar, el pensamiento se esforzaba por encontrar algún posible sostén, la infelicidad que lo invadía con rapidez salvaje en cualquier parte de las vísceras, imágenes, rostros, luces, escenarios de calles, habitaciones, escaleras, pasillos, voces, músicas, susurros y todo el mundo era sólo ella, sí, incluso en aquel momento, mientras Laide dormía a su lado, incluso aquella noche, el mundo era sólo ella, pero antes era un continuo torbellino, un delirio invariable, un torno que apretaba sin tregua y ese infierno le parecía haber acabado.

Después de tanto tiempo, ¡ah! La tregua: aun cuando resultara derrotado, por segunda y última vez derrotado. Pero también el ejército derrotado respira cuando ha acabado la batalla. Silencio, el corazón ya no resonaba más, sólo jirones de humo aquí y allá.

La miró. Se preguntó: «¿Podría aún hacerme enloquecer?» Le pareció que no. Si durante dos o tres días no apareciera, ¿enloquecería? Le pareció que no. Si supiese que había estado en la cama con otro, ¿enloquecería? Le pareció que no.

¡Ay, curado! Y el infierno había dejado de existir. «Ella está aquí, al lado, dormida, pero entonces yo debería ser feliz. ¿Lo soy? No. Cansancio, vacío, melancolía, una de esas melancolías gigantescas que hacían presa de él, de niño, al anochecer; sólo, que entonces en la melancolía iba oculta la idea del tiempo que llegaría, años innumerables que se perdían a lo lejos, mientras que ahora no había

idea de los años que vendrían, ahora se podía vislumbrar la puerta allí, al fondo, no precisamente futuro, la puerta cerrada que se abriría en la obscuridad. Ésa era la explicación, se habían acabado la angustia, los celos, la desesperación, pero al mismo tiempo había amainado la tormenta. La furia, la rabia, el frenesí, el galope, las llamaradas eran vida, pero también juventud, y en aquel preciso momento en que ella había hablado, en que ella había salido por un instante del sueño para hablar, había terminado la juventud, el último retazo, la última estela de la juventud, extrañamente prolongada, sin querer, hasta los cincuenta años. Un fuego que había acabado de arder, una nube que había soltado lluvia y había desaparecido, una música llegada a su última nota y ya no iba a haber más notas, cansancio, vacío, soledad».

¿Y las mujeres, ese asunto al que durante demasiados años Antonio no había prestado atención en serio, salvo por la necesidad física? ¿Qué había sido Laide sino la concentración en una persona sola de los deseos intensificados y fermentados durante tantos años y nunca satisfechos? Nunca había tenido fuerzas para ello. Las conocía, le parecían criaturas inalcanzables, era inútil pensar en ellas: total, no le habrían hecho caso. Pero ¿y los otros? A los otros, a sus amigos, aquellas criaturas inalcanzables les sonreían, hablaban, decían que sí. Los amigos le contaban sin darle importancia que a aquella tía estupenda del bar, a la *entraîneuse*, a la maniquí, las habían abordado, se las habían llevado de paseo, a comer, a la cama, como la cosa más sencilla del mundo. También él las había visto, las conocía, las había deseado, pero todas las veces se había dicho: «¡Qué ideas más absurdas! Ésa nunca, pero es que nunca, aceptaría». Así había pasado junto a ellas sin atreverse, empequeñecido en su dolorida dignidad y ya había llegado a ser demasiado tarde.

Una cosa tan fácil. Una broma. Incluso muchachas bellísimas y soberbias, a las que, cuando pasaban, las casas se volvían a mirar. Bastaba saber actuar. Él nunca había sabido. En cuanto él les dirigía una palabra, parecían molestas, sus propias miradas les fastidiaban, al instante, en cuanto él las miraba fijamente, apartaban la cara: siempre lo mismo. Sobre todo las que más le gustaban. Otras tal vez se mostraran amables, se mostrasen dispuestas. Nunca las mujeres que más le gustaban a él. Nunca las chicas arrogantes de carita chata, las putillas con cara de pocos amigos, las imperiosas chavalas de la periferia, las hipócritas y somnolientas nenas de mirada socarrona y alusiva. Las veía con otros, del brazo de otros, a la mesa de otros, en automóvil con otros y, si él las miraba fijamente, apartaban, molestas, la cara: siempre lo mismo. ¿Y con qué hombres estaban? ¿Millonarios, divos del cine, apolos? No. Podían ser incluso tipejos cualesquiera sin oficio ni beneficio o con barriga o analfabetos aptos sólo para hablar de fútbol, vulgares, feos incluso, pero tenían, evidentemente, el tono idóneo, conocían las dos o tres idioteces que gustaban a las mujeres y, al pensarlo, le daba una rabia, un disgusto, una nostalgia ya sin veneno, ¡qué había que ver! Entonces, aun sabiendo actuar, habría sido ya demasiado tarde.

Al mirar a los hombres de su edad —hasta entonces no se había dado cuenta—

siempre se le ocurría la pregunta: «¿Con quién harán el amor?» Por las alusiones a la seguridad en sí mismos, por el implícito desprecio a las chicas fáciles, debían de tener gran cantidad de ocasiones magníficas. Sobre todo le impresionaba que la mayoría, nada más iniciar una relación con una mujer deseable, inmediatamente la consideraran una presa, no ya una criatura igual a ellos, con un mundo de intereses, deseos y preocupaciones importante, como el suyo, sino sólo como un cuerpo que gozar y consideraran casi obligatorio por parte de ella condescender y, si ella se resistía, se asombrasen como de un capricho ilícito. Precisamente ese convencimiento les daba una fuerza enorme gracias a la cual triunfaban con una desenvoltura impresionante. Y tal vez lo asombrara aún más, a él —que toda la vida había topado, por lo general, con la indiferencia y, las escasas veces que había tenido valor, siempre había chocado con un muro de desdén—, que con los otros las mismas mujeres aceptaran esa como inferioridad de casta, es decir, que las considerasen objetos carnales y se dejaran gozar durante una hora o dos, como si estuvieran contentas u orgullosas de que les hiciesen la corte, aun sabiendo que el objetivo del hombre era uno solo y, una vez alcanzado, las dejarían tiradas como trapos, aun sabiendo perfectamente que con inicua superchería, alentada por una tradición antigua, el hombre, una vez saciado el deseo, las despreciaría o calificaría de putas. No lograba entender —y en eso su resentimiento se confundía con la envidia— por qué las mujeres aceptaban así, tácitamente, pertenecer a una especie inferior, tener que dejarse tratar como esclavas. En cambio, ahora entendía que la mujer, si el azar invertía el orden normal de los términos y él se enamoraba y, por tanto, era ella la que dominaba, resultaba lógico e inevitable el instinto de que ella se vengara y le hiciese sufrir en poco tiempo todas las humillaciones a las que otros hombres la habían sometido durante muchos años. Pero ¿no era extraño y cómico que esas inquietudes le vinieran a la tierna edad de cincuenta años? Sí, sí, lo sabía, la gran mayoría de sus coetáneos estaban más allá, ya no pensaba en eso y, si seguía haciendo el amor, ya no lo consideraba un problema. Mientras que él nunca lo había tomado demasiado en serio, como quien pasa por delante de un escaparate maravilloso sin fijarse y hasta que está ya lejos no comprende cuántas cosas hermosas había y vuelve atrás corriendo, pero, cuando llega, están apagando las luces y bajando los cierres. Nunca lo había tomado demasiado en serio y ahora, con la nostalgia, la envidia, la aflicción por no tener ya tiempo por delante y la soledad lo pagaba amargamente.

Tras ceder la tensión, en aquella tregua, mientras ella, boca arriba y con las manos cruzadas sobre el pecho, seguía con su sueño puro y él, sentado a su lado, rozaba con la piel el muslo de ella, el largo muslo de bailarina, en tiempos desencadenado en el *rock and roll*, piernecita cargada de arrogancia que a saber con cuántos muslos de hombres se habría trenzado, pero en aquel momento ya no existía depravación, si es que se había tratado en verdad de depravaciones, porque aún no había entendido bien: ya volvía el pensamiento antiguo que durante tantos meses le había hecho olvidar la enfermedad.

Porque él había estado como una piedra atada a una cuerda a la que hacían girar más rápido, cada vez más rápido y la hacía girar el viento, el vendaval del otoño, la desesperación, el amor, y así, girando como loco, ya no se distinguía su forma, se había vuelto como un anillo fluido y palpitante.

Él era un caballo de tiovivo y de repente el tiovivo se había puesto a girar como un loco, rápido, cada vez más rápido, y quien lo hacía girar así era ella, Laide, era el otoño, era la desesperación, el amor. Y girando así como loco, él, el caballo, había perdido la forma de caballo, ya no era otra cosa que un festón blanco vibrante, una cortina vibrante de color blanco con franjas doradas, ya no era él, era un ser al que nadie conocía antes y con el que resultaba imposible comunicar, porque él no escuchaba a nadie, no podía escuchar, sólo se escuchaba a sí mismo silbar al viento, para él nada existía, aparte de ella, Laide, aquella espantosa caída, y en el torbellino no podía siquiera ver el mundo en derredor; más aún: toda la vida restante había dejado de existir, ya no existía, nunca había existido, el pensamiento de Antonio estaba enteramente absorbido por ella, por aquel torbellino, y era un sufrimiento, era algo terrible, nunca había girado él con semejante ímpetu, ni había estado nunca tan vivo.

Pero, mira por dónde, el tiovivo se había detenido, mira por dónde, la piedra atada a la cuerda, el caballo, se había solidificado en forma de caballo y la piedra atada a la cuerda ahora colgaba inmóvil y por fin se conseguía distinguirla: era una piedra. Antonio ya no giraba arrastrado por la tormenta, Antonio estaba parado, había vuelto a ser Antonio y empezaba a ver el mundo de nuevo como antes.

Por la noche miraba en derredor. ¡Dios, Dios! ¿Qué es esa torre grande y negra que sobresale? La vieja torre que se le había quedado siempre hundida en el alma desde niño, pero, poco antes, en el torbellino, se había olvidado completamente de la terrible torre, la velocidad, el precipicio le habían hecho olvidar la existencia de la gran torre inexorable y negra. ¿Cómo había podido olvidar una cosa tan importante, la más importante de todas las cosas? Ahora estaba de nuevo allí, se erguía, terrible y misteriosa, como siempre; más aún, parecía bastante mayor y más cercana. Sí, el amor le había hecho olvidar completamente que existía la muerte. Tanta era la fuerza del amor, que durante casi dos años no había pensado —precisamente él, que siempre había tenido esa obsesión en la sangre— en ella ni siquiera una vez, parecía un cuento. Y ahora, de improvisto, había vuelto a aparecer ante él, dominaba por sobre él, la casa, el barrio, la ciudad, el mundo con su sombra y avanzaba lentamente.

Pero, entretanto, ella, llevada por el sueño, inconsciente del daño que había hecho y haría, planeaba bajo los tejados, las claraboyas, las terrazas, las agujas de Milán, era algo joven, pequeñísimo y desnudo, era un tierno y blanco granito suspendido, polvillo de carne, o de alma tal vez, con un adorado e imposible sueño dentro. A través de la estratificación de calígines, el reverbero rojizo de los faroles aún encendidos la iluminaba dulcemente y la hacía resplandecer con piedad y misterio. Era su hora, sin que ella lo supiese había llegado para Laide la gran hora de la vida y

mañana tal vez fuera todo como antes y volverían la maldad y la vergüenza, pero, entretanto, ella, por un instante, estaba allí por encima de todos, era la cosa más bella, preciosa e importante de la Tierra. Pero la ciudad dormía, las calles estaban desiertas, nadie, ni siquiera él, alzaría los ojos para mirarla.





DINO BUZZATI nació en Belluno, en el Véneto, en 1906 y murió en Milán en 1972. Redactor y corresponsal del diario milanés *Corriere della Sera*, fue autor de novelas, cuentos y obras de teatro, escenógrafo y pintor. Su fama fue relativamente tardía e insuficiente para su calidad literaria abrumadora. Hoy sigue siendo descubierto fuera de Italia y es, para muchos, uno de los grandes escritores europeos del siglo xx. Se han destacado de su obra el estilo sobrio y los elementos enigmáticos y simbólicos y se han señalado las influencias surrealistas y de Kafka. Albert Camus fue lector y traductor de Buzzati. Ha sido comparado con Italo Calvino, con quien comparte el gusto por la fantasía alegórica. Entre sus obras más celebradas se suelen destacar *El desierto de los tártaros*, *Un amor*, *El secreto del Bosque Viejo* y algunos de sus cuentos.

Aunque Buzzati es un clásico que siempre ha sido reconocido por la crítica y por una considerable legión de seguidores, actualmente hay en España un claro movimiento de recuperación de su obra, con el apoyo inequívoco de la crítica.

*Un amor* es una obra que, por su tema y por su construcción, difiere sustancialmente del resto de las novelas de Buzzati, aunque tiene en común con ellas su gran calidad, un trasfondo de preocupación ética y, por momentos, una poesía, en los que reconocemos al Buzzati del resto de su obra. Novela de gran intensidad literaria, el argumento absorbe al lector desde la primera página. El escenario urbano es ya inusual en las novelas de Buzzati y cabe decir que la ciudad es uno de los protagonistas de la novela. El tema, el amor, es también inusual en la obra de Buzzati, y es aún más llamativo el contenido erótico de la novela, que desempeña un

importante papel en la misma, merced a un realismo que nos lleva a pensar en *Naná* de Zola. Lo audaz del enfoque y la sinceridad del autor en el reflejo de sus pasiones son valores que refuerzan esta obra, la más intensa de Buzzati. En ella se narra la historia de un enamoramiento, de una experiencia personal turbadora que absorbe a su protagonista, víctima de una pasión descarnada e inusitada que, en palabras de Achille Di Giacomo, Buzzati nos retrata «en su significado más intenso, implacable e inequívoco, propio del prelude de *Tristán* de Wagner». El realismo que eligió Buzzati para construir *Un amor*, inusual en él, se acompaña de un diálogo interior del protagonista que, como reflejo de su pasión desbordada, confiere auténtico nervio a la obra. Por esta vía, no obstante, Buzzati sorprende al impregnar la acción gradualmente de poesía y de reflexión a veces sublime, en torno a una suerte de amor que se diría alejado de esos ámbitos.

Cuando se publicó por primera vez en 1963, *Un amor* se convirtió rápidamente en uno de los primeros *best sellers* de la historia de Italia, comparable con otros éxitos fulgurantes de obras coetáneas como *El Gatopardo* de Lampedusa o el *Jardín de los Finzi Contini*, de Bassani. Esa aceptación por parte del público no ha cesado hasta hoy. Por parte de la crítica, la acogida de la novela reflejó inicialmente una menor unanimidad, quizás debido a que parte de ella reaccionó con algún desconcierto ante «este nuevo Buzzati» que, sin embargo, fue aplaudido por buena parte de los críticos. Hoy la novela es considerada como una de las obras maestras de Buzzati.